



OUTSIDERS

hacia una sociología de la desviación

howard becker

Índice

Presentación. Actualidad de Howard Becker	i
<i>por Claudio E. Benzecry</i>	
Introducción a la presente edición	11
Agradecimientos	19
1. Outsiders	21
Definiciones de la desviación	23
La desviación y la respuesta de los otros	28
¿Las reglas de quién?	34
2. Tipos de desviación: un modelo secuencial	39
Modelos de desviación simultáneos y secuenciales	41
La carrera del desviado	44
3. Convertirse en un consumidor de marihuana	59
Aprender la técnica	64
Aprender a percibir los efectos	66
Aprender a disfrutar de los efectos	71
4. Consumo de marihuana y control social	79
Proveedores	81
Secreto	86
Moralidad	92

5. La cultura de un grupo desviado de la norma:	
el músico de baile	99
La investigación	103
Los músicos y los "cuadrados"	105
Reacciones frente al conflicto	111
Aislamiento y autosegregación	116
6. La carrera en un grupo ocupacional desviado:	
el músico de baile	123
Las camarillas y el éxito	125
Padres y esposas	135
7. Las reglas y su aplicación	141
Etapas de la aplicación de la norma	148
Un caso ilustrativo: la Ley de Impuesto a la Marihuana	154
8. Iniciativas morales	167
Los creadores de normas	167
El destino de las cruzadas morales	172
Agentes de aplicación de la norma	175
Desviación e iniciativa: un resumen	181
9. El estudio de la desviación: problemas y afinidades	183
10. Revisión de la teoría del etiquetado	195
La desviación de la norma como acción colectiva	199
Desmitificar la desviación	206
Problemas morales	211
Conclusión	224
Referencias bibliográficas	227
Índice onomástico	239

Presentación

Actualidad de Howard Becker

*Claudio E. Benzecry**

Howard Becker ha dado en numerosas ocasiones una conferencia en la que pregunta en paralelo: ¿qué pasa con el asesinato?, ¿qué pasa con Mozart?¹ Intenta con ello enfatizar el modo en que grupos sociales particulares señalan como especial determinado acto mediante la construcción de etiquetas. En un caso lo hace inquiriendo aquello que es clasificado como desviado –hasta el punto de ser castigado–; en el otro, aquello que es marcado como carismáticamente genial o fuera de lo ordinario y que, en consecuencia, tiene garantizado un lugar de privilegio. En dos actos en extremo disímiles Becker encuentra un proceso que se puede comprender analíticamente como similar: se trata de una construcción procesual y relacional de etiquetas, que naturaliza a agentes y grupos dentro de categorías “fuera de lo normal”. Este movimiento en contra de lo esencial de ciertas actitudes y actividades tuvo (y tiene) consecuencias sociológicas y políticas que vale la pena destacar. En el caso de la desnaturalización de los locos y los criminales, el principal efecto es sacar el debate sobre la criminalización de los tópicos de la anomia, la desorganización social y las actitudes innatas. En el caso de la demolición de las elites carismáticas, su trabajo ha sido celebrado por su perspectiva democrática y secularizadora, que enfatiza la productividad de las convenciones y la comprensión del arte como una actividad. A los ejemplos extremos del asesinato y de la genialidad, Becker res-

* Profesor Asistente, Departamento de Sociología, Universidad de Connecticut.

1 “What about Mozart? What about Murder?” es el título de una conferencia del autor (véase Becker, 2003).

ponde explícitamente por igual: ¿para quiénes estos comportamientos estarían fuera de la norma? (a lo que podríamos agregar: ¿cuándo? y ¿dónde?). No todo asesinato es criminalizado; aceptar que Mozart es un genio implica aceptar las convenciones de un mundo social en particular que lo declara e instituye como tal.

Esta historia sintetiza algunas de las ideas cardinales de Becker: entender las convenciones y las etiquetas como algo relacional (entre grupos que detentan distintos tipos de estatus) y procesual (que funciona en términos de carrera), concebir la desviación no como algo sobre lo cual moralizar ni lamentar como falta de integración social; revelar el modo en que las reglas morales (y las clasificaciones sociales en general) son movilizadas por creadores y promotores de normas, así como la forma en la que la autoidentificación se constituye no en términos de clase sino a partir de la socialización progresiva en una profesión, y la manera en que la temporalidad (las acciones previas de otros) constriñe la creatividad de la acción individual.

La mirada de Becker nace de su estudio con Everett Hughes y de la perspectiva del interaccionismo simbólico, aunque —a diferencia de otros autores usualmente incluidos dentro de la misma “escuela” (Becker, 1999), como Herbert Blumer— la cultura aparece como aquello a lo que se apela para organizar —parcialmente, y de manera contextualizada y localizada— la experiencia más allá de la inmediatez de la interacción. Su trabajo posterior sobre el arte retoma algunas de sus preguntas iniciales siguiendo el estudio que él mismo realizara sobre otros mundos profesionales (la medicina, por ejemplo).²

Outsiders es hoy considerado un clásico. Más que discurrir aquí sobre las características particulares que la obra reúne (para eso está el libro), permítanme mostrar de qué manera los movimientos analíticos que Becker desarrolla instauran una cuña en la sociología que aún continúa. El primero de estos movimientos apunta a proponer que la sociología de la criminalidad, en lugar de observar aquello que sucede sobre la base de las estadísticas

² Véase Geer, Hughes, Strauss y Becker (1961).

—que suelen construir a los agentes como “problemas sociales”, como cifras en una categoría entramada de antemano—, debe acercarse a los significados locales de manera etnográfica, enfatizando las distorsiones que imponen las miradas “desde arriba”. El segundo movimiento busca superar estas etnografías locales y documentar las similitudes esenciales —en términos de mecanismos y relaciones sociales— de actividades generalmente tratadas como distintas. Esto vale para actividades lejanas entre sí como el arte y el crimen pero también para otras emparentadas, como las artes y las artesanías. En ambos casos los procesos suponen establecer fronteras arbitrarias entre prácticas a las que se hace difícil distinguir sociológicamente, hallar las profesiones particulares que mantienen estos límites, los modos en que los agentes son socializados en estos mundos particulares, las ceremonias que producen membresía, y el modo en el que se comunica ese adentro con el “afuera”. El tercer movimiento consiste en subrayar cómo, en la acumulación de investigaciones empíricamente locales, podemos realizar el trabajo de inducción analítica que nos lleva a comprender por un lado qué hipótesis encuentran respuesta en los datos que producimos y, por el otro, el modo en que el estudio de fenómenos ligados a circunstancias extremas (el crimen, la genialidad del artista) nos ayuda a comprender la presencia de los mismos mecanismos y procesos en circunstancias menos “puras” teóricamente. El cuarto movimiento —que lo despega del interaccionismo simbólico más tradicional— es el que enfatiza la manera en que el ciclo de vida constriñe crecientemente la creatividad de la acción. Mientras que el aprender a fumar marihuana es un asunto que no se explica por proveniencias sociales, sino que sucede en el proceso en el que uno se convierte en miembro de un grupo social, conceptos como “cultura latente” o “compromiso” muestran en qué medida un adulto socializado en un mundo en particular adquiere recursos y convenciones que condicionan sus posibilidades y motivaciones para la acción. Es en este énfasis en las convenciones, que aparece en la metáfora del jazz (ésta asoma tempranamente en los capítulos de este libro sobre el mundo de los músicos profesionales), donde paradójicamente Becker ve la posibilidad de encontrar líneas de acción crea-

tivas en la interacción cooperativa en las que la conducta está constreñida por tradiciones y recursos.³

Precisamente es el foco en lo cooperativo lo que lo ha convertido en algo así como el anti-Bourdieu en los Estados Unidos –y también en Francia–. Donde éste ve sólo mediaciones ideológicas, dominación y capitales, Becker ve redes complejas de cooperación (aunque no siempre horizontales). A la abstracción “campo cultural” contraponen los conceptos de primer orden que acompañan la idea de “mundo social” (Becker y Pessin, 2006). Este interés por la construcción de lo social de modo más cercano al mundo vivido por los propios agentes se puede leer en la estrategia de investigación en la que se basa otro de sus libros importantes, *Los mundos del arte* (2008), al que él dice haber escrito “en el camino”, rehaciendo la cartografía analítica en el diálogo con los materiales empíricos, inquiriendo cuáles son las preguntas que la producción de los datos le permite responder (véase Becker, 2005).

El trabajo de Becker continúa dejando huella hoy de diversas maneras. Por un lado, a partir de la producción de sus compañeros de ruta (entre ellos se cuentan popes de la sociología norteamericana actual como Harvey Molotch, Dianne Vaughn y Mitch Duneier).⁴ Por el otro, gracias a la obra de aquellos que, sin haber trabajado directamente con él, profundizaron sus intuiciones sobre etiquetamiento, desviación y socialización en grupos de los campos más diversos. Entre ellos podemos mencionar, en criminología, el trabajo de Jack Katz (1988), quien se corre de la comprensión de la necesidad de la correlación entre condiciones sociales y crimen al estudiar a los ladrones de guante blanco y las características que hacen del delito algo significativo para los agentes, que seduce e invita a participar en una subcultura particu-

3 El hecho de que Becker fuera pianista, en el medio de los vientos y la sección rítmica, tocando tanto solos como el bajo continuo, puede explicar el modo en el que construyó su visión del jazz como una mezcla de constreñimiento colectivo y creatividad personal (véase Katz, 1994).

4 Véanse, por ejemplo, los trabajos de Molotch (2003), Vaughn (1996), y Duneier (1999).

lar. En la sociología del arte, Antoine Hennion (1993 y 2000) ha extendido las ideas anticipadas en el capítulo sobre el consumo de marihuana, para mostrar el intenso y activo trabajo de autodisciplina que supone el poder disfrutar plenamente de un producto cultural particular. En la sociología de la cultura los ecos de su obra se encuentran en las diversas investigaciones que se concentran en los creadores y promotores de etiquetas para revelar el trabajo organizacional que subyace al establecimiento y la institución de clasificaciones sociales particulares, el modo en el que esto supone y permite la acumulación de recursos. Esta narrativa, ligada en la sociología americana a la figura del “emprendedor” cultural, ha sido utilizada para explicar fenómenos tan diversos como la apropiación de la música sinfónica por la elite de Boston para producir diferencia y cierre social, la “invención” de la música *country* por parte de algunos productores de Nashville y la forma en la que ciertos acontecimientos (el juicio a Oscar Wilde, el *affaire* “Monika Lewinsky”) se construyen en los medios como “escándalos” gracias al esfuerzo concertado de algunos “emprendedores” de la moralidad.⁵

En el marco de las coordenadas descritas arriba, el libro que presentamos a continuación nos obsequia una prosa engañosamente sencilla (es sencilla pero no simple: se necesita haber triturado y “masticado” mucha teoría para poder sostener las conversaciones que de manera implícita Becker mantiene con los popes de la “Gran Teoría”) y una elegancia y frescura que no envejecen. Precisamente por eso este libro escrito en los sesenta todavía tiene mucho que decir.

5 Véanse Peterson (1997), Di Maggio (1982), y Adut (2008).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adut, Ari (2008), *On Scandal: Moral Disturbances in Society, Politics, and Art*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Becker, Howard (1999), "The Chicago School, So Called", *Qualitative Sociology*, 22 (1), pp. 3-12.
- (2003), "E di Mozart che ne dici? E dell'omicidio?", *Rassegna Italiana di Sociologia*, n° 4, XLIV, pp. 483-492. [Título original: "What about Mozart? What about Murder?"]
- (2005), "Inventer, chemin faisant: comment j'ai écrit *Les mondes de l'art*", en Daniel Mercure (ed.), *L'Analyse du social: Les modes d'explication*, Quebec, Les Presses de l'Université Laval, pp. 57-73.
- (2008), *Los mundos del arte*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Becker, Howard y Alain Pessin (2006), "A Dialogue on the Ideas of World and Field", *Sociological Forum*, 21 (2), pp. 275-86.
- Di Maggio, Paul (1982), "Cultural Entrepreneurship in 19th Century Boston", *Media, Culture & Society* 4(1), pp. 33-50. [Ed. cast. en Javier Auyero (1999), *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología americana*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.]
- Duneier, Mitchell (1999), *Sidewalk*, Nueva York, FSG.
- Geer, Blance, Everett C. Hughes, Anselm Strauss y Howard Becker (1961), *Boys in White: Student Culture in a Medical School*, New Brunswick, Transaction, 1976.
- Hennion, Antoine (1993), *La passion musicale. Une sociologie de la médiation*, París, Métailié. [Ed. cast.: *La pasión musical*, Barcelona, Paidós, 2002.]

- Hennion Antoine, S. Maisonneuve y É. Gomart (2000), *Figures de l'amateur*, París, La Documentation française.
- Katz, Jack (1988), *Seductions of Crime*, Nueva York, Basic Books.
- (1994), "Jazz in Social Interaction: Personal Creativity, Collective Constraint, and Motivational Explanation in the Social Thought of Howard S. Becker", *Symbolic Interaction*, 17 (3), pp. 253-279.
- Molotch, Harvey (2003), *Where Stuff Comes From*, Nueva Cork, Routledge. [Ed. cast. parcial: "El lugar en el producto", *Apuntes de Investigación del CECYP* 15, Buenos Aires, Fundación del Sur.]
- Peterson, Richard (1997), *Creating Country Music*, Chicago, University of Chicago Press.
- Vaughn, Dianne (1996), *The Challenger Launch Decision: Risky Technology, Culture, and Deviance at NASA*, Chicago, University of Chicago Press.

Introducción a la presente edición

Outsiders no inventó el campo de lo que hoy llamamos “desviación”. Otros académicos habían publicado anteriormente ideas similares (en especial Edwin Lemert [1951] y Frank Tannenbaum [1938], ambos mencionados en el libro). Pero *Outsiders* era diferente de esos abordajes en varios sentidos. Uno de ellos es que fue escrito de forma un poco más clara que los textos académicos habituales. No me arrogo crédito por ello. Tuve buenos maestros, y mi mentor, Everett Hughes, quien supervisó mi disertación de doctorado y con quien trabajé en estrecha colaboración en posteriores proyectos de investigación, era un fanático de los textos claros. Él pensaba que era totalmente innecesario utilizar términos vacíos y abstractos cuando existían palabras simples para expresar lo mismo. Y me lo recordaba con frecuencia, así que mi reflejo fue siempre buscar la palabra más directa, la frase corta y el modo declarativo.

Además de ser más comprensible que gran parte de los textos sociológicos, la mitad de *Outsiders* está compuesta de informes detallados de estudios empíricos sobre temas que para la generación de estudiantes que entonces ingresaba a las universidades norteamericanas eran más “interesantes” que las teorizaciones abstractas. Escribí acerca de los músicos que trabajaban en bares y otros lugares modestos, tocando música que tenía una especie de aura romántica, y escribí sobre la marihuana que algunos de ellos fumaban, la misma marihuana con la que muchos estudiantes estaban experimentando y cuyos efectos estaban aprendiendo a disfrutar (tal como lo sugiere el análisis del libro). Esos temas que se cruzaban en mayor o menor medida con sus propias vidas hicieron que el libro fuese el elegido por los docentes, muchos

de los cuales compartían el interés de los estudiantes por la música y las drogas, para dárselos a leer a sus alumnos. Así que el libro se convirtió en una suerte de texto de clase estándar para los estudiantes más jóvenes.

En ese entonces estaba sucediendo algo más. La sociología estaba atravesando una de sus periódicas "revoluciones", durante la cual se criticaron y revaluaron los antiguos marcos teóricos. A principios de la década de 1960, era muy frecuente que los estudios sociológicos sobre el crimen y otras formas de mal comportamiento se preguntaran qué llevaba a la gente a actuar así, violando las normas comúnmente aceptadas y diferenciándose de las vidas "normales" que, según nos decían todas las teorías, la gente había aceptado como forma socialmente correcta de vivir. Las teorías de entonces variaban en su evaluación acerca de cuáles eran las principales causas de comportamientos antisociales como el exceso de alcohol, el crimen, el abuso sexual, el consumo de drogas, las conductas sexuales inapropiadas, y toda una larga lista de otras contravenciones.

Algunos culpaban a las psiquis de los desobedientes: tenían fallas de personalidad que los hacían actuar así (sin importar lo que fuera ese "así"). Otros, más sociológicos, culpaban a la situación en que se encontraban esas personas, situaciones que generaban disparidades entre lo que les habían enseñado a esforzarse para obtener y las posibilidades reales de alcanzar la recompensa buscada. Los jóvenes de clase trabajadora que habían aprendido a creer en el "sueño americano" de ascenso social ilimitado y que luego se veían impedidos de alcanzarlo por los obstáculos de las estructuras sociales (como la falta de acceso a la educación que permitía ese ascenso) podían entonces "volcarse" a métodos desviados de ascenso social, como el delito.

Pero esas teorías ya no interesaban a las nuevas generaciones de sociólogos, que eran menos conformistas y más críticas de las instituciones sociales de entonces, y que no estaban tan dispuestas a creer que el sistema de justicia penal nunca se equivocaba, que todos los delincuentes eran malas personas que habían cometido el hecho del que se las acusaba, y así sucesivamente. Esos jóvenes sociólogos buscaron el apoyo teórico de una gran variedad de fuen-

tes. Muchos encontraron explicaciones en abordajes marxistas del análisis de los efectos patológicos del capitalismo. Otros, entre ellos yo, encontramos una base firme en anticuadas teorías sociológicas que por alguna razón habían sido relegadas cuando los investigadores comenzaron a abordar el tema del delito y de la por entonces llamada “desorganización social”.

En pocas palabras, la investigación de esos ámbitos de la vida social había sido tomada por asalto por gente cuya profesión y trabajo diario era resolver “problemas sociales”, actividades que preocupaban a alguien que estaba en posición de hacer algo al respecto. De esta forma, el delito muchas veces se convirtió en un problema por resolver. (No siempre, pues gran parte del delito era tolerado, como suele suceder, o porque era demasiado difícil de detener, o porque mucha gente se beneficiaba con él.) Ese “alguien” era usualmente una organización cuyos miembros se ocupaban tiempo completo de ese problema. Así, el llamado sistema de justicia penal —la policía, los tribunales, las prisiones— fue convencionalmente el encargado de deshacerse, o al menos de contener, el delito. Ellos constituyeron el aparato de contención y lucha contra el crimen.

Como todos los grupos profesionales, la gente en esas organizaciones de justicia penal tenía sus propios intereses y puntos de vista que defender. Daban por sentado que la responsabilidad del delito recaía sobre los delincuentes, y no tenían dudas de quiénes eran ellos: las personas que esas instituciones habían capturado y encarcelado. Y sabían que el problema importante de la investigación era: ¿por qué la gente que hemos identificado como delincuentes hace aquello que hemos definido como delitos?. Ése fue el punto de vista que los guió, a ellos y a los muchos sociólogos que aceptaban esa pregunta, a confiar ciegamente en las estadísticas de esas mismas instituciones para comprender al delito: el índice de criminalidad era calculado sobre la base de los delitos reportados por la policía, y no necesariamente de manera precisa: muchas veces la gente no reportaba los crímenes y muchas veces también la policía “ajustaba” las cifras para mostrar a la opinión pública, a las compañías de seguros y a los políticos que estaban haciendo bien su trabajo.

En la tradición sociológica existía un enfoque alternativo, cuyas raíces se remontan a la famosa máxima de William I. Thomas: "Las situaciones que los hombres definen como reales tienen consecuencias reales" (Thomas y Thomas, 1928, p. 572). Vale decir, que la gente actúa sobre la base de la comprensión que tiene del mundo y de lo que hay en él. Plantear los problemas de la ciencia social desde esta perspectiva apunta al modo en que las cosas son formuladas como problemáticas, y conduce la investigación hacia las personas que definen cuáles son esas actividades y a la manera en que las definen. En este caso, ¿quién es el que determina qué tipos de comportamientos son delictivos y cuáles son sus consecuencias? Los investigadores que se inscribían en esta tradición se negaban a aceptar que todo aquello que la policía y los tribunales definían como un delito lo fuera "realmente". Pensaban, y sus investigaciones lo confirmaron, que ser llamado delincuente y ser tratado como tal no necesariamente está conectado con algo que la persona efectivamente haya hecho. Puede haber una conexión, pero no es automática ni está garantizada. Esto implicaba que las investigaciones que se servían de las estadísticas oficiales estaban llenas de errores, y que la corrección de esos errores podía conducir a conclusiones muy diferentes.

Otro aspecto de esta tradición afirmaba que todos los involucrados en una situación contribuían con lo que allí estaba sucediendo. La investigación sociológica debe tomar en cuenta las acciones de todos. Así, el comportamiento de las personas cuyo negocio era definir el crimen y lidiar con él era parte del "problema del delito" y el investigador no podía simplemente tomar por válido lo que decían, ni basar en eso sus trabajos. Es algo que iba contra el sentido común, pero que produjo interesantes y novedosos resultados.

Outsiders siguió ese camino. Nunca lo consideré como un abordaje novedoso, sino más bien lo que todo buen sociólogo haría si se guiara por las tradiciones de su oficio. Hoy en día, es muy común escuchar que todo abordaje nuevo ha producido lo que el historiador de la ciencia Thomas Kuhn llamó una "revolución científica" (Kuhn, 1970). Pero debo decir que este abordaje de la desviación no era en absoluto revolucionario. Más bien podría de-

cirse que era una contrarrevolución, que devolvió a la investigación sociológica a los carriles correctos. (Véase sobre este punto el interesante análisis de Cole, 1975.)

Comencé hablando del delito. Pero ahora, en el último párrafo, me he referido a ese campo de trabajo como "desviación". El cambio es significativo. Redirige la atención a un problema más general que la pregunta de quién cometió un delito. Nos lleva a considerar toda clase de actividades. Advertimos que en todas partes la gente que se involucra en una acción colectiva define aquello que es "malo" y que no debe hacerse, y en general da los pasos necesarios para evitar que se realice ese tipo de acciones.

Ahora bien, éstas no son todas delictivas, de ninguna manera y en ningún sentido de la palabra. Algunas normas están restringidas a un grupo específico: los judíos que observan las normas de su religión no deberían ingerir alimentos que no sean *kosher*, pero los demás tienen la libertad de hacerlo. Algunas normas gobiernan un ámbito de actividades restringido. Las reglas del deporte y los juegos son de este tipo: el modo en que uno mueve una pieza de ajedrez sólo tiene importancia si uno está jugando con alguien que se toma en serio las reglas de ese juego, y toda sanción por violar esas reglas queda en manos de la comunidad ajedrecística exclusivamente. Sin embargo, dentro de esas comunidades operan los mismos tipos de procesos de creación de reglas y detección de infractores.

En otro sentido, algunos comportamientos pueden ser considerados incorrectos por la amplia mayoría, pero pueden no existir leyes que se apliquen al caso o un sistema organizado para detectar a las personas que violan esa regla informal. Algunos de ellos, aparentemente triviales, pueden tener que ver con el incumplimiento de las reglas de la etiqueta (eructar donde no se debe, por ejemplo). Hablar solo por la calle (a menos que tengamos un teléfono celular en la mano) será visto como algo extraño y la gente puede llegar a pensar que uno es un poco raro, pero la mayoría de las veces nadie intervendrá ni hará nada al respecto.

En algunas ocasiones, esos comportamientos fuera de lo común pueden hacer que los demás decidan que uno no es ni "maledu-

cado" ni "raro", sino que está "mentalmente enfermo", y es ahí cuando pueden llegar las sanciones y a uno lo llevan al hospital. Erving Goffman, un colega de posgrado, exploró en profundidad esas alternativas, especialmente en su estudio sobre los hospitales psiquiátricos (Goffman, 1961a).

Para Goffman, para mí y para muchos otros colegas, el término "desviación" servía para abarcar todas esas posibilidades, y usamos el método comparativo para encontrar un proceso básico que tomase diversas formas en diferentes situaciones, de las cuales solamente una era delictiva.

Las distintas formulaciones que propusimos atrajeron la atención y las críticas de muchos, a algunas de las cuales respondí en el último capítulo de la edición revisada del libro. Pero a lo largo de los años se ha desarrollado una vasta literatura en torno a los problemas del "etiquetado" y la "desviación", y no he revisado el libro para dar cuenta de ellos.

Si lo hiciese, daría gran importancia a una idea que Gilberto Velho, el distinguido antropólogo urbano brasileño, aportó a este tema (Velho, 1976; Velho, 1978), y que a mi entender clarifica algunas ambigüedades que han preocupado a varios lectores. Velho sugería reorientar levemente el enfoque y hacer un estudio del proceso de acusación en base a estas preguntas: ¿quién acusa a quién? ¿De qué se están acusando? ¿En qué circunstancias tienen éxito esas acusaciones, en el sentido de ser aceptadas por los otros (al menos por algunos de ellos)?

No he seguido trabajando en el campo de la desviación. Pero he encontrado una versión más general del mismo tipo de pensamiento en el trabajo que realizo desde hace muchos años sobre la sociología del arte. En ese campo surgen los mismos problemas, ya que nunca se sabe claramente qué es "arte" y qué no lo es, y en ese ámbito se observan los mismos argumentos y los mismos procesos.

Por supuesto que en este caso a nadie le molesta que lo que hace sea considerado arte, por lo tanto es el mismo proceso pero visto en espejo. La etiqueta no daña a la persona o a su trabajo, como suele suceder con el rótulo de desviado. Por el contrario, le agrega valor.

Todo esto es simplemente para decir que el terreno que yo y tantos otros relevamos en el campo de la desviación todavía está vivo y es capaz de generar interesantes temas de investigación.

HOWARD S. BECKER

San Francisco, febrero de 2005*

* Este texto fue incluido en la edición danesa de *Outsiders* (Hans Reitzel Publishers, 2005).

Agradecimientos

Cuatro capítulos de este libro aparecieron originalmente en otras publicaciones y con ligeras modificaciones. El capítulo 3 apareció en el número LIX (noviembre, 1953) del *American Journal of Sociology*, y el capítulo 5, en el número LVII (septiembre de 1951). Ambos son reproducidos aquí con el permiso del *Journal* y de la University of Chicago Press. El capítulo 4 apareció en el número 12 (primavera, 1953) de *Human Organization* y es publicado en este volumen con el permiso de la Sociedad de Antropología Aplicada. El capítulo 6 apareció en *Social Problems*, 3 (julio, 1955), y lo reproducimos aquí con el permiso de la Sociedad para el Estudio de los Problemas Sociales.

El material de los capítulos 3 y 4 fue preparado originalmente para mi tesis de doctorado en sociología en la Universidad de Chicago, bajo la dirección de Everett C. Hughes, William Lloyd Warner y Harvey L. Smith. Dan C. Lortie también hizo observaciones sobre el primer borrador de uno de esos textos.

Realicé la investigación en la que se basan los capítulos 5 y 6 cuando integraba el equipo de la Chicago Narcotics Survey, un proyecto de relevamiento de datos de la Chicago Area Projects, Inc., con la ayuda de una beca del Instituto Nacional de Salud Mental. Entre quienes hicieron críticas y comentarios a las primeras versiones de estos textos se cuentan Harold Finestone, Eliot Freidson, Erving Goffman, Solomon Kobrin, Henry McKay, Anselm Strauss y el difunto R. Richard Wohl.

Estoy en deuda con Blanche Geer, que leyó y comentó conmigo varias versiones del manuscrito completo. Mi forma de pensar la desviación y la sociología en general le debe mucho a mi amigo y maestro Everett C. Hughes.

Dorothy Seelinger, Kathryn James y Lois Stoops mecanografiaron con paciencia y esmero las muchas versiones manuscritas.

1. Outsiders

Todos los grupos sociales establecen reglas y, en determinado momento y bajo ciertas circunstancias, también intentan aplicarlas. Esas reglas sociales definen las situaciones y comportamientos considerados apropiados, diferenciando las acciones “correctas” de las “equivocadas” y prohibidas. Cuando la regla debe ser aplicada, es probable que el supuesto infractor sea visto como un tipo de persona especial, como alguien incapaz de vivir según las normas acordadas por el grupo y que no merece confianza. Es considerado un *outsider*, un marginal.

Pero la persona etiquetada como *outsider* bien puede tener un punto de vista diferente sobre el tema. Quizá no acepte las reglas por las cuales está siendo juzgada, o rechace la competencia y legitimidad de sus jueces. Surge de ese modo un segundo significado del término: el infractor puede sentir que sus jueces son *outsiders*.

A continuación, intentaré clarificar las situaciones y mecanismos a los que apunta este término con doble sentido: las situaciones de infracción y aplicación de la regla, y los mecanismos que hacen que algunas personas rompan las reglas y otros las impongan.

Es necesario hacer algunas aclaraciones preliminares. Las reglas pueden ser de muchos tipos diferentes. En el caso de las leyes formalmente aprobadas, el Estado puede usar su poder policial para hacerlas cumplir. En otros casos, cuando se trata de pactos informales –tanto los más recientes como los ya refrendados por su antigüedad y tradición–, su incumplimiento prevé sanciones informales de todo tipo.

Del mismo modo, ya tenga fuerza de ley, de tradición, o sea simplemente resultado del consenso, el cumplimiento de la regla

puede estar a cargo de algún organismo especializado, como la policía o el comité de ética de una asociación profesional. Por otra parte, su aplicación también puede ser la tarea de todos, o al menos de todos los integrantes del grupo en el que se aplica la norma.

Muchas reglas no son impuestas ni son, salvo en un sentido formal estricto, el tipo de normas que nos ocupan. Un ejemplo son las leyes morales y religiosas que aún figuran en los códigos pero que no se aplican desde hace cientos de años. (Es importante recordar, sin embargo, que una ley que no se aplica puede reactivarse por diversos motivos y recuperar toda su fuerza original, como ocurrió recientemente en Missouri con las leyes que regulan la apertura de los comercios los días domingo.) Del mismo modo, las reglas informales también pueden morir por falta de aplicación. Aquí nos ocuparemos principalmente de las normas que tienen vigencia real y que están vivas porque siguen siendo aplicadas.

En definitiva, el grado de "marginalidad" de una persona —en cualquiera de los dos sentidos que he mencionado— depende de cada caso. Alguien que comete una infracción de tránsito o bebe de más en una fiesta no nos parece después de todo demasiado diferente de nosotros mismos, y miramos su transgresión con benevolencia. El ladrón ya nos parece menos semejante a nosotros, y lo castigamos severamente. Los crímenes como el asesinato, la violación o la traición nos hacen ver al infractor como un verdadero marginal.

Del mismo modo, algunos infractores a la norma sienten que han sido juzgados injustamente. El infractor de tránsito por lo general suscribe las mismas reglas que ha quebrantado. La postura de los alcohólicos es por lo general ambigua: a veces sienten que quienes los juzgan no los comprenden y otras veces admiten que beber compulsivamente es malo. En el extremo están, por ejemplo, los homosexuales y drogadictos, que desarrollan una ideología acabada para explicar por qué tienen razón y por qué quienes los desaprueban y juzgan están equivocados.

DEFINICIONES DE LA DESVIACIÓN

El *outsider* —quien se desvía de un grupo de reglas— ha sido sujeto de múltiples especulaciones, teorías y estudios científicos. Lo que el hombre común quiere saber sobre los *outsiders* es por qué lo hacen, qué los lleva a hacer algo prohibido y cómo es posible dar cuenta de esa transgresión. La investigación científica ha intentado dar respuesta a estas preguntas, y para hacerlo ha aceptado la premisa —derivada del sentido común— de que existe algo inherente a la desviación (cualitativamente distintivo) en el acto de transgresión (o de aparente transgresión) de las reglas sociales. También ha aceptado la presunción generalizada de que las infracciones a la norma responden a alguna característica de la persona que las comete que la impulsa necesaria o inevitablemente a hacerlo. Los científicos no suelen cuestionar la etiqueta de “desviado” cuando se aplica a acciones o personas en particular, sino que lo aceptan como algo dado. Al hacerlo, adoptan los valores del grupo que ha establecido ese juicio.

Es fácil constatar que diferentes grupos juzgan como desviadas diferentes conductas, lo que debería alertarnos acerca de la posibilidad de que tanto la persona que juzga como el proceso por el cual se ha llegado a ese juicio y la situación juzgada estén todos íntimamente involucrados en el fenómeno de la desviación. En tanto la visión del sentido común sobre la desviación y las teorías científicas que parten de sus premisas presuman que las infracciones a la norma son inherentemente desviadas, y por lo tanto den por sentadas las situaciones y procesos de esa valoración, estarán dejando de lado un aspecto muy importante. Al ignorar el carácter variable de los procesos de valoración, los científicos limitan, por omisión, las diferentes teorías que pueden elaborarse y la comprensión que puede lograrse del fenómeno (véase Cressey, 1951).

Nuestro primer problema es entonces construir una definición de desviación. Antes de hacerlo, consideremos algunas de las definiciones científicas en boga actualmente, para ver qué es lo que dejan afuera si se toman como punto de partida para un estudio de la marginalidad.

La visión más simplista de la desviación es esencialmente estadística, y define como desviado todo aquello que se aparta demasiado del promedio. Cuando un estadístico analiza los resultados de un experimento agrícola, describe el tallo excepcionalmente largo de una planta de maíz y el excepcionalmente corto como desviaciones de la media o promedio. En ese sentido, cualquier cosa que se diferencie de lo que es más común podría describirse como desviada. Desde ese punto de vista, ser zurdo o pelirrojo son desviaciones, pues la mayoría de la gente es diestra y de cabello oscuro.

Expresado así, el punto de vista estadístico parece limitado, incluso trivial. Reduce el problema descartando muchas preguntas valiosas que normalmente surgen cuando se discute la naturaleza de la desviación. A la hora de evaluar cualquier caso en particular, todo lo que uno debe hacer es calcular la distancia existente entre el comportamiento analizado y el comportamiento promedio, lo que constituye una solución demasiado simplista. Salir a reunir casos a partir de esa definición implica regresar con una mezcla que reúne obesos con asesinos, pelirrojos, homosexuales e infractores de tránsito. Esa mezcla incluye tanto a quienes efectivamente se desvían de la norma como a otros que no han quebrantado ninguna norma en absoluto. La definición estadística de la desviación, en resumidas cuentas, está totalmente alejada de la preocupación por la violación a la norma, motivo del estudio científico de la marginalidad.

Un punto de vista menos simplista, pero mucho más generalizado, identifica la desviación con algo esencialmente patológico y que revela la presencia de una "enfermedad". Esta perspectiva descansa, obviamente, en una analogía médica. Cuando el organismo humano funciona bien y no experimenta ningún desarreglo, se dice que es "saludable". Cuando no funciona bien, hay enfermedad. El órgano o miembro afectado es considerado patológico. Por supuesto que existe amplio consenso respecto de lo que es un organismo en buen estado de salud. Pero el consenso no existe cuando el término "patológico" es usado análogamente para describir ciertos tipos de conductas que se consideran desviadas, justamente porque no hay acuerdo respecto de lo que

constituye un comportamiento saludable. Si ya es difícil encontrar una definición de conducta saludable que pueda satisfacer incluso a un grupo tan acotado y selecto como el de los psiquiatras, encontrar una definición que el común de la gente acepte como acepta el criterio de lo que es un organismo saludable es directamente imposible (véase el debate contenido en Wright Mills, 1942).

A veces la gente utiliza esa analogía de manera más estricta, porque cree que la desviación es producto de un desorden mental. El comportamiento de un homosexual o un drogadicto es considerado entonces como síntoma de una enfermedad mental, del mismo modo que la dificultad que tienen los diabéticos para curarse de los moretones es vista como un síntoma de la enfermedad que padecen. Pero la enfermedad mental sólo se parece a la física metafóricamente:

Empezando por cosas como la sífilis, la tuberculosis, la fiebre tifoidea, los carcinomas y las fracturas, hemos creado una "clase" llamada enfermedad. Al principio, esa clase estaba compuesta por unos pocos elementos que compartían el rasgo común de referirse a los estados de desorden estructural o funcional del cuerpo humano entendido como máquina fisicoquímica. Con el tiempo, se fue incorporando otro tipo de elementos, que no fueron sin embargo agregados porque fuesen desórdenes físicos de descubrimiento reciente, sino porque el criterio médico de selección cambió, y pasó a estar enfocado en la incapacidad y el sufrimiento. De esa manera, y paulatinamente, cosas como la histeria, la hipocondría, la neurosis obsesivo-compulsiva y la depresión fueron incorporadas a la categoría de enfermedades. Más tarde, y cada vez con mayor celo, los médicos, y en especial los psiquiatras, empezaron a llamar "enfermedad" (vale decir, por supuesto, "enfermedad mental") a todo aquello en lo que detectaban signos de mal funcionamiento, sin tomar como base ningún criterio. En consecuencia, la agorafobia es una enfermedad porque uno no debería

tener miedo a los espacios abiertos. La homosexualidad es una enfermedad porque la norma social es la heterosexualidad. El divorcio es algo enfermo porque señala el fracaso de un matrimonio. El delito, el arte, los líderes políticos indeseables, la participación en actividades sociales o el alejamiento de ellas: todo esto y mucho más ha sido considerado bajo el signo de la enfermedad mental. (Szasz, 1961, pp. 44-45)¹

La metáfora médica limita nuestra visión tanto como el enfoque estadístico. Acepta el juicio lego de que algo es desviado y, por analogía, sitúa su origen en el interior del individuo, impidiendo de esa manera que podamos analizar ese juicio mismo como parte crucial del fenómeno.

Algunos sociólogos utilizan también un modelo de la desviación basado esencialmente en las nociones médicas de la salud y la enfermedad. Observan la sociedad, o una parte de ella, y se preguntan si hay procesos en marcha tendientes a desestabilizarla, amenazando así su supervivencia. Etiquetan esos procesos como desviados o los identifican con síntomas de un desarreglo social. Discriminan entre rasgos sociales que fomentan la estabilidad (y que son, por lo tanto, "funcionales") y rasgos sociales que buscan interrumpir la estabilidad (o sea, "disfuncionales"). Ese punto de vista tiene la gran virtud de señalar zonas de la sociedad potencialmente problemáticas que pasan inadvertidas para la gente (véanse Merton, 1961, y Parsons, 1951, pp. 249-235).

En teoría puede parecer fácil, pero en la práctica es muy difícil discriminar lo que es funcional de lo que es disfuncional para una sociedad o grupo social. La cuestión de cuál es el propósito u objetivo (función) de un grupo y, en consecuencia, qué cosas lo ayudan a lograrlo o se lo impiden suele ser de carácter político. No hay consenso al respecto dentro de las diferentes facciones del mismo grupo, y cada una de ellas opera para que prevalezca su propia idea de la función que tiene ese grupo. La función de un

¹ Véase también Goffman, 1961a, pp. 321-386.

grupo u organización, por lo tanto, es el resultado de una confrontación política, y no algo intrínseco a la naturaleza de la organización. De ser esto cierto, entonces es muy probable que también deban ser consideradas como políticas las decisiones acerca de qué leyes hay que aplicar, qué comportamientos se consideran desviados y quiénes deben ser etiquetados como *outsiders*.² Al ignorar el aspecto político del fenómeno, la visión funcional de la desviación también limita nuestra comprensión.

Otra de las perspectivas sociológicas es más relativista. Define la desviación como el fracaso a la hora de obedecer las normas grupales. Una vez que las reglas vigentes de un grupo son explicadas a sus miembros, podemos señalar con bastante precisión si una persona las ha violado y es, por lo tanto, desde esa perspectiva, un desviado.

Esa visión es más cercana a la mía, pero no da importancia suficiente a las ambigüedades que surgen al momento de decidir qué normas deben ser tomadas como patrón para medir o juzgar si un comportamiento es desviado o no. Una sociedad está integrada por muchos grupos, cada uno de los cuales tiene su propio conjunto de reglas, y la gente pertenece a muchos grupos simultáneamente. Una persona puede romper las reglas de un grupo por el simple hecho de atenerse a las reglas de otro. ¿Es entonces una persona desviada? Los defensores de este enfoque pueden argumentar que, si bien puede surgir cierta ambigüedad respecto de las reglas particulares de un grupo u otro, existen normas que son generalmente aceptadas por todos, en cuyo caso el obstáculo no aparece. Se trata, por supuesto, de una cuestión de hechos concretos, que debe ser definida por la investigación empírica. No estoy seguro de que haya tantas zonas de consenso, y creo que es más sabio partir de una definición que nos permita trabajar tanto con situaciones ambiguas como no ambiguas.

² También Howard Brotz (1961) afirma que el fenómeno de lo que es "funcional" y lo que es "disfuncional" es de carácter político.

LA DESVIACIÓN Y LA RESPUESTA DE LOS OTROS

La visión sociológica que acabamos de analizar define la desviación como la infracción a algún tipo de norma acordada. Luego se pregunta quién rompe las normas, y pasa a indagar, en su personalidad y situaciones de vida, las razones que puedan dar cuenta de sus infracciones. Esto implica presumir que quienes violan las normas constituyen una categoría homogénea, pues han cometido el mismo acto desviado.

A mi entender, dicha presunción ignora el hecho central: la desviación es creada por la sociedad. No me refiero a la manera en que esto se entiende comúnmente, que sitúa las causas de la desviación en la situación social del individuo desviado o en los "factores sociales" que provocaron su accionar. Me refiero más bien a que *los grupos sociales crean la desviación al establecer las normas cuya infracción constituye una desviación* y al aplicar esas normas a personas en particular y etiquetarlas como marginales. Desde este punto de vista, la desviación *no es* una cualidad del acto que la persona comete, sino una consecuencia de la aplicación de reglas y sanciones sobre el "infractor" a manos de terceros. Es desviado quien ha sido exitosamente etiquetado como tal, y el comportamiento desviado es el comportamiento que la gente etiqueta como tal.³

Como, entre otras cosas, la desviación es una consecuencia de la respuesta de los otros a las acciones de una persona, a la hora de estudiar a la gente que ha sido etiquetada como desviada, los estudiosos del tema no pueden presuponer que estén trabajando con una categoría homogénea. Vale decir, no pueden asumir que esas personas hayan cometido realmente un acto desviado o quebrantado alguna norma, pues el proceso de etiquetado no es infalible. Algunas personas pueden llevar la etiqueta de desviadas sin haber violado ninguna norma. Más aún, no pueden asu-

3 Las manifestaciones tempranas más importantes de esta teoría pueden encontrarse en Tannenbaum, 1938, y Lemert, 1951. Un artículo reciente que toma una posición muy parecida a la mía es Kitsuse, 1962.

mir que la categoría de aquellos etiquetados como desviados contenga a todos los que han violado realmente la norma, pues muchos infractores pasan inadvertidos y por lo tanto no son incluidos en la población de "desviados" que se estudia. En la medida en que dicha categoría carece de homogeneidad y no incluye todos los casos que la integran, es de esperar que no se encuentren factores comunes de personalidad o de situaciones de vida que puedan dar cuenta de la supuesta desviación.

¿Qué tienen en común, entonces, quienes llevan el rótulo de la desviación? Comparten al menos ese rótulo y la experiencia de cargar con él. Comenzaré mi análisis con esta similitud básica y consideraré la desviación como el producto de una transacción que se produce entre determinado grupo social y alguien que es percibido por ese grupo como un rompe-normas. Me ocuparé menos de las características personales y sociales de los desviados que de los procesos por los cuales llegan a ser considerados *outsiders* y de sus reacciones frente a ese juicio.

Malinowski descubrió la utilidad de esta perspectiva para entender la naturaleza de la desviación ya hace años, en su estudio de las Islas Trobriand:

Un día, el estallido de los llantos y una gran agitación me indicaron que se había producido una muerte en algún lugar del vecindario. Me informaron que Kima'i, un joven de alrededor de dieciséis años que yo conocía, se había caído de un cocotero y se había matado. (...) Me enteré también de que por alguna misteriosa coincidencia, otro joven había resultado gravemente herido. En el funeral se percibía obviamente la hostilidad entre la aldea en la que el joven había muerto y la aldea donde fue llevado a enterrar.

No fue sino hasta mucho después que descubrí el verdadero significado de esos eventos. El joven se había suicidado. La verdad es que había roto las leyes de la exogamia, y su cómplice en el delito era su prima materna, hija de la hermana de su madre. Todos conocían la situación y la desaprobaban, pero no hicieron nada hasta

que el enamorado que la joven había descartado, que había querido desposarla y se sentía personalmente agraviado, tomó la iniciativa. Este rival amenazó primero con usar magia negra contra el joven culpable, pero sin mucho efecto. Entonces, una noche insultó al culpable en público, acusándolo de incesto frente a toda la comunidad y utilizando palabras que para los nativos son intolerables.

Al desdichado joven no le quedaba más remedio, no tenía otra forma de escapar. A la mañana siguiente se puso su traje de fiesta y se engalanó, trepó al cocotero y se despidió de la comunidad hablando desde las palmas del árbol. Explicó las razones de su desesperada decisión y también lanzó acusaciones veladas contra el hombre que lo había empujado a la muerte, y de quien los miembros de su clan tenían el deber de vengarlo. A continuación aulló muy fuerte, como es la costumbre, saltó de la palmera de 18 metros de altura, y murió al instante. Se produjo luego una pelea dentro de la aldea donde el rival fue herido, pelea que se repitió durante el funeral (...). Si uno interroga a los trobriandeses al respecto, descubre que a estos nativos les causa horror la sola idea de la violación a la ley de exogamia, y que creen que el incesto dentro de un clan acarrea dolores, enfermedades e incluso la muerte. Ése es el ideal de la ley nativa, y en cuestiones morales es fácil y placentero ceñirse estrictamente a él cuando se trata de juzgar la conducta de otros o expresar una opinión sobre la conducta en general.

Pero a la hora de aplicar los ideales morales a la vida real, sin embargo, las cosas revisten otra complejidad. En el caso descrito, resulta obvio que los hechos no se ajustan al ideal de conducta. La opinión pública no se sentía ofendida para nada, aun conociendo el delito, ni reaccionó de manera directa. Debió ser movilizadada por la declaración pública de la infracción y por los insultos lanzados contra el infractor por parte de uno de los interesados. E incluso entonces, el culpable debió aplicarse

él mismo su castigo. (...) Investigando más a fondo el asunto y después de reunir información concreta, descubrí que la violación de la exogamia —en lo que concierne al intercambio carnal, no al matrimonio— es algo bastante frecuente, y que la opinión pública es indulgente al respecto, aunque definitivamente hipócrita. Si el asunto transcurre *sub rosa* y con cierto grado de decoro, y si nadie genera problemas, la opinión pública murmurará, pero no exigirá ningún castigo severo. Por el contrario, si se desata el escándalo, todos dan la espalda a la pareja culpable y, por medio del ostracismo y los insultos, uno u otro pueden verse arrastrados al suicidio. (Malinowski, 1926, pp. 77-80)

Que un acto sea desviado o no depende entonces de la forma en que los otros reaccionan ante él. Alguien puede cometer incesto en el interior de su clan y tener que soportar nada más que murmuraciones, en tanto y en cuanto nadie haga pública la acusación. Caso contrario, la persona puede terminar suicidándose. El punto es que la respuesta de los otros debe ser considerada como parte del problema. El simple hecho de que alguien haya cometido una infracción a la regla no implica necesariamente que los otros, aun sabiéndolo, respondan ante el hecho consumado. (Y viceversa, el simple hecho de que alguien no haya violado ninguna norma no implica que no sea tratado, en ciertas circunstancias, como si lo hubiera hecho.)

La respuesta de la gente a un comportamiento considerado como desviado varía enormemente, y algunas de esas variaciones merecen ser mencionadas. En primer lugar está la variación a lo largo del tiempo. La persona que ha cometido un acto “desviado” puede recibir en un determinado momento una respuesta mucho más indulgente que en otro. Se producen a veces “embates” contra ciertos tipos de desviación que ilustran claramente esta situación. En determinados momentos, los encargados de aplicar la ley pueden decidir realizar un ataque frontal contra un tipo particular de desviación, como el juego, la adicción a las drogas o la homosexualidad. Obviamente, es mucho más peligroso involu-

crarse en esas actividades durante esas embestidas que en otros momentos. En un estudio muy interesante sobre las noticias policiales en los periódicos del estado de Colorado, James Davis descubrió que el número de delitos reportados por los periódicos locales no tenía relación con los cambios reales en los índices de delincuencia en ese estado. Y lo que es más, la estimación de la gente con respecto al aumento de la delincuencia en Colorado respondía al aumento del número de noticias policiales y no al incremento real del delito (Davis, 1952).

El grado en que un acto será tratado como desviado depende también de quién lo comete y de quién se siente perjudicado por él. Las reglas suelen ser aplicadas con más fuerza sobre ciertas personas que sobre otras. Los estudios de delincuencia juvenil dejan muy claro este punto. Los procesos legales contra jóvenes de clase media no llegan tan lejos como los procesos contra jóvenes de barrios pobres. Cuando es detenido, es menos probable que el joven de clase media sea llevado hasta la estación de policía; si es llevado a la estación de policía, es menos probable que sea fichado y, finalmente, es extremadamente improbable que sea condenado y sentenciado (véase Cohen y Short, 1961, p. 87). Estas diferencias ocurren aunque la infracción a la regla haya sido igual en ambos casos. Del mismo modo, la ley es aplicada de modo diferente a negros y blancos. Es bien sabido que un negro sospechoso de haber atacado a una mujer blanca tiene muchas más posibilidades de recibir castigo que un blanco que comete el mismo delito, pero lo que nadie sabe es que un negro que mata a otro negro tiene muchas más chances de ser castigado que un blanco que comete un asesinato (véase Garfinkel, 1949). Éste es, por supuesto, uno de los argumentos principales del análisis de Sutherland sobre el delito de "guante blanco": los ilícitos cometidos por las corporaciones casi siempre son juzgados como casos civiles, mientras que los delitos cometidos por un individuo son por lo general tratados como delitos penales (Sutherland, 1940). Algunas leyes sólo son aplicadas cuando su quebrantamiento tiene determinadas consecuencias. El caso de la madre soltera proporciona un excelente ejemplo. Clark Vincent (1961, pp. 3-5) señala que las relaciones sexuales ilícitas raramente desembocan

en castigos severos o en censura social contra los infractores. Sin embargo, si la joven queda embarazada como resultado de ese vínculo, la reacción de los otros tiende a ser más severa. (El embarazo ilícito es también un ejemplo interesante de la aplicación diferencial de la ley sobre diferentes tipos de personas. Vincent señala que el padre soltero suele escapar a la severa censura que cae sobre la madre soltera.)

¿Por qué repito estas observaciones tan obvias? Porque, tomadas en conjunto, apoyan la hipótesis de que la desviación no es simplemente una cualidad presente en determinados tipos de comportamientos y ausente en otros, sino que es más bien el producto de un proceso que involucra la respuesta de los otros. El mismo comportamiento puede constituir en un determinado momento una infracción a la norma y en otro momento no, puede ser una infracción si es cometido por determinada persona y por otra no, y algunas normas pueden ser violadas con impunidad y otras no. En resumidas cuentas, el hecho de que un acto sea desviado o no depende en parte de la naturaleza del acto en sí (vale decir, si viola o no una norma) y en parte de la respuesta de los demás.

Algunos pueden objetar que se trata simplemente de una sutileza terminológica, que uno podría, después de todo, definir los términos de la manera que quisiera, y que si alguien prefiere referirse a las conductas que violan las normas en términos de desviación tiene la libertad de hacerlo. Ciertamente, esto es verdad. Sin embargo, sería valioso referirse a esos comportamientos como *comportamientos que rompen las reglas* y reservar el término *desviado* para aquellos a quienes algún segmento de la sociedad ha etiquetado de esa manera. No pretendo insistir sobre el uso de esta terminología. Pero debe quedar claro que en tanto los científicos utilicen el término "desviado" para designar los comportamientos que rompen las reglas y tomen como sujetos de estudio sólo a aquellos que han sido *etiquetados* como desviados, los estudiosos se enfrentarán al problema de la disparidad que existe entre ambas categorías.

Si el objeto de nuestra atención es el comportamiento que recibe el rótulo de desviado, debemos reconocer que no hay modo

de saber si será categorizado de esta manera hasta que se produzca la respuesta de los demás. La desviación no es una cualidad intrínseca al comportamiento en sí, sino la interacción entre la persona que actúa y aquellos que responden a su accionar.

¿LAS REGLAS DE QUIÉN?

He usado el término "marginales" para referirme a aquellas personas que son juzgadas por los demás como desviadas y al margen del círculo de los miembros "normales" de un grupo. Pero el término contiene un segundo significado, cuyo análisis conduce a otro importante cuerpo de problemas sociológicos, a saber: desde el punto de vista de quienes son etiquetados como desviados, los "marginales" bien pueden ser las personas que dictan las reglas que se los acusa de romper.

Las reglas sociales son la creación de grupos sociales específicos. Las sociedades modernas no son organizaciones simples en las que hay consenso acerca de cuáles son las reglas y cómo deben ser aplicadas en cada caso específico. Por el contrario, las sociedades actuales están altamente diferenciadas en franjas de clase social y en franjas étnicas, ocupacionales y culturales. Estos grupos no necesariamente comparten siempre las mismas reglas; de hecho, no lo hacen. Los problemas que enfrentan al tratar con su entorno, la historia y las tradiciones que traen con ellos, son todos factores que conducen al desarrollo de diferentes conjuntos de reglas. En tanto las normas de los diversos grupos entren en conflicto y se contradigan entre sí, habrá desacuerdo acerca del tipo de comportamiento adecuado para cada clase de situación.

Los inmigrantes italianos que siguieron fabricando vino para ellos mismos y sus amigos durante la Prohibición se estaban comportando de acuerdo a los estándares de la colonia italiana, pero estaban violando las leyes de su nuevo país (al igual que, por supuesto, muchos de sus vecinos, los Verdaderos Norteamericanos). Los enfermos que cambian de un médico a otro, desde la perspectiva de su propio grupo de pertenencia, están haciendo lo necesari-

rio para proteger su salud al asegurarse de estar en las mejores manos posibles, pero, desde la perspectiva del médico, lo que están haciendo está mal, porque atenta contra la confianza que el paciente debe depositar en su médico. El delincuente de clase baja que pelea por su "territorio" está haciendo lo que considera necesario y justo, pero los maestros, los trabajadores sociales y la policía no lo ven de la misma manera.

Aunque puede argumentarse que muchas o la mayoría de las normas suscitan el consenso generalizado de la sociedad, la investigación empírica de una norma determinada suele revelar actitudes muy variadas en la gente. Las reglas formales, cuya aplicación está a cargo de algún grupo creado específicamente para eso, pueden diferir de lo que la mayoría de la gente piensa que es correcto (Rose y Prell, 1955). Las facciones de un mismo grupo pueden discrepar acerca de lo que llamo reglas operativas. De gran importancia para el estudio del comportamiento usualmente etiquetado como desviado, el punto de vista de las personas involucradas suele ser muy diferente de la opinión de la gente que los condena. En este último caso, la persona puede sentir que la juzgan de acuerdo a normas en cuya factura no participó y con las que no está de acuerdo: reglas que le son impuestas desde afuera por marginales.

¿Hasta qué punto y bajo qué circunstancias está la gente dispuesta a imponer sus normas a quienes no suscriben a ellas? Debemos distinguir dos casos. En primer lugar, sólo quienes efectivamente forman parte de un grupo pueden tener interés en hacer e imponer ciertas reglas. Si un judío ortodoxo desobedece las normas del *kosher*, sólo otro judío ortodoxo lo considerará una transgresión. Los cristianos y judíos no ortodoxos no lo verían como una desviación de la norma y no tendrían interés en interferir. En segundo lugar, los miembros de un grupo juzgan importante para su bienestar que los miembros de otros grupos obedezcan ciertas normas. De esa manera, la gente considera de extrema importancia que quienes practican las artes de la curación se atengan a ciertas normas. Por esa razón, el Estado otorga matrículas a médicos, enfermeras y demás profesionales de la salud, y prohíbe a todos aquellos que no están matriculados ejercer esas actividades.

La cuestión de hasta dónde está dispuesto a llegar un grupo que intenta imponer sus reglas sobre otros grupos de la sociedad nos plantea un problema diferente: ¿quién puede, de hecho, obligar a otros a aceptar sus reglas y cuáles serían las razones de su éxito? Ésta es, por supuesto, una cuestión de poder político y económico. Más adelante abordaremos el tema de los procesos políticos y económicos a través de los cuales se crean y aplican las normas. Por el momento alcanza con decir que, en los hechos, la gente está todo el tiempo *imponiendo* sus reglas sobre los otros, aplicándolas sin mayor consentimiento y en contra de la voluntad de la otra parte. En gran medida, por ejemplo, las reglas para los jóvenes son formuladas por sus mayores. Si bien los jóvenes de este país ejercen una enorme influencia cultural —los medios masivos de comunicación están hechos a la medida de sus intereses—, muchos tipos de reglas que se aplican a los jóvenes están hechas por adultos. Las reglas sobre la asistencia a clase y el comportamiento sexual no toman en cuenta los problemas de la adolescencia. Los adolescentes se ven rodeados de normas de ese tenor que han sido establecidas por gente más grande y más asentada en la vida. Esto es visto como algo legítimo, ya que se considera que los jóvenes no tienen ni la sabiduría ni la responsabilidad suficiente para instituir sus propias reglas.

Del mismo modo, en más de un aspecto también es cierto que en nuestra sociedad los hombres hacen las reglas para las mujeres (aunque en este sentido Estados Unidos está cambiando rápidamente). Los negros están sujetos a normas hechas para ellos por los blancos. Los de origen extranjero y quienes tienen alguna particularidad étnica suelen tener que cumplir reglas establecidas por la minoría protestante anglosajona. La clase media hace las reglas que la clase baja debe obedecer en las escuelas, en las cortes y en todas partes.

La diferencia en la capacidad de establecer reglas y de imponerlas a otros responde esencialmente a diferencias de poder (ya sea legal o extralegal). Los grupos cuya posición social les confiere armas y poder para hacerlo están en mejores condiciones de imponer sus reglas. Las distinciones de edad, sexo, etnia y clase están relacionadas con las diferencias de poder, que a su vez explican el

grado en que cada uno de esos grupos es capaz de imponer sus reglas a los otros.

Además de reconocer que la desviación es producto de la respuesta de la gente a ciertos tipos de conducta, a las que etiqueta de desviadas, tampoco debemos perder de vista que las reglas que esos rótulos generan y sostienen no responden a la opinión de todos. Por el contrario, son objeto de conflictos y desacuerdos: son parte del proceso político de la sociedad.

2. Tipos de desviación: un modelo secuencial

No me propongo aquí discutir si las únicas acciones “realmente” desviadas son aquellas consideradas como tales por los otros. Pero debemos reconocer que se trata de una dimensión importante, algo que todo análisis del comportamiento que se desvía de la norma debe tener en cuenta. Si lo combinamos con otro aspecto del problema —a saber, si un acto se somete o no a una determinada norma—, podemos construir categorías que ayuden a discriminar entre los diferentes tipos de desviación.

Dos de esos tipos no requieren demasiadas explicaciones. La conducta *conforme* es simplemente aquella que obedece la regla y que los demás perciben como un acatamiento de la norma. En el extremo opuesto, la conducta *desviada pura* es aquella que desobedece la norma y es percibida como una infracción.⁴

TIPOS DE CONDUCTA DESVIADA

	Comportamiento obediente	Comportamiento que rompe la regla
Percibido como desviación	Falsa acusación	desviado puro
No percibido como desviación	Conforme	desviado secreto

⁴ No debemos olvidar que esta clasificación siempre debe ser utilizada desde la perspectiva de un conjunto de reglas dado. No toma en cuenta las complejidades, ya discutidas, que aparecen cuando hay más de un conjunto de reglas disponibles para que la gente defina el mismo acto. Es más, la clasificación hace referencia a tipos de com-

Las otras dos posibilidades revisten mayor interés. En la situación de *falsa acusación*, la persona es vista por los otros como autor de una acción impropia, aunque de hecho no sea el caso. Las falsas acusaciones sin duda ocurren, y hasta en la corte de justicia, donde la persona está protegida por las leyes del debido proceso y la evidencia. Probablemente sean mucho más usuales en entornos no legales, donde los procedimientos no están salvaguardados.

Encontramos un tipo de caso todavía más interesante en el otro extremo: *la desviación secreta*. Aquí, se ha cometido un acto incorrecto pero nadie lo advierte, o nadie reacciona como si se tratase de una violación a la norma. Como en el caso de la falsa acusación, nadie sabe realmente qué tan frecuente es este fenómeno, pero estoy convencido de que el porcentaje es muy alto, mucho más de lo que podemos siquiera imaginar. Una breve observación me ha convencido de que esto es así. La mayoría de la gente probablemente cree que el fetichismo (y en particular el fetichismo sadomasoquista) es una perversión extraña y poco común. Hace algunos años, sin embargo, tuve ocasión de examinar el catálogo de un traficante de fotos pornográficas realizadas exclusivamente para devotos de esa práctica. El catálogo no contenía ninguna foto de desnudos, ni tampoco imágenes del acto sexual en sí. Contenía, en cambio, páginas y páginas de fotos de muchachas en camisa de fuerza, con botas de cuero de taco alto, muchachas que blandían látigos, jovencitas esposadas y chicas que se daban nalgadas unas a otras. Cada página servía como ejemplo de casi ciento veinte fotos similares disponibles. Un cálculo rápido me reveló que el catálogo ofrecía a la venta inmediata alrededor de veinte mil fotos diferentes. La impresión del catálogo en sí era de excelente calidad y esto, sumado a la cantidad de fotos en venta, indicaba a las claras que el vendedor tenía entre manos un negocio próspero y una clientela muy considerable. No obstante, uno no se cruza con fetichistas del sadomasoquismo todos los días. Obvia-

portamiento más que a tipos de personas, a acciones más que a personalidades. El comportamiento de una misma persona puede obviamente someterse a la norma en algunas actividades y desviarse de ella en otras.

mente, logran mantener su perversión en secreto ("Todos los envíos se realizan en sobres sin identificar"). (Vale la pena revisar una discusión sobre este tema en Kilpatrick, 1960, pp. 1-77.)

Los estudiosos de la homosexualidad también han realizado observaciones similares, que revelan que muchos homosexuales logran mantener en secreto su desviación frente a sus allegados heterosexuales. Y muchos consumidores de drogas narcóticas, como veremos más adelante, son capaces de ocultar su adicción a los no consumidores con los que se relacionan.

Los cuatro tipos teóricos de desviación, que creamos por clasificación cruzada de los tipos de comportamiento con las respuestas que éstos despiertan, tienen la virtud de distinguir entre fenómenos que difieren en aspectos importantes que por lo general son considerados iguales. Si ignoramos esas diferencias, podemos caer en la falacia de intentar explicar de la misma manera fenómenos distintos, ignorando la posibilidad de que quizás exijan explicaciones específicas. Un muchacho que inocentemente integra los márgenes de un grupo de delincuentes puede ser arrestado cualquier noche como sospechoso, y pasará a figurar en las estadísticas oficiales como un delincuente, al igual que quienes verdaderamente estuvieron involucrados en el delito. Los científicos sociales que busquen elaborar teorías sobre la delincuencia intentarán dar cuenta de su presencia en los registros policiales del mismo modo en que explican la presencia de los otros.⁵ Pero se trata de casos distintos, y una misma explicación no sirve para dar cuenta de ambos.

MODELOS DE DESVIACIÓN SIMULTÁNEOS Y SECUENCIALES

Discriminar entre los diferentes tipos de desviación nos ayudará a comprender cómo se origina el comportamiento desviado, pues nos permitirá desarrollar un modelo secuencial de la desviación,

⁵ Me ha sido de enorme utilidad la lectura de un trabajo aún no publicado de John Kitsuse acerca del uso de las estadísticas oficiales en las investigaciones sobre la desviación.

que contemple las modificaciones que se producen a través del tiempo. Pero antes de discutir el modelo en sí, consideremos las diferencias entre un modelo secuencial y un modelo simultáneo del desarrollo de la conducta individual.

En primera instancia, cabe señalar que casi todas las investigaciones sobre la desviación se ocupan de cuestiones que surgen de concebirla como algo patológico, vale decir que intentan descubrir la "etiología" de la "enfermedad", las causas del comportamiento indeseado.

Nuestra investigación encara el tema con las herramientas del análisis multivariado. Las técnicas y herramientas utilizadas por la investigación social implican siempre la adhesión a ciertos presupuestos, tanto teóricos como metodológicos, lo que también se aplica a esta investigación. Como seguramente saben quienes lo utilizan, el análisis multivariado asume que todos los factores que operan para producir el fenómeno estudiado lo hacen simultáneamente. Intenta descubrir qué variable o combinación de variables son mejores para "predecir" el comportamiento que se examina. Según ese modelo, un estudio sobre la delincuencia juvenil intentará descubrir si los factores que la generan responden al coeficiente intelectual de los jóvenes, a la zona en la que viven, al hogar del que proceden, o a una combinación de todos ellos y muchos otros más.

Pero la realidad es que no todos los factores operan al mismo tiempo, y necesitamos un modelo que tenga en cuenta el hecho de que los patrones de comportamiento se *desarrollan* en una secuencia ordenada. Para dar cuenta del consumo de marihuana de una persona y comprender el fenómeno, como veremos luego, debemos considerar una secuencia de etapas, cambios en el comportamiento del individuo y en su punto de vista sobre su propio accionar. Cada una de esas etapas necesita ser explicada, y lo que puede operar como causa en una determinada etapa de la secuencia puede ser irrelevante en otra. El modo en que una persona llega a estar en situación de conseguir marihuana sin dificultad necesita un tipo de explicación, mientras que el hecho de que se decida a experimentar con ella una vez obtenida requiere una explicación diferente. Y todavía es necesaria una explicación más,

a saber, por qué después de haber experimentado decide seguir consumiéndola. En cierto sentido, cada explicación constituye una causa necesaria de ese comportamiento, o sea que no se puede confirmar que alguien sea un consumidor de marihuana si no ha pasado por cada una de esas etapas. Debe tener acceso a la droga, debe experimentar con ella y debe seguir consumiéndola. La explicación de cada uno de estos pasos forma parte, por lo tanto, de la explicación del comportamiento resultante.

Sin embargo, si se las toma separadamente, las variables que dan cuenta de cada una de esas etapas pueden no distinguir entre consumidores y no consumidores. Las variables que predisponen a una persona a dar determinado paso pueden no tener efectos sobre ella si no ha llegado a la etapa del proceso donde le es posible dar ese paso. Supongamos, por ejemplo, que uno de los pasos en la formación de un patrón habitual de consumo —el deseo de experimentar con una droga— es en realidad el resultado de una variable de personalidad o de inclinación personal, como el apartamiento de las normas convencionales. Esa variable personal de alienación respecto de la sociedad, no obstante, sólo conducirá al consumo de la droga en personas que están en situación de experimentar con ella por su vinculación con grupos en los que se tiene acceso a la droga; quienes poseen esa predisposición personal de alienación de las normas pero no tienen droga a su disposición no pueden empezar a experimentar ni convertirse por lo tanto en consumidores, por más alejados que estén de la sociedad. En consecuencia, la alienación de la sociedad puede ser una causa necesaria para el consumo de la droga, pero distingue entre consumidores y no consumidores sólo en una determinada etapa del proceso.

Una noción muy útil a la hora de desarrollar modelos secuenciales de los diversos tipos de comportamiento desviado es el de *carrera* (véanse Hughes, 1958, pp. 56-67, 102-115 y 157-168; Hall, 1948, y Becker y Strauss, 1956). Elaborado originalmente para estudios laborales, el concepto se refiere a la secuencia de movimientos de un puesto de trabajo a otro que hace un individuo que se desplaza dentro del sistema ocupacional. Es más, incluye la noción de "contingencia ocupacional", vale decir, aquellos fac-

tores que determinan la movilidad laboral de un puesto a otro. La contingencia ocupacional incluye tanto los hechos objetivos de la estructura social como los cambios en el punto de vista, las motivaciones y los deseos del individuo. En los estudios ocupacionales o laborales, utilizamos normalmente este concepto para distinguir entre aquellos que tienen una carrera "exitosa" (como sea que se entienda el éxito dentro de esa ocupación) y los que no. También puede ser utilizado para evaluar los diferentes resultados de las carreras laborales, sin tomar en cuenta su "éxito".

Ese modelo puede ser fácilmente modificado para estudiar las carreras en la desviación. Al hacer esa modificación, no debemos confinar nuestro interés a aquellos que siguen una carrera que los conduce a una desviación cada vez mayor y que finalmente adoptan una identidad y una forma de vida en extremo desviadas. También debemos considerar a quienes tienen un contacto más esporádico con la desviación, y cuyas carreras los alejan de la forma de vida convencional. En ese sentido, por ejemplo, el estudio de los delincuentes juveniles que no llegan a convertirse en criminales adultos puede enseñarnos mucho más que el estudio de los que hacen carrera en el delito.

En el resto de este capítulo, consideraré las posibilidades inherentes a un enfoque ocupacional de la desviación. Luego me dedicaré al estudio de un tipo particular de desviación: el consumo de marihuana.

LA CARRERA DEL DESVIADO

La mayoría de las veces, el primer paso de una carrera en la desviación es la comisión de un acto de inconformismo, un acto que rompe con un conjunto de normas en particular. ¿Cómo podemos explicar la comisión de ese primer acto de disconformidad?

La gente generalmente piensa que los actos que se desvían de la norma son intencionales. Creen que la persona que comete un acto desviado, incluso por primera vez (y quizás sobre todo esa primera vez), lo hace a propósito, que la intención puede ser ple-

namente consciente o no, pero que existe un motivo detrás de su accionar. Más adelante nos dedicaremos a considerar los casos de inconformidad intencional, pero primero debo señalar que muchos actos de inconformismo son cometidos por gente que no tenía la menor intención de hacerlo, y estos hechos exigen claramente una explicación diferente.

Los actos desviados no intencionales pueden ser explicados con relativa facilidad, por el simple desconocimiento de la existencia de la norma, o de que fuese aplicable a ese hecho o a esa persona en particular. Pero es necesario explicar ese desconocimiento. ¿Por qué la persona no sabe que su accionar es indebido? Las personas sumamente involucradas en una subcultura en particular (como puede ser una subcultura religiosa o étnica) pueden sencillamente ignorar que no todos actúan "de esa manera" y, por lo tanto, incurrir en una falta. De hecho, es posible que existan zonas estructurales de ignorancia sobre ciertas normas en particular. Mary Haas (1951) ha señalado el interesante caso de las palabras tabú en diferentes idiomas. Términos que son perfectamente apropiados en un idioma son "sucios" en otro. De esta forma, una persona que inocentemente utiliza una palabra que en su propio idioma es común, puede advertir que ha escandalizado y horrorizado a sus interlocutores provenientes de una cultura diferente.

Al analizar los casos de inconformismo intencional, la gente suele preguntarse por los móviles: ¿por qué esa persona quiere actuar de manera desviada? La pregunta supone que la diferencia básica entre quienes se desvían de la norma y quienes actúan conforme a ella reside en sus motivaciones. Se han propuesto muchas teorías para explicar por qué algunas personas tienen motivaciones desviadas y otras no. Las teorías psicológicas atribuyen la causa de las motivaciones y acciones desviadas a las experiencias tempranas del individuo, que generan necesidades inconscientes que debe satisfacer para conservar su equilibrio. Las teorías sociológicas buscan las fuentes de "tensión" socialmente estructuradas, lugares en la sociedad que entrañan exigencias conflictivas que hacen que el individuo busque una manera ilegítima de resolver los problemas que su lugar en la sociedad le presenta. (La famosa

teoría de la anomia, de Merton, encaja en esta categoría [véase Merton, 1957, pp. 131-194].)

Pero los presupuestos en los que se basan estas teorías podrían ser por completo falsos. No hay razones para presuponer que sólo quienes finalmente se desvían de la norma tienen de verdad el impulso de hacerlo. Es mucho más probable que la mayoría de la gente tenga impulsos desviados todo el tiempo. Al menos en sus fantasías, la gente es mucho más desviada de lo que parece. En vez de preguntarnos por qué quienes se desvían de la norma hacen cosas reprobables, uno debería preguntarse por qué la gente convencional no lleva a la práctica sus impulsos desviados.

Parte de la respuesta puede encontrarse en el proceso de compromiso a través del cual la persona "normal" se involucra paulatinamente con instituciones y formas de conducta convencionales. Cuando hablo de compromiso,⁶ me refiero al proceso por el cual diversos tipos de intereses se alían para sostener ciertas líneas de comportamiento que parecen formalmente externas a ellos. Lo que ocurre entonces es que, como consecuencia de sus acciones pasadas o de su participación en diversas rutinas de orden institucional, el individuo siente que debe adherir a ciertas líneas de comportamiento para que las demás actividades sociales de las que participa no se vean afectadas negativamente. El joven de clase media no abandonará la escuela porque su futuro laboral depende de la cantidad de educación que reciba. El individuo convencional no se permitirá interesarse por las drogas, por ejemplo, porque pondría mucho más en juego que el placer inmediato que obtendría, y puede sentir que su familia, su empleo y su reputación en el vecindario dependen de que siga resistiéndose a la tentación.

De hecho, el desarrollo normal de la gente en nuestra sociedad (y tal vez en todas las sociedades) puede ser visto como una serie de compromisos cada vez mayores con las normas e instituciones convencionales. Cuando la persona "normal" descubre en su inte-

6 Me he ocupado más extensamente del concepto de compromiso en Becker, 1960, pp. 32-40. Véanse también Goffman, 1961b, pp. 88-110, y Stone, 1959.

rior un impulso desviado, es capaz de contenerlo por las innumerables consecuencias que podría acarrearle el hecho de entregarse de lleno a él. Ha apostado mucho a la continuidad de su normalidad como para permitirse dejarse llevar por impulsos no convencionales.

Esto sugiere que, al evaluar casos de inconformismo deliberado, debemos preguntarnos cómo hace el individuo para escapar a la influencia de los compromisos convencionales. Existen dos posibilidades. En primer lugar, es posible que durante su crecimiento la persona de alguna manera haya logrado evitar la conformación de alianzas con la sociedad convencional, y que por lo tanto esté en libertad de seguir sus impulsos. Quienes no tienen una reputación o un empleo fijo que conservar pueden dejarse llevar por ellos: no han apostado nada a la preservación de una imagen convencional.

Sin embargo, la mayoría de la gente es susceptible a los códigos de conducta convencionales, y la primera vez que están en situación de cometer un acto que se desvía de la norma deben lidiar con esas susceptibilidades. Sykes y Matza han sugerido que los delincuentes en realidad tienen un fuerte impulso de ajustarse a la ley, y que utilizan técnicas de neutralización para acallararlo: "justificaciones de su accionar desviado que para el delincuente son válidas, pero no para el sistema legal o el conjunto de la sociedad". Estos autores identifican ciertas técnicas tendientes a neutralizar el impulso de acatar las leyes:

En tanto y en cuanto el delincuente sea capaz de pensar que no es el responsable de sus actos desviados, la desaprobación de sí mismo o de los demás deja de tener la misma influencia restrictiva (...). El delincuente empieza a verse a sí mismo como una "bola de billar", imagen que condensa la sensación de ser impulsado contra su voluntad a situaciones nuevas (...). A medida que empieza a verse a sí mismo como un sujeto pasivo más que como un agente de la acción, el delincuente allana el camino para desviarse del sistema normativo dominante sin necesidad de atacar frontalmente las normas en sí mismas (...).

La segunda técnica de neutralización está centrada en la ofensa o daño que implica el acto delictivo (...). Para el delincuente, la ilegalidad puede hacer surgir la pregunta de si su delito ha perjudicado realmente a alguien, y esta cuestión está abierta a toda clase de interpretaciones (...). Puede considerarse entonces que el robo de un auto es un "préstamo", y que las luchas entre pandillas son peleas privadas, duelos consensuados entre grupos que por lo tanto no atañen a la comunidad en general (...).

La indignación moral propia y ajena puede ser neutralizada por la insistencia en que el daño no es injustificado dadas las circunstancias: el daño, puede decirse el delincuente, no es en realidad un ataque, sino una forma de justa venganza y castigo. Los ataques contra homosexuales o presuntos homosexuales, los ataques contra grupos minoritarios que se han "salido de su lugar", y el vandalismo como venganza contra un maestro injusto, los robos contra comerciantes "deshonestos", son todas acciones que el delincuente puede ver como daños causados a un transgresor.

La cuarta técnica de neutralización parece conllevar la condena de los condenadores (...). Quienes lo condenan, afirma el delincuente, son hipócritas, desviados con disfraz que, impulsados por su propia frustración, logran reprimir o perder de vista la ilegalidad de sus propias acciones atacando a los demás (...).

Los controles sociales internos y externos pueden ser neutralizados sacrificando las exigencias del conjunto de la sociedad en aras de las exigencias de grupos más pequeños que el delincuente integra, ya sea el de sus hermanos, una pandilla o su grupo de amigos (...). Pero lo más importante es que el apartamiento de ciertas normas puede producirse no porque se las rechace, sino porque se privilegian otras normas que ejercen mayor presión o entrañan lealtades más fuertes. (Sykes y Matza, 1957, pp. 667-669)

En ciertos casos, una persona que de otra manera se ceñiría a la ley puede sentir que el acto de inconformismo es necesario o inevitable. A la luz de esos intereses legítimos, el acto que se desvía de la norma puede ser visto como correcto, o al menos no del todo incorrecto. La novela de Guido D'Agostino, *Olives on the Apple Tree* (1940), que trata de un joven médico italo-norteamericano, nos brinda un buen ejemplo.⁷ El muchacho, que acaba de recibirse de médico, no quiere basar su profesión en el hecho de ser italiano. Pero precisamente por esto le resulta difícil ganarse la aceptación de los médicos yanquis de su comunidad. Un día, uno de los cirujanos más importantes le deriva un caso, y el joven siente que ha sido finalmente aceptado en el sistema de derivaciones de los mejores médicos de la ciudad. Pero cuando el paciente llega a su oficina, se entera de que se trata de un caso de aborto clandestino. Malinterpretando esa derivación como el primer paso de una relación regular de intercambio con el cirujano en cuestión, el joven realiza la operación. Su accionar, aunque ilegal, es considerado necesario para su progreso profesional.

No obstante, la persona que se desvía de la norma una vez no nos interesa tanto como quien mantiene un patrón de comportamiento desviado durante un período largo de tiempo, quien hace de la desviación un modo de vida, quien organiza su identidad alrededor de un patrón de comportamiento desviado. No nos interesan aquí los que experimentan con la homosexualidad (que resultaron ser tan numerosos, según lo revelado por el Informe Kinsey), sino el hombre que sigue un patrón de comportamiento homosexual a lo largo de su vida adulta.

Uno de los mecanismos que llevan de la experimentación ocasional a patrones de conductas desviadas más sostenidos es el desarrollo de motivos e intereses desviados. Más adelante analizaremos este proceso en detalle, cuando hablemos de la carrera del consumidor de marihuana. Basta aquí con decir que muchos tipos de actividad desviada surgen de motivos socialmente apren-

⁷ Agradezco a Everett C. Hughes por llamar mi atención sobre esta novela.

didados. Hasta que no ha tenido una experiencia sostenida de esa actividad, la persona desconoce los placeres que derivan de ella, y se entera de ellos interactuando con desviados de más experiencia. Aprende a estar atento a nuevas sensaciones que se presenten, y a considerarlas placenteras. Lo que puede haber empezado como el impulso aleatorio de probar algo nuevo se transforma en un gusto consolidado por algo que ya se conoce de primera mano. Las jergas utilizadas para hablar de los motivos de la desviación revelan que quienes las usan las han aprendido en su interacción con otros marginales. El individuo *aprende*, en resumidas cuentas, a participar en una subcultura organizada alrededor de una actividad desviada en particular.

Los motivos de la desviación son de carácter social incluso cuando se trata de una actividad que se desarrolla mayormente en la intimidad, en secreto, o de manera solitaria. En esos casos, la interacción cara a cara que inducía al individuo a integrarse en una subcultura podrá ser reemplazada por otras vías de comunicación. Las fotografías pornográficas que antes mencioné eran descritas a sus potenciales compradores con un lenguaje estilizado. Las palabras comunes eran utilizadas en un estilo técnico inventado para estimular deseos específicos. La palabra "sometimiento", por ejemplo, aparecía repetidamente para referirse a fotos que mostraban mujeres amarradas con esposas o camisas de fuerza. Nadie adquiere el gusto por las "fotos de sometimiento" sin antes haber aprendido lo que son y el placer que puede obtenerse de ellas.

Uno de los pasos más cruciales en el proceso de construcción de un patrón estable de comportamiento desviado quizá sea la experiencia de haber sido identificado y etiquetado públicamente como desviado. Que la persona transite por esa experiencia no depende tanto de lo que haga o deje de hacer sino de la reacción de los demás, de si deciden o no aplicar la ley que se ha violado. Aunque más adelante consideraremos en detalle las circunstancias en las cuales se produce en esos casos la aplicación de la ley, cabe aquí hacer dos aclaraciones. En primer lugar, aunque nadie lo descubra ni aplique la ley en su contra, el individuo mismo que ha cometido la infracción puede actuar como agente de aplicación de la ley.

Puede catalogarse a sí mismo como desviado por sus acciones y castigarse de una manera u otra por lo que hizo. Éste no es siempre ni necesariamente el caso, pero puede ocurrir. En segundo lugar, puede haber casos como los descritos por los psicoanalistas, en los que el individuo en realidad quiere que lo atrapen, y perpetra su accionar desviado de forma tal de ser descubierto.

Cualquiera sea el caso, ser descubierto y etiquetado como desviado tiene importantes repercusiones en la futura vida social y en la imagen que se hacen las personas de sí mismas. Su efecto más importante es el cambio drástico que se produce en la identidad pública del individuo. La comisión del acto indebido y su publicidad le confieren un nuevo estatus. Se ha revelado que era una persona diferente a la que se suponía que era. Se lo etiqueta como "loca", "fumón", "adicto", "lunático", y se lo trata acorde a eso.

Para analizar las consecuencias que acarrea asumir una identidad desviada usaremos la distinción que hace Hughes (1945) entre los rasgos de estatus maestros y los auxiliares. Hughes señala que casi todos los estatus tienen un rasgo clave distintivo. Por ejemplo, un médico, sin importar qué otra cosa sea, es una persona que tiene un certificado donde consta que ha cumplido ciertos requisitos y que lo habilita para ejercer la medicina: ése es su rasgo maestro. Como señala Hughes, nuestra sociedad, en su gran mayoría, espera además que un médico tenga una serie de rasgos auxiliares: que sea blanco, hombre y protestante. Cuando no es así, siempre queda la sensación de que de alguna manera no ha cumplido con todos los requisitos. Del mismo modo, y aunque el color de la piel es el rasgo maestro que determina quién es negro y quién es blanco, se espera comúnmente que los negros tengan ciertos rasgos de estatus y carezcan de otros; la gente suele sorprenderse y les parece anómalo que un negro llegue a médico o a profesor universitario. Muchas veces las personas poseen el rasgo maestro pero carecen de algunas de las características que se espera informalmente que también posean; por ejemplo, alguien que es médico pero a la vez negro o mujer.

Hughes se ocupa de estos fenómenos en relación con estatus que son apreciados, deseados y deseables (aclarando que, aunque la persona cumpla con todos los requisitos formales para acceder

a cierto estatus, pueden negarle el ingreso completo por carecer de los rasgos auxiliares adecuados), pero el mismo proceso se da en el caso de los estatus en la desviación. La posesión de un rasgo desviado puede tener un valor simbólico generalizado, de forma tal que la gente presupone automáticamente que su poseedor también tiene otros rasgos indeseables asociados.

Para ser etiquetado como delincuente basta con cometer un solo delito, y a eso refiere formalmente esa palabra. Sin embargo, la palabra tiene también una serie de connotaciones que especifican los rasgos auxiliares de todos los que llevan ese rótulo. Se presume que un hombre condenado por robo, y por lo tanto etiquetado como delincuente, es capaz de meterse a robar en una casa. La policía opera según esta misma premisa, y cuando investiga un delito arresta e interroga a delincuentes ya reconocidos. Es más, se espera también que sean capaces de cometer otros tipos de infracción, pues han demostrado ser personas "sin respeto por la ley". Por lo tanto, al ser detenido por un acto desviado, el individuo queda expuesto a la posibilidad de ser visto como desviado o indeseable en otros aspectos también.

Existe otro elemento en este análisis de Hughes que podemos tomar prestado en nuestro provecho: la distinción entre estatus maestro y estatus subordinado. Algunos estatus, en nuestra sociedad y en otras, superan a todos los demás y tienen cierta primacía. La raza es uno de ellos. Pertener a la raza negra, socialmente definida, es un estatus que se ubica por encima de cualquier otra consideración en casi cualquier situación. El hecho de ser médico o el de pertenecer a la clase media no impedirán que el negro sea tratado primero como tal y sólo luego de acuerdo a lo demás. El estatus de desviado (dependiendo del tipo de desviación) es un estatus de tipo maestro. Uno recibe ese estatus como resultado de haber quebrantado una norma, y la identificación demuestra que ese estatus tiene más fuerza que todos los demás. La persona será primero identificada como desviada, antes que ninguna otra cosa. Surge la pregunta: "¿Qué clase de persona rompería una norma tan importante?". Y surge la respuesta: "Alguien diferente del resto de nosotros, alguien que no puede o no quiere actuar como un ser humano moral y que por lo tanto puede rom-

per otras normas importantes". La desviación se convierte en el rasgo dominante.

Tratar a un individuo como si fuese un desviado en general, y no una persona con una desviación específica, tiene el efecto de producir una profecía autocumplida. Pone en marcha una serie de mecanismos que conspiran para dar forma a la persona a imagen de lo que los demás ven en ella (Ray, 1961). En primer lugar, una vez que ha sido identificado como desviado, el individuo tiende a ser aislado de las actividades más convencionales, aun cuando las consecuencias específicas de ese particular accionar desviado no habrían generado el aislamiento de no haber sido por la publicidad del hecho y la reacción de los demás. Por ejemplo, ser homosexual puede no afectar la habilidad de alguien para el trabajo de oficina, pero ser conocido como homosexual en un ambiente de oficina puede hacer imposible la continuidad laboral de alguien. Del mismo modo, aunque el efecto de los opiáceos no atente contra la capacidad de trabajo de una persona, si su adicción se conoce lo más probable es que pierda su empleo. En esos casos, al individuo le cuesta mucho ajustarse a otras normas que no tenía intenciones ni deseos de violar, y se ve forzado a verse a sí mismo como un desviado en esas áreas también. El homosexual que pierde un trabajo "respetable" porque su desviación se hace pública puede derivar hacia ocupaciones marginales y no convencionales en las que su homosexualidad no implique ninguna diferencia. El drogadicto se ve forzado a involucrarse en otro tipo de actividades ilegales, como el robo y el hurto, como consecuencia del rechazo de sus empleadores.

Cuando un desviado es atrapado, se lo trata de acuerdo al diagnóstico popular que explica por qué es como es, y el tratamiento en sí mismo puede a su vez profundizar su desviación. Al drogadicto, popularmente considerado como un individuo falto de voluntad que no puede renunciar a los placeres indecentes que le proporcionan los opiáceos, se lo reprime y se le prohíbe el consumo de drogas. Como no puede conseguir sustancias legalmente, debe obtenerlas de manera ilegal. Esto fomenta el mercado clandestino y hace subir el precio de la droga muy por encima de su valor legítimo en el mercado, a niveles inalcanzables

para un asalariado común. Es así que el tratamiento para su desviación pone al adicto en situación de tener que recurrir al engaño y al delito para solventar su hábito.⁸ El comportamiento es más una consecuencia de la reacción pública ante la desviación que un efecto de las cualidades inherentes al acto desviado en sí.

Dicho de manera más general, el punto es que el tratamiento de la desviación les niega a los desviados los medios de que dispone la mayoría de las personas para llevar una vida cotidiana normal, y en consecuencia deben desarrollar, por necesidad, rutinas ilegales. La influencia de la reacción pública puede ser directa, como en las instancias que consideramos anteriormente, o indirecta, como consecuencia del carácter integrado de la sociedad en la que viven.

El carácter integrado de la sociedad implica que los acuerdos sociales propios de una esfera de actividad están enlazados con actividades de otras esferas de una manera específica, y dependen de la existencia de esos otros acuerdos. Ciertos tipos de vida laboral presuponen determinados tipos de vida familiar, como veremos al estudiar el caso del músico de baile.

Muchas variantes de la desviación generan dificultades pues no encajan con las expectativas propias de otras áreas de la vida. La homosexualidad es un buen ejemplo. Los homosexuales tienen problemas en todas aquellas áreas de la actividad social que presuponen intereses sexuales y maritales convencionales. En las organizaciones de trabajo estables, como las grandes empresas o las industrias, llega un punto en que se espera que el hombre laboralmente exitoso se case. Si no lo hace, le será difícil cumplir con todo lo que la organización espera de un hombre exitoso y sus ambiciones se verán frustradas. La obligación de contraer matrimonio ya de por sí suele ser un problema para el varón "normal", y pone al varón homosexual en una situación prácticamente insostenible. Del mismo modo, en algunos grupos de trabajo mascu-

⁸ Véase *Drug Addiction: Crime or Disease?* Informes preliminares y finales del Comité Conjunto de la ABA (Asociación Americana de Derecho) y de la Asociación Médica Norteamericana de Drogas y Narcóticos (Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 1961).

linos donde las proezas heterosexuales son necesarias para conservar la estima del grupo, los homosexuales tienen obvias dificultades. Si no logra estar a la altura de lo que se espera de él, el individuo puede verse forzado a buscar medios desviados de la norma para obtener resultados que para otros son automáticos.

Por supuesto que no todos los que son atrapados en la comisión de un acto desviado y etiquetados en consecuencia avanzan inevitablemente hacia formas más acentuadas de desviación, como las acotaciones anteriores podrían sugerir. Las profecías no siempre se confirman a sí mismas, y los mecanismos no siempre funcionan de esa manera. ¿Cuáles son los factores que aminoran o detienen la profundización de la desviación? ¿En qué circunstancias se ponen en funcionamiento?

Una posible respuesta a por qué ciertas personas están inmunizadas contra una profundización de la desviación puede hallarse en un reciente estudio sobre los delincuentes juveniles que se prostituyen con homosexuales (Reiss, 1961). Estos jóvenes actúan como *taxi boys* para inveterados homosexuales adultos. Sin embargo, ellos mismos no se convierten en homosexuales. Son varias las razones que explican que no continúen con ese comportamiento sexual desviado. En primer lugar, están protegidos de la intervención policial porque son menores. Si fuesen detenidos en pleno acto homosexual, serían tratados como niños explotados, aunque en realidad sean los explotadores: la ley hace culpable al adulto. En segundo lugar, para estos jóvenes la actividad homosexual no es más que un modo de hacer dinero, menos peligroso y más rápido que el robo u otras actividades similares. En tercer lugar, los estándares de su grupo de pertenencia, que permiten la prostitución homosexual, les prohíben obtener ningún placer suplementario o recibir del adulto con quien mantienen relaciones ningún tipo de muestra de afecto o cariño. La infracción a estas u otras normas de actividad heterosexual normal es severamente castigada por los compañeros de estos jóvenes.

La detención policial o la publicidad del hecho no conducen necesariamente a un aumento de la desviación si la situación en la que el individuo fue descubierto por primera vez ocurre cuando todavía tiene a su disposición líneas de acción alternativas. En-

frentado por primera vez a las posibles consecuencias, drásticas y definitivas, de su accionar, puede decidir que no quiere tomar el camino de la desviación y echarse atrás. Si hace la elección correcta, será recibido nuevamente en el seno de la comunidad convencional, pero si hace el movimiento equivocado será rechazado e ingresará en un ciclo de desviación creciente.

En el caso de los drogadictos, Ray (1961) ha demostrado lo difícil que es revertir ese ciclo. Señala que los drogadictos con frecuencia intentan curarse y que el motivo subyacente a estos intentos es el esfuerzo por demostrar a los no adictos cuya opinión respetan que en realidad no son tan malos como se piensa. Cuando logran dejar con éxito su adicción, descubren consternados que la gente los sigue tratando como si fuesen adictos (aparentemente bajo la premisa de que "el yonqui es yonqui hasta que se muere").

El último escalón en la carrera de un desviado es integrarse a un grupo desviado organizado. Cuando una persona da el paso definitivo y se integra a un grupo organizado —o cuando se da cuenta y acepta el hecho de que ya lo integra— el impacto sobre la imagen que tiene de sí misma es muy fuerte. Una drogadicta me dijo una vez que el momento en que sintió que estaba realmente "enganchada" fue cuando cayó en la cuenta de que ya no tenía amigos que no fueran drogadictos.

Los miembros de un grupo desviado organizado tienen por supuesto algo en común, su desviación, que les hace sentir que comparten un destino, que están en el mismo barco. De ese sentimiento de destino compartido y de tener que enfrentar los mismos problemas surge una subcultura desviada: un conjunto de nociones y puntos de vista acerca de lo que es el mundo y de cómo lidiar con él, y un conjunto de rutinas basadas en esas nociones. La inclusión en tales grupos solidifica la identidad desviada.

Pasar a formar parte de un grupo desviado organizado tiene diversas consecuencias en la carrera del desviado. En primer lugar, los grupos desviados tienden a racionalizar su posición más que los individuos desviados aisladamente. Llevados al extremo, elaboran una complicada justificación histórica, legal y psicológica para su accionar. La comunidad homosexual nos brinda en este sentido un buen ejemplo. Las revistas y los libros de homosexuales y

para homosexuales incluyen artículos sobre homosexuales famosos de la historia, artículos sobre la biología y fisiología del sexo pensados para demostrar que la homosexualidad es una conducta sexual "normal" y artículos legales que abogan por las libertades civiles de los homosexuales.⁹ Tomado en conjunto, todo ese material constituye una filosofía funcional para el homosexual activo que le explica por qué es como es, le cuenta que ha habido otros como él y le dice por qué está bien que él sea así.

La mayoría de los grupos desviados cuentan con alguna lógica (o "ideología") de autojustificación, aunque muy pocas son tan elaboradas como la de los homosexuales. Si bien, como señalamos anteriormente, esa lógica opera para neutralizar los sentimientos que los desviados puedan sentir contra sí mismos, también cumple otra función: le brinda al individuo los argumentos para continuar la línea de acción que ha tomado. La persona que ha logrado acallar sus dudas adhiriendo a esa lógica pasa a un tipo de desviación más consistente y normativo, algo que no hubiese sido posible de no haberla aceptado.

Lo segundo que ocurre cuando la persona ingresa en un grupo desviado es que aprende a llevar a cabo sus actividades desviadas con un mínimo de obstáculos. Todos los problemas que enfrenta para evadir la aplicación de la ley que está infringiendo ya han sido sorteados por otros antes que él, y las soluciones ya existen. Así, el novel ladrón conoce ladrones más experimentados que le explican cómo deshacerse de la mercancía robada sin correr el riesgo de ser atrapado. Todo grupo desviado cuenta con un enorme acervo de tradiciones sobre esos temas, y el nuevo recluta lo incorpora rápidamente.

De esa manera, al ingresar en un grupo desviado organizado o institucionalizado, es más probable que el individuo continúe por el camino de su desviación. Por un lado, ha aprendido cómo evitarse problemas, y por el otro, ha incorporado una lógica que le permite continuar sin reprochárselo.

⁹ Las revistas de este tipo que he consultado son *One* y *The Mattachine Review*.

Existe un hecho más que vale la pena mencionar. Las diferentes lógicas de los grupos desviados suelen incluir un repudio generalizado contra las normas morales convencionales, las instituciones y el mundo de las convenciones en general. Examinaremos en detalle una subcultura desviada más adelante, cuando analicemos el caso de los músicos de baile.

3. Convertirse en un consumidor de marihuana.

Una cantidad desconocida, aunque probablemente grande, de estadounidenses consume marihuana, y lo hacen a pesar de que es ilegal y está mal visto.

El fenómeno del consumo de marihuana ha recibido mucha atención, en particular por parte de los psiquiatras y de los integrantes de la fuerza policial. Como suele ocurrir con los comportamientos considerados desviados, las investigaciones realizadas se concentran en una pregunta: ¿por qué lo hacen? Los intentos de explicar el consumo de marihuana se apoyan sobre todo en la premisa de que cualquier comportamiento particular de un individuo responde a algún rasgo que lo predispone o motiva a comportarse de esa manera. En el caso del consumo de marihuana, generalmente se considera que ese rasgo es psicológico, como una necesidad de fantasía y evasión de problemas mentales que el individuo es incapaz de enfrentar (como ejemplos de este enfoque, véanse Marcovitz y Meyers, 1944; Gaskill, 1945; Charen y Perelman, 1946).

No creo que esas teorías sirvan para explicar adecuadamente el consumo de marihuana. De hecho, este consumo constituye un caso interesante para las teorías de la desviación, pues ilustra el desarrollo de las motivaciones desviadas en el curso de la experiencia de la actividad desviada misma. En pocas palabras, no son las motivaciones desviadas las que conducen al comportamiento desviado, sino al revés: es el comportamiento desviado el que, con el tiempo, genera motivaciones desviadas. Impulsos y deseos vagos —que, en el caso de la marihuana, probablemente la mayoría de las veces sea la curiosidad por el tipo de experiencia que la droga puede producir— se transforman en patrones de comportamiento bien definidos

debido a la interpretación psicológica de una experiencia física que es en sí misma ambigua. El consumo de marihuana es funcional al concepto que de la marihuana y sus posibles usos tiene el individuo, y ese concepto se desarrolla a medida que la experiencia del individuo con la droga aumenta.¹⁰

La investigación consignada en este y el próximo capítulo analiza la carrera del consumidor de marihuana. En este capítulo, observamos el desarrollo de la experiencia física inmediata del consumidor de marihuana. En el siguiente, consideraremos el modo en que reacciona a los diversos controles sociales que han proliferado alrededor del consumo de la droga. Lo que aquí intentamos comprender es la secuencia de cambios en las actitudes y experiencias que conducen *al consumo de marihuana por placer*. Esta manera de plantear el problema exige una breve explicación. La marihuana no produce adicción, al menos no en el sentido en que lo hacen el alcohol y los opiáceos. El consumidor no experimenta síndrome de abstinencia ni exhibe una necesidad irrefrenable de consumirla (véase Adams, 1942). El patrón de consumo más frecuente podría ser calificado como "recreativo". La droga es consumida ocasionalmente por el placer que el consumidor encuentra en ella, un tipo de comportamiento relativamente casual si se lo compara con el consumo de drogas adictivas. El informe de la Comisión sobre la Marihuana del Alcalde de Nueva York hace énfasis en este punto:

Una persona puede ser fumadora empedernida durante un período prolongado de tiempo y dejar la droga voluntariamente sin experimentar ninguna necesidad imperiosa ni exhibir síndrome de abstinencia, y puede retomar el consumo un tiempo después. Otros pueden convertirse en consumidores ocasionales que fuman uno o dos cigarrillos por semana, o sólo cuando el "entorno social" los invita a sumarse. De tanto en tanto, cuando

10 Este punto de vista teórico surge del debate sobre el tema en el libro de George Herbert Mead, *Mind, Self and Society* (1934), pp. 277-280.

alguno de nuestros investigadores se relacionaba con un consumidor de marihuana y sacaba el tema del consumo, la conversación derivaba invariablemente en la sugerencia de conseguir algunos cigarrillos de la droga. Buscaban alguna "casa de hierbas" y, si la encontraban cerrada, el fumador y nuestro investigador retomaban tranquilamente su actividad previa, ya fuese una charla sobre la vida en general o un juego de pool. El fumador no mostraba signos visibles que indicaran frustración por no haber logrado satisfacer su deseo de la droga. Consideramos que este punto es sumamente significativo por su contraste con la experiencia de los consumidores de otros narcóticos. Una situación similar, pero con un adicto al consumo de morfina, cocaína o heroína, habría resultado en una actitud compulsiva por parte del adicto para conseguir la droga. De no lograrlo, manifestaría signos evidentes de frustración física y mental. En base a esta evidencia, podemos presumir que el consumo de marihuana no está asociado a una verdadera adicción en el sentido médico del término.¹¹

Al hablar de "consumo por placer" intento enfatizar el carácter casual y no compulsivo del comportamiento. (También me propongo aquí dejar fuera de consideración a esos pocos individuos que consumen marihuana sólo por el prestigio que confiere, como emblema de que pertenecen a cierta clase de personas, pero que no obtienen placer alguno de su consumo.)

La investigación que me propongo reportar a continuación no fue diseñada para convertirse en una prueba crucial de las teorías que relacionan el consumo de marihuana con algún rasgo psicológico del consumidor. Sin embargo, demuestra que las explicaciones psicológicas son insuficientes en sí mismas para dar cuenta del

11 Comisión sobre la Marihuana del Alcalde de Nueva York, *The Marijuana Problem in the City of New York*, Lancaster, Pensilvania, Jacques Cattell Press, 1944, pp. 12-13.

consumo de esa droga, y que quizás hasta son innecesarias. Los investigadores que intentan probar esas teorías psicológicas se han topado con dos grandes dificultades que nunca resolvieron satisfactoriamente y que la teoría que aquí se expone logra evitar. En primer lugar, las teorías basadas en la existencia de una predisposición psicológica tienen problemas para dar cuenta de ese grupo de consumidores —una proporción considerable de los casos consignados en cada estudio— que no exhiben el rasgo o rasgos que se consideran como la causa del consumo (véanse Kolb, 1938, y Bromberg, 1939, p. 11). En segundo lugar, los enfoques psicológicos tienen problemas para explicar la enorme variabilidad que exhibe a lo largo del tiempo la conducta de un individuo determinado respecto de la droga. Es posible que la misma persona que quizás en algún momento no logró consumir la droga por placer, en una instancia posterior pueda y tenga ganas de hacerlo, y luego nuevamente no pueda consumir la droga con ese fin. Esos cambios, tan difíciles de explicar desde una teoría basada en las necesidades de “escape” del consumidor, son fácilmente comprensibles si se los entiende como cambios en la concepción que el consumidor tiene de la droga. De la misma manera, si pensamos en el consumidor de marihuana como alguien que ha aprendido a ver en ella una fuente de placer, no tendremos dificultad alguna en aceptar la existencia de consumidores psicológicamente “normales”.

Al realizar este estudio, he utilizado como método la inducción analítica. Me propuse llegar a un postulado general de la secuencia de cambios de experiencia y actitud que se produjeron en el individuo toda vez que pudo y tuvo ganas de consumir marihuana por placer, y que nunca se produjeron o no persistieron en personas que no querían consumir marihuana por placer. El método exige que *todos* los casos reunidos en esta investigación confirmen la hipótesis. De encontrarse un caso que no lo haga, la investigación debe cambiar su hipótesis por una que pueda contener también el caso que vino a demostrar la falsedad de la primera.¹²

12 Este método fue descrito por primera vez por Alfred R. Lindesmith en *Opiate Addiction* (1947), cap. 1. La bibliografía que discute este

Para desarrollar y poner a prueba mi hipótesis sobre la génesis del consumo de marihuana por placer, hice cincuenta entrevistas a consumidores de marihuana. Cuando realicé esta investigación, yo trabajaba de manera profesional como músico de baile, y mis primeras entrevistas fueron a personas que había conocido en el negocio de la música. Les pedí que me pusieran en contacto con otros consumidores que estuviesen dispuestos a compartir sus experiencias conmigo. Unos colegas que trabajaban en un estudio sobre los consumidores de drogas opiáceas me proporcionaron algunas entrevistas que, además de información sobre opiáceos, contenían suficiente material para poner a prueba mi hipótesis.¹³ Aunque finalmente la mitad de las entrevistas fueron realizadas a músicos, la otra mitad cubrió un espectro de gente muy amplio, incluyendo obreros manuales, maquinistas y gente de otros oficios. La muestra no es, por supuesto, "aleatoria" en ningún sentido: realizar un muestreo aleatorio sería imposible, ya que nadie conoce la naturaleza del universo en el que debería hacerse.

En mis entrevistas con consumidores, me concentré en la historia de la experiencia de cada persona con la marihuana, haciendo hincapié en los momentos en que se habían producido cambios importantes en su actitud respecto de la droga y en su consumo, así como en las razones de esos cambios. Siempre que fue posible y adecuado, utilicé la jerga de cada consumidor.

La teoría comienza con la persona que ha llegado al punto de tener ganas de probar la marihuana. (Discutiré cómo llegó a ese punto en el próximo capítulo.) Esa persona sabe que los demás consumen marihuana para "volarse", pero no sabe concretamente lo que esto significa. Siente curiosidad y desea experimentar, sin saber bien cómo resultará, y teme que sea más de lo que esperaba. Si da los pasos que se explican a continuación y mantiene la actitud que se describe en ellos, esa persona podrá

método es abundante. Véase, en particular, Turner, 1953, y la bibliografía allí citada.

13 Quiero agradecer a Solomon Kobrin y Harold Finestone por facilitarme ese material.

y tendrá ganas de consumir la droga por placer cuando la oportunidad se le presente.

APRENDER LA TÉCNICA

Normalmente el novato no logra "volarse" la primera vez que fuma marihuana, y por lo general son necesarios varios intentos para inducirle ese estado. Una explicación posible es que la droga no ha sido fumada "correctamente", vale decir, de manera de asegurar una dosis suficiente para producir verdaderos síntomas de intoxicación. La mayoría de los consumidores coincide en que si uno quiere volarse, la marihuana no debe fumarse como si fuese tabaco:

Hay que aspirar mucho aire, y... no sé cómo explicarlo, pero no se fuma como un cigarro, hay que aspirar mucho aire y hasta el fondo de tu sistema, y mantenerlo ahí. Mantenerlo ahí lo más que se pueda.

Si no se utiliza una técnica como ésa,¹⁴ la droga no producirá efectos, y el consumidor no los sentirá:

El problema es que esa gente [que no logra volarse] simplemente fuma mal, eso es todo. O no contienen el aire el suficiente tiempo, o inhalan demasiado aire y poco humo, o al revés, o algo por el estilo. Hay mucha gente que no sabe fumar, nada más, así que es natural que no sientan nada.

Si no siente nada, es evidente que el consumidor no desarrollará una idea de la droga como fuente de placer, y no volverá a consu-

14 Un farmacólogo comenta que este ritual es de hecho una manera sumamente eficaz de hacer llegar la droga al torrente sanguíneo (véase Walton, 1938, p. 48).

mir. El primer paso de la secuencia de eventos que deben producirse para que la persona se convierta en consumidora es el aprendizaje de la técnica para fumar correctamente, para que el consumo de la droga le produzca efectos que lo hagan cambiar su concepción de ella.

Ese cambio es, como podría esperarse, el resultado de la participación del individuo en grupos que consumen marihuana. En ellos, el individuo aprende el modo correcto de fumar la droga, lo que puede ocurrir por enseñanza directa:

Yo estaba fumando como se fuma el tabaco. Él me dijo: "No, así no". Dijo: "Absorbelo, ¿entendés?, aspiralo y mantenelo en los pulmones hasta que... por un tiempo". Yo pregunté: "¿Hay algún límite de tiempo?". Me dijo: "No, nada más hasta que sientas que querés dejarlo salir, y lo dejás salir". Así que lo hice tres o cuatro veces.

A muchos consumidores novatos los avergüenza admitir su ignorancia y fingen saber hacerlo, de modo que deben aprender de maneras más indirectas, como la observación o la imitación:

Me comportaba como si hubiese fumado [marihuana] muchas veces antes, ¿entendés? No quería quedar como un tonto frente al tipo. Yo no sabía nada de nada del asunto, ni cómo fumar, ni lo que iba a pasar, ni nada. Yo no le sacaba los ojos de encima ni un segundo, lo observaba como un halcón, porque quería hacer exactamente lo mismo que él. Miré cómo lo sostenía, cómo lo fumaba, todo. Después, cuando me lo pasó, yo me mostré tranquilo, como si nada, como quien conoce perfectamente la situación. Lo sostuve como lo había hecho él y fumé una bocanada igual que él.

Ninguno de los entrevistados continuó consumiendo marihuana por placer sin aprender una técnica que suministrara la dosis suficiente para que aparecieran los síntomas de la droga, y la idea de

la droga como fuente de placer sólo surgió una vez aprendida esa técnica. Sin una idea de la marihuana como fuente de placer, el consumo no tenía sentido y no continuó.

APRENDER A PERCIBIR LOS EFECTOS

Incluso después de aprender la técnica adecuada para fumar, puede ocurrir que el consumidor de todos modos no “se vuele”, y que por lo tanto no se forme una idea de la droga como fuente de placer. Un consumidor hizo un comentario que deja entrever las razones de esta dificultad para volarse y apunta al siguiente paso en el camino para convertirse en consumidor:

De hecho, yo vi a un tipo que estaba volado de la cabeza y no se daba cuenta.

[¿Cómo puede ser?]

Bueno, ya sé que es bastante extraño, pero te juro que es así, yo lo vi. Y el tipo me hablaba, me decía que no estaba volado y estaba completamente drogado. Y seguía insistiendo en que no estaba volado, así que tuve que probarle que sí lo estaba.

Esto sugiere que “estar volado” se compone de dos elementos: de la presencia de los síntomas causados por el consumo de marihuana, y de la identificación de esos síntomas y de su conexión con la droga por parte del consumidor. No alcanza con que los síntomas estén presentes. Por sí solos, no desencadenan automáticamente la experiencia de “estar volado”. Para tener esa experiencia, es necesario que el consumidor sea capaz de identificar en sí mismo esos síntomas y conectarlos conscientemente con el hecho de haber fumado marihuana. De lo contrario, y sin importar los efectos reales que se produzcan, él seguirá afirmando que la droga no le ha hecho efecto: “Yo pensaba que a mí la droga no me hacía efecto o que los demás exageraban los efectos que les producía. Creía que estaban sugestionados, ¿entendés?”. Esas per-

sonas creen que no se trata más que de una ilusión y que el deseo de volarse del consumidor lo lleva a engañarse a sí mismo hasta creer que le está pasando algo cuando en realidad no le sucede nada. Por lo tanto, no vuelven a consumir marihuana porque sienten que a ellos “no les hace nada”.

Por lo general, sin embargo, el novato tiene fe —una fe desarrollada a partir de su observación de los consumidores cuando están volados— en que la droga verdaderamente lo hará experimentar sensaciones nuevas, y sigue intentando hasta que lo consigue. Si no logra volarse, seguramente se preocupará, y es probable que lo comente con consumidores más experimentados o les pida su opinión sobre el tema. En el transcurso de esas charlas, el novato se enterará de detalles específicos de su experiencia con la droga que había pasado por alto, o que había advertido pero no había identificado como síntomas causados por la droga:

La primera vez no me volé (...). Creo que no contuve el humo lo suficiente. Es probable que lo haya dejado salir, por temor, ¿entendés? La segunda vez no estaba seguro, y le pregunté [a un compañero fumador] por los síntomas o algo, y me dijo... hizo que me sentara en un banco, creo que era en la barra de un bar, y me dijo: “Dejá los pies colgando”, y después, cuando me bajé, tenía los pies fríos, muy fríos.

Y fue ahí que empecé a sentirlo, ¿sabés? Ésa fue la primera vez. Y una semana después de eso, muy poco tiempo después, realmente quedé volado. Fue la primera vez que tuve un imparable ataque de risa. Ahí supe que estaba volado de verdad.

Uno de los síntomas que produce la marihuana es un hambre intensa. En el caso siguiente, el fumador principiante se vuelva por primera vez y advierte este síntoma:

Todos se reían a carcajadas de mí, porque no podía parar de comer. Embuchaba comida y más comida, y los otros no paraban de reírse. Por momentos yo los miraba

y me preguntaba de qué se estarían riendo tanto, sin darme cuenta de lo que hacía. [¿Y finalmente te dijeron de qué se reían?] Sí, claro, entonces voy y les digo: “¿Qué pasa, de qué se ríen?”. Yo pregunté como si nada, así: “¿Qué está pasando?”, y de pronto me sentí incómodo, ¿entendés? “¡Pero si estás volado, hombre! ¡Estás de la cabeza!”, me dijeron. Y yo: “No, ¿te parece?”. Como que no me daba cuenta de lo que pasaba.

El aprendizaje puede también producirse de maneras más indirectas:

Escuchaba los comentarios al pasar de otras personas. Alguien había comentado, por ejemplo, que sentía las piernas pesadas, pero no recuerdo todos los comentarios que hicieron porque yo estaba prestando minuciosa atención a todas esas pistas de lo que se suponía que debía sentir.

Es así que el novato, ansioso de experimentar la sensación, recoge de los demás todas esas referencias concretas que completan el sentido de “estar volado” y aplica esas nociones a su propia experiencia personal. Gracias a esos nuevos conceptos, el principiante logra situar esos síntomas en el panorama de sus propias sensaciones y reconocer que experimenta las cosas de manera “diferente” cuando consume la droga. Sólo cuando ha realizado este proceso puede decir que está drogado. En el siguiente caso, el contraste entre dos experiencias sucesivas de un consumidor pone en evidencia la crucial importancia de la autoconciencia de los síntomas característicos de “estar volado” y el rol fundamental que cumple la interacción con otros usuarios en la incorporación de los conceptos que hacen posible esa autoconciencia:

[¿Quedaste volado la primera vez que fumaste?] Sí, seguro. Aunque ahora que lo pienso, me parece que en realidad no. O sea, creo que la primera vez fue como una borrachera leve. Estaba alegre, o sea, bueno, me enten-

dés. Pero yo en realidad no sabía que estaba volado, ¿sabés? Recién me di cuenta que la primera vez estaba volado cuando fumé por segunda vez. Recién entonces entendí que pasaba algo diferente.

[¿Cómo te diste cuenta?] ¿Que cómo me di cuenta? Si te hubiera pasado lo que me pasó a mí esa noche, creeme, también te habrías dado cuenta, te lo aseguro. Tocamos la primera canción durante casi dos horas. ¡La misma canción! ¿Te imaginás? Nos subimos a la tarima y tocamos esa misma canción. Empezamos a las nueve en punto. Cuando terminamos, miré el reloj y eran las once menos cuarto. Casi dos horas con la misma canción, y parecía que no era nada.

O sea, ya sabés, te produce eso. Es como si el tiempo te durara mucho más o algo así. Me di cuenta de que si me estaba pasando algo así era porque estaba volado de verdad. Y después me explicaron que te hace eso, que uno tiene una percepción distinta del tiempo y esas cosas. Así que supe que era eso. Fue ahí que me di cuenta. Es probable que la primera vez también me haya sentido así, puede ser, pero yo no entendía lo que estaba pasando.

El fumador novato sólo continuará el consumo de marihuana por placer cuando logre estar drogado en este sentido. En todos los casos en los que el consumo continuó, el consumidor había adquirido los conceptos necesarios para explicarse a sí mismo el hecho de que estaba experimentando sensaciones nuevas causadas por la droga. Vale decir que para que el consumo continúe, es necesario no sólo consumir la droga con el objeto de sentir sus efectos, sino también aprender a percibir esos efectos cuando se producen. De esta manera, la marihuana se convierte para el consumidor en una sustancia de la que puede obtener placer.

A medida que acrecienta su experiencia, el consumidor desarrolla una percepción más aguda de los efectos de la droga: sigue aprendiendo cómo volarse. Durante sus experiencias subsi-

güientes, presta gran atención a los nuevos efectos que pueda sentir, y se asegura de que se vuelvan a producir los que ya reconoce. Desarrolla así un conjunto estable de categorías destinadas a experimentar los efectos de la droga y cuya existencia permite al consumidor reconocer, y por lo tanto sentir, esos efectos con facilidad.

A medida que incorporan este conjunto de categorías, los consumidores se convierten en conocedores. Como los expertos en vinos finos, son capaces de especificar dónde creció determinada planta y en qué época del año fue cosechada. Si bien por lo general es imposible corroborar si esas apreciaciones son correctas, sí es cierto que son capaces de distinguir entre diferentes partidas de marihuana, no sólo por la intensidad de sus efectos, sino también por los diferentes tipos de síntomas que producen.

Para que el consumo continúe, la capacidad para percibir los efectos de la droga debe persistir. Si se pierde, el consumo se detiene. Hay dos tipos de evidencia que apoyan esta afirmación. En primer lugar, quienes se vuelven alcohólicos o adictos a los barbitúricos o los opiáceos dejan de fumar marihuana, en gran medida porque pierden la capacidad de distinguir entre sus efectos y los de otras drogas.¹⁵ Ya no reconocen si la marihuana les hace efecto. En segundo lugar, los pocos casos de individuos que consumen marihuana en cantidades suficientes como para estar drogados todo el tiempo son propensos a sentir en determinado momento que la droga no les hace efecto, pues desaparece el elemento perceptible esencial que marca la diferencia entre sentirse drogado y sentirse normal. Es probable que en esa situación el consumo cese por completo, pero temporalmente, hasta que el consumidor sea capaz de percibir nuevamente la diferencia.

15 "Los fumadores han afirmado repetidamente que consumir whisky mientras se fuma reduce la potencia de la droga. Cuando beben whisky les cuesta mucho 'volarse', y por lo tanto mientras fuman 'hierba' no beben" (Comisión sobre la Marihuana del Alcalde de Nueva York, *The Marihuana Problem in the City of New York*, ob. cit., p. 13).

APRENDER A DISFRUTAR DE LOS EFECTOS

Es necesario un paso más para que el consumidor que ya ha aprendido a volarse siga consumiendo: debe aprender a disfrutar de los efectos que acaba de aprender a reconocer. Las sensaciones producidas por la marihuana no son ni automática ni necesariamente placenteras. El gusto por ese tipo de experiencia se adquiere socialmente, de manera no muy diferente que el gusto por las ostras o el martini seco. El consumidor se mareo y siente sed. Tiene hormigueos en el cuero cabelludo y pierde noción del tiempo y las distancias. ¿Son sensaciones placenteras? No está del todo seguro. Para convertirse en un consumidor de marihuana, deberá decidir que lo son. De lo contrario, aunque se sienta realmente volado, será una experiencia desagradable que preferirá evitar.

La primera vez, los efectos de la droga pueden resultar físicamente desagradables, o al menos ambiguos:

Empezó a hacerme efecto y yo no sabía lo que me pasaba, lo que era, y me empecé a sentir mal. Caminaba por la habitación de un lado a otro, tratando de que se me pasara. Tenía miedo al principio. No estaba acostumbrado a sensaciones como ésas.

Además, si el principiante interpreta ingenuamente lo que le está pasando, es probable que se confunda y atemorice aún más, en especial si llega a la conclusión, como le pasa a muchos, de que se está volviendo loco:

Sentí que me estaba volviendo loco. Me irritaba todo lo que los demás hacían. No podía mantener una conversación, y mi mente divagaba, y me pasaban cosas rarísimas por la cabeza... no sé, como escuchar música de otra manera... En esos momentos tengo la sensación de que no puedo hablar con nadie, soy un completo ganso.

Si en sus primeras experiencias el fumador tiene esas sensaciones típicas de temor y displacer, no seguirá consumiendo a menos que aprenda a redefinir esas sensaciones y considerarlas placenteras:

Me ofrecieron, y probé. Te voy a decir una cosa: no lo disfruté para nada. Quiero decir, no era nada que yo pudiera disfrutar. [Bueno, pero ¿te volaste al fumar?] Sí, claro, por supuesto, tuve sensaciones muy definidas, pero no me gustaron. O sea, tuve un montón de reacciones, pero sobre todo reacciones de temor. [¿Tenías miedo?] Sí. No lo disfrutaba, no podía relajarme. Y si uno no puede relajarse con algo, no puede disfrutarlo, creo yo.

En otros casos, las primeras experiencias también fueron definitivamente desagradables, pero la persona igual se convirtió en consumidor habitual. Esto sucedió, sin embargo, sólo después de una experiencia posterior que le permitió redefinir sus sensaciones y considerarlas placenteras:

[La primera experiencia de este hombre fue extremadamente desagradable para él, con distorsión de las relaciones espaciales y los sonidos, violentos ataques de sed y el pánico causado por estos síntomas.] Después de esa primera vez, no volví a probar digamos por... diez meses o un año. No por un problema de tipo moral, sino porque me había asustado mucho estar tan volado, y no quería volver a pasar por lo mismo. Quiero decir, mi reacción fue, "Bueno, si a eso le llaman estar volado, yo paso". Así que no volví a fumar durante casi un año, a causa de eso...

Después, bueno, mis amigos empezaron a fumar, y en consecuencia, yo volví a fumar. Pero ya no me pasó más... Cuando volví a fumar no tuve nunca más esa sensación de la primera vez.

[Interactuando con sus amigos, aprendió a encontrar placer en los efectos de la droga y finalmente se convirtió en un consumidor regular.]

En ningún caso el consumo continuó sin que el fumador redefiniere los efectos de la droga como placenteros.

Típicamente, esa redefinición se produce en la interacción con consumidores más experimentados, quienes de diversas maneras enseñan al principiante a encontrar placer en esa experiencia en un principio tan atemorizadora (Charen y Perelman, 1946, p. 679), minimizando la gravedad de las sensaciones desagradables, asegurándole que son transitorias, y llamando a su vez su atención sobre los efectos más placenteros. Un fumador experimentado describe el modo en que se encarga de los neófitos de la siguiente manera:

Bueno, lo que sucede es que a veces quedan realmente muy volados. El promedio de la gente no está lista para algo así, y a veces se asusta. O sea, saben lo que es estar alegre por el trago [alcohol], pero cuando fuman se vuelan mucho más que nunca y no entienden lo que les pasa. Creen que van a seguir subiendo y subiendo, que van a perder la cabeza o a empezar a hacer cosas raras, o algo así. Hay que tranquilizarlos, explicarles que no se están volviendo locos ni nada, que van a estar bien. Y contarles tu propia historia, decirles: "A mí me pasó lo mismo. Después de un tiempo aprendés a disfrutarlo". Hay que hablarles así un rato, y en seguida se tranquilizan y pierden el miedo. Además, te ven fumar sin que te pase nada horrible, y eso les da mucha más confianza.

El consumidor experimentado también puede enseñar al principiante a regular con más cuidado la cantidad que fuma, para así evitar los síntomas desagradables más severos sin perder las sensaciones placenteras. Finalmente, le enseña al neófito que "después de un tiempo llegará a gustarle", y a redefinir como placenteras esas experiencias ambiguas que hasta el momento consideraba desagradables. En el siguiente episodio, el consumidor más antiguo es una persona cuyo gusto se modificó en este sentido, y sus comentarios al respecto ayudaron a otros a redefinir sus conceptos de la misma manera:

Una neófito había experimentado por primera vez los efectos de la marihuana y estaba aterrada, histérica. Sentía "que estaba mitad dentro y mitad fuera del salón" y experimentaba un sinnúmero de síntomas físicos alarmantes. Uno de los presentes con más experiencia dijo: "Está imposible porque está muy volada. Yo daría cualquier cosa por estar tan volado, hace años que no me pasa".

En resumen, una vez que se ha desarrollado el gusto por algo, lo que en su momento resultaba atemorizante y desagradable se convierte en algo placentero, deseado y buscado. El disfrute llega por la valoración favorable de la experiencia que uno aprende de los otros. En caso contrario, el consumo no continuará, pues la marihuana no será para el consumidor una sustancia de la que pueda obtener placer.

Además de ser un paso necesario para convertirse en consumidor, ésta es una de las condiciones más importantes para que el consumo continúe. Es bastante común que los fumadores experimentados sufran alguna experiencia ingrata o atemorizadora que no pueda calificarse como agradable, ya sea porque han consumido mayor cantidad de marihuana que de costumbre o porque la marihuana que fumaron resultó ser de mejor calidad que la esperada. El consumidor tiene sensaciones que van más allá de cualquier idea previa sobre lo que implica estar volado, y se encuentra entonces en una situación bastante similar a la del novato, incómodo y atemorizado. Es posible que lo atribuya a una sobredosis, y en el futuro simplemente sea más cuidadoso, pero también puede ocurrir que aproveche la ocasión para repensar su relación con la droga y llegue a la conclusión de que ya no le produce placer. Cuando esa reevaluación no concluye que la droga sigue siendo una fuente de placer, el consumo se detiene.

La probabilidad de que esa redefinición se produzca depende de las relaciones del individuo con otros consumidores. Si esos vínculos son intensos, la persona es rápidamente persuadida de que no hay razones para temer los efectos del consumo de marihuana. En el caso que presento a continuación, por el contrario,

la experiencia fue tan inquietante que como consecuencia del incidente la persona prácticamente cortó toda vinculación con otros consumidores. Dejó de consumir durante tres años y sólo reincidió cuando una serie de circunstancias —entre las más importantes, el restablecimiento de sus vínculos con otros consumidores— la ayudó a redefinir la naturaleza de la droga:

Era demasiado. Apenas le di tres o cuatro pitadas y no podía ni exhalarlas. Estaba tan volado que realmente entré en pánico. Estaba en un sótano y me sentía encerrado, quería salir. El corazón me latía desenfrenadamente, estaba fuera de mí, pensaba que me estaba volviendo completamente loco. Así que quise salir del sótano y ese otro tipo que estaba totalmente volado viene y me dice: "No, no me dejés, no te vayas, amigo. Quedate". Yo no podía.

Salí a la calle, hacía cinco grados bajo cero. Pensé que me iba a morir. Tenía el abrigo abierto y estaba sudando, transpirando. Me sentía revuelto... Me alejé unas dos cuadras y me desmayé detrás de un arbusto. No tengo idea cuánto tiempo pasó. Cuando me desperté, me sentía todavía peor. Era una sensación indescriptible, así que me arrastré hasta un local de bolos y traté de actuar con normalidad, de jugar al pool, algo. Pero no lograba quedarme parado ni sentado, así que me recosté donde se acuestan los tipos que acomodan los palos de bowling. Eso tampoco me ayudó, así que fui hasta el consultorio de un médico. Quería entrar y decirle que por favor pusiera fin a mi sufrimiento... el corazón se me salía por la boca, estaba desesperado... Y me pasé todo el fin de semana completamente loco, viendo cosas, cosas aberrantes de todo tipo, un verdadero infierno, ¿entendés? Así que dejé de fumar durante mucho tiempo...

[Fue al médico, quien definió sus síntomas como producto de una crisis nerviosa causada por los "nervios" y las "preocupaciones". Aunque ya no consumía marihuana, volvió a tener síntomas recurrentes, lo que lo

llevó a sospechar que “habían sido sus nervios”.] Así que dejé de preocuparme, ¿se entiende? Y unos treinta y seis meses después empecé a fumar otra vez. Apenas unas pitadas, ¿entendés? [Primero retomó el consumo en compañía de los mismos amigos consumidores con los que había compartido el incidente originario.]

De esta manera, una persona no comenzará a consumir marihuana por placer a menos que aprenda a definir sus efectos como placenteros, a menos que la droga se convierta y siga siendo para ella una sustancia capaz de producir placer.

En resumidas cuentas, el individuo será capaz de consumir marihuana por placer sólo cuando atraviese un proceso en el que aprenda a concebir la droga como un elemento que puede ser usado para esos fines. Nadie se hace consumidor si en primer lugar no aprende a fumar la droga de manera que produzca efectos reales, si en segundo lugar no aprende a reconocer esos efectos y a conectarlos con el consumo de la droga (en otras palabras, si no aprende a volarse) y, en tercer lugar, si no aprende a disfrutar de esas sensaciones. En el curso de este proceso, desarrolla una disposición y una motivación para consumir marihuana que no estaban ni podían estar presentes cuando empezó a hacerlo, pues dependen de una idea de la droga que sólo puede surgir de la experiencia directa detallada anteriormente. Al completar este proceso, la persona estará deseosa y preparada para consumir marihuana por placer.

En pocas palabras, ha aprendido que la respuesta a la pregunta “¿es divertido?” es afirmativa. La dirección que después tome el curso de su consumo de la droga depende de que la respuesta a esa pregunta siga siendo afirmativa, y de que también sea afirmativa la respuesta a muchos otros interrogantes que aparecen cuando toma conciencia de las implicancias que tiene la desaprobación social que el consumo despierta: “¿Es conveniente?”, “¿Es moralmente correcto?”. Mientras exista en él la capacidad de disfrutar del uso de la droga, el consumo continuará. Las consideraciones sobre la moral y la conveniencia de fumar surgidas de la reacción de la sociedad pueden llegar a interferir con el consumo,

o inhibirlo, pero el consumo seguirá siendo una posibilidad en función de la idea que ese consumidor tenga de la droga. El consumo se vuelve imposible sólo cuando el consumidor pierde la capacidad de disfrutar de la experiencia de estar volado, como consecuencia de un cambio en su percepción de la droga ocasionado por alguna experiencia particular que haya tenido con ella.

4. Consumo de marihuana y control social

Aprender a disfrutar de la marihuana es condición necesaria pero no suficiente para que una persona desarrolle un patrón de consumo estable. Todavía debe enfrentar las poderosas fuerzas de control social que hacen de la actividad algo inconveniente y/o inmoral.

Cuando en una sociedad se produce una conducta desviada —una conducta que contraviene sus normas y valores básicos— uno de los elementos presentes en su advenimiento es la contravención de los controles sociales que funcionan normalmente con el objeto de sostener los comportamientos socialmente valorizados. En sociedades complejas, el proceso puede ser bastante complicado, pues el quebrantamiento de los controles sociales es con frecuencia resultado de la incorporación del individuo a grupos cuya propia cultura y controles sociales operan al margen de los de la mayoría de la sociedad. Hay, por lo tanto, importantes factores que intervienen en la génesis de la conducta desviada y que deben buscarse en los procesos por los cuales el individuo se emancipa de los controles del conjunto de la sociedad y comienza a responder a los de un grupo más reducido.

Los controles sociales afectan la conducta individual, en una primera instancia, a través del uso del poder, mediante la aplicación de sanciones. Las conductas valoradas positivamente son recompensadas y las conductas con valor negativo son castigadas. Si fuese necesario imponer la ley todo el tiempo, sería muy difícil mantener el control, así que se ponen en marcha otros mecanismos más sutiles que cumplen la misma función. Uno de ellos es el control de las conductas que se consigue modificando la noción que tiene la gente de la actividad que debe ser controlada y de la

posibilidad o factibilidad de involucrarse en ella. Esas nociones son inculcadas en determinadas situaciones sociales por personas de estimada reputación y validada experiencia. La información puede estar ordenada de modo tal que el individuo se convenza de que la actividad en cuestión es desagradable, inconveniente o inmoral, y que por lo tanto decida no involucrarse en ella.

Esta perspectiva nos induce a analizar la génesis de la conducta desviada en términos de los eventos que neutralizan la amenaza de sanciones y de las experiencias que revierten ciertos preconceptos, de modo tal que para el individuo esa conducta resulte concebible y posible. En este capítulo, analizo este proceso para el caso del consumo de marihuana. Mi pregunta básica es: ¿cuál es la secuencia de eventos y experiencias por la cual la persona logra llevar adelante el consumo de marihuana a pesar de los elaborados controles sociales puestos en funcionamiento para impedirlo?

Existen muchas fuerzas poderosas que operan para controlar el consumo de marihuana en este país. Se trata de una actividad ilegal y es castigada con penas severas. La ilegalidad de la droga dificulta el acceso a ella y de inmediato interpone obstáculos frente a quien desee consumirla. El consumo en sí puede ser peligroso, y sus consecuencias posibles son el arresto y el encarcelamiento. Además, si la familia, los amigos o el empleador de un consumidor descubren que fuma marihuana, es probable que le imputen todos los rasgos secundarios asociados normalmente con el consumo de la droga. Creyéndolo irresponsable, incapaz de controlar su propia conducta, o incluso demente, pueden castigarlo con todo tipo de sanciones informales pero sumamente efectivas, como el ostracismo o el retiro de todo afecto. Se ha desarrollado finalmente un conjunto de conceptos tradicionales que define la práctica como una violación de los imperativos morales básicos, un acto que conduce a la pérdida de control de sí, a la parálisis de la voluntad y a una eventual esclavitud respecto de la sustancia. Ésa es la visión más extendida de la droga, y es también una poderosa fuerza de control sobre el consumo.

La carrera del consumidor de marihuana puede dividirse en tres etapas, cada una de las cuales representa un cambio distin-

tivo en su relación con los controles sociales de la gran sociedad y los controles sociales de la subcultura donde se practica el consumo. El representante de la primera etapa es el *principiante*, la persona que fuma marihuana por primera vez. La segunda está representada por el *consumidor ocasional*, de consumo esporádico y sujeto al azar. Y la tercera, por el *consumidor habitual*, para quien el consumo se vuelve sistemático y por lo general una rutina diaria.

Primero consideremos los procesos por los cuales los diversos tipos de controles sociales se vuelven progresivamente menos efectivos a medida que los consumidores pasan de una etapa de consumo a la siguiente, o bien la manera en que esos controles resultan efectivos e impiden ese movimiento. Los principales tipos de controles que deben considerarse son: (a) los que limitan el acceso a la droga y a su suministro; (b) los que explotan la necesidad del consumidor de no ser descubierto por los no consumidores, y (c) los que definen la actividad como inmoral. En los niveles y combinaciones que se describen a continuación, la neutralización de estos controles puede ser considerada como una condición esencial para el incremento y continuidad del consumo de marihuana.

PROVEEDORES

El consumo de marihuana está limitado, en primera instancia, por leyes que condenan con severos castigos la posesión y el uso de la droga. El suministro queda por lo tanto restringido a canales ilegales de distribución no siempre accesibles para la gente común. Para que una persona empiece a fumar marihuana, debe integrarse a algún grupo a través del cual tenga acceso al suministro de la droga, grupos que en general se organizan en torno a actividades y valores contrarios a los de la sociedad convencional en su conjunto.

En esos círculos poco convencionales donde ya se consume marihuana, aparentemente es sólo cuestión de tiempo hasta que

la ocasión se presenta y el recién llegado tiene oportunidad de probar:

Yo estaba con mis viejos compañeros de escuela, y uno tenía un poco [de marihuana], así que decidieron volarse un rato y supongo que pensaron que yo también fumaba. Ni me preguntaron, y como yo no quería quedar como sapo de otro pozo tampoco dije nada, y salí con ellos afuera: estaban armando un par de cigarros.

En otros grupos, la marihuana no está al alcance de la mano, pero por su participación en el grupo, el individuo entra en contacto con otros grupos donde la droga es de fácil acceso:

Pero el problema era que no sabíamos dónde conseguir. Ninguno de nosotros sabía dónde conseguir ni dónde averiguar. Bueno, estaba esta chica... que tenía unas amigas negras que habían fumado frente a ella un par de veces. Pero sabía más del tema que cualquiera de nosotros, así que consiguió un poco a través de sus amigas y una noche apareció con un par de porros.

En ambos casos, la participación del individuo en esos grupos fue una condición necesaria para que la marihuana estuviese disponible. También es condición para la siguiente etapa, *dé consumo ocasional*, en la que el individuo fuma marihuana de manera esporádica e irregular. Cuando las experiencias previas del individuo han hecho posible que sea capaz de consumir marihuana por placer, el consumo suele depender al principio de la disponibilidad: consume la droga cuando está con personas que tienen acceso a ella. Cuando no es así, el consumo cesa. Por lo tanto, el consumo fluctúa en función de la disponibilidad que genera su interacción con otros consumidores. Un músico que se encontraba en esta etapa dijo:

Suelo volarme cuando me contratan para tocar, y últimamente no toco casi nunca (...). Hace doce años que es-

toy casado y desde entonces no he hecho demasiado. Tuve que conseguirme un trabajo diurno que no me deja tiempo para tocar música. Y como no me llaman para tocar, no me he drogado mucho realmente.

Como te decía, las únicas veces que realmente me vuelo es cuando me toca trabajar con tipos que fuman, entonces yo fumo también. Así pasaron como seis meses que no me drogaba. Todo ese tiempo sin drogarme. Y como de pronto conseguí este trabajo para tocar durante tres semanas, me la paso volado viernes y sábados. Conmigo funciona así.

[Se observó que durante un período de algunas semanas el consumo de marihuana de este hombre dependió completamente de los otros miembros de su orquesta y de los músicos que pasaban por el local donde tocaban.]

Para avanzar hacia una forma de consumo más sistemática y regular, el consumidor ocasional no puede depender de sus encuentros más o menos casuales con otros consumidores, y debe procurarse una fuente de abastecimiento más estable, lo que implica entablar relaciones con personas que están en el negocio de la venta de narcóticos. Aunque el consumo regular obliga a comprar marihuana en gran cantidad, la compra no suele realizarse con esa intención. Pero una vez realizada, es la cantidad la que hace posible esa clase de consumo, hasta ese momento inviable. El consumidor comienza a realizar esas compras a medida que empieza a responder a los controles de su grupo de consumidores de referencia:

Yo andaba con un grupo de gente que estaba drogada todo el día. Y me acosaban con el tema, la situación ya era incómoda, porque yo nunca tenía hierba para compartir con ellos y retribuirles. Me daba vergüenza... Así que les pregunté dónde podía conseguir un poco, y entonces compré por primera vez.

Además, comprarle directamente al proveedor es más económico, ya que se evitan los intermediarios, y como suele ocurrir

en todos los negocios, el que compra en cantidad consigue un mejor precio.

Sin embargo, para hacer la compra el consumidor debe tener "conexiones", o sea, conocer a alguien que se dedique a la venta de drogas. Como los proveedores operan en la ilegalidad, para hacer negocios con ellos el consumidor deberá saber dónde encontrarlos, y para venderle, los proveedores deberán reconocerlo como alguien confiable. Para una persona cuyas relaciones con grupos de consumidores es sólo casual, la tarea puede ser bastante difícil. Pero a medida que se identifica más con esos grupos y se vuelve digna de su confianza, sus miembros le facilitan la información necesaria y le presentan a los proveedores. Ser identificado como miembro del grupo es también ser identificado como alguien confiable, que puede ocuparse de comprar la droga sin poner en riesgo a los demás.

Incluso cuando la oportunidad se presenta, muchos la dejan pasar. El riesgo latente de ser arrestados les impide intentarlo:

Si fuera de venta libre, probablemente yo tendría siempre marihuana a mano. Pero... [¿Se refiere a si no fuese ilegal?] Sí. [Bueno, entonces usted quiere decir que no quiere involucrarse en...] Bueno, lo que no quiero es estar demasiado involucrado, ¿se entiende? No quiero acercarme demasiado a los traficantes pesados. Nunca fue muy difícil conseguir un poco de hierba, yo simplemente... alguien siempre tiene y te puede dar un poco. Si nunca me crucé con uno de esos vendedores más directos, los camellos, supongo que puede atribuirse al hecho de que nunca tuve necesidad de salir a buscar uno.

Estos temores funcionan mientras la persona no realiza el intento, pues una vez que lo ha conseguido exitosamente, el individuo está en condiciones de utilizar esa experiencia para revisar su apreciación del riesgo que implica: la idea del peligro de la transacción ya no impide la compra. En cambio, el consumidor toma precauciones realistas que admiten, sin exageraciones, la posibilidad de un arresto. Para sentirse seguro, al comprador le alcanza con to-

mar las precauciones básicas dictadas por el sentido común. Aunque muchos de los entrevistados habían realizado compras de marihuana, apenas unos pocos informaron haber tenido algún inconveniente legal, y lo atribuyeron siempre a su falta de precaución.

El consumo regular de quienes logran establecer esas conexiones suele interrumpirse cuando su proveedor habitual desaparece o es arrestado. En esos casos, el consumo regular continúa sólo si el consumidor es capaz de conseguir una nueva fuente de aprovisionamiento. Este joven debió interrumpir el consumo durante un tiempo:

Bueno, Tom fue a la cárcel, lo metieron preso. Entonces Cramer... ¿Cómo fue que pasó? Ah, sí, yo le debía algo de dinero y no lo veía desde hacía tiempo, y cuando lo fui a ver se había mudado y nadie me supo decir dónde había ido a parar el tipo. Ése era mi contacto... [¿Así que no sabías dónde conseguir?] No. [¿Entonces, dejaste de fumar?] Sí.

La inestabilidad de las fuentes de abastecimiento ejerce un control poderoso sobre el consumo regular, y refleja indirectamente las sanciones legales de las que se sirve la comunidad para castigar a quienes trafican con drogas. La fuerza de la ley no controla el consumo disuadiendo de manera directa a los consumidores, sino haciendo que la provisión de la droga sea poco confiable y por lo tanto dificultando aún más el acceso a ella.

Cada una de las etapas del consumo —desde la inicial hasta la rutinaria— tiene entonces su modalidad de aprovisionamiento propia, necesaria para que el consumo se produzca. En este sentido, los mecanismos sociales que operan para limitar la disponibilidad de la droga son los que limitan su consumo. Sin embargo, la participación en grupos donde se consume marihuana genera las condiciones necesarias para que los controles que restringen el acceso a la droga dejen de funcionar. Al formar parte de esos grupos, el consumidor se vuelve más sensible a los controles propios del grupo de consumidores, que presionan para que el indi-

viduo haga uso de las nuevas fuentes de abastecimiento de las que dispone. Los cambios en la forma de aprovisionarse generan a su vez las condiciones para avanzar al siguiente nivel de consumo. En consecuencia, puede decirse que los cambios en los grupos de referencia del individuo conducen a cambios en su nivel de consumo, en tanto afectan sus posibilidades de acceder a la marihuana en un entorno donde la droga sólo se consigue de manera ilícita.

SECRETO

El consumo de marihuana también está limitado en la medida en que el individuo cree realmente que es inconveniente o podría serlo. Esa inconveniencia, real o supuesta, surge del hecho o la creencia de que si quienes no consumen la droga descubren que uno lo hace lo castigarán con sanciones de diverso tipo. La idea que el consumidor tiene de la naturaleza de esas sanciones es muy vaga, pues son muy pocos los fumadores que han tenido alguna vez una experiencia semejante o conocen a alguien que la haya tenido: la mayoría de los consumidores de marihuana viven su desviación en secreto. Si bien el consumidor no sabe específicamente qué esperar en cuanto a los castigos, en líneas generales sus temores son claros: teme ser rechazado por personas cuyo respeto y aceptación necesita tanto en términos prácticos como emocionales. Vale decir que supone que sus relaciones con los no consumidores podrían verse afectadas, o incluso interrumpirse, si descubriesen que hace uso de la droga, y limita y controla su comportamiento según la importancia que tengan para él esos vínculos.

Esta clase de control se desarticula a medida que el consumidor se involucra con otros consumidores y su experiencia con la droga aumenta, pues comprende que, si bien es posible que los no consumidores lo sancionen si se enteran, no hay ninguna necesidad de que se enteren. El consumidor toma más y más conciencia de este hecho en cada etapa de consumo, lo que permite su pasaje al nivel siguiente.

Para el principiante, estas consideraciones son muy importantes, y si quiere consumir no tiene más remedio que sobreponerse a sus miedos. Se siente interpelado por la actitud desenvuelta de los consumidores más experimentados, quienes parecen sentir que los riesgos son mínimos y se entregan al consumo con impunidad. Es probable que quien "prueba una vez" acalle sus temores con pensamientos de este tipo. Gracias a su interacción con otros consumidores, el principiante logra racionalizar la situación y decidirse a consumir.

Su mayor participación en situaciones de consumo le permite al principiante extraer la siguiente conclusión: que la actividad puede ser segura sin importar la frecuencia con que uno se entregue a ella, siempre y cuando uno sea cuidadoso y se asegure de que no haya no consumidores presentes o que puedan interrumpir. Esta perspectiva es requisito previo y necesario para el consumo ocasional, es decir, aquellos casos en que el novato fuma sólo cuando lo invitan los demás. Aunque hace posible esa etapa del consumo, dicha perspectiva no allana el camino para el consumo habitual, ya que el mundo de los consumidores y el de los no consumidores —si bien lo suficientemente separados como para permitir un patrón de consumo ocasional— no están completamente segregados. Al consumidor ocasional los puntos de contacto entre esos dos mundos le resultan peligrosos, y se ve obligado por lo tanto a limitar su consumo a las ocasiones en las que es improbable que esos mundos se toquen.

El consumo habitual o regular, por el contrario, implica una utilización sistemática y rutinaria de la droga que no toma en cuenta esas consideraciones y que prevé la forma de drogarse entre no consumidores. Se trata de una modalidad de consumo que responde a otra actitud frente a la posibilidad de que los no consumidores se enteren: la idea de que el consumo de marihuana puede practicarse bajo las narices de los no consumidores o, alternativamente, en un entramado de relaciones sociales que reduzca al mínimo los contactos con los no consumidores. Sin este cambio de actitud, de nivel de participación, o de ambos, el consumidor está obligado a limitarse al consumo ocasional. El cambio de actitud se produce en función de dos categorías de peligro implicado. Primero, que los no consumidores descubran marihuana en

nuestro poder. Segundo, que seamos incapaces de ocultar los efectos de la droga en compañía de no consumidores.

Las dificultades de un potencial consumidor regular, en términos de la posesión, quedan reflejadas en las observaciones de un joven que intentó sin éxito el consumo regular mientras vivía con sus padres:

No me gustaba tenerla en casa, ¿se entiende? [¿Por qué?] Bueno, pensaba que mi madre la iba a encontrar o algo así... [¿Qué pensás que habría dicho?] No sé, bueno... ellos ni hablan de eso, pero un asunto de drogas o de adicción, en mi caso, habría sido una catástrofe, porque vengo de una familia muy numerosa. Mis hermanas y hermanos pensarían lo peor de mí... [¿Y no querías que eso sucediera?] Y no, la verdad que no.

En estos casos, la perspectiva de las consecuencias que podría acarrearle el descubrimiento de su secreto impide que la persona mantenga las reservas de marihuana necesarias para consumir de manera regular, y su consumo sigue siendo errático, pues depende de encuentros ocasionales con otros fumadores, que no se producen cuando el consumidor lo desea.

A menos que encuentre la manera de superar estas dificultades, la persona sólo avanzará a la etapa de consumo regular cuando se rompan las relaciones que le impedían el consumo. La gente no suele abandonar su hogar o a su familia para poder fumar marihuana con regularidad, pero si por la razón que sea lo hacen, el consumo habitual, hasta entonces proscripto, se vuelve posible. Los consumidores habituales asumidos toman muy en cuenta los efectos que tiene su consumo de marihuana en la formación de nuevos vínculos con los no consumidores:

No me casaría con alguien que se pusiera hostil si yo quisiese fumar [marihuana], ¿me entendés? Quiero decir que no me casaría con una mujer que fuese tan desconfiada para pensar que yo podría hacer algo que... bueno, algo como lastimarme o lastimar a alguien.

Si el consumidor establece vínculos de ese tipo, su consumo tiende a revertirse al nivel de consumo ocasional:

[Este hombre había consumido marihuana de manera bastante intensiva, pero su esposa se oponía.] La principal razón por la que dejé fue, por supuesto, mi esposa. Un par de veces sentí que... no era realmente abstinencia, sino simplemente que tenía ganas de fumar un poco. [No pudo seguir consumiendo la droga más que de forma discontinua, en ocasiones en las que se encontraba lejos de la presencia y el control de su esposa.]

Si la persona ingresa completamente en el grupo de los consumidores, el problema deja de existir en más de un aspecto y el consumo regular es posible, a menos que establezca nuevas relaciones con el mundo convencional.

Si la persona consume marihuana de manera regular y rutinaria, es casi inevitable que tarde o temprano se encuentre en situación de estar "fumada" en compañía de no consumidores a quienes no tiene intenciones de revelar su secreto, pues incluso en las sociedades urbanas esos roles no están completamente aislados el uno del otro. Dada la variedad de síntomas que la droga puede producir, es natural que el consumidor sienta temor de no ser capaz de controlarlos, de que su comportamiento ponga en evidencia su estado y su secreto quede al descubierto. Esos síntomas, como la dificultad para focalizar la atención o sostener una conversación normal, alimentan el temor de que los demás se den perfecta cuenta de las razones de su comportamiento y que lo interpreten automáticamente como un signo del consumo de la droga.

Quienes avanzan a la etapa de consumo regular logran sortear este dilema. Como decíamos antes, es posible que se integren casi completamente a la subcultura del consumo y sus grupos de consumidores. De esa manera, sus contactos con no consumidores cuya opinión podría afectarlos quedan reducidos a su mínima expresión. Como ese aislamiento rara vez es total, el consumidor debe aprender otra manera de sortear ese dilema, y que constituye uno de los principales mecanismos utilizados por quienes no

están completamente segregados del mundo convencional. Se trata de aprender a controlar los efectos de la droga en presencia de no consumidores, para engañarlos y así poder seguir manteniendo relaciones con ellos sin que el secreto salga a la luz. Cuando el consumidor no logra aprender esto, se le presentan una serie de situaciones de las que no se atreve a participar drogado, y el consumo regular no es posible:

Te voy a contar algo que me atormenta, quiero decir, algo realmente terrible. ¿Alguna vez tuviste que enfrentar a tu familia completamente fumado? A mí me aterra. Tener que hablar con mi padre, mi madre o mis hermanos, es demasiado. No puedo, siento que están ahí, escudriñándome, y que saben que estoy fumado. Es una sensación horrible, yo la detesto.

La mayoría de los consumidores siente lo mismo, y sólo avanzan a la etapa de consumo regular si una experiencia como la que se describe a continuación cambia su evaluación de las posibilidades de quedar expuesto:

[¿Lo hacías mucho al principio?] No, no mucho. Como te decía, tenía un poco de miedo. Pero hacia fines de 1948 empecé a hacerlo a fondo. [¿De qué tenías miedo?] Bueno, tenía miedo de volarme y no poder funcionar, o sea, miedo de dejarme llevar para ver qué pasaba. En especial en el trabajo. Cuando estaba volado tenía miedo de lo que pudiera hacer, miedo de pasarme de la raya del todo, de sobreexcitarme y hacer estupideces.

[¿Cómo lo superaste?] Bueno, es como todo. Una noche fumé y de pronto me sentí maravillosamente bien, relajado, ¿se entiende? Estaba realmente en las nubes. Desde esa vez, siempre pude fumar todo lo que se me antojara sin meterme en problemas. Nunca pierdo el control.

La experiencia típica es que el consumidor se encuentre en situación de tener que hacer algo cuando está fumado, algo que está

casí seguro de que no puede hacer en ese estado. Para su sorpresa, descubre que no sólo puede cumplir con su obligación, sino también ocultar a los otros el hecho de que está bajo los efectos de la droga. Después de una o más de estas experiencias, el consumidor llega a la conclusión de que puede mantener su desviación en secreto, de que su cautela había sido hasta entonces excesiva y estaba basada en falsas premisas. Si desea consumir marihuana regularmente, esos temores ya no lo disuaden, pues su propia experiencia confirma la idea de que los no consumidores no tienen por qué enterarse:

[Yo sugerí que a muchos consumidores les resultaba difícil realizar con eficiencia sus tareas cuando estaban fumados. El entrevistado, un operario, me contó la historia de cómo había logrado superar esa barrera.]

A mí en ese sentido no me preocupa. Una vez me pasó algo que me demostró que tengo razón. Yo había ido a una fiesta bastante salvaje la noche anterior. Me volé mucho, con marihuana y alcohol también. Fumé y tomé tanto que a la mañana siguiente cuando fui al trabajo seguía estando completamente de la cabeza. Para colmo, tenía un trabajo importante que hacer. Era un trabajo de precisión, que tenía que salir perfecto. Mi jefe me había preparado para la tarea desde hacía días, explicándome cómo hacerla y demás.

[Fue a trabajar drogado y, hasta donde podía recordar, había hecho el trabajo, aunque no conservaba un recuerdo claro, porque estaba muy volado.]

Alrededor de las cuatro menos cuarto, finalmente logré bajar y pensé: "¡Dios! ¿Qué estoy haciendo?". Así que dejé lo que estaba haciendo y me fui a casa. Apenas dormí en toda la noche. Me atormentaba pensando que había hecho mal el trabajo. A la mañana siguiente, mi jefe le conectó los viejos "mics" a la cosa, y resultó que yo había hecho el trabajo a la perfección.

Así que después de eso simplemente nunca volví a preocuparme. He ido a trabajar completamente de la ca-

beza más de una vez, y no me trae ningún problema en absoluto.

El problema no es igual de importante para todos los consumidores, pues algunos están tan integrados al grupo marginal que la dificultad nunca se les presenta: todos sus compañeros saben que consumen marihuana y no les importa, y sus contactos con el mundo convencional son escasos e intrascendentes. Además, algunos desarrollan una idiosincrasia que les permite funcionar estando volados y que todo pase desapercibido:

Ellos [los otros muchachos del barrio] nunca saben si estoy o no estoy drogado. Por lo general lo estoy, pero no se dan cuenta. Lo que pasa es que siempre, desde la escuela secundaria, tuve fama de ser un poco atolondrado, así que a nadie le llama demasiado la atención lo que hago o dejo de hacer. Y entonces puedo salirme con la mía y estar fumado prácticamente en cualquier lugar y situación.

En resumidas cuentas, las personas limitan su consumo de marihuana de manera proporcional a su temor, sea realista o no, de ser descubiertas por los no consumidores a quienes consideran importantes y que, de descubrir su secreto, podrían castigarlas de alguna manera. Este tipo de control queda neutralizado cuando el consumidor descubre que sus temores son infundados y excesivos, a medida que llega a comprender que se trata de una actividad que puede mantenerse en secreto con relativa facilidad. Cada nivel de consumo se vuelve posible sólo cuando el individuo modifica sus ideas acerca de los riesgos que implica la actividad para poder permitírsela.

MORALIDAD

Las nociones de la moral convencional también ejercen control sobre el consumo de marihuana. Los imperativos morales básicos

que operan en este caso son aquellos que exigen que el individuo sea responsable de su propio bienestar y sea capaz de controlar su comportamiento de manera racional. El estereotipo del drogadicto es el retrato de alguien que viola esos imperativos. La siguiente descripción del consumidor de marihuana detalla las características principales de este estereotipo:

En las etapas iniciales del consumo, se destruye la fuerza de voluntad y se liberan las inhibiciones y represiones. Las barreras morales se rompen y el resultado suele ser la sexualidad y el libertinaje. Cuando existe una inestabilidad mental inherente, la conducta es generalmente violenta. El ególatra tendrá fantasías de grandeza, el tímido sentirá ansiedad, y el agresivo recurrirá con frecuencia a la violencia y el delito. Las predisposiciones latentes se liberan, y aunque el individuo sea consciente de lo que sucede, es incapaz de impedirlo. El consumo constante genera incapacidad laboral y confusión de objetivos. (Anslinger y Tompkins, 1953, pp. 21-22)

A esto debemos sumarle, por supuesto, la noción de que el consumidor se convierte en un esclavo de la droga, de que se entrega voluntariamente a un hábito del que no hay escapatoria. La persona que se toma ese estereotipo en serio se enfrenta a un obstáculo si decide consumir marihuana. No probará la marihuana, ni reincidirá o incrementará su consumo, a menos que acepte una imagen diferente del uso de la sustancia que neutralice el rechazo que le genera ese estereotipo. De lo contrario, hará como la mayoría de los miembros de la sociedad, y se condenará a sí mismo por ser un desviado marginal.

El principiante ha compartido en algún momento este punto de vista convencional. Sin embargo, a medida que aumente su participación como parte del segmento no convencional de la sociedad, es probable que adopte un punto de vista más "emancipado" respecto de los estándares morales implícitos en la caracterización habitual del consumidor de la droga, al menos hasta el punto de no rechazar de plano cualquier actividad poco conven-

cional por la condena social que pesa sobre ella. Observar a otros consumidores puede empujarlo aún más a aplicar su rechazo por los estándares convencionales a la instancia específica del consumo de marihuana. Por lo tanto, suelen ser esos intercambios con otros consumidores los que generan las condiciones necesarias para que el neófito pueda escapar a esa clase de control, al menos lo suficiente como para atreverse a consumir por primera vez.

A medida que su participación en grupos de consumidores acrecienta su experiencia, el novato incorpora una serie de racionalizaciones y justificaciones que le permiten responder a las objeciones que pueden surgir si decide convertirse en un fumador ocasional. Si esas objeciones de moral convencional surgen de sí mismo, encuentra listas las respuestas que necesita para justificarse en el folclore de los grupos de consumidores.

Una de las racionalizaciones más comunes es que las personas convencionales se entregan a prácticas mucho más dañinas, y que un vicio relativamente menor, como fumar marihuana, no puede ser realmente tan grave si cosas como el consumo de alcohol son aceptadas por la mayoría:

[¿Entonces no tomás alcohol?] No, para nada. [¿Por qué?] No sé. No tomo y listo. Bueno, a ver, la cosa es así. Antes de llegar a la edad en que los chicos empiezan a beber yo ya me volaba [con marihuana] y ya había descubierto sus ventajas. Quiero decir, no producía resaca y era mucho más barato. Ésa fue una de las primeras cosas que aprendí. ¿Para qué alcohol? Tomar alcohol es una estupidez. Es tanto más barato fumarse, y no te sentís mal. No quedás arruinado y lleva menos tiempo. Aparte, es algo que crece de la tierra y ya está. Así que antes de beber, yo ya me volaba...

[¿Qué significa que fue una de las primeras cosas que aprendiste?] Bueno, como decía, yo recién estaba empezando a trabajar como músico, y en esos trabajos también podía tomar alcohol. Y mis compañeros siempre decían que era tonto beber. Ellos tampoco bebían.

Existen otras racionalizaciones adicionales que permiten al consumidor decirse a sí mismo que los efectos de la droga, más que perjudiciales, son de hecho beneficiosos:

Yo había fumado un poco y me había hecho sentir... muy animado, y también me generaba mucho apetito. Da mucha hambre. Es probable que para la gente de muy bajo peso sea algo bueno.

En definitiva, y llegado a este punto, el consumidor no hace uso de la droga todo el tiempo. Su consumo es programado: hay ocasiones en las que considera apropiado fumar y otras en las que no. Ser capaz de programar de esta manera su consumo le sirve para probarse a sí mismo que ejerce control sobre la droga y que ésta, al fin y al cabo, es inofensiva. No se considera un esclavo de la droga, pues es capaz de ceñirse a ese cronograma, y en efecto lo hace, sin importar la cantidad de droga que su esquema personal de consumo le permita. El hecho de que haya ocasiones en las que, en principio, no consume marihuana, le sirve para reafirmar su independencia respecto de la droga:

Me encanta fumar y lo hago sobre todo cuando quiero relajarme y descansar, o hacer algo que me gusta mucho, como escuchar un buen disco clásico, o ver una buena película, o algo así, como escuchar algún programa de radio. Son ocasiones en las que quiero disfrutar de algo en lo que no tengo que participar... En verano yo juego al golf, y unos tipos con los que suelo jugar fuman siempre, les encanta volarse mientras juegan, y yo no lo tolero, no sé... Cuando uno participa de algo, quiere que su mente esté enfocada en lo que debe hacer y nada más, y si estás... porque yo creo que te hace relajar... entonces uno no hace las cosas igual de bien.

El individuo que adopte este punto de vista puede convertirse en un consumidor ocasional, pues ha reorganizado sus nociones morales para que esto sea posible. Fundamentalmente, ha incorpo-

rado la noción de que los conceptos de la moral convencional acerca de las drogas en general no se aplican a la marihuana en particular y que, en cualquier caso, no la consume en exceso.

Si el consumo crece hasta convertirse en una práctica regular y sistemática, la cuestión moral puede volver a surgir, pues el consumidor comenzará a verse a sí mismo y a los otros consumidores como el "drogadicto" fuera de control de la mitología popular. Para que el consumo regular continúe, debe convencerse nuevamente de que no se ha pasado de la raya. El problema, así como una de sus posibles resoluciones, quedan plasmados en el siguiente testimonio de un consumidor habitual:

Ya sé que no genera hábito, pero me preocupaba un poco que fuese muy difícil dejar, así que lo intenté. Yo fumaba todo el tiempo, y dejé completamente durante una semana para ver qué pasaba. No pasó nada, así que me tranquilicé. Desde entonces, fumo todo lo que tengo ganas. Por supuesto que no fumaría al punto de esclavizarme o algo así, pero no creo que eso me pueda pasar, a menos que estuviese muy neurótico o algo, y creo que no lo estoy, al menos no hasta ese punto.

La racionalización anterior acerca de los efectos benéficos de la droga puede permanecer inalterable o sufrir profundas reelaboraciones. Pero este último testimonio plantea cuestiones todavía mucho más problemáticas. En vista del aumento y regularidad de su consumo de la droga, el consumidor no está tan seguro de poder controlarlo y teme haberse convertido en esclavo de un mal hábito. Prueba entonces a dejar de fumar, abandona el consumo a la espera de las consecuencias, y cuando nada sucede puede concluir que no tiene motivos para temer.

Sin embargo, el problema es todavía más difícil para algunos consumidores más sofisticados que no siguen las directivas de la moral convencional sino las de la "teoría" psiquiátrica popular. Su consumo personal los preocupa, pero no en los términos convencionales, sino por lo que revela respecto del estado de su salud mental. Aceptan la opinión generalizada acerca de las causas del

consumo de la droga y llegan a la conclusión de que nadie consume drogas en grandes cantidades a menos que "esté mal", a menos que sufra algún desequilibrio neurótico que lo lleve a necesitarlas. En este esquema de pensamiento, fumar marihuana se convierte en un símbolo de debilidad psíquica y, en definitiva, de debilidad moral. Estos prejuicios predisponen al individuo en contra del consumo regular y provocan su regreso al nivel de consumo ocasional, a menos que descubra un nuevo modo de pensarlo.

Bueno, yo me pregunto si lo mejor no será directamente no fumar nada y listo. Es eso lo que te dicen por ahí. Aunque he escuchado a psiquiatras que dicen: "Fumá toda la marihuana que quieras, pero dejá el caballo [heroína] de una vez".

[Bueno, ese parece un consejo razonable.] Sí, pero no son muchos los que pueden hacerlo. Pienso que el 75 por ciento de la gente que fuma, o incluso más, tiene patrones de comportamiento que lo llevan a fumar más y más marihuana para alejarse más y más de la realidad. Creo que yo soy así, pero también creo que soy consciente y puedo luchar contra eso.

En este caso, la idea de que ser consciente del problema es lo mismo que resolverlo responde a una lógica de autojustificación. Cuando el consumidor no encuentra razones que justifiquen su práctica, sigue consumiendo de manera ocasional y explica su consumo en función de la idea que tiene de la teoría psiquiátrica:

Bueno, supongo que las personas que se entregan hasta ese punto a los narcóticos, el alcohol y los estimulantes de ese tipo están buscando probablemente la salida a un problema mucho más grave que el consumidor más o menos ocasional. Yo no siento que esté escapándome de nada. Soy consciente, sin embargo, de que todavía tengo muchos ajustes que hacer... Quiero decir que en mi caso no responde a una neurosis grave o alguna otra disfunción. Pero en el caso de algunas personas que conozco,

gente con problemas crónicos de alcoholismo, o yonquis [adictos a los opiáceos], o fumadores muy habituales, debo decir que el consumo suele ir acompañado de algún desajuste de personalidad.

Existen entonces ciertas nociones de tinte moral, acerca de la naturaleza del consumo de drogas y de los consumidores, que influyen en el consumidor de marihuana. Si es incapaz de descalificar esas nociones o de ignorarlas, directamente no consumirá. Su nivel de consumo, por lo tanto, está ligado a la relevancia que tienen para él estas ideas hasta que las reemplaza por las racionalizaciones y justificaciones propias de los consumidores más avezados.

En resumen, el individuo se sentirá libre de consumir marihuana en la medida en que pueda atribuir esas ideas convencionales a la desinformación de gente extraña, y pueda reemplazar esos conceptos por el punto de vista "de los de adentro" que ha ido adquiriendo gracias a su experiencia con la droga en compañía de otros consumidores.

5. La cultura de un grupo desviado de la norma: el músico de baile

Aunque las conductas desviadas suelen estar prohibidas por la ley —clasificadas como “crímenes” cuando los involucrados son adultos y como “delincuencia” cuando se trata de jóvenes—, esto no siempre es así. Un ejemplo es el caso de los músicos de baile, cuya cultura investigaremos en este y el próximo capítulo. Si bien las actividades que desarrollan se encuadran formalmente dentro del marco de la ley, su peculiar cultura y su extraño estilo de vida alcanzan para que los miembros más convencionales de la comunidad los etiqueten como *outsiders*.

Muchos grupos desviados, entre ellos los músicos de baile, son estables y duraderos. Como todos los grupos estables, desarrollan un estilo de vida que les es característico. Para comprender la conducta de un individuo que integra uno de estos grupos es necesario entender ese estilo de vida.

Robert Redfield expresó la visión antropológica de la cultura de esta manera:

Quando hablamos de “cultura” nos referimos a los acuerdos convencionales que caracterizan a las sociedades y que se manifiestan en actos y artefactos. Los “acuerdos” son los significados atribuidos a esas acciones y objetos. Los significados son convencionales y, por lo tanto, culturales, en tanto se han convertido en típicos de esa sociedad como consecuencia de la interacción entre sus miembros. Una cultura, entonces, es una abstracción: es la tipología que tienden a conformar los significados que tiene una misma acción o un mismo objeto para los diferentes miembros de una sociedad. Los significados se ex-

presan a través de las acciones y sus efectos, a partir de los cuales inferimos esos significados. Así que también podríamos definir "cultura" como el grado en que los comportamientos convencionales de los miembros de una sociedad son iguales para todos. (Redfield, 1941, p. 132)

Hughes ha señalado que la visión antropológica de la cultura parece ajustarse más a las sociedades homogéneas, esas sociedades primitivas que son el campo de trabajo de los antropólogos. Pero el término, en tanto organización de los acuerdos comunes sostenidos por un grupo, es igualmente aplicable a los grupos más pequeños que dan forma a la compleja sociedad moderna. Grupos étnicos, religiosos, regionales u ocupacionales: es posible demostrar que cada uno de ellos posee un esquema de acuerdos comunes y, por lo tanto, una cultura:

Donde sea que un grupo de personas tenga un poco de vida en común con un mínimo nivel de aislamiento de otra gente, un nicho social común, problemas comunes y quizás un par de enemigos en común, la cultura florece. Puede tratarse de la cultura de fantasía de esos desdichados que han caído en la adicción al consumo de heroína y comparten el placer prohibido, la tragedia y la batalla contra el mundo de las convenciones. Puede tratarse de la cultura de una pareja de hermanitos que para enfrentar la fuerza y la arbitrariedad de los padres que comparten, desarrollan un lenguaje y un conjunto de hábitos propios que persisten aun cuando sean tan grandes y poderosos como sus padres. Puede tratarse de la cultura de un grupo de estudiantes que ambicionan convertirse en médicos y deben enfrentar los mismos cadáveres, los mismos exámenes, los mismos decanos, profesores y desconcertantes pacientes. (Hughes, 1961, pp. 28-29)

Muchos han señalado que la cultura surge esencialmente como respuesta a un problema que debe enfrentar en común un grupo

de personas, en la medida en que son capaces de interactuar y comunicarse con éxito entre sí (véanse Cohen, 1955; Cloward y Ohlin, 1960; Becker, Geer, Hughes y Strauss, 1961). Quienes participan de actividades consideradas como desviadas comparten el problema de que su opinión sobre ellas no se ajusta a la del resto de la sociedad. Los homosexuales sienten que su estilo de vida es correcto, pero otros no piensan lo mismo. El ladrón siente que está bien robar, pero nadie más opina lo mismo. Cuando estas personas tienen la oportunidad de interactuar con otros como ellos, suelen desarrollar una cultura propia en torno a los problemas que surgen de la diferencia entre el modo en que ellos mismos definen lo que hacen y el modo en que lo definen otros miembros de la sociedad. Elaboran opiniones sobre sí mismos, sobre sus acciones desviadas y sobre sus relaciones con el resto de la sociedad. (Algunas de esas acciones, por supuesto, se llevan a cabo en soledad, y quienes las realizan no tienen la oportunidad de desarrollar una cultura en torno a ellas. Ejemplos de esto son la piromanía compulsiva y la cleptomanía [Cressey, 1962].) Como estas culturas operan dentro de la cultura de la gran sociedad y se distinguen de ella, suelen ser llamadas subculturas.

El músico de baile, a cuya cultura o subcultura está dedicado este capítulo, puede ser definido simplemente como alguien que toca música popular por dinero. Es proveedor de un servicio y la cultura en la que participa comparte los problemas comunes a los trabajadores que prestan servicios. Éstos, por lo general, se distinguen por el contacto más o menos directo y personal que tienen con el consumidor final del producto de su trabajo, el cliente a quien prestan servicio. En consecuencia, el cliente está en posición de dirigir al trabajador mientras realiza su tarea y aplicarle sanciones de diverso tipo, que van desde presionarlo informalmente hasta retirarle su patrocinio y conferírsele a cualquiera de los muchos que prestan el mismo servicio.

La contraprestación de servicios pone en contacto a una persona cuya ocupación es una actividad de tiempo completo que involucra profundamente una parte de su propio ser, con una persona cuya relación con esa actividad es mucho más circuns-

tancial. Quizás sea inevitable que tengan visiones diametralmente opuestas del modo en que debe prestarse el servicio. Es característico que quienes tienen por ocupación la prestación de un servicio consideren que el cliente no está capacitado para juzgar el verdadero valor del trabajo que realizan y se ofendan ante cualquier intento de ejercer control sobre su desempeño. El conflicto y la hostilidad consecuentes son métodos de defensa contra la injerencia de extraños que preocupa al grupo de pertenencia, donde florece entonces una subcultura alrededor de este problema.

Los músicos sienten que la única música que vale la pena tocar es lo que ellos llaman "jazz", un término que podría definirse, al menos parcialmente, como aquella música que se produce con total independencia de la demanda externa. Sin embargo, sus empleadores y el público interfieren permanentemente para que no puedan hacerlo. Como veremos más adelante, el problema más angustiante en la carrera del músico promedio es la obligación de elegir entre el éxito convencional y los estándares artísticos que él posee. Para alcanzar el éxito, siente que es necesario "volverse comercial", vale decir, hacer una música acorde a los deseos de quienes no son músicos y son sus patrones. Al hacerlo, sacrifica el respeto de los otros músicos y, en la mayoría de los casos, el respeto a sí mismo. Si sigue fiel a sus estándares, por lo general queda condenado al fracaso para el conjunto de la sociedad. Los músicos se clasifican entre ellos según su grado de claudicación a las demandas externas, en un espectro que va desde el músico de "jazz" extremista hasta el músico "comercial".

A continuación, me ocuparé de los siguientes puntos: (1) de la idea que los músicos tienen de sí mismos y de los no músicos para quienes trabajan, y de los conflictos que sienten como inherentes a esa contraprestación; (2) del consenso básico subyacente al modo en que tanto los músicos comerciales como los de jazz reaccionan frente a esos conflictos, y (3) de la sensación de aislamiento del resto de la sociedad que tienen los músicos y del modo en que se segregan a sí mismos del público y la comunidad. Los problemas que surgen de la diferencia entre el modo en que el músico define su trabajo y el modo en que lo definen sus empleadores

puede servir como un modelo de los problemas que deben enfrentar los desviados en sus intercambios con los de afuera, que tienen una opinión diferente de sus conductas desviadas. (Para otros estudios sobre el músico de jazz, véanse Lastrucci, 1941; Cameron, 1954; Merriam y Mack, 1960.)

LA INVESTIGACIÓN

El material para este estudio se recogió por observación participativa, compartiendo con los músicos una variedad de situaciones de su vida laboral y personal. Cuando realicé esta investigación, hacía varios años que trabajaba como pianista profesional y que participaba activamente del ambiente de la música en Chicago. Fue en 1948 y 1949, una época en la que muchos músicos aprovechaban los beneficios de la Ley G.I.,¹⁶ así que el hecho de ser estudiante universitario no me hacía muy diferente de otros que en ese entonces estaban en el negocio de la música. Durante esos años, trabajé con muchas orquestas diferentes y del más diverso tipo, y tomaba nota detallada de todo lo que sucedía a mi alrededor cuando estaba con otros músicos. La mayoría no sabía que yo realizaba entonces una investigación sobre los músicos. Rara vez las entrevistas fueron formales, más bien me dedicaba a escuchar y registrar las charlas habituales que se dan entre músicos. La mayoría de mis observaciones fueron realizadas en el trabajo mismo, incluso sobre el escenario, mientras tocábamos. Con frecuencia se producían también conversaciones útiles a mis propósitos en las habituales "ferias de empleo" de la oficina local del sindicato, donde se reunían los músicos los lunes y sábados por la tarde en busca de trabajo, así como los líderes de las bandas en busca de músicos para contratar.

16 Ley que compensaba a los veteranos de la Segunda Guerra con beneficios sociales, créditos estudiantiles y un año de seguro de desempleo. [N. del T.]

El mundo del músico de baile está muy diferenciado. Algunos trabajan mayormente en bares y tabernas, ya sea en la periferia o en el centro de la ciudad. Otros integran bandas más grandes que tocan en salones de baile o clubes nocturnos. Otros no trabajan de manera estable en un lugar, sino en orquestas que tocan en fiestas y bailes privados de hoteles y clubes campestres. Hay otros que tocan en bandas de "renombre" a nivel nacional o trabajan en estudios de radio y televisión. Las personas que trabajan en un entorno en particular tienen problemas y actitudes que son en parte propias de ese entorno. Yo tocaba sobre todo en bares, tabernas y en algunas bandas de trabajo ocasional. Pero tuve suficiente contacto con miembros de otros grupos, cuando nos encontrábamos para tocar en algún baile o en la sede del sindicato, y tengo suficiente evidencia de primera mano sobre sus actividades y forma de vida.

Desde que completé la investigación, he trabajado como músico en otras dos locaciones, la pequeña ciudad universitaria de Champaign-Urbana, en Illinois, y en una gran ciudad, Kansas City, Missouri, que de todas formas no es tan grande como Chicago. La organización del negocio de la música varía en función del tamaño de las ciudades. En Chicago, un músico tiene muchas más posibilidades de especializarse. Puede ser músico de salones de baile o trabajar en bares y clubes nocturnos, como lo hacía yo. En las ciudades más pequeñas no hay demasiado trabajo de ningún tipo, y por lo tanto es menor la proporción de músicos en relación con el resto de la población. Así que un músico puede ser convocado para tocar en cualquiera de los entornos que antes mencioné, ya sea porque no tiene muchas opciones para elegir o porque el encargado de reunir los músicos no tiene otros disponibles. Aunque durante estas dos experiencias ulteriores no tomé notas de mis observaciones, nada contradujo las conclusiones a las que había llegado en base al material reunido en Chicago.

LOS MÚSICOS Y LOS "CUADRADOS"¹⁷

Todo el sistema de creencias acerca de los músicos y su público queda resumido en una sola palabra, que usan los músicos para referirse a los de afuera: "cuadrados". Este término es usado como sustantivo y como adjetivo, y califica tanto a una persona como a ciertos objetos y comportamientos. El término se aplica a la persona que es todo lo opuesto a lo que un músico es o debería ser, y califica una forma de pensar, de sentir y de comportarse (y su expresión en objetos concretos) que se opone diametralmente a todo aquello que un músico valora.

El músico se concibe como un artista poseedor de un misterioso don que lo ubica al margen del resto de las personas. Por poseer ese don, no debería estar sujeto al control de quienes no lo tienen. Un don es algo que no se adquiere por educación; el marginal, el de afuera, nunca podrá por lo tanto formar parte del grupo. Un trombonista me dijo: "No se le puede enseñar a alguien a llevar el ritmo. O tiene ritmo, o no tiene. Y si no tiene, no hay quién le enseñe".

El músico siente que bajo ninguna circunstancia los de afuera deberían permitirse decirle la música que debe o no debe tocar, o cómo tocarla. De hecho, la regla más fuerte del código entre colegas es la prohibición de criticarse o de interferir o presionar de manera alguna a otro músico en el momento en que está "haciendo su trabajo". Si ni siquiera un colega tiene permitido interferir, sería impensable que se le permitiera hacerlo a un extraño.

Esta actitud toma la forma de un sentimiento general de que los músicos son diferentes y mejores que otras clases de personas y que, por lo tanto, no deben estar sujetos al control de los margi-

17 *Square* en el original. Término del argot norteamericano para referirse a alguien convencional y pacato, y por extensión, argot de los consumidores de drogas para referirse a la persona que no consume. Como cada país hispanohablante tiene una jerga propia, he optado por la traducción literal del término, que da cuenta al menos en parte de su significado original. [N. del T.]

nales —o sea, los que están al margen— en ningún aspecto de la vida, y menos aún en lo que se refiere a su actividad artística. La sensación de ser un tipo de persona diferente del resto que lleva otra clase de vida está muy arraigada, como lo indican los siguientes comentarios:

Yo te digo, los músicos son diferentes de los demás. Hablan diferente, actúan diferente, tienen aspecto diferente. No son como los demás, es así... Es muy difícil salirse del negocio de la música, porque uno se siente muy diferente del resto del mundo.

Los músicos llevan una vida exótica, como si vivieran en la selva o algo así. Cuando empiezan son jóvenes comunes de ciudades pequeñas, pero no bien se meten en esta vida, se transforman. Es como la selva, con la diferencia de que en la selva no hay autobuses atestados de gente. Si uno vive así durante un buen tiempo, se convierte en una persona completamente diferente.

Ser músico fue genial, nunca me voy a arrepentir. Entiendo cosas que un cuadrado jamás entendería.

La versión extrema de este punto de vista es la creencia de que sólo los músicos son lo suficientemente sensibles y no convencionales como para satisfacer de verdad a una mujer.

Como perciben esas diferencias con tanta fuerza, los músicos también creen que no tienen obligación alguna de imitar el comportamiento habitual de los "cuadrados". De la idea de que nadie puede decirle a un músico cómo tocar se deriva lógicamente que a un músico nadie puede decirle cómo hacer nada. Por lo tanto, todo comportamiento que escape a las convenciones sociales es bienvenido y aplaudido. Los relatos revelan la admiración que despiertan esas manifestaciones de individualidad y espontaneidad, de "me importa un cuerno". Muchos de los más notables hombres del jazz son famosos "personajes", y sus hazañas son muy comentadas. Se dice, por ejemplo, que un conocido hombre del jazz saltó una vez sobre un caballo de la policía apostado frente al club nocturno donde tocaba y escapó en él. A los músicos les

gusta comúnmente contar anécdotas de cosas poco convencionales que han hecho en el pasado:

Tocamos en el baile y cuando terminamos empezamos a guardar todo en ese viejo autobús para volvernos a Detroit. Apenas salimos de la ciudad el motor se paró y no anduvo más. Tenía gasolina, pero no quería arrancar. Todos se bajaron y no sabían qué hacer. De pronto alguien dijo: "¡Prendámoslo fuego!". Así que alguien sacó un poco de combustible del tanque, lo rociamos alrededor del vehículo, y le arrojamos un fósforo. Se prendió de inmediato, ¡qué experiencia! El auto en llamas y todos alrededor mirando y aplaudiendo a los gritos. Eso sí que fue algo.

No se trata sólo de idiosincrasia, sino de un valor ocupacional de primer nivel, como lo sugiere la siguiente observación hecha por un joven músico: "¿Sabés?, los grandes héroes del negocio de la música eran verdaderos personajes. Cuanto más loco se comporta, más grande es y más les gusta a todos".

Como no quieren verse obligados a vivir según las convenciones, no intentan imponer esas convenciones a los demás. Un músico comentó, por ejemplo, que la discriminación étnica estaba mal, pues cada uno tiene derecho a actuar y creer lo que se le da la gana:

La discriminación es una mierda. La gente es gente, sean latinos, judíos, irlandeses, polacos o lo que sean. A los únicos que les importa de qué religión son es a los cuadrados. Para mí no significa una mierda. Cada cual tiene derecho a creer lo que le parezca, eso es lo que yo pienso. Yo, por supuesto, nunca voy a la iglesia, pero no me parece mal que los demás lo hagan. Si les gusta, para mí está bien.

El mismo músico calificó de equivocado el comportamiento sexual de uno de sus amigos, pero defendió el derecho individual a decidir lo que es bueno o malo para él: "Eddie tiene sexo con cualquiera. Va a terminar muerto o lo va a matar una de esas mi-

nas. Y también tiene una esposa muy linda. No debería hacerle eso. Pero bueno, qué se le va a hacer, es lo que le gusta. Si quiere vivir así, si así es feliz, es lo que tiene que hacer". Los músicos son capaces de tolerar el comportamiento extravagante de un colega sin hacer el menor intento de castigarlo o reprimirlo. En el incidente que se relata a continuación, el comportamiento descontrolado de un baterista hace que la orquesta entera pierda un trabajo. Sin embargo, enojados como estaban, le prestaron dinero y se abstuvieron de castigarlo en forma alguna. Castigarlo hubiese sido una infracción a las costumbres.

Lo que pasó es que nosotros llegamos, pero su batería no. Entonces el propietario del lugar recorrió toda la ciudad buscándole otra batería para que pudiera tocar, y en el camino chocó el guardabarros del auto. Yo ahí me di cuenta de que la cosa iba de mal en peor. ¡Y Jack! El jefe es un viejo italiano, con él no se jode, maneja una casa de apuestas, con él no jode nadie. Así que va y le dice a Jack: "¿Qué vas a hacer sin batería?", y Jack le contesta: "Tranquilo, papito, ya va a pasar". Yo pensé que el viejo iba a estallar. ¡Qué manera de hablarle al jefe! El viejo se dio vuelta con fuego en los ojos. Me di cuenta de que después de eso no íbamos a durar. Me dice: "¿Ese baterista está siempre ahí?". Yo le dije: "No sé, es la primera vez que lo veo en mi vida". Y le terminamos contando que hacía seis meses que tocábamos juntos. Eso también ayudó. Por supuesto que cuando Jack empezó a tocar fue el acabose. ¡Tocaba tan fuerte! Y no pegaba el ritmo. Para lo único que usaba el bombo era para los acentos. ¿Qué clase de baterista hace eso? Por lo demás, el grupo no era nada malo... nos podríamos haber quedado para siempre... Pero bueno, después de tocar un par de canciones, el dueño nos dijo que ya era suficiente.

[¿Qué sucedió después de que los despidieron?]

El jefe nos dio veinte por cabeza y nos mandó de vuelta a casa. Así que ir y volver nos costó diecisiete dólares de transporte, y nos quedaron tres dólares por el trabajo.

Claro que vimos muchos árboles. Ni siquiera fueron tres dólares, porque recuerdo que le prestamos siete u ocho dólares a Jack.

El músico, entonces, se ve a sí mismo y a sus colegas como gente con un don especial que la hace diferente de quienes no son músicos y la libera de su control, tanto respecto de la interpretación de su música como del comportamiento social medio.

Los cuadrados, por el contrario, carecen de ese don especial y de toda comprensión de la música y el estilo de vida de quienes sí lo poseen. El cuadrado es considerado un ignorante, una persona intolerante de la que hay que cuidarse, pues es quien ejerce presión para que el músico no desarrolle su arte. El problema de los músicos es que los cuadrados están en posición de salirse con la suya: si no les gusta el tipo de música interpretada, no vuelven a pagar para escucharla por segunda vez.

Como no tiene comprensión de la música, el cuadrado juzga la música según estándares ajenos a los músicos y que éstos no respetan. Un saxofonista comercial observó con ironía:

Lo que importa no es lo que tocás, sino cómo lo tocás. Es tan fácil que cualquiera que haga música desde hace más de un mes puede lograrlo. Jack toca un estribillo al piano o algo así, después se une el saxo, todo al unísono. Muy sencillo. A la gente no le importa. Mientras puedan escuchar la batería están contentos. Saben que cuando escuchan el bombo deben poner el pie derecho adelante y el pie izquierdo atrás, y así. Así que mientras escuchen una melodía que puedan tararear, están contentos. ¿Qué más pueden pedir?

La siguiente conversación ilustra la misma actitud:

JOE: Bajás del escenario y viene alguien por el pasillo que te dice: "Jovencito, me gustó mucho su orquesta". Y eso es porque tocaste suave y el arreglo tenía dos violines o algo así, cosas que a los cuadrados les gustan...

DICK: Cuando yo trabajaba en el Club M. era así. Mis antiguos compañeros de escuela solían venir a vernos... Es una de las peores bandas en las que he trabajado, y a todos les encantaba.

JOE: ¿Y qué se puede esperar? ¡Si son todos una manga de cuadrados!

Lo "cuadrado" impregna todos los aspectos del comportamiento de las personas convencionales, así como su contrario, la "onda", es evidente en todo lo que el músico hace. Para los músicos, el cuadrado hace todo mal, es ridículo y risible. Los músicos se entretienen mucho sentándose a mirar a los cuadrados. Todos tienen alguna anécdota para contar sobre los cuadrados y sus payasadas. Un entrevistado incluso llegó a afirmar que los músicos deberían cambiar de lugar con las personas del bar de la taberna donde tocaba, y aseguró que probablemente éstas eran más graciosas y entretenidas que él. Cada prenda que visten, cada palabra de su vocabulario y cada gesto que difiere de los de los músicos son tomados como nueva evidencia de su intrínseca falta de sensibilidad e ignorancia. Como los músicos tienen una cultura esotérica, esas evidencias son múltiples y sirven para fortalecer su convicción de que ellos y los cuadrados son dos tipos de personas diferentes.

Pero el cuadrado también es temido, pues es considerado como el responsable último de las presiones comerciales. La ignorancia musical de los cuadrados obliga al músico que quiere tener éxito a tocar música que considera mala.

[¿Qué opina de la gente para la que toca, el público?]

Son un bajón.

[¿Por qué lo dice?]

Bueno, si uno está trabajando en una banda comercial, a la gente le gusta y uno tiene que seguir tocando música sensiblera. Si uno toca en una buena banda, a nadie le gusta. Eso es un bajón. Y si uno toca en una buena banda y a todos les gusta, también son un bajón, y uno igual los odia, porque sabe que igual no entienden nada. Son un verdadero bajón.

Esta última declaración revela que incluso aquellos que intentan evitar ser cuadrados son considerados como tales, porque siguen careciendo de la comprensión que sólo un músico posee: "no tienen ni idea de lo que se trata". El fanático del jazz no merece, por lo tanto, más respeto que cualquier otro cuadrado. Le gusta el jazz pero no lo comprende, y actúa como el resto de los cuadrados: pedirá ciertas canciones y tratará de influenciar al músico, al igual que el resto de los cuadrados.

El músico se ve a sí mismo entonces como un artista creativo que no debe estar sujeto al control externo, una persona diferente y mejor que los marginales a los que llama cuadrados, que no entienden ni su música ni su modo de vida, y por culpa de quienes, para colmo, debe tocar de una manera que contradice sus ideales profesionales.

REACCIONES FRENTE AL CONFLICTO

Los músicos de jazz y los músicos comerciales están esencialmente de acuerdo en la opinión que tienen del público, aunque la forma en que expresan o ponen en palabras ese consenso básico varía mucho. Son dos los temas conflictivos en los que se basa ese consenso: (1) el deseo de expresarse libremente y de acuerdo a las creencias del grupo de cada músico, y (2) la aceptación de que existen presiones externas que pueden forzar al músico a claudicar en sus deseos. El músico de jazz tiende a poner el énfasis en el primero de estos argumentos, y el músico comercial en el segundo, pero los dos reconocen y sienten la fuerza de la influencia de ambos. Un rasgo común a sus actitudes es un profundo desprecio y rechazo por el público cuadrado, culpable de que el músico deba "volverse comercial" para tener éxito.

El músico comercial, aunque piensa que su público es cuadrado, elige sacrificar su respeto por sí mismo y el respeto de sus colegas músicos (las recompensas de mantener una conducta artística) a cambio de beneficios más tangibles, como un trabajo es-

table, mayores ingresos y el prestigio del que gozan los artistas comerciales.

Un músico comercial comentó:

Los que vienen acá son agradables. Por supuesto que son cuadrados, no lo voy a negar. Claro que son unos cuadrados de mierda, ¿pero quién va a pagar las cuentas si no? Ellos pagan las cuentas, por eso uno toca lo que ellos quieren. Ya sé, es una mierda, pero no hay otra manera de ganarse la vida que haciendo música para los cuadrados. ¿Creés que son muchos los que no lo son? Entre cien personas, con suerte hay quince que no sean cuadradas. Quizá los profesionales, los médicos y abogados o cosas así, quizás ellos no sean cuadrados, pero la persona promedio es cuadrada. Claro que la gente del espectáculo no. Pero fuera de la gente del espectáculo y los profesionales, son todos una manga de malditos cuadrados.¹⁸ No saben nada de nada.

Te digo, esto es algo que aprendí hace unos tres años. Para ganar un poco de dinero hay que complacer a los cuadrados. Son los que te pagan las cuentas, y para ellos hay que tocar. Los buenos músicos no consiguen trabajo. Para trabajar hay que tocar cualquier basura. ¡Qué carajol, hay que aceptarlo. A mí me gusta vivir bien, me gusta ganar dinero. Quiero tener auto. ¿Cuánto tiempo se puede luchar contra eso?

No me malinterpretes. Si alguien puede ganar dinero tocando jazz, mucho mejor. ¿Pero cuántos son? El que pueda, que lo haga, como dije. Pero si uno tiene un trabajo de mierda, no tiene sentido luchar, hay que trabajar comercialmente. Quiero decir, los cuadrados son los que te pagan el sueldo, así que mejor acostumbrarse, porque es a los que hay que complacer.

18 La mayoría de los músicos no aceptarían estas excepciones.

Advirtamos que el entrevistado admite que es más "respetable" ser independiente de los cuadrados, y manifiesta desprecio por su público, responsable por su ignorancia de toda la situación.

Esta gente plantea el problema fundamentalmente en términos económicos: "Al fin y al cabo, mierda, si uno está tocando para un montón de cuadrados, uno está tocando para un montón de cuadrados. ¿Qué se le va a hacer? No se les puede embuchar la música por la garganta. O sea, supongo que uno podría obligarlos a tragársela, pero bueno, al final y al cabo ellos *te están pagando*".

El músico de jazz siente la misma necesidad de satisfacer a su público, aunque sostiene que no hay que rendirse al impulso. Los músicos de jazz, como los otros, aprecian los empleos buenos y estables, y saben que para obtenerlos deben satisfacer al público, como lo revela la siguiente conversación entre dos jóvenes músicos de jazz:

CHARLIE: No existen trabajos donde uno pueda tocar jazz. Todos quieren rumbas y canciones populares, y cosas así. No hay un solo lugar donde hacer que suene el jazz. Y no quiero pasarme la vida luchando.

EDDIE: Bueno, pero querés pasarla bien, ¿o no? Tocar música comercial te haría infeliz. Lo sabés.

CHARLIE: Supongo que un gato no tiene manera de ser feliz. Ya sé que es un bajón la música comercial, pero es todavía peor tocar jazz y no poder hacer nada más.

EDDIE: Pero por Dios, ¿por qué no podés ser exitoso haciendo jazz?... Quiero decir, se puede tener una linda banda y tocar arreglos de canciones, pero buenos arreglos, ¿no?

CHARLIE: Nunca vas a conseguir trabajo con una banda así.

EDDIE: Bueno, se puede poner a una putita a cantar en el frente del escenario para que les muestre el culo a los osos [los cuadrados]. Así sí que conseguirías trabajo. Y cuando ella no estuviese cantando, podrías tocar buena música.

CHARLIE: Bueno, ¿la banda Q. no era así? ¿La pasabas bien? ¿Te gustaba oírla cantar?

EDDIE: No, para nada, pero tocábamos jazz.

CHARLIE: ¿Pero te gustaba el tipo de jazz que hacían? Era medio comercial, ¿o no?

EDDIE: Sí, pero podría haber estado genial.

CHARLIE: Sí, podría... Si hubiese estado genial no habrías seguido trabajando. Supongo que uno siempre está descontento. Las cosas son así. Nunca existirá un trabajo realmente genial para un músico.

Además de la presión de tener que complacer al público que emana del deseo del músico de aumentar sus ingresos, existen presiones de tipo más inmediato. Muchas veces es difícil mantener una postura independiente, como en el siguiente ejemplo:

Anoche tuve que tocar con Johnny Ponzi en una boda italiana en el lado sudoeste. Habíamos tocado como media hora, con los arreglos musicales que hacen ellos, que son bastante poco comerciales, y entonces viene un italiano viejo (el suegro del novio, según supimos después) y nos empieza a increpar: "A ver si tocan algunas polcas, un poco de buena música italiana. Es horrible lo que hacen, es de lo peor". En las bodas Johnny siempre trata de posponer lo inevitable, demorando la música folk todo lo que puede. Yo le dije: "¿Por qué no tocamos un poco de esa basura ahora y nos la sacamos de encima?". Tom dijo: "Me temo que si empezamos con eso ahora vamos a terminar tocando basura toda la noche". Johnny dijo: "Mira, Howard, el novio es buena gente. Nos dijo que tocáramos lo que quisiéramos y que no le hiciéramos caso a nadie, así que no te preocupes...".

El viejo nos seguía increpando y al poco tiempo vino el novio y nos dijo: "Escuchen, muchachos, yo sé que no les gusta tocar esa mierda, pero es mi suegro, ¿saben? Lo que pasa es que no quiero poner incómoda a mi mujer a causa de él, así que toquen un poco de música italiana

para dejarlo tranquilo, ¿puede ser?”. Johnny nos miró en redondo con un gesto de resignación.

Nos dijo: “Bueno, vamos, toquemos la polca del barrilito de cerveza”. Tom dijo: “A la mierda, arrancamos con todo”. Así que tocamos ésa y después tocamos una tarantela italiana.

A veces el empleador ejerce tal presión que hasta un músico de jazz incorruptible tiene que ceder, al menos mientras dura el trabajo:

Tenía que tocar sólo una noche en el Y, en la calle R. ¡Qué bajón! Después de la primera pausa empecé a tocar “Sunny Side”, toqué la melodía de los estribillos, y después hice un poco de jazz. De pronto, el jefe se asoma por detrás de la barra y me grita: “¡Si alguno de los que está acá conoce esa canción yo te beso el culo!”. Todos lo escucharon. ¡Qué pedazo de cuadrado! ¿Yo qué iba a hacer? Nada, no hice nada y seguí tocando. Un verdadero bajón.

Con cierta inconsistencia, el músico también quiere sentir que logra llegar a su público y que éste disfruta de su trabajo, lo que lo lleva a ceder a sus demandas. Un músico dijo:

Me gusta más tocar cuando toco para alguien. De alguna manera uno siente que no tiene mucho sentido tocar si no hay nadie que escuche. Quiero decir, después de todo, la música es para eso, para que la gente la disfrute. Por eso a mí no me molesta tanto tocar música melosa. Si a alguien le gusta, yo puedo tocarla. Supongo que es una pavada, pero a mí me gusta hacer feliz a la gente de esa manera.

La afirmación es un poco extrema, pero para muchos músicos la sensación es tan fuerte que buscan evitar la desaprobación del público: “Por eso me gusta trabajar con Tommy. Por lo menos

cuando bajás del escenario los que te escucharon no te odian. Es un bajón trabajar en esas condiciones, cuando todo el público presente odia a la banda que está tocando”.

AISLAMIENTO Y AUTOSEGREGACIÓN

Los músicos sienten hostilidad hacia su público, y temen tener que sacrificar sus estándares artísticos para complacer a los cuadrados. Exhiben ciertos patrones de comportamiento y de creencias que pueden ser considerados como adaptaciones a esta situación. Esos patrones de aislamiento y autosegregación encuentran su expresión en el momento de tocar propiamente dicho y en el resto de los intercambios sociales que mantiene el músico con la comunidad en su conjunto. La función primordial que cumple este comportamiento es la de proteger al músico de la interferencia de su audiencia de cuadrados y, por extensión, de la sociedad convencional en general. Su principal consecuencia es la profundización del estatus marginal del músico, a través de la puesta en marcha de un ciclo de desviación creciente. Los problemas que tiene con los cuadrados lo conducen a un mayor aislamiento, lo que a su vez aumenta las posibilidades de que tenga problemas con ellos en el futuro.

Como regla general, el músico está espacialmente aislado del público. Trabaja sobre un escenario o plataforma que funciona como barrera física para impedir la interacción directa. Ese aislamiento es bienvenido, pues al estar compuesto por cuadrados, el público es potencialmente peligroso. Los músicos sienten que el contacto directo con él sólo sirve para interferir con la actuación musical. Por lo tanto, es más seguro aislarse y no tener ningún contacto. En una oportunidad en que esa barrera física no estaba presente, un músico comentó:

Ése es otro de los problemas de las bodas, que uno está ahí en la pista, en el medio de la gente. No hay modo de escaparse. En los bailes o los bares es diferente. En los sa-

lones de baile uno está arriba de un escenario, donde no pueden alcanzarte. En los salones de cóctel lo mismo, uno está detrás de la barra. Pero en las bodas es terrible, uno está ahí, en medio de todos.

Cuando el lugar no cuenta con ellas, los músicos suelen improvisar barreras físicas propias para segregarse efectivamente del público.

Un domingo a la noche me salió un trabajo para tocar en una boda judía... Cuando llegué, el resto de la banda ya estaba ahí. La ceremonia se había celebrado bastante tarde, así que la gente recién estaba empezando a comer. Después de discutirlo con el novio, decidimos tocar durante la cena. Nos ubicamos en un rincón, en el extremo del salón. Jerry empujó el piano y lo atravesó para bloquear un pequeño espacio cerrado que nos separaba del resto de la gente. Tony puso su batería dentro de ese espacio, y Jerry y Johnny se pararon ahí para tocar. Yo quise mover un poco el piano para que los muchachos pudieran pararse adelante y estar más cerca del público, pero medio en broma medio en serio Jerry me dijo: "No, amigo. Necesito protegerme un poco de los cuadrados". Así que dejamos las cosas como estaban...

Jerry dio la vuelta para ponerse frente al piano, pero una vez más, con humor, puso dos sillas entre él y el público. Cuando una pareja se llevó las sillas para sentarse, Jerry las reemplazó por otras dos. Johnny dijo: "¿Por qué no nos sentamos nosotros en esas sillas?". Y Jerry le contestó: "No, amigo. Dejalas como están. Es mi barricada contra los cuadrados".

Muchos músicos rehúyen casi por reflejo el contacto con los integrantes del público. Cuando caminan entre ellos, suelen evitar mirar a los cuadrados a los ojos por miedo a que se establezca un vínculo a partir del cual el cuadrado sienta que puede pedirle determinadas canciones o pretenda interferir de alguna manera en

la interpretación musical. Algunos incluso extienden esta conducta a su vida social ordinaria, fuera del ámbito profesional. En cierta medida esto es inevitable, ya que las condiciones de trabajo —amplia movilidad geográfica, trabajo hasta altas horas de la noche, y demás— dificultan la participación social fuera del ambiente profesional. Si uno trabaja mientras los otros duermen, es difícil interactuar socialmente con ellos con normalidad. Fue algo que comentó un músico que abandonó la profesión, en parte por esa razón: “Y es genial trabajar en horarios normales, así uno puede ver a la gente por la noche, en vez de tener que irse a trabajar”. Algunos músicos jóvenes afirman que el trabajo nocturno les impide entablar relaciones con chicas “buenas”, pues en los horarios de citas convencionales están ocupados.

Pero gran parte de la autosegregación se desarrolla a partir de la hostilidad hacia los cuadrados. Esta actitud llega al extremo entre los “X. Avenue Boys”, un grupo de músicos de jazz radicalizados que rechazan la cultura americana en su conjunto. Sus sentimientos hacia el mundo exterior quedan expresados en el muy personal título que un hombre puso a su canción: “Si no te gustan mis gustos extraños, por mí puedes irte a la mierda”. La constitución étnica del grupo era un indicio todavía mayor de que la adopción de actitudes sociales y artísticas extremas era parte de su rechazo a la sociedad convencional norteamericana en su conjunto. En su gran mayoría, se trataba de hombres que provenían de colectividades nacionales más antiguas y asimiladas: irlandeses, escandinavos, alemanes e ingleses. Es más, se decía que algunos de ellos pertenecían a familias adineradas de los altos estratos de la sociedad. En resumidas cuentas, el rechazo a la música comercial y a los cuadrados en la vida social formaba parte del rechazo a la totalidad de la cultura americana, por parte de personas que gozaban de una situación privilegiada a la que no habían logrado adaptarse satisfactoriamente.

Todos los intereses de ese grupo ponían el énfasis en el aislamiento de los estándares e intereses de la sociedad convencional. Se asociaban casi exclusivamente con otros músicos y con muchachas que cantaban o bailaban en los clubes nocturnos de los alrededores de la calle North Clark de Chicago, y prácticamente no

mantendrían contacto con el mundo convencional. Políticamente, se los describía así: "De cualquier forma, odian esta forma de gobierno y creen que es realmente mala". Eran críticos acérrimos tanto de los negocios como del trabajo, escépticos de las estructuras económicas y cínicos acerca de los procesos políticos y los partidos políticos contemporáneos. Abjuraban completamente de la religión y el matrimonio, pues formaban parte de la cultura seria y popular norteamericana, y sus lecturas se restringían exclusivamente a escritores de culto y filósofos de vanguardia. En cuanto al arte y la música sinfónica, sólo estaban interesados en sus manifestaciones más esotéricas y exclusivas. No se cansaban de repetir que no tenían los mismos intereses que la sociedad convencional y que, por lo tanto, se diferenciaban de ella. Es razonable asumir entonces que la función primaria de estos intereses era hacer de las diferencias algo inconfundible y evidente.

Aunque los "X. Avenue Boys" llevaron el aislamiento y la auto-segregación al extremo, otros músicos menos desviados de la norma también lo han experimentado. La sensación de estar aislado del resto de la sociedad era por lo general muy fuerte. La siguiente conversación, que tuvo lugar entre dos jóvenes músicos de jazz, sirve para ilustrar dos reacciones diferentes frente a esa sensación de aislamiento.

EDDIE: ¡No sabés cómo odio a la gente! ¡No soporto a los cuadrados, no los puedo ni ver! Son un bajón, no los aguanto.

CHARLIE: No te pongas así. No dejes que te tiren abajo. Mejor reírse de ellos, yo hago eso. Me río de todo lo que hacen. Es la única manera de soportarlos.

Para un joven músico judío, definitivamente identificado con la comunidad judía, esa sensación de aislamiento profesional era tan fuerte que hizo la siguiente declaración:

Apenas un poco de conocimiento ya es muy peligroso. Eso es lo que me pasó a mí cuando empecé a tocar. De pronto sentía que sabía más que los demás, que todos los

amigos de mi vecindario eran cuadrados y estúpidos... Es gracioso. Cuando uno se sienta arriba del escenario, se siente tan diferente de los otros... Hasta puedo entender lo que los gentiles sienten por los judíos. Y está esa gente con aspecto de judía, o que tiene un poco de acento, que se te acerca para pedirte una rumba o alguna mierda por el estilo, y yo pienso: "qué cuadrados que son estos malditos judíos", como si yo mismo fuera *goi*. A eso me refiero cuando digo que un músico aprende demasiado. Uno ve las cosas con demasiada claridad y tiene una visión más amplia que el común de la gente.

En otra ocasión, el mismo hombre comentó:

Desde que no tengo trabajo pude volver a charlar con algunos de los tipos del vecindario.

[¿Querés decir que antes tenías problemas para comunicarte con ellos?]

Bueno, me quedaba parado sin tener nada para decir. Es como un cachetazo de realidad charlar con esos tipos. Todo lo que dicen me parece estúpido y poco interesante.

El proceso de autosegregación queda en evidencia en ciertas manifestaciones simbólicas, particularmente en el uso de una jerga laboral que sirve para identificar rápidamente a quien sabe emplearla bien como alguien "del mismo palo" y a quien la emplea incorrectamente o la desconoce como "cuadrado". Algunas palabras han pasado a ser sinónimo de problemas y situaciones exclusivas de los músicos, y el término "cuadrado" es un buen ejemplo de esto. Esas palabras les permiten a los músicos discutir situaciones y problemas para los que el lenguaje corriente no tiene una terminología adecuada. Existen, sin embargo, muchas palabras que son meros sustitutos de expresiones más comunes y que no agregan ningún significado nuevo. Los siguientes son, por ejemplo, sinónimos de dinero: "botín," "oro", "guita" y "pan". A los trabajos los llaman "changas". La marihuana tiene infinidad de

equivalencias, y entre las más comunes encontramos “porro”, “hierba”, “faso”, “pasto” y “churro”.

La función que cumple ese comportamiento es consignada por un joven músico que decidió abandonar la profesión:

Estoy contento de dejar el negocio. Estoy harto de andar rodeado de músicos. Hay tanto ritual y tanta basura ceremonial. Tienen que hablar con palabras especiales, vestirse diferente y usar otro tipo de anteojos. Y todo para decir “somos diferentes” y nada más.

6. La carrera en un grupo ocupacional desviado: el músico de baile

Ya hemos analizado la *carrera en la desviación* (vale decir, el desarrollo de un patrón de conducta desviada), particularmente al considerar la evolución del consumo de marihuana. Ahora me gustaría analizar la evolución de esas carreras entre los músicos de baile, un grupo de "marginales" que se consideran a sí mismos, y son considerados por los demás, como "diferentes". Pero en lugar de concentrarnos en la génesis de formas de comportamiento desviadas, nos preguntaremos acerca de las consecuencias que tiene en la carrera laboral de un individuo el hecho de que su grupo ocupacional sea un grupo desviado.

Al utilizar ese concepto para estudiar el destino del individuo dentro de las organizaciones ocupacionales, Hughes (1937) ha definido la carrera, "objetivamente, [como] una serie de jerarquías y cargos claramente definidos... las consecuencias típicas de la posición, los logros, las responsabilidades, e incluso las aventuras (...). Subjetivamente, una carrera es la perspectiva móvil desde la cual el individuo ve su propia vida como un todo e interpreta el significado de sus diversos atributos, acciones, y aquello que le sucede". El análisis de Hall de las etapas de la carrera médica pone mayor énfasis en la carrera entendida específicamente como la serie de ajustes a las "redes de instituciones, organizaciones formales y relaciones informales" en las que se practica esa profesión (Hall, 1948, p. 327).

Las características de cada carrera profesional responden a los problemas particulares de esa profesión. A su vez, varían en función de la posición que ocupa esa profesión respecto de otros grupos de la sociedad. El principal problema de los músicos, como hemos observado, gira en torno a la preservación de su libertad

artística. Los intentos de control provienen de marginales, personas ajenas a la actividad musical que, ante esta práctica, por lo general reaccionan y juzgan en base a estándares muy diferentes a los de los músicos. Ese antagonismo da forma a la cultura de los músicos y genera además las situaciones más problemáticas y críticas de sus carreras.

Los estudios de profesiones más convencionales, como la medicina, han revelado que el éxito profesional (como fuere que los integrantes del grupo en cuestión lo entiendan) depende de hacerse un lugar dentro del grupo o grupos que controlan el sistema de recompensas para esa profesión, y que las actitudes y los gestos de los colegas juegan un papel decisivo en la carrera profesional de un individuo.¹⁹ Los músicos no son la excepción a esta regla; comenzaré analizando la definición de éxito profesional para los músicos y hasta qué punto éste depende de que logren integrarse a la organización del negocio de la música.

Sin embargo, la carrera del músico no se limita a eso. El problema de la libertad de los controles externos genera contingencias profesionales suplementarias y agrega otras complicaciones a la estructura de esa profesión. Me ocuparé de este tema a continuación.

Finalmente, la familia del músico (ya sea la de nacimiento o la que forma al casarse) tiene un efecto decisivo en su carrera.²⁰ Padres y esposas no son necesariamente músicos y, en tanto "marginales", suelen no comprender la naturaleza del vínculo entre el músico y su trabajo. Los malentendidos y desacuerdos que surgen en el seno del hogar muchas veces provocan cambios en el rumbo profesional de un individuo y, en algunos casos, son el punto final del recorrido.

19 Véanse Hughes, 1943, pp. 52-53, Dalton, 1951, para el análisis de la influencia de los grupos de colegas en las carreras dentro de las organizaciones industriales, y Hall, 1948, para un análisis similar de la influencia de los colegas en la profesión médica. El concepto de "fraternidad interna" de Hall refiere al grupo que tiene la mayor capacidad de ejercer su influencia.

20 Véanse los análisis de Becker, 1961, y Becker y Strauss, 1956.

LAS CAMARILLAS Y EL ÉXITO

El músico profesional concibe el éxito como un ascenso en la jerarquía de los empleos disponibles. A diferencia del trabajador industrial o administrativo, no identifica su carrera con un empleador, sino que espera cambiar de empleo con asiduidad. El *ranking* de empleos informalmente aceptado —que toma en cuenta la paga, las horas de trabajo y el grado de reconocimiento público que implica— es la balanza con la que el músico sopesa su éxito en función del tipo de trabajo que suele realizar.

En el último lugar de este *ranking* está el músico que toca ocasionalmente en bailes de poca importancia, fiestas de casamiento y situaciones así, y que a duras penas cobra la tarifa establecida por el sindicato. En el siguiente nivel están quienes tienen trabajo estable en “antros” —bares y clubes nocturnos de mala muerte, pequeños “cabarés”, etc.—, donde la paga es pobre y el reconocimiento público aún peor. El siguiente escalón está ocupado por los que tienen trabajo estable en bandas de los salones de baile de la localidad y pequeños clubes nocturnos “respetables”, así como en salones de cóctel en mejores zonas de la ciudad. Esos trabajos están mejor pagos y el músico que trabaje de eso será considerado exitoso en su comunidad. En el mismo nivel, aproximadamente, están los hombres que trabajan en las así llamadas “orquestas de clase B”, la segunda línea de orquestas de baile conocidas a nivel nacional. El siguiente nivel está compuesto por quienes trabajan en orquestas “clase A” y en orquestas locales que tocan en los mejores clubes nocturnos, los grandes hoteles y convenciones, etc. El sueldo es bueno, las horas de trabajo son convenientes, y el músico puede esperar reconocimiento tanto dentro como fuera de la profesión. En los primeros lugares están los hombres que ocupan posiciones jerárquicas en estaciones de radio y televisión, y en teatros legitimados. Los salarios son altos, las horas de trabajo breves: estos empleos son considerados como el paradigma del éxito por el circuito musical local, y para los que están fuera del mundo de la música son cargos de gran respetabilidad.

Una red informal de camarillas interconectadas entre sí asigna los empleos disponibles en un momento dado. La posición que

alguien ocupa en esa red es de enorme importancia a la hora de asegurarse un empleo en cualquiera de esos escalones o de cambiar de nivel. Las camarillas están ligadas por vínculos de mutua obligación, y los miembros se apoyan unos a otros para la obtención de ciertos trabajos, ya sea contratándose entre ellos cuando tienen el poder de hacerlo, ya sea recomendándose entre sí a quienes dan trabajo en las orquestas. La recomendación es de suma importancia, ya que es así como los encargados de contratar conocen a los músicos disponibles: el desconocido no será contratado, y la pertenencia a alguna camarilla es garantía de que el músico tiene amigos dispuestos a recomendarlo a las personas indicadas.

Gracias a su pertenencia a una camarilla, el individuo se asegura un empleo estable. Así lo explicó un hombre:

El trabajo es así. En mi mano derecha tengo cinco músicos. En mi mano izquierda otros cinco. Entonces uno de estos cinco consigue trabajo. Y elige a los que lo acompañarán de entre los cinco de esta misma mano. Naturalmente, cada vez que uno de éstos consigue trabajo, contrata a estos otros. Así es como funciona. Jamás contratan a alguien de otra camarilla. Si uno de ellos trabaja, trabajan todos.

Los músicos construyen y cimientan estos vínculos consiguiendo trabajo para otros y obligándolos así a devolver el favor:

Les conseguí buen trabajo en la banda a unos tipos, y desde entonces están ahí. Uno es trombonista, y le conseguí una buena orquesta. Y a uno de los trompetistas también... Funciona así. El director te pregunta si conocés a alguien, y si le gusta la persona que uno recomendó, siempre que necesite alguien te va a preguntar. Y así uno puede ir metiendo a todos sus amigos.

La cantidad y calidad de las relaciones que se establecen de esa manera proporcionan cierta seguridad. Para tener una carrera

uno debe trabajar; para disfrutar de la seguridad de un trabajo estable uno debe tener muchas "conexiones":

Hay que tener conexiones de ese tipo por todas partes, para que llegue el momento en que, cuando alguien necesite un músico, te llamen. Entonces uno nunca se queda sin trabajo.

Es necesario aclarar que la organización informal de la práctica médica funciona en parte de la misma manera. Los músicos cooperan recomendándose entre sí del mismo modo en que los miembros de la "fraternidad interna" de los médicos cooperan para proveerse mutuamente de pacientes (Hall, 1948, p. 332). Ambas estructuras institucionales difieren, sin embargo, en que la profesión médica (salvo en las grandes ciudades) tiende a girar en torno a unos pocos grandes hospitales que las camarillas pueden controlar. En la música, el número de focos laborales posibles es mucho mayor y las organizaciones informales proliferan. Por lo tanto, el individuo tiene mayor cantidad de oportunidades de establecer las conexiones necesarias, y el poder de las camarillas en este caso es menor.

Además de dar cierta seguridad laboral a sus miembros, las camarillas también proporcionan los medios para que el profesional ascienda en el escalafón laboral. Las diversas camarillas estudiadas no estaban compuestas por miembros del mismo nivel de jerarquía. De ese modo, los integrantes de posición inferior tenían oportunidad de relacionarse con hombres de un nivel superior. Cuando un trabajo mejor posicionado queda vacante, un hombre del nivel inferior puede ser patrocinado por otro de mayor jerarquía, que lo recomienda o contrata, y carga así con la responsabilidad de su desempeño. Un músico estable de una radio describió el proceso en estos términos:

Otro modo de tener éxito es tener muchos amigos. Hay que tocar bien, pero también hay que tener amigos en muchas bandas, y cuando alguien se va de la banda, presionan para que te llamen. Lleva mucho tiempo hacerse

una carrera de esa manera. Yo estuve diez años para conseguir el trabajo que tengo ahora.

Si el desempeño de la persona recomendada es exitoso, podrá establecer más relaciones informales en su nuevo nivel laboral, y así conseguir más trabajos de esa jerarquía. Para consolidarse en su nuevo nivel profesional es imprescindible un desempeño exitoso, y para los mentores, la calidad del desempeño de sus protegidos es una fuente de gran preocupación. El múltiple patrocinio que se describe en el siguiente caso salido de mis anotaciones es un ejemplo de esa preocupación y de su origen en las obligaciones entre colegas:

Un amigo me preguntó si estaba trabajando de noche. Cuando le dije que no, me mandó con otro tipo, que a su vez me mandó con un viejo con acento italiano. El viejo me dijo: "Toca el piano, ¿eh?". Yo dije: "Sí". Me dijo: "¿Toca bien?". Yo dije: "Sí". Me dijo: "Toca bien, bien, ¿no?". Yo dije: "Nada mal. ¿Cómo es el trato?". El dijo: "Un club nocturno, acá, en Loop. De nueve a cuatro y media, dos con cincuenta la hora. ¿Seguro que puede?". Yo dije: "¡Claro!". Me tocó el hombro y me dijo: "OK. Le tengo que hacer estas preguntas, ¿me entiende? Yo no sé cómo toca, tengo que preguntar, ¿me entiende?". Yo dije: "Seguro". Me dijo: "Tengo que estar seguro, es un lugar en el centro. Bueno, listo. Acá está el número. Diga que llama de parte de Mantuno, de parte mía. Mantuno. ¿Entiende?, tengo que estar seguro de que toca bien, si no me quemó yo. Llámelo ahora, y no se olvide de que lo manda Mantuno".

Me dio el número. Llamé y me dieron el trabajo. Cuando salí de la cabina telefónica, mi amigo, el que originalmente me habló del trabajo, me dijo: "¿Todo bien? ¿Te lo dieron?". Yo le dije: "Sí, te agradezco mucho". Me dijo: "No hay problema. Espero que trabajes bien. Quiero decir, es algo comercial, así qué tocó música comercial. Más te vale. Es mi culo el que está en juego. No

solamente el mío, es el culo de Tony y el del otro tipo. Son como cuatro culos, ¿entendés?"

En resumidas cuentas, para conseguir los mejores trabajos no sólo es necesario tener capacidad profesional, sino establecer relaciones informales de mutua obligación con personas que puedan recomendarnos para esos trabajos. Sin la capacidad mínima necesaria uno no puede desempeñarse en un nuevo nivel profesional, pero esa capacidad resultará en un trabajo acorde sólo si la persona ha establecido las conexiones adecuadas. Para los mentores, como lo indica la cita precedente, el sistema es una manera de acercar los hombres disponibles a aquellos que tienen puestos que cubrir, y proveerlos de reclutas en cuyo desempeño se puede confiar.

Es posible pensar una carrera exitosa como una serie de escalones de ese tipo, donde cada nuevo escalón es consecuencia del patrocinio, un desempeño exitoso y el establecimiento de relaciones provechosas.

He advertido similitudes entre la carrera profesional del músico y las carreras en la medicina o la industria, como demuestra el hecho de que el desempeño exitoso y la movilidad profesional están en función de las relaciones del individuo con una red de organizaciones informales compuestas por sus colegas. Analizaré ahora la variante de esta forma social típica que nace del fuerte énfasis puesto por los músicos en la preservación de su libertad para tocar sin interferencia de quienes no son músicos, considerados carentes de los conocimientos y la sensibilidad necesarios para apreciar los misteriosos dones artísticos de los que sí lo son. Como es difícil, si no imposible, alcanzar la libertad deseada, la mayoría de los hombres debe sacrificar los estándares de la profesión para satisfacer las demandas del público y de aquellos que controlan las oportunidades de trabajo. Eso genera una dimensión diferente del prestigio profesional, según la medida en que cada uno se niegue a modificar su actuación en respuesta a las exigencias externas, un abanico que va desde el extremo de "tocar lo que a uno le sale" hasta el de "tocar lo que la gente quiere oír". El hombre de jazz toca lo que le sale, mientras que el punto

de vista del músico comercial queda bien resumido en la afirmación atribuida a un exitosísimo músico del negocio: "Haría lo que fuera por un dólar".

Como señalábamos antes, los músicos sienten que existe un conflicto inherente a esta situación, y que uno no puede complacer al público y a la vez conservar su integridad artística. El siguiente extracto de una entrevista a un músico estable de la radio ilustra el tipo de tensiones que genera este conflicto en los trabajos más valorizados:

El tema fundamental en el estudio de radio es no equivocarse al tocar. No les importa si tocás bien o mal en tanto toques todas las notas sin equivocarte. Por supuesto que a uno le importa si no suena bien, pero a ellos no... Cuando sale por el micrófono, no les importa si tocás bien o mal, lo único que les importa es el aspecto comercial. O sea, uno puede sentir que tiene algún tipo de orgullo personal por lo que hace, pero a ellos no les importa. Lo que hay que hacer es eso: darles lo que uno sabe que les gusta, y listo.

El trabajo más prestigiado es, por lo tanto, aquel en el cual el músico debe sacrificar su independencia artística y el prestigio profesional concomitante. Un exitoso músico comercial rendía pleitearía a la independencia artística y a la vez recalca sus efectos negativos para el progreso profesional de esta manera:

Ya sé, seguro que te gusta hacer jazz. Te entiendo, claro. A mí solía interesarme el jazz, pero me di cuenta de que no rendía, que a la gente no le gustaba el jazz. A la gente le gustan las rumbas. Al fin de cuentas esto es un negocio, ¿o no? O uno tiene que ganarse la vida, o no, es así. Y si uno quiere ganarse la vida no puede tirarle con jazz a la gente todo el tiempo, porque no lo soportan. Así que hay que tocar lo que les gusta; son ellos los que pagan las cuentas. No me malinterpretes. Si alguien puede ganarse la vida tocando jazz, me parece perfecto. Pero

me gustaría saber quién puede. Para llegar a alguna parte, hay que hacer música comercial.

Los músicos de jazz, por su parte, se quejan del estatus inferior de los trabajos disponibles para ellos, no sólo en lo económico sino en todo lo que no sea el prestigio artístico.

De esa manera, las camarillas a las que uno debe acceder si quiere tener éxito y seguridad laborales están compuestas por hombres decididamente interesados en el aspecto comercial de la profesión. Las mayores recompensas son controladas por quienes han sacrificado algunos de los estándares más básicos de la profesión, y uno debe hacer un sacrificio similar si quiere tener alguna oportunidad de ascender a los puestos más deseados:

Si uno hace música comercial, uno entra en las camarillas, consigue los mejores trabajos y hasta le puede ir muy bien. Yo he tocado en los mejores lugares de la ciudad, el Club Q, y lugares como ése, y es así, hay que hacer eso. Tocar esa música y llevarse bien con esos tipos. Entonces no tenés de qué preocuparte. Uno sabe que cuenta con ese dinero todas las semanas, eso es lo que importa.

Las camarillas de músicos de jazz no les ofrecen a sus miembros más que el prestigio de conservar su integridad artística; las camarillas comerciales ofrecen seguridad laboral, posibilidades de ascenso, buenos ingresos y prestigio social generalizado.

Éste es un conflicto central en la carrera de cada músico, y su evolución está supeditada al modo en que lo resuelva. Aunque no he recolectado datos sobre el tema, parece razonable asumir que, cuando deciden dedicarse a la música, los individuos sienten gran respeto por el jazz y la libertad artística. En determinado momento de su desarrollo profesional (que varía de un individuo a otro), el conflicto se presenta y el músico advierte que es imposible lograr el tipo de éxito que desea y mantener su independencia musical. Cuando la incompatibilidad de estos objetivos se hace evidente, la persona debe tomar algún tipo de decisión, aunque

más no sea por inacción, que determinará el futuro curso de su carrera.

Una respuesta al dilema es evitarlo, abandonando la profesión. Incapaz de encontrar una solución satisfactoria al problema, el individuo interrumpe su carrera. La lógica que subyace a esa decisión queda explicada por las siguientes afirmaciones de alguien que actuó en este sentido:

Es preferible aceptar un trabajo que uno sabe que le va a ser un plomo, un trabajo que uno espera que sea deprimente, que uno en el negocio de la música, donde podría ser genial, pero no lo es. Por lo menos uno sabe qué esperar, sabe que va a ser un plomo. Pero la música podría ser tan genial que, cuando no lo es, es una depresión enorme. Así que es mejor dedicarse a otra cosa que no te deprima tanto.

Ya hemos visto la diversidad de respuestas a este dilema por parte de quienes deciden permanecer en el negocio. El hombre de jazz ignora las exigencias del público en aras de sus estándares artísticos, mientras que el músico comercial hace lo contrario, y ambos sienten la presión que ejercen ambas fuerzas. Me ocuparé aquí de analizar las relaciones que tienen esas respuestas con el destino de la carrera de los artistas.

El hombre que decide ignorar las presiones comerciales encuentra cerrado el camino al ascenso laboral, a trabajos de mayor prestigio y mejor pagos, así como el acceso a las camarillas que podrían proporcionarle esa seguridad y la oportunidad de crecimiento profesional. Son pocos los que están dispuestos o pueden tomar una postura tan extrema; la mayoría, en mayor o menor medida, hace concesiones. El patrón de movimiento que implican esas concesiones es un fenómeno muy común en la profesión, es bien conocido entre los músicos y suele ser considerado como inevitable:

Vi a K. E. Le dije: "Conseguime algún trabajito ocasional, ¿sí?". Me contestó imitando a uno de los "peces gor-

dos":²¹ "Hijo, cuando seas sensato y hagas música comercial, podré ayudarte, pero por ahora, no". Y con su voz normal continuó: "¿Por qué no te sumás? Dios, supongo que estoy haciéndole propaganda al comercialismo. Parece que me metí de lleno, ¿no?".

En este punto crucial de su carrera, el individuo debe cambiar radicalmente la idea que tiene de sí mismo; debe aprender a pensarse a sí mismo de otra manera, a considerarse un tipo de persona diferente de la que era:

El negocio comercial me tiene agarrado, supongo. Incluso cuando me sale un trabajo donde se supone que hay que tocar jazz, donde uno podría dejarse llevar y tocar lo que le sale, incluso en esas situaciones sigo pensando comercialmente, en lo que la gente que está ahí quiere escuchar. Antes iba a trabajar con la idea de tocar lo que mejor sé, de la mejor manera posible. Ahora voy a trabajar y automáticamente pienso: "¿La gente querrá escuchar esto? ¿Tendrán ganas de escuchar al estilo Kenton o al estilo Dizzie Gillespie [orquestas de jazz], o tipo Guy Lombardo [orquesta comercial], o qué?". No puedo evitar preguntármelo. Se me metió adentro, supongo que doblegaron mi espíritu.

En el siguiente testimonio encontramos un cambio mucho más drástico en la idea de sí mismo en relación con este dilema profesional:

Te digo, me di cuenta de que lo único que se puede hacer es volverse comercial, tocar lo que la gente quiere escuchar. Para el que quiera darles lo que buscan siempre hay un buen lugar. Melodía, eso quieren. Ni improvisa-

21 "Peces gordos" era el término utilizado comúnmente por los más jóvenes para referirse a los integrantes de las camarillas que controlaban los trabajos más codiciados.

ciones, ni mucha técnica: melodía, lisa y llana. Te digo, ¿por qué no tocar eso? Al fin y al cabo, no nos engañemos. La mayoría de nosotros no somos realmente músicos, somos sólo instrumentistas. Quiero decir, yo me pienso a mí mismo como una especie de trabajador común y corriente. No tiene sentido engañarse. La mayoría son instrumentistas y nada más, no son músicos en absoluto. Tendrían que dejar de engañarse a sí mismos.

Tomar la decisión y sufrir esa transformación en la idea que se tiene de sí mismo abre las puertas al ascenso hacia los niveles superiores del escalafón laboral y genera las condiciones que hacen posible un éxito completo, siempre y cuando uno siga estableciendo y manteniendo las conexiones adecuadas.

Una manera de adaptarse a la necesidad de trabajar sin sacrificar el amor propio es adoptar la postura del artesano. Al músico que así lo hace ya no le preocupa el *tipo* de música que toca, sino que sólo le interesa hacerlo *correctamente*, y tener las habilidades necesarias para hacer el trabajo como se debe. Su orgullo y su amor propio están puestos en ser capaz de tocar todo tipo de música y en interpretarla siempre adecuadamente.

Las habilidades necesarias para sostener esta postura varían de acuerdo a los entornos en los que el músico hace su trabajo. El que trabaja en bares con bandas reducidas se sentirá orgulloso de saber cientos (o incluso miles) de canciones, y de ser capaz de transportarlas a cualquier nota. Quien trabaja en una *big band* se jactará de su afinación y virtuosismo técnico. El que trabaja en un club nocturno o en un estudio de radio se vanagloriará de su habilidad para leer todo tipo de música a primera vista con rapidez y precisión. Como tiende a darle al empleador lo que éste quiere, e incluso con mayor calidad, esta postura suele conducir al éxito profesional.

El enfoque artesanal es más fácil de sostener en los grandes centros musicales del país, como Chicago, Nueva York y Los Ángeles. En estas ciudades, el volumen de trabajo disponible es suficiente para permitir la especialización, y un hombre puede dedicarse pura y exclusivamente a perfeccionar un conjunto determinado

de habilidades. En estos centros urbanos, uno encuentra músicos de extraordinario virtuosismo. En las ciudades más pequeñas, por el contrario, no hay trabajo suficiente de ningún tipo como para que un hombre se especialice en él, y los músicos son contratados para hacer un poco de todo. Aunque las destrezas necesarias coincidan —la afinación, por ejemplo, siempre es importante— todo hombre encuentra áreas en las que es apenas competente. Un trompetista puede tocar excelente jazz y hacer pequeños trabajos tocando jazz, pero ser muy malo para leer música y todavía peor a la hora de tocar con una *big band*. Es difícil conservar el orgullo de artesano cuando uno debe enfrentarse continuamente con trabajos para los que tiene habilidades mínimas.

Resumiendo, el hincapié que hacen los músicos en liberarse de las interferencias externas en su trabajo abre una nueva dimensión, la del prestigio profesional, que entra en conflicto con el prestigio laboral antes analizado, de modo tal que una misma persona no puede ocupar una posición elevada en ambos a la vez. Las mayores y mejores recompensas están en manos de aquellos que han sacrificado su independencia artística, y que exigen el mismo sacrificio a las personas que reclutan para los mejores puestos. Esto plantea un dilema personal a cada músico, y su respuesta a ese dilema es determinante para el futuro curso de su carrera. Rehusarse a hacer esas concesiones implica despedirse de toda esperanza de obtener empleos prestigiosos y bien pagos, mientras que rendirse a las presiones comerciales les abre el camino del éxito. (Los estudios de otras ocupaciones podrían prestar atención a esas contingencias profesionales, que a su vez dependen de un problema laboral básico: los clientes.)

PADRES Y ESPOSAS

He notado que los músicos hacen extensivo su deseo de expresarse libremente en su trabajo sin interferencias externas a un sentimiento generalizado de que no deberían estar sujetos a las normas convencionales de la sociedad. El *ethos* de la profesión

promueve la admiración por las muestras de individualidad y espontaneidad, y el desprecio por las reglas de la sociedad en general. Es de esperar que quien profesa un *ethos* semejante tenga conflictos con el resto de la sociedad cuando entra en contacto con ella. Uno de esos momentos de contacto se produce cuando trabaja frente al público, fuente inagotable de problemas. Los efectos de este tipo de problemas en la carrera de un músico ya han sido analizados anteriormente.

Otro punto conflictivo de contacto entre profesión y sociedad es la familia. La pertenencia a una familia vincula al músico con personas que son "cuadradas", marginales que se atienen a las convenciones sociales cuya autoridad el músico no reconoce. Esas relaciones siembran la semilla de un conflicto que puede estallar y tener consecuencias desastrosas, tanto para su carrera como para su núcleo familiar. En esta sección analizaremos la naturaleza de esos conflictos y sus efectos en la carrera profesional.

La familia ejerce una enorme influencia en la elección laboral del individuo, pues puede auspiciar y ayudar al neófito en su elección profesional. En su análisis de las primeras etapas de la carrera de un médico, Hall señala:

En la mayoría de los casos, la familia y los amigos jugaron un papel significativo, previendo la trayectoria profesional futura y alentando los esfuerzos del novato. Expresan ese aliento dándole su apoyo y su ayuda para establecer las rutinas más convenientes, facilitándole la privacidad necesaria, desalentando los comportamientos anómalos y definiendo las recompensas del día a día. (Hall, 1948, p. 328)²²

Por lo general, los padres del músico no suelen apoyar el desarrollo profesional de su hijo de la misma manera. Muy por el contrario, como un hombre señaló: "¡Mi Dios!, la mayoría de los músicos tienen terribles problemas con sus padres cuando deciden

dedicarse a la música". Las razones son claras: sin importar la clase social de la que provenga, la familia del potencial músico sabe que está ingresando en una profesión que alentará la ruptura de los patrones de comportamiento convencionales dentro del entorno familiar. Las familias de clase baja parecen preocuparse más por la inestabilidad laboral propia de la profesión musical, aunque existen evidencias de que algunas apoyaron esas carreras como un camino posible de ascenso social. Para la clase media, la elección de la carrera de músico de baile es una inclinación bohemía, que implica la posible pérdida de prestigio tanto para el individuo como para la familia, y genera una resistencia virulenta. La persona sufre enormes presiones para que desista de su elección:

Quando decidí que quería ser músico, fue bastante terrible para todos... Recuerdo que me gradué de la escuela secundaria un jueves, y el lunes ya salí de la ciudad para hacer un trabajo. Mis padres me decían de todo, todo el tiempo, y mis parientes también. Me la hicieron pasar muy mal... Un tío mío vino a hablarme, todo serio, a decirme que no era una vida normal, y que cómo iba a hacer para casarme, y lo demás.

El conflicto tiene dos efectos típicos en la carrera de un músico. En primer lugar, el futuro músico puede abandonar la idea a causa de las presiones familiares, lo que constituye una adaptación muy común en las etapas iniciales de la carrera. Por otro lado, el joven músico puede ignorar los deseos de su familia y continuar con su carrera, en cuyo caso queda privado del apoyo familiar tempranamente y debe empezar a "arreglárselas solo", abriéndose camino sin el sostén emocional y financiero que de otro modo tendría. La carrera del músico por lo general comienza, si es que lo hace, sin la ayuda familiar y el apoyo típico que reciben quienes se dedican a otras profesiones.

Una vez que se ha casado y formado una familia, el músico se encuentra en una relación que lo enfrenta de forma inmediata e insoslayable con las convenciones de la sociedad. Su esposa, que

generalmente no es música, espera que su marido, como tal, sea su compañero y proveedor. En algunas profesiones no hay conflicto entre las exigencias de la profesión y las demandas familiares. En otras, esas fuerzas entran en conflicto, pero existen soluciones validadas socialmente y aceptadas por ambos cónyuges, como por ejemplo en el caso de la medicina. En las profesiones desviadas, como el negocio de la música, las expectativas profesionales no concuerdan en absoluto con las expectativas de los legos, lo que acarrea al músico enormes dificultades.

Los músicos sienten que los imperativos de su trabajo tienen preeminencia sobre los de sus familias, y actúan en consecuencia:

Mi mujer es una chica genial, pero no hay manera de que podamos estar juntos, por lo menos mientras yo esté en el negocio de la música. No hay manera, no hay caso. Cuando éramos recién casados era genial. Yo trabajaba en la ciudad, hacía buen dinero, y todos contentos. Pero cuando ese trabajo se cayó, no tenía nada. Entonces me ofrecieron salir de gira. Sally me dijo: "No, te quiero acá, conmigo". ¡Prefería que terminara trabajando en una fábrica! Una mierda. Así que me fui con la banda. Este negocio me gusta demasiado, y no voy a dejarlo ni por ella ni por ninguna mujer.

El matrimonio puede convertirse en una lucha continua sobre este punto. El resultado de esa lucha determinará la continuidad o no de la carrera musical del esposo, como queda de manifiesto en el siguiente testimonio recogido en mi trabajo de campo:

Los muchachos del Z. Club están tratando de que Jay Marlowe vuelva a trabajar con ellos tiempo completo, porque ahora se reparte la semana con otro. Tiene un trabajo diurno en la misma empresa donde trabaja su mujer, haciendo algún trabajo administrativo menor. Los muchachos están tratando de convencerlo para que renuncie. Parece que la mujer se opone abiertamente. Hasta donde yo sé, Jay ha sido músico toda su vida. Ésta

es probablemente la primera vez que tiene un trabajo diurno. Gene, el baterista del Z. Club, me dijo: "Es una estupidez que trabaje de día. ¿Cuánto le pagan ahí? Es probable que no llegue a treinta o treinta y cinco por semana. Es lo mismo que puede hacer acá en apenas tres noches. Pero claro, la que quiere que se salga del negocio es la mujer. No le gusta que él ande por ahí hasta cualquier hora, rodeado de las chicas que frecuentan los bares, y todo eso. Pero después de todo, cuando un hombre puede hacer lo que quiere y ganar buen dinero, ¿por qué debería conformarse con un trabajo aburrido para, encima, ganar una miseria? Tendría que estar tocando. Ese trabajo diurno que tiene es un bajón para él, ¿así que por qué debería conservarlo?". Johnny, el saxofonista, dijo: "¿Sabés por qué? Porque su mujer le dice que lo conserve". Gene dijo: "No debería dejarse mandonear así por la mujer. Por Dios, mi esposa no me dice lo que tengo que hacer. Él no debería aceptar que le tiren mierda".

Y los muchachos del Z. Club ya empezaron a presionarlo. Lo invitaron varias veces a ir con ellos al hipódromo entre semana y Jay se estuvo escapando del trabajo para poder ir. Después de una de esas salidas, Gene dijo: "¡La esposa está loca! No quiere que haraganeé y que pierda ese empleo, y sabe lo que nosotros pretendemos. Piensa que somos una mala influencia. Bueno, supongo que es verdad, desde su punto de vista".

[Un par de semanas después, Marlowe renunció a su empleo diurno y regresó a la música.]

Para otros hombres, que sienten el peso de las responsabilidades familiares con más fuerza, la situación no es tan sencilla. La inseguridad económica del negocio de la música les hace difícil convertirse en buenos proveedores, y puede forzarlos a abandonar su carrera, una de las respuestas típicas a este tipo de situaciones:

No, hace tiempo que no trabajo. Supongo que tendré que conseguirme un trabajo diurno de mierda. Cuando

uno se casa, las cosas cambian. Antes era diferente. Trabajaba o no trabajaba, pero era lo mismo. Si necesitaba dinero, le pedía prestado cinco dólares a mi madre. Pero ahora las cuentas hay que pagarlas. Cuando uno se casa tiene que trabajar todo el tiempo, si no, no alcanza.

Aun cuando la carrera no se corte, las exigencias matrimoniales ejercen fuertes presiones para que el músico se vuelva comercial:

Para seguir trabajando, hay que aceptar tocar basura más de una vez... A mí no me molesta. Estoy casado, y necesito seguir trabajando. Si algún cuadrado viene y me pide que toque la polca del "Barrilito de cerveza", sonrío y la toco.

El matrimonio puede de ese modo impulsar la consecución del éxito, forzando una decisión que permite, aunque no garantiza, que el músico tenga la oportunidad de acceder a las camarillas de orientación comercial, que son las únicas capaces de asegurar a sus integrantes un trabajo estable.

La familia, en tanto institución que exige al individuo comportarse de acuerdo a las convenciones, genera problemas de intereses enfrentados, de lealtades y de ideas de sí mismo que entran en conflicto. Y la respuesta que cada sujeto dé a esos problemas tendrá un efecto decisivo en la duración y el rumbo de su carrera.

7. Las reglas y su aplicación

Hemos considerado algunas características generales de los desviados y de los procesos por los cuales son etiquetados como marginales y llegan a verse a sí mismos como tales. Hemos analizado las culturas y patrones de carrera típicos de dos grupos de marginales: los consumidores de marihuana y los músicos de baile. Es ahora momento de estudiar la otra mitad de la ecuación: la gente que hace y aplica las normas a las que los marginales no se ajustan.

La pregunta es simple: ¿cuándo se hacen y aplican las normas? Como señalé anteriormente, la existencia de una regla no garantiza de por sí que será aplicada. La aplicación de la norma no se explica invocando la idea de algún grupo abstracto y siempre alerta: no podemos afirmar que la "sociedad" se vea dañada por cada infracción y que reaccione para restablecer el equilibrio. Podemos postular, en un extremo, la existencia de un grupo que actúe de esa manera, donde todas las normas y reglas sean aplicadas automáticamente. Pero imaginar un caso así sólo sirve para dejar en evidencia el hecho de que los grupos sociales no suelen comportarse de esa manera. Lo habitual es que las reglas sean aplicadas sólo cuando algo desencadena su aplicación. La aplicación de la norma, su ejecución, debe ser explicada.

Y esa explicación descansa en varias premisas. Primero, la aplicación de una norma requiere iniciativa. Alguien, el que tome la iniciativa, deberá castigar al culpable. Segundo, la norma se aplica cuando quienes tienen la intención de aplicarla hacen pública la infracción ante los demás: una infracción no puede ser ignorada una vez que se ha hecho pública. Dicho de otra manera, la aplicación de la norma se produce cuando alguien da la voz de alarma.

En tercer lugar, la gente da la voz de alarma cuando ve en ello algún beneficio. Es el interés personal el que los impulsa a tomar la iniciativa. Finalmente, el tipo de interés personal que desencadena la aplicación de la norma varía de acuerdo a la complejidad de la situación en la que es aplicada. Analicemos algunos casos, prestando atención al modo en que el interés personal, la iniciativa y la publicidad del hecho interactúan con la complejidad de la situación para producir tanto la aplicación de la norma como la imposibilidad de aplicarla.

Recordemos el ejemplo que da Malinowski sobre el incesto dentro de los clanes en la Isla de Trobriand. Todos sabían lo que estaba sucediendo, pero nadie hizo nada al respecto. El ex amante de la joven, que había intentado desposarla y por lo tanto se sentía personalmente agraviado porque ella había elegido a otro hombre, tomó cartas en el asunto y acusó públicamente a Kima de incesto. Al hacerlo, modificó la situación de tal manera que Kima no tuvo más opción que suicidarse. En el contexto de una sociedad de estructura relativamente simple, no hay conflicto por la norma: todos están de acuerdo en que el incesto intraclánico está mal. Cuando por interés personal alguien toma la iniciativa, sabe que la publicidad de la infracción garantiza la aplicación de la norma.

Encontramos la misma ausencia de conflicto acerca de la aplicación de las reglas en situaciones informales de la anónima vida urbana. Pero las consecuencias son diferentes, pues la esencia del acuerdo entre las personas es que no llamarán la atención ni interferirán, incluso frente a las violaciones de la ley más flagrantes. El habitante de las urbes se ocupa de sus propios asuntos, y no hace nada frente a las infracciones de la ley a menos que interfieran con sus propios asuntos. A esa típica actitud urbana Simmel la llama "reserva":

Si en la ciudad, donde se producen contactos externos con innumerables personas, se produjeran tantas reacciones internas como en una pequeña comunidad, donde todos se conocen y se llevan mayormente bien, el individuo estaría completamente atomizado interna-

mente y su estado psíquico sería inimaginable. En parte a causa de ese hecho psicológico, en parte como respuesta al derecho a desconfiar que asiste a los hombres frente a la fugacidad característica de la vida metropolitana, la reserva se vuelve necesaria. Como resultado de esa reserva, muchas veces ni siquiera conocemos de vista a quienes han sido nuestros vecinos durante años. Y es esa reserva la que nos hace parecer fríos y desalmados ante los ojos de los pueblerinos. De hecho, si no me engaño, el aspecto interior de esa reserva exterior no es la indiferencia, sino que, más habitualmente de lo que creemos, es una especie de aversión, un mutuo extrañamiento y repulsión, capaz de convertirse en odio y miedo al primer contacto, sin importar la causa (...).

Esa reserva, con su sesgo de oculta aversión, se presenta a su vez como la forma que reviste un fenómeno mental generalizado en las metrópolis, a saber: esa reserva garantiza al individuo cierto tipo y cierta cantidad de libertad personal que no tiene en absoluto parangón en otras condiciones. (Wolff [comp.], 1950, pp. 415-416)

Hace varios años, una revista nacional publicó una serie de fotografías que ilustraban la reserva urbana. Un hombre tendido inconsciente en una ajetreada calle de la ciudad. Foto tras foto, se mostraba cómo los peatones ignoraban su presencia o la advertían y esquivaban, para seguir con sus propios asuntos.

La reserva, aunque típicamente citadina, no es característica de todas las manifestaciones de la vida urbana. Muchas zonas urbanas, como los barrios pobres y los sectores étnicamente homogéneos, se parecen más a los pueblos pequeños, y sus habitantes consideran que todo lo que sucede en el vecindario es de su incumbencia. La reserva del citadino se despliega más ostensiblemente en las zonas públicas anónimas —plazas y calles céntricas—, donde el individuo puede sentir que nada de lo que sucede a su alrededor es responsabilidad suya, y donde hay profesionales del cumplimiento y aplicación de la ley cuya tarea es ocuparse de todo aquello que se aparte de la normalidad. El pacto de hacer

caso omiso de las infracciones a la norma descansa en parte en la certeza de que garantizar su cumplimiento corre por cuenta de esos profesionales.

En situaciones de estructura más compleja, es más probable que no haya acuerdo sobre la interpretación del hecho y los posibles conflictos que resultan de la aplicación de la ley. Cuando en el interior de una organización existen dos grupos que compiten por el poder —como en una industria, donde directivos y empleados pugnan por el control de la situación laboral—, el conflicto puede ser crónico. Sin embargo, como se trata precisamente de un rasgo persistente de esa organización, es posible que nunca sea un conflicto abierto. Más bien, a los dos grupos enredados en esa situación que los frena a ambos les parece ventajoso permitirse mutuamente la comisión de ciertas infracciones sin dar la voz de alarma.

Melville Dalton ha estudiado la ruptura sistemática de las reglas por parte de los empleados de las organizaciones industriales, grandes centros comerciales y lugares de trabajo similares. Observó que los empleados con frecuencia hacen uso de los servicios y materiales que pertenecen a la organización en beneficio propio, algo que comúnmente sería considerado como robo. Los directivos intentan detener este desvío de recursos, pero casi nunca con éxito. Sin embargo, rara vez hacen pública esta situación. Entre los ejemplos de malversación de los recursos de las empresas, Dalton cita los siguientes:

Un capataz abrió un negocio de maquinaria en su propia casa, equipado con costosas máquinas sacadas del negocio donde a su vez trabajaba. El botín incluía una perforadora, una limadora, un torno, cortadoras y taladros, equipamiento de trabajo y una amoladora.

El capataz del departamento de carpintería de una gran fábrica, un artesano europeo de nacimiento, pasaba la mayor parte de su jornada laboral construyendo objetos domésticos —cunas, marcos de ventanas, mesas, y otros objetos hechos por encargo— para los altos ejecutivos de la empresa. A cambio, recibía de regalo vino y aves de corral.

Un empleado de oficina escribía todas sus cartas en horario de trabajo, utilizando papelería y estampillas de la empresa.

Un radiólogo hurtaba jamones y comida enlatada del hospital y sentía que estaba en su derecho por el bajo salario que percibía.

Un ejecutivo industrial jubilado se hizo construir en la planta de su empresa un aviario de doce jaulas, que fue instalado en su hogar por personal de la empresa. Los carpinteros de la fábrica reparaban y reacondicionaban las jaulas cada primavera.

Numerosas ampliaciones en los edificios de clubes náuticos locales fueron hechas por personal y con materiales provenientes de las empresas donde trabajaban sus socios.

Los jefes de los departamentos de indumentaria de las grandes tiendas marcaban la mercadería que querían para su uso personal como "fallada" y bajaban el precio en consonancia. También vendían artículos por encima de su precio normal para acumular un fondo que les permitiera reemplazar el faltante por los objetos que extraían para su uso personal. (Dalton, 1959, pp. 199-205)

Dalton dice que calificar a estos hechos de robo es un error. De hecho, insiste, aunque los directivos de las empresas oficialmente condenan el robo interno, son cómplices de él: no se trata en absoluto de un robo, sino de un sistema de recompensas. En realidad, las personas que se apropian de los servicios y materiales que pertenecen a una organización están siendo recompensadas extraoficialmente por su contribución extraordinaria al funcionamiento de la organización, que no prevé un sistema de recompensas legítimo. El capataz que equipó su negocio de herramientas con maquinaria extraída de la empresa estaba siendo recompensado en realidad por haber abandonado el catolicismo y haberse hecho masón, como muestra de su aptitud para ocupar un cargo de supervisión. Al radiólogo se le permitía sacar comida del hospital porque la administración sabía que, por el salario que percibía,

no podía pedírsele lealtad ni empeño. Las normas no son aplicadas porque los dos grupos de poder en conflicto —los directivos y los trabajadores— sacan provecho mutuo al pasarlas por alto.

Donald Roy (1952) ha descrito el mismo tipo de evasión a las normas en un taller de máquinas, y también ha demostrado que ninguno de los dos grupos dará la voz de alarma si ambos son socios en un sistema que se caracteriza por el equilibrio de poder e intereses. A los operarios de las máquinas que observó Roy se les pagaba por pieza terminada, y la infracción se producía cuando querían “hacer diferencia”, o sea, ganar mucho más por la hora de trabajo según las piezas entregadas. Muchas veces lograban hacerlo abreviando pasos y realizando el trabajo de una manera que las reglas de la compañía prohibían (ignorando las normas de seguridad y utilizando técnicas y herramientas no permitidas por las especificaciones de la tarea). Roy (1954) también identifica un “sindicato del taller”, que cooperaba con los operarios evitando el establecimiento de rutinas de trabajo. Los inspectores, los encargados del depósito de herramientas, los supervisores de horarios y turnos, los de almacenamiento, todos colaboraban para que los operarios de las máquinas “hicieran diferencia”.

Se suponía que los operarios, por ejemplo, no podían tener en su puesto de trabajo herramientas que no fuesen específicas para la tarea que estaban realizando. Roy muestra que en un principio, cuando esta regla fue promulgada, los encargados del depósito de herramientas la hacían cumplir. Pero pronto descubrieron que la regla significaba tener continuamente una hilera de trabajadores asomados a la ventanilla del depósito, un grupo de hombres que se quejaba y les complicaba el día de trabajo. En consecuencia, poco después de que la regla fue anunciada, los encargados comenzaron a romperla, permitiendo que los operarios se llevaran las herramientas a sus máquinas, y dejándolos entrar y salir del depósito a sus anchas. Al permitir que los operarios infringieran la norma, los encargados aliviaron su propia situación: los operarios ya no los molestaban con sus quejas y pedidos incesantes.

El problema de la aplicación de la norma se complica más cuando la situación involucra a varios grupos en pugna. Adaptarse y hacer concesiones se hace más difícil, pues son más los in-

tereses que buscan verse satisfechos, y es más probable que el conflicto quede abierto y sin solución. Bajo esas circunstancias, el acceso a las posibilidades de hacer público el hecho se convierte en una variable importante, y los interesados en que la ley no se aplique hacen todo lo posible para impedir que la infracción se vuelva noticia.

Un buen ejemplo puede encontrarse en el rol del fiscal. Una de sus tareas es supervisar al gran jurado. El gran jurado es el que se reúne para escuchar toda la evidencia y decidir si se deben presentar cargos contra un individuo por quebrantar la ley. Aunque por lo general el gran jurado se limita a considerar los casos que el fiscal le presenta, también tiene el poder de llevar a cabo sus propias investigaciones y presentar cargos que no han sido sugeridos por aquél. Consciente de que el mandato que ha recibido es proteger el interés general, el gran jurado puede sentir que el fiscal oculta algo.

Y, de hecho, el fiscal puede estar ocultando algo. Puede formar parte de acuerdos entre políticos, policías y delincuentes para permitir el negocio del vicio, el juego, u otras formas de delito. Aun cuando no esté directamente involucrado, puede tener compromisos políticos con quienes sí lo están. Es difícil lograr un compromiso viable entre los intereses del delito y de los policías corruptos, por un lado, y, por el otro, los de un gran jurado decidido a hacer su trabajo, más difícil aún que encontrar un acuerdo que satisfaga a los dos grupos de poder que operan en una misma fábrica.

Frente a este dilema, el fiscal corrupto intenta aprovecharse del desconocimiento que tiene el jurado de los procedimientos legales. Pero en algún momento alguien habla de un jurado "díscolo", que pasa por encima de los obstáculos interpuestos por el fiscal y se dedica a investigar los hechos que la fiscalía intentaba ocultar. Al demostrar iniciativa y generar una publicidad incómoda y vergonzante, ese jurado deja al descubierto las infracciones hasta entonces ocultas a la opinión pública y suele desencadenar una campaña contra la corrupción en otros ámbitos. La existencia de jurados díscolos nos recuerda que la función del fiscal corrupto es, precisamente, impedir que existan.

La iniciativa, motivada por el propio interés, con las armas de la publicidad y condicionada por el carácter de la organización de que se trate, es por lo tanto una variable clave de la aplicación de la ley. La iniciativa funciona con mayor inmediatez aún en situaciones donde hay un acuerdo fundamental sobre la aplicación de la norma. Una persona que tiene intereses en juego hace pública la infracción, y se actúa en consecuencia. Si la iniciativa no surge de nadie, nadie actúa. Si en el seno de una misma organización existen dos grupos de poder en pugna, sólo se aplicará la norma cuando se rompan los compromisos que los atan. De lo contrario, la mejor manera de servir los intereses de todos es permitir que las infracciones continúen. Las situaciones que involucran los intereses de varios grupos de poder tienen resultados más variados, que dependen del poder relativo de los grupos en cuestión y de su acceso a los canales de publicidad del hecho. Veremos cómo entran en juego todos estos factores en una situación compleja cuando analicemos la historia de la Ley de Impuesto a la Marihuana.

ETAPAS DE LA APLICACIÓN DE LA NORMA

Antes de estudiar la historia de esa ley, sin embargo, consideraremos el problema de la aplicación de la ley desde otra perspectiva. Hemos visto cómo varían los procesos a través de los cuales la norma es aplicada en función de los diferentes tipos de estructuras sociales. Agreguemos ahora la dimensión temporal, y expliquemos brevemente las diversas etapas que atraviesa la aplicación de una norma: su historia natural.

La historia natural se ocupa de lo que es genérico a una clase de fenómeno, a diferencia de la historia, que se ocupa de lo que es único en cada instancia. La historia natural busca descubrir los elementos típicos de una clase de eventos, y no lo que los hace diferentes: busca la regularidad más que la idiosincrasia. Por lo tanto, me ocuparé a continuación de aquellos rasgos de los procesos de creación y aplicación de la norma que son genéricos de ese proceso y constituyen su marca distintiva.

Para analizar las etapas evolutivas de una norma y su aplicación utilizaré el modelo legal. Eso no quiere decir que lo que voy a plantear se aplique solamente a la legislación. Son los mismos procesos que marcan también el desarrollo y la aplicación de reglas informalmente instituidas.

Las reglas específicas se remontan a esas preferencias vagas y generalizadas que a los científicos sociales les gusta llamar valores. Los académicos han propuesto muchas definiciones diferentes para el valor, pero aquí no entraremos en esa controversia. La definición propuesta por Talcott Parsons nos servirá tan bien como cualquier otra:

Puede llamarse valor al elemento de un sistema simbólico compartido que sirve como criterio o estándar para elegir entre las diferentes alternativas frente a una situación intrínsecamente abierta. (Parsons, 1951, p. 12)

La igualdad, por ejemplo, es un valor norteamericano. Cuando podemos, preferimos tratar a las personas de manera igualitaria y sin tener en cuenta las diferencias entre ellas. La libertad individual también es un valor para los norteamericanos. Preferimos permitirle a la gente que haga lo que desea, a menos que existan fuertes razones para lo contrario.

Los valores, sin embargo, son una guía muy pobre para la acción. Los estándares de selección que encarnan son muy generales. Nos dicen cuál de las muchas líneas de acción alternativas es preferible, sin hacer distinciones entre todo lo demás. Pero todo lo demás no suele ser igual en las situaciones de la vida real. Nos resulta difícil relacionar las generalidades de una declaración de valores con los detalles complejos y específicos de las situaciones cotidianas. No es fácil conectar de manera unívoca una noción vaga de igualdad con la realidad concreta, y por lo tanto es difícil saber específicamente qué línea de acción recomendaría ese valor frente a una situación dada.

Otra dificultad que entraña utilizar los valores como guía de acción es que, al ser tan vagos y generales, es posible que tengamos valores contradictorios sin ser siquiera conscientes de ello.

Tomamos conciencia de su inutilidad como guías de acción cuando, en un momento de crisis, nos percatamos de que no podemos decidir cuál de los cursos de acción contradictorios que nos recomiendan esos valores en conflicto debemos tomar. Por dar un ejemplo concreto, adherimos al valor de la igualdad, y eso nos lleva a condenar la segregación racial. Pero también adherimos al valor de la libertad individual, lo que nos inhibe de interferir con las personas que practican el segregacionismo en sus vidas privadas. Cuando un negro propietario de un velero anuncia, como sucedió en alguna ocasión, que ningún club náutico de Nueva York lo admite como miembro, advertimos que nuestros valores no nos ayudan a la hora de decidir cuál es la solución al problema. (También las diferentes normas entran en conflicto entre sí, como cuando una ley estatal prohíbe la integración racial en las escuelas públicas y la ley federal la exige. No obstante, en este caso existen procedimientos judiciales predeterminados para resolver el conflicto.)

Como los valores pueden proporcionar sólo una guía de acción general y no son útiles a la hora de decidir el curso de acción que debe tomarse en las situaciones concretas, la gente elabora reglas específicas más cercanas a la realidad de la vida cotidiana. Los valores son las premisas fundamentales de las que se deducen las demás normas.

Las personas dan a los valores la forma de una norma específica cuando deben dar respuesta a situaciones problemáticas. Sienten que ciertas zonas de su existencia son difíciles o penosas, y que requieren acción.²³ Después de considerar los diversos valores que suscriben, las personas deciden que uno o más de ellos son relevantes para su problemática y deducen de ellos una regla específica. La regla, formulada para ser consistente con el valor del que proviene, establece con relativa precisión las acciones aprobadas y las prohibidas, las situaciones a las que se puede aplicar y las sanciones que implica su incumplimiento.

23 Para un acercamiento a los problemas sociales desde la historia natural véase Fuller y Meyers, 1941.

El tipo ideal de norma específica es la legislación cuidadosamente elaborada y apuntalada por interpretaciones judiciales. Dicha norma no es ambigua. Por el contrario, sus previsiones son precisas: a partir de ella, uno sabe con bastante grado de certeza lo que puede y no puede hacer, y lo que sucede si uno no hace lo correcto. (Ése es el tipo ideal. La mayoría de las reglas no son tan precisas ni transparentes. Aunque son mucho menos ambiguas que los valores, también pueden causar dificultades a la hora de decidir un curso de acción.)

Justamente porque son ambiguos y generales, los valores pueden ser interpretados de diferentes maneras y se pueden deducir de ellos distintos tipos de normas. Una norma puede ser consistente con un determinado valor, pero también muchas normas divergentes pueden deducirse de un mismo valor. Es más, las normas no serán deducidas de los valores a menos que una situación problemática impulse a alguien a hacer esa deducción. Veremos cómo a personas que adhieren a un determinado valor ni siquiera se les han ocurrido ciertas reglas que para nosotros deberían desprenderse por lógica de ese valor, y no se les han ocurrido ya sea porque no se han producido situaciones o problemas que exigieran la existencia de una norma, o porque no son conscientes de que el problema existe. Por otra parte, una norma específica, si se deduce de un valor general, puede entrar en conflicto con otras normas emanadas de otros valores. El conflicto, tanto si es conscientemente aceptado como si sólo es reconocido implícitamente, puede inhibir la creación de una norma en particular. Las reglas no emanan de los valores de manera automática.

Como una regla puede satisfacer un interés y al mismo tiempo estar en conflicto con otros intereses del grupo que la creó, la formulación de la norma suele ser muy cuidadosa, para asegurar que cumpla la función que se supone que debe cumplir y nada más. Las normas específicas están llenas de excepciones y salvedades, de modo tal que no interfieran con valores que consideramos importantes. Un ejemplo es la legislación sobre la obscenidad. La intención general de esa ley es que los asuntos moralmente repugnantes no deben hacerse públicos. Pero esto entra en conflicto

con otro valor importante, el de la libre expresión. Y, además, con los intereses profesionales y comerciales de autores, dramaturgos, editores, libreros y productores teatrales. A la ley, tal y como la conocemos hoy, se le han introducido numerosos ajustes y salvedades, de modo que carece del alcance que desearían quienes creen fervientemente que la obscenidad es dañina.

Las reglas específicas pueden encarnarse en leyes. O, en algunos grupos, pueden ser simplemente costumbres que prevén sanciones informales. Las leyes, naturalmente, tienden a ser más precisas y menos ambiguas, mientras que las normas informales y de costumbres suelen ser más vagas y comprender vastas zonas que permiten toda suerte de interpretaciones.

Pero la historia natural de una norma no termina con la deducción de una regla específica a partir de un valor general. La norma específica debe ser luego aplicada a personas específicas en circunstancias particulares. Y debe terminar de encarnarse en acciones específicas de aplicación y cumplimiento.

En un capítulo anterior hemos visto que los actos de aplicación de la norma no son una consecuencia automática de la infracción. La aplicación de la ley es selectiva, y lo es diferencialmente entre distintos tipos de personas, en diferentes momentos y situaciones.

Podemos preguntarnos si todas las normas siguen la secuencia que va desde un valor general, pasando por una regla específica, hasta un acto particular de aplicación de esa regla. Los valores pueden entrañar un potencial no utilizado, reglas que todavía no se han deducido de ellos y que podrían convertirse, en determinadas circunstancias, en normas específicas muy desarrolladas. Del mismo modo, muchas reglas específicas nunca son aplicadas. Pero, a la inversa, ¿existen leyes que no se desprendan de un valor general? ¿O existen acciones de aplicación de la norma que no encuentren su justificativo en alguna norma en particular? Muchas normas, por supuesto, son bastante técnicas y no puede decirse que estén basadas en un valor general, sino que son un esfuerzo de conciliación con normas más antiguas. Las normas específicas que regulan las transacciones de valores son probablemente un ejemplo de este tipo. No parecen

tanto un esfuerzo por implementar un valor general como por regularizar las operaciones de una compleja institución. Del mismo modo, también encontraremos acciones individuales de aplicación de la norma basadas en normas creadas ad hoc y con el único objeto de justificar ese accionar. Algunas de las actividades informales e ilegales de los policías ingresan en esta categoría.

Si aceptamos estos ejemplos como desviaciones del modelo de la historia natural, ¿a cuántas de las cosas que nos pueden interesar se aplica realmente ese modelo? Se trata de una cuestión fáctica, que debe ser establecida mediante el análisis de diversos tipos de normas en una variedad de situaciones diferentes. Sabemos, al menos, que muchas normas siguen esa secuencia. Es más, cuando la secuencia no se cumple originalmente, se termina cumpliendo retroactivamente. Vale decir que una norma puede ser creada simplemente para servir al interés personal de alguien y más tarde encontrar su lógica en algún valor general. Del mismo modo, un acto espontáneo de aplicación de la ley puede ser legitimado por la creación de una norma a la que responda. En estos casos, la relación formal que va de lo general a lo específico se cumple, aun si la secuencia temporal ha sido alterada.

Si muchas normas toman forma atravesando una secuencia que va de un valor general a un acto específico de aplicación, pero a su vez esa secuencia no es automática ni inevitable, debemos centrarnos en la iniciativa que pone en marcha esa secuencia y que da cuenta de ella. Si los valores generales se convierten en la base de la que se deducen las reglas específicas, debemos analizar entonces a la persona que se ocupa de que esa norma sea deducida. Y si las reglas específicas son aplicadas a personas específicas en circunstancias específicas, debemos analizar a la persona que se ocupa de que la aplicación y el cumplimiento de la ley ocurran. Examinaremos, por lo tanto, a quienes tienen la iniciativa, las circunstancias en las que estas personas aparecen y el uso que ellas hacen de sus instintos de emprendedores.

UN CASO ILUSTRATIVO: LA LEY DE IMPUESTO A LA MARIHUANA

Suele presuponerse que la práctica de fumar marihuana fue importada a los Estados Unidos desde México, a través de los estados del sudoeste, como Arizona, Nuevo México y Texas, que tenían todos una considerable población hispanohablante. La gente empezó a notar el consumo de marihuana en la década de 1920, pero como se trataba de un fenómeno nuevo y aparentemente limitado a los inmigrantes mexicanos, no se preocuparon demasiado. (El compuesto médico que se prepara a partir de la marihuana ya era conocido desde algún tiempo atrás, pero los médicos norteamericanos no solían prescribirlo.) Hasta bien entrada la década de 1930, sólo dieciséis estados habían aprobado leyes que prohibían el consumo de marihuana.

En 1937, sin embargo, el Congreso de los Estados Unidos aprobó la Ley de Impuesto a la Marihuana, pensada para gravar el consumo de la droga. Si nos ceñimos al modelo teórico antes expuesto, deberíamos encontrar, en la historia de esa ley, la historia de un hombre cuya iniciativa y emprendimiento le ganaron a la apatía e indiferencia públicas para culminar en la aprobación de una ley federal. Antes de ocuparnos de la historia de la ley en sí misma, quizá deberíamos considerar el modo en que fueron tratadas por la legislación norteamericana otras sustancias similares, para así entender cuál fue el contexto en el que se realizaron intentos para suprimir el consumo de marihuana.

El consumo de opio y alcohol en los Estados Unidos tiene una larga historia, jalonada por los intentos de suprimir ambas sustancias.²⁴ Tres valores daban legitimidad a los intentos de impedir el consumo de narcóticos y estupefacientes. Uno de esos valores, propio de la así llamada "ética protestante", sostiene que el

24 Véase Krout, 1928; Terry y Pellens, 1928, y *Drug Addiction: Crime or Disease?* Interim and Final Reports of the Joint Committee of the American Bar Association and the American Medical Association on Narcotic Drugs, Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 1961.

individuo es totalmente responsable de lo que hace y de lo que le sucede, y que por lo tanto no debería hacer nunca algo que pueda llevarlo a perder el control de sí mismo. El alcohol y los opiáceos, en diferentes grados y maneras, hacen que la gente pierda el control de sí misma: su uso, por lo tanto, es maligno. Una persona intoxicada con alcohol suele perder el control de su cuerpo, y los centros del cerebro que controlan el juicio también se ven afectados. Los consumidores de opiáceos suelen quedar anestesiados y por ende es menos probable que cometan actos imprudentes, pero se vuelven dependientes de la droga para evitar el síndrome de abstinencia y en ese sentido también han perdido el control de sus acciones: siempre que tengan dificultades para conseguir la droga, estarán dispuestos a subordinar otros intereses para obtenerla.

Otro de los valores norteamericanos que sirvió para legitimar los intentos de suprimir el consumo de alcohol y opiáceos es la reprobación general de toda acción cuyo único propósito sea lograr un estado de éxtasis. A causa quizá de la fuerte impronta de pragmatismo y utilitarismo que tiene nuestra cultura, los norteamericanos tenemos sentimientos encontrados respecto de las experiencias extáticas, cualesquiera que sean. Pero no condenamos la experiencia extática cuando es el subproducto o la recompensa de las acciones que consideramos buenas en sí mismas, como el trabajo arduo o el fervor religioso. Sólo cuando una persona busca el éxtasis por el éxtasis mismo condenamos su acción, por ser una búsqueda de "placeres ilícitos", expresión que realmente significa mucho para nosotros.

El tercer valor que constituye la base de los intentos de supresión fue el humanitarismo. Los reformistas creían que la gente esclavizada por el consumo de alcohol y de opio se beneficiaría con leyes que le impidieran entregarse a su concupiscencia. Las familias de alcohólicos y drogadictos también se verían beneficiadas.

Esos valores fueron la base de normas específicas. La Decimotava Enmienda y la Ley Volstead prohibían la importación de bebidas alcohólicas a los Estados Unidos y su fabricación dentro del territorio. La Ley Harrison prohibía el uso de opiáceos salvo con propósitos médicos.

Al formular esas leyes, se tomaron todos los recaudos para que no interfirieran con los que eran considerados intereses legítimos de otros grupos de la sociedad. La Ley Harrison, por ejemplo, fue formulada de manera tal de permitir que los profesionales de la salud continuaran utilizando la morfina y otros derivados del opio para aliviar el dolor y para todos aquellos otros propósitos médicos que fuesen adecuados. Es más, la ley fue cuidadosamente elaborada para no entrar en contradicción con la norma constitucional que reserva a cada estado el uso de las fuerzas policiales. En línea con estas restricciones, fue presentada como una medida fiscal que gravaba con impuestos exorbitantes a los proveedores de opiáceos sin licencia, mientras que permitía a los proveedores autorizados (esencialmente médicos, dentistas, veterinarios y farmacéuticos) pagar un impuesto nominal. Si bien constitucionalmente la ley encontraba su justificación en razones de tipo tributario, la Ley Harrison era de hecho una medida policial, y así fue entendida por aquellos a quienes se les encomendó hacerla cumplir. Una consecuencia de la aprobación de esta ley fue el establecimiento, en el Departamento del Tesoro, de la Oficina Federal de Narcóticos, en 1930.

Los mismos valores que condujeron a la prohibición del consumo de alcohol y drogas opiáceas podían ser aplicados, por supuesto, al caso de la marihuana, y parece lógico que así hubiera sido. Sin embargo, lo poco que me han dicho las personas que conocen bien ese período acerca del consumo de marihuana hacia fines de la década de 1920 y principios de la de 1930 me lleva a pensar que la aplicación de las leyes locales existentes era relativamente laxa. De hecho, estamos hablando de la época de la Prohibición, y la policía tenía asuntos más urgentes que atender. Aparentemente, ni el común de la gente ni los oficiales de la ley consideraban que el consumo de marihuana constituyese un problema serio. Cuando lo advertían, es probable que lo dejaran pasar, por considerar que no ameritaba esfuerzos de coerción. Una clara señal de la laxitud de la aplicación de las leyes al respecto es que el precio de la marihuana era mucho menor antes de que se aprobara la ley federal, lo que indica que su comercialización no entrañaba mayores riesgos y que su control no era tomado en serio.

Hasta el Departamento del Tesoro, en su informe del año 1931, minimizaba la importancia del problema:

Los artículos periodísticos aparecidos de tanto en tanto han despertado el interés público sobre los males del abuso de la marihuana, o cáñamo de la India, y por consiguiente se ha prestado mayor atención a los casos reportados sobre el consumo específico de esa droga. Esa publicidad tiende a magnificar la extensión del mal y podría llevar a pensar que el uso indebido de la droga se ha extendido a un ritmo alarmante, cuando en realidad el crecimiento de esos usos puede no haber sido mayor de lo normal.²⁵

Gran parte de la iniciativa que concluyó con la aprobación de la Ley de Impuesto a la Marihuana provino de la Oficina de Narcóticos del Departamento del Tesoro. Aunque obviamente es difícil saber cuáles fueron los motivos que impulsaron a los funcionarios de dicha repartición, basta con presumir que percibieron una zona delictiva que por derecho estaba dentro de su jurisdicción e hicieron lo necesario para que así fuera oficialmente. El interés personal que buscaban satisfacer con la aprobación de la legislación sobre la marihuana es muy común entre los funcionarios de gobierno: se trata del interés por realizar con éxito la tarea que les han encomendado y por procurarse las mejores herramientas para lograrlo. Los esfuerzos de la Oficina en este sentido tomaron dos formas diferentes: por un lado, cooperar en la elaboración de la legislación estatal concerniente al consumo de marihuana, y, por el otro, suministrar datos y cifras para los informes periodísticos sobre el tema. Ésos constituyen dos modos de acción importantes de los que disponen todos aquellos que propulsan la adopción de ciertas normas: pueden sumar el apoyo de otros grupos interesados y así generar, utilizando la prensa y otros medios de

25 Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, *Traffic in Opium and Other Dangerous Drugs for the Year ended December 31, 1931*, Washington, Government Printing Office, 1932, p. 51.

comunicación, una opinión pública favorable hacia la norma en cuestión. Si esos esfuerzos tienen éxito, la opinión pública toma conciencia de un problema específico y las organizaciones correspondientes actúan en conjunto para producir la norma deseada.

La Oficina Federal de Narcóticos cooperó activamente con la Conferencia Nacional de Comisionados sobre Leyes Estatales Uniformes para desarrollar leyes de narcóticos uniformes, con el énfasis puesto, entre otros temas, en la necesidad de controlar el consumo de marihuana.²⁶ En 1932 la conferencia aprobó un borrador de la ley. La Oficina comentó:

Las presentes limitaciones constitucionales parecen exigir que las medidas de control directo contra el tráfico interestatal de cáñamo de la India sean adoptadas individualmente por los gobiernos de cada estado y no por el gobierno federal, y la política ha sido instar a las autoridades estatales a crear la legislación necesaria y hacerla cumplir, para prohibir el tráfico excepto para usos médicos de buena fe. La ley estatal de narcóticos propuesta (...) con textos adicionales referidos a las restricciones al tráfico de cáñamo de la India, ha sido considerada como una ley adecuada para el logro de los objetivos deseados.²⁷

En su informe del año 1936, la Oficina instaba a sus socios en este esfuerzo cooperativo a exigirse todavía más, y dejaba entrever que podría llegar a ser necesaria la intervención federal:

En ausencia de otras leyes federales, la Oficina de Narcóticos no puede llevar adelante por sí sola esta guerra contra el tráfico (...) el abuso de la droga se ha extendido a varios estados, y la Oficina de Narcóticos ha recal-

26 *Ibidem*, pp. 16-17.

27 Oficina de Narcóticos, Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, *Traffic in Opium and Other Dangerous Drugs for the Year ended December 31, 1932*, Washington, Government Printing Office, 1933, p. 13.

cado la necesidad de que cada estado haga cumplir activamente las leyes locales sobre el cannabis.²⁸

El segundo flanco de los ataques de la Oficina contra el problema de la marihuana consistía en actos de concientización pública sobre el peligro en ciernes, a través de "campañas educativas que describen la droga, sus características y sus efectos malignos".²⁹ Con la aparente esperanza de que el interés público instara a los estados a intensificar sus esfuerzos, la Oficina señala:

En ausencia de otras leyes federales sobre el tema, los estados y las ciudades deberían asumir por derecho la responsabilidad de aplicar severas medidas para erradicar esa hierba letal, y es de esperar que los ciudadanos de buena voluntad se encolumnen con decisión en el movimiento propiciado por el Departamento del Tesoro para asegurar severamente la aplicación de las leyes de la marihuana.³⁰

La Oficina no se limitó a exhortar a través de informes departamentales. Los métodos que utilizaban para conseguir la legislación deseada son descritos en el siguiente pasaje, referido a una campaña a favor de leyes estatales de narcóticos uniformes:

A pedido de algunas organizaciones que se ocupan de este tema en general [las leyes estatales de narcóticos uniformes], la Oficina Federal de Narcóticos ha preparado artículos para que sean publicados por dichas instituciones en revistas y periódicos. Se ha logrado despertar y mantener el interés y la simpatía de la opinión pública,

28 Oficina de Narcóticos, Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, *Traffic in Opium and Other Dangerous Drugs for the Year ended December 31, 1936*, Washington, Government Printing Office, 1937, p. 59.

29 *Ibidem*.

30 Oficina de Narcóticos, Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, *Traffic in Opium and Other Dangerous Drugs for the Year ended December 31, 1935*, Washington, Government Printing Office, 1936, p. 30.

lo que es de gran ayuda para la aplicación de la ley de narcóticos.³¹

A medida que la campaña a favor de una ley federal contra la marihuana se acercaba a un desenlace exitoso, los esfuerzos de la Oficina por inculcar en la opinión pública una sensación de urgencia sobre el tema rindieron muchos frutos. La cantidad de artículos sobre la marihuana que aparecieron en las revistas populares alcanzó números récord, según consigna el *Reader's Guide*. En el lapso de dos años, aparecieron diecisiete artículos, muchos más que en cualquier otro período similar previo o posterior.

Artículos sobre la marihuana registrados en *The Reader's Guide to Periodical Literature*

PERÍODO	CANTIDAD DE ARTÍCULOS
Enero de 1925 a dic. de 1928	0
Enero de 1929 a junio de 1932	0
Julio de 1932 a junio de 1935	0
Julio de 1935 a junio de 1937	4
Julio de 1937 a junio de 1939	17
Julio de 1939 a junio de 1941	4
Julio de 1941 a junio de 1943	1
Julio de 1943 a abril de 1945	4
Mayo de 1945 a abril de 1947	6
Mayo de 1947 a abril de 1949	0
Mayo de 1949 a marzo de 1951	1

De esos diecisiete artículos, diez o bien reconocían explícitamente la ayuda de la Oficina al proporcionar los datos y las cifras, o daban evidencia implícita de haber recibido ayuda al citar datos y cifras ya aparecidos anteriormente, ya fuese en publicaciones de la

31 Oficina de Narcóticos, Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, *Traffic in Opium and Other Dangerous Drugs for the Year ended December 31, 1933*, Washington, Government Printing Office, 1934, p. 61.

Oficina o en el testimonio ante el Congreso por la Ley de Impuesto a la Marihuana. (Nos ocuparemos de las audiencias parlamentarias sobre la ley más adelante.)

Una clara señal de la influencia de la Oficina Federal de Narcóticos en la elaboración de artículos periodísticos es la recurrencia de ciertas historias atroces que fueron primero relevadas por la Oficina. En un artículo aparecido en el *American Magazine*, por ejemplo, el propio Comisionado de Narcóticos relataba el siguiente incidente:

Una familia entera fue asesinada por un joven adicto [a la marihuana] de Florida. Cuando los oficiales llegaron a la casa, encontraron al joven deambulando en medio de una carnicería humana. Con un hacha había matado a su padre, a su madre, a sus dos hermanos y a su hermana. Parecía totalmente aturdido (...). No tenía recuerdo de haber cometido el múltiple crimen. Los oficiales de policía lo conocían como un joven común y corriente, sano y tranquilo, pero ahora estaba penosamente enloquecido. Buscaron el motivo. El joven dijo que tenía el hábito de fumar con sus amigos algo que llamaban "yuyo", un nombre pueril para la marihuana. (Anslinger y Cooper, 1937, p. 150)

Cinco de los diecisiete artículos publicados durante ese período repetían la historia, y demostraban así la influencia de la Oficina. Los artículos elaborados para alertar a la opinión pública sobre los peligros de la marihuana definían el consumo de esa droga como una violación al valor del autocontrol y a la prohibición de procurarse "placeres ilícitos", legitimando así la campaña contra la marihuana ante los ojos de la gente. Se trata, por supuesto, de los mismos valores a los que se había apelado durante la gesta a favor de leyes que prohibieran el consumo de alcohol y de opiáceos con fines ilícitos.

La Oficina Federal de Narcóticos, por lo tanto, jugó el papel más relevante en la iniciativa que desembocó en la concientización del público sobre el problema y en la coordinación de accio-

nes conjuntas entre varias organizaciones de coerción. Armados con los resultados de sus iniciativas, los representantes del Departamento del Tesoro presentaron al Congreso un borrador de la Ley de Impuesto a la Marihuana y solicitaron su aprobación. Las audiencias del Comité de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes, que analizó la ley durante cinco días, en abril y mayo de 1937, nos proporcionan un caso claro de cómo opera la iniciativa y del modo en que debe amoldarse a otros intereses.

El asistente del representante legal general del Departamento del Tesoro presentó la ley a los congresistas con estas palabras: "Los principales periódicos de los Estados Unidos han reconocido la seriedad de este problema y muchos de ellos han abogado por una legislación federal que controle el tráfico de marihuana".³² Después de explicar las bases constitucionales de la ley —como la Ley Harrison, fue pensada como una ley tributaria—, los tranquilizó acerca de sus posibles efectos sobre los negocios legítimos:

La forma de la ley es tal, sin embargo, que no interfiere materialmente con ningún uso industrial, médico o científico que la planta pueda tener. Como la fibra de cáñamo y sus derivados [cuerdas y cordeles livianos] se obtienen del inofensivo tallo de la planta adulta, todos esos productos han quedado completamente fuera del ámbito de la ley, que define el término "marihuana" de modo tal de excluir de sus recaudos a los tallos de cáñamo maduros, a sus componentes y fabricantes. También existen algunas operaciones con semillas de marihuana que se plantan y se usan en la fabricación de aceite que finalmente es utilizado en la industria de la pintura y el barniz. Como las semillas, a diferencia del tallo maduro, contienen droga, no puede aplicarse la misma exención a estos casos.³³

32 *Taxation of Marihuana* (Audiencias frente al Comité de Medios y Arbitrios de la Cámara de Representantes, 75^{to} período de sesiones, 1^{ra} Sesión, en H. R. 6385, abril 27-30 y mayo 4 de 1937), p. 7.

33 *Ibidem*, p. 8.

Más adelante les aseguró a los miembros del Congreso que los médicos rara vez utilizaban la droga, por lo que su prohibición no entrañaría ninguna dificultad ni para ellos ni para la industria farmacéutica.

Los integrantes del comité estaban listos para hacer lo que fuese necesario, y de hecho preguntaron al comisionado de narcóticos por qué la ley recién era propuesta en ese momento. El comisionado explicó:

Hace diez años sólo habíamos oído hablar de la droga en el Sudoeste. Ha sido sólo en los últimos años que se ha convertido en una amenaza nacional (...). Hemos estado pidiendo a los estados que adoptaran una legislación uniforme, y no fue sino hasta el mes pasado que la legislatura del último estado aprobó dicha legislación.³⁴

El comisionado informó que muchos crímenes eran cometidos bajo la influencia de la marihuana, y dio ejemplos que incluían la historia del asesinato múltiple de Florida. Señaló que el entonces bajo precio de la droga la hacía doblemente peligrosa, pues cualquiera que tuviese un centavo podía acceder a ella.

Los fabricantes de aceite de semilla de cáñamo pusieron algunas objeciones al vocabulario utilizado en la ley, que fue rápidamente modificado para atender a sus especificaciones. Pero la objeción más seria provino de parte de la industria de alimento avícola, que en ese entonces utilizaba alrededor de 2000 toneladas de semilla de cáñamo al año. El representante de esa industria se disculpó ante los congresistas por haberse presentado a último momento, asegurando que él y sus colegas no habían advertido hasta ese momento que la planta de marihuana a la que se refería la ley era la misma de la que extraían un importante ingrediente de su producto. Los representantes del gobierno habían insistido en que la semilla de la planta debía ser prohibida, al igual que las flores que usualmente consumen los que fuman, pues contenía

una pequeña cantidad del principio activo de la droga y eventualmente podía ser fumada también. Los fabricantes de alimento avícola respondieron que la inclusión de la semilla dentro de las provisiones de la ley atentaría contra su negocio.

Para justificar su pedido de exención, el representante de los fabricantes señaló los beneficios que reportaba la semilla de cáñamo para las aves:

Es un ingrediente necesario del alimento de los pichones porque contiene una sustancia oleosa que es muy valiosa para los animales, y no hemos encontrado ninguna otra semilla que pueda reemplazarla. Si se sustituye el cáñamo, es probable que cambie la calidad de las aves criadas.³⁵

El congresista Robert L. Doughton, de Carolina del Norte, preguntó: "¿La semilla tiene en las aves los mismos efectos que tiene en los seres humanos?". El representante de los fabricantes respondió: "Nunca lo he notado. Tiende a mejorar el plumaje y a las aves en general".³⁶

Frente a esta seria objeción, el gobierno modificó su férrea insistencia de incluir la semilla en la ley, señalando que la esterilización podía volverla inocua: "Nos parece que la carga de la prueba está del lado del gobierno en este caso, pues podría perjudicarse a una industria legítima".³⁷

Zanjadas estas dificultades, la ley fue aprobada sin sobresaltos. Los fumadores de marihuana, impotentes, desorganizados y sin argumentos legitimados por la opinión pública para contraatacar, no enviaron representantes a las audiencias y su punto de vista no quedó registrado en los informes. Sin nadie que se opusiera, la ley fue aprobada, tanto en la Cámara Baja como en el Senado, en el mes de julio siguiente. A partir de la iniciativa de la Oficina Federal de Narcóticos se había creado una nueva norma, cuya conse-

35 *Ibidem*, pp. 73-74.

36 *Ibidem*.

37 *Ibidem*, p. 85.

cuenta aplicación ayudaría a crear una nueva clase de *outsiders*: los consumidores de marihuana.

He dado un extenso ejemplo del ámbito de la legislación federal. Pero los parámetros básicos de este caso deberían ser aplicables por igual no sólo a la legislación en general, sino también a la elaboración de reglas más informales. Allí donde una norma es creada y aplicada, debemos estar atentos a la presencia de un grupo o individuo con iniciativa. Sus actividades bien pueden ser llamadas *iniciativas morales*, pues lo que se proponen es la creación de un nuevo fragmento de la constitución moral de la sociedad, su código de lo que es correcto e incorrecto.

Allí donde las reglas son creadas y aplicadas debemos esperar encontrarnos con personas que intentan reunir el apoyo de grupos coordinados y utilizar los medios de comunicación disponibles para generar un clima favorable en la opinión pública. Cuando no logran ese apoyo, podemos esperar que su iniciativa fracase.³⁸

Y allí donde las reglas son creadas y aplicadas, debemos esperar que los procesos de aplicación sean moldeados según la complejidad de la organización, en los grupos más simples sobre la base de entendimientos mutuos, y en estructuras más complejas como resultado de maniobras y negociaciones políticas.

38 Gouldner (1954) ha descrito un caso relevante en el sector industrial, donde los intentos de un nuevo gerente de aplicar reglas que no se aplicaban desde hacía mucho tiempo (o sea, en los hechos, crear una regla nueva) tuvo como consecuencia inmediata una huelga feroz. El gerente no había buscado apoyo a través de la manipulación de los diferentes grupos de la fábrica ni había generado un clima de opinión favorable entre ellos.

8. Iniciativas morales

Las normas son el resultado de la iniciativa y el emprendimiento de personas a las que podríamos definir como *emprendedores morales*. Hay dos especies de emprendedores morales, quienes crean las reglas y quienes las aplican, y de ellos nos ocuparemos a continuación.

LOS CREADORES DE NORMAS

El prototipo del creador de normas —aunque no su única variante, como ya veremos— es el cruzado reformista. Al cruzado reformista le interesan los contenidos de las normas. Las reglas existentes no lo satisfacen pues existe un mal que lo perturba profundamente. Siente que nada estará bien en el mundo hasta que haya normas que corrijan ese mal. Opera desde una ética absoluta: lo que ve es malo, total y absolutamente malo, sin matices, y cualquier medio que se emplee para eliminarlo está justificado. El cruzado es ferviente y recto, y las más de las veces se siente moralmente superior.

Resulta apropiado pensar en los reformistas como cruzados porque es típico que crean que su misión es sagrada. Los prohibicionistas son un excelente ejemplo, así como las personas que quieren suprimir los vicios y los delitos sexuales o quienes quieren eliminar el juego y las apuestas.

Esos ejemplos pintan a los cruzados morales como metiches entrometidos interesados en imponer a los demás su propia moral, pero ése es sólo un punto de vista parcial. Muchos cruzados mora-

les tienen un fuerte sesgo humanitario. El cruzado no sólo está interesado en lograr que los demás hagan lo que él cree que es correcto. Cree que si hacen lo correcto, será bueno para ellos. O puede sentir que la reforma que impulsa servirá para impedir que algunas personas exploten a otras. Los prohibicionistas no sentían simplemente que estaban imponiendo su propia moral a los demás, sino que intentaban generar mejores condiciones de vida para las personas a quienes la bebida podía impedirles llevar adelante una buena vida. Los abolicionistas no trataban solamente de impedir que los propietarios de esclavos hiciesen algo malo, sino de ayudar a los esclavos a tener una vida mejor. A raíz de la importancia de esos motivos humanitarios (y a pesar de su devoción inquebrantable por una causa en particular), los cruzados morales suelen prestar su apoyo a otras cruzadas humanitarias. Como señala Joseph Gusfield:

Durante el siglo XIX, el movimiento antialcohólico norteamericano formó parte de un esfuerzo generalizado por dar mayor valor al ser humano, no sólo a través de una moralidad más elevada, sino también de mejores condiciones económicas. Esa mezcla de religión, igualitarismo y humanitarismo era un aspecto sobresaliente del reformismo moral de muchos movimientos. Los partidarios de la abstinencia alcohólica integraban un amplio segmento de movimientos como el sabatarianismo, el abolicionismo, el movimiento en pos de los derechos de la mujer, el movimiento agrario, y los esfuerzos del humanitarismo por mejorar el destino de los pobres (...).

La WCTU (Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza) demostró que uno de sus intereses secundarios era el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases bajas. La organización tuvo una participación muy activa en campañas a favor de la reforma penal, de la reducción de la jornada de trabajo y el aumento del salario de los trabajadores, así como de la abolición del trabajo infantil, y de toda suerte de iniciativas humanistas e igualitaristas. Durante la década de 1880, la WCTU luchó a

favor de leyes que protegiesen a las niñas trabajadoras de la explotación de los hombres. (Gusfield, 1955, p. 223)

Como afirma Gusfield: "Este tipo de reformismo moral sugiere el acercamiento de una clase dominante a los menos favorecidos en la estructura económica y social". Generalmente, los cruzados morales quieren ayudar a los que están por debajo de ellos a alcanzar un estatus mejor. Que quienes están debajo de ellos no siempre estén de acuerdo con los medios propuestos para su salvación es otro tema. Pero el hecho de que las cruzadas morales típicamente estén dominadas por los niveles más altos de la estructura social significa que al poder que se deriva de la legitimidad de su posición moral se suma el que se deriva de su posición social superior.

Naturalmente, muchos cruzados morales consiguen el apoyo de gente cuyos móviles son mucho menos elevados que los suyos. Así, algunos industriales apoyaron la Prohibición porque sintieron que les garantizaría una fuerza laboral más manejable (véase McCarthy, 1959, pp. 395-396). Del mismo modo, cada tanto circula la versión de que los grupos que controlan el juego en Nevada apoyan a quienes se oponen a que el juego sea legalizado en California, porque su negocio se vería seriamente perjudicado, ya que depende en gran medida de los habitantes del sur de ese estado.³⁹

Al cruzado moral, de todos modos, le preocupan más los fines que los medios. A la hora de delinear normas específicas (habitualmente bajo la forma de leyes propuestas a la legislatura estatal o el Congreso Nacional), suele recurrir al consejo de expertos. Ese rol suele ser cumplido por los abogados, especialistas en la elaboración de leyes admisibles. Las oficinas de gobierno bajo cuya jurisdicción cae el problema también pueden contar con los conocimientos necesarios, como ocurrió con la Oficina Federal de Narcóticos en el caso de la marihuana.

Sin embargo, a medida que la ideología psiquiátrica ha ido ganando aceptación, un nuevo experto ha entrado en escena: el psiquiatra. En su análisis de la historia natural de las leyes sobre

39 Esto ha sido sugerido por Oscar Lewis en *Sagebrush Casinos: The Story of Legal Gambling in Nevada* (1953), pp. 233-234.

los psicópatas sexuales, Sutherland señala su influencia (1950, pp. 142-148). En el siguiente texto explica cuáles son las condiciones de aprobación de la ley sobre psicópatas sexuales, que estipula que una persona "que es diagnosticada como psicópata sexual puede ser confinada indefinidamente en un hospital público por insania" (p. 142).

Primero, esas leyes suelen ser aprobadas después de una serie de delitos sexuales cometidos sucesivamente que despiertan el temor de la comunidad. Ése es el caso de Indiana, donde la ley fue aprobada después de que se produjeran tres o cuatro ataques sexuales consecutivos en Indianápolis, seguidos de muerte en dos de los casos. Los jefes de familia compraron armas y perros guardianes, y el stock de cerraduras y candados de los negocios de la ciudad se agotó (...).

Un segundo elemento en el proceso de elaboración de las leyes sobre psicópatas sexuales es la encendida respuesta de la comunidad a ese temor. La atención de la opinión pública se centra en los delitos sexuales y la gente comienza a imaginar las más variadas situaciones de peligro y siente que es necesario y posible controlarlo (...).

La tercera fase en el desarrollo de estas leyes ha sido la designación de un comité asesor. El comité reúne las opiniones, encontradas o no, de personas y grupos de personas, intenta establecer "los hechos", estudia los procedimientos en otros estados y hace recomendaciones, que generalmente incluyen el envío de leyes a la legislatura. Si bien el miedo generalizado suele aplacarse en unos pocos días, el comité tiene la responsabilidad formal de continuar hasta que se tomen medidas activas en el caso. Si no desemboca en la designación de un comité, es menos probable que el temor dé por resultado una ley. (Sutherland, 1950, pp. 143-145.)

En el caso de las leyes sobre psicópatas sexuales, por lo general no hay organismos del gobierno especializados en desviaciones de

este tipo. Por lo tanto, cuando surge la necesidad de consultar a un experto para la elaboración de la ley, suele recurrirse con frecuencia al grupo profesional que más relación tiene con esos problemas:

En algunos estados, en la etapa en la que la ley sobre psicópatas sexuales era analizada por el comité, los psiquiatras jugaron un papel importante. Los psiquiatras han sido el principal respaldo de los grupos interesados en la ley. Un comité de psiquiatras y neurólogos de Chicago redactó el proyecto que se convirtió en la ley sobre psicópatas sexuales del estado de Illinois. La ley fue auspiciada por la Asociación de Abogados de Chicago y por el representante legal del estado por el condado de Cook, y fue aprobada sin demasiada resistencia en la siguiente sesión de la legislatura estadual. En Minnesota, todos los integrantes del comité del gobernador eran psiquiatras excepto uno. En Wisconsin, la Sociedad de Neuropsiquiatría de Milwaukee se unió a las presiones que existían sobre la Comisión contra el Crimen de Milwaukee para que promulgaran la ley. En Indiana, el comité del fiscal general del estado recibió de parte de la Asociación Americana de Psiquiatría copias de todas las leyes de psicopatologías sexuales que habían sido aprobadas en otros estados. (Sutherland, 1950, pp. 145-146)

En los últimos años, la influencia de los psiquiatras en otros ámbitos de la ley penal se ha ido incrementando.

En cualquier caso, lo que importa de este ejemplo no es la creciente influencia de los psiquiatras, sino la necesidad que tienen frecuentemente los cruzados morales de recurrir a los servicios profesionales de quienes pueden elaborar normas apropiadas en una forma apropiada. El cruzado no suele ocuparse él mismo de esos detalles. Le basta con saber que el primer punto ya está ganado, y delega en otros su implementación.

Al dejar el delineamiento de una norma específica en manos de otros, los cruzados morales dejan la puerta abierta a influencias

impredicibles. Pues quienes redactan los borradores de las leyes para los cruzados también tienen intereses propios, que pueden afectar la legislación que están elaborando. Es probable que las leyes sobre psicopatologías sexuales delineadas por psiquiatras contengan muchos elementos que las personas que fueron la punta de lanza de la campaña "hay que hacer algo con los crímenes sexuales" nunca consideraron, elementos que sin embargo sí reflejan los intereses profesionales de la psiquiatría organizada.

EL DESTINO DE LAS CRUZADAS MORALES

Una cruzada puede tener un éxito resonante, como fue el caso del movimiento a favor de la Prohibición que culminó con la aprobación de la Decimoctava Enmienda, o puede fracasar estreptosamente, como la campaña contra el tabaco y el movimiento contra la vivisección. También puede tener éxito en un primer momento para ver poco después cómo sus logros son barridos por cambios en la moral pública o en los límites y restricciones impuestos por las interpretaciones judiciales, como fue el caso de la cruzada contra la literatura obscena.

Una de las principales consecuencias de una cruzada exitosa, por supuesto, es el establecimiento de una nueva norma o conjunto de normas, que por lo general viene acompañada de la maquinaria adecuada para aplicarla. Analizaré esta consecuencia luego con más detalle. Pero una campaña exitosa tiene, sin embargo, otra consecuencia que vale la pena mencionar.

Cuando la iniciativa de un hombre para que se establezca una nueva norma tiene éxito —cuando ha encontrado, por así decirlo, el Grial—, ese hombre se queda sin trabajo. La cruzada que ha ocupado gran parte de su tiempo, energía y pasión ha terminado. Es probable que al comenzar su cruzada, ese hombre fuese un *amateur*, un hombre que se sumó a la cruzada por su interés en el tema, en el contenido de la norma impulsada. Kenneth Burke señaló una vez que la ocupación de un hombre puede convertirse en su preocupación. Esa ecuación también funciona a la inversa:

la preocupación de un hombre puede convertirse en su ocupación. Lo que comenzó como un interés *amateur* por un tema moral puede transformarse en un trabajo de tiempo completo y, de hecho, para muchos reformistas, ése ha sido el caso. El éxito de una cruzada, por lo tanto, deja al cruzado sin un propósito. Ese hombre sin rumbo puede ampliar sus intereses y descubrir que hay otros temas que le causan alarma, un nuevo mal contra el cual se debe hacer algo. Se convierte entonces en un descubridor profesional de errores que deben ser corregidos, de situaciones que requieren nuevas normas.

Cuando en torno a la cruzada se ha generado una gran organización dedicada a su causa, los funcionarios de ésta tendrán más interés aún que el cruzado mismo en encontrar nuevas causas que abrazar. Ese proceso fue muy evidente en el campo de la salud, cuando la Fundación Nacional de Lucha contra la Parálisis Infantil dejó de funcionar como consecuencia del descubrimiento de una vacuna que terminó con la epidemia de la poliomielitis. Bajo el nombre menos limitante de Fundación Nacional, a secas, sus empleados rápidamente encontraron otros problemas a los que la organización podía entregar sus esfuerzos y recursos.

Una cruzada fallida —ya sea porque su misión ha dejado de sumar adhesiones o porque una vez alcanzado su objetivo finalmente lo pierde— puede tomar dos caminos. Por un lado, puede simplemente abandonar su misión original y concentrarse en preservar lo que quede de la organización que han construido. Según señala un estudio, ése fue el destino del Movimiento Townsend (Messinger, 1955). Por otro lado, el movimiento fallido puede ceñirse rígidamente a una misión cada vez menos popular, como le sucedió al movimiento a favor de la Prohibición. Gusfield ha descrito a los actuales miembros del WCTU como “moralizadores jubilados” (Gusfield, 1955, pp. 227-228). Aunque la opinión que prevalece en los Estados Unidos es cada vez más contraria a la abstinencia, las mujeres que integran esa organización no han suavizado su postura respecto de la bebida. Muy por el contrario, guardan resentimiento contra las personas antes “respetables” que ya no apoyan su movimiento. El nivel de clase social de las mujeres que integran la WCTU ha descendido de la clase media

alta a la clase media baja. La organización ahora se dedica a atacar a la clase media que alguna vez le dio su apoyo, haciéndola responsable de apañar la idea de “beber con moderación”. Los siguientes fragmentos de las entrevistas realizadas por Gusfield a líderes de la WCTU nos dan una idea de la figura del “moralizador jubilado”:

Cuando esta unión fue creada, originalmente estaba compuesta por algunas de las damas más influyentes de la ciudad. Pero ahora parecen creer que las mujeres que nos negamos a tomar un cóctel somos un poco raras. Tenemos a la esposa del dueño de una funeraria y a la esposa de un pastor, pero las mujeres de los médicos y los abogados nos dan la espalda. No quieren que la gente piense que son raras.

Nada nos asusta más que la moderación. La bebida se ha metido hasta tal punto en todo, hasta en la vida religiosa y en las universidades.

Se filtra, llega hasta las reuniones oficiales de la iglesia. Lo guardan en el refrigerador (...). El pastor de aquí piensa que la iglesia ha hecho mucho, que hace enormes esfuerzos para ayudar a nuestra causa. Debe tener miedo de pisarle los pies a alguien influyente. (Gusfield, 1955, pp. 227, 229-230)

Sólo algunos cruzados, entonces, tienen éxito en su misión y, al crear una ley, crean también un nuevo grupo de marginales. Algunos de los que tienen éxito les toman el gusto a las cruzadas y buscan nuevos problemas a los que atacar. Otros cruzados no tienen éxito, y, o bien apoyan a la organización que crearon, abandonando la misión que los distinguía y dedicándose a resolver el problema del mantenimiento de la organización en sí, o se vuelven *outsiders* ellos mismos, y continúan predicando una doctrina que con el correr del tiempo resulta cada vez más ajena a todos.

AGENTES DE APLICACIÓN DE LA NORMA

La consecuencia más obvia de una cruzada exitosa es la creación de un nuevo conjunto de normas. Concomitantemente, solemos ver que se establece también un nuevo conjunto de agencias y funcionarios para su aplicación. A veces, por supuesto, las encargadas de administrar la nueva norma son agencias que ya existían, pero por lo general se crea un grupo nuevo de agentes de aplicación. La aprobación de la Ley Harrison presagió la creación de la Oficina Federal de Narcóticos, así como la aprobación de la Decimotava Enmienda condujo a la creación de las reparticiones policiales encargadas de hacer cumplir las leyes de la Prohibición.

Con el establecimiento de organismos de agentes de aplicación de la ley, la cruzada queda institucionalizada. Lo que había comenzado como un impulso para convencer al mundo de la necesidad moral de una nueva norma, finalmente se convierte en una organización abocada a asegurar su cumplimiento. Del mismo modo que los movimientos políticos radicalizados se transforman en partidos políticos y las flamantes sectas evangélicas se convierten en denominaciones religiosas establecidas, el resultado final de una cruzada moral es la creación de una fuerza policial. Por lo tanto, para entender cómo son aplicadas a cada persona en particular esas normas que han creado un nuevo grupo de marginales, debemos entender los motivos e intereses de la policía, agente de aplicación de la ley.

Aunque indudablemente algunos policías tienen un interés similar al de los cruzados en hacer desaparecer el mal, es muy probable que el caso más típico sea el del policía que tiene una visión desapegada y objetiva de su trabajo. No le preocupa tanto el contenido de alguna norma en particular como el hecho de que su tarea es hacerla cumplir. Cuando las normas cambian, castiga lo que antes era un comportamiento aceptable, así como deja de castigar un comportamiento que ha sido legitimado por un cambio de normas. Por lo tanto, el agente de la ley puede no estar interesado en el contenido de la norma en sí, sino sólo en el hecho de la existencia de una norma que justifica su trabajo, su profesión y su razón de ser.

Como hacer cumplir la ley justifica su forma de vida, el policía tiene dos intereses que condicionan su labor: primero, debe justificar la existencia de su cargo, y segundo, debe ganarse el respeto de aquellos con quienes debe tratar.

Esos intereses no son específicos de los agentes de aplicación de la ley. Los que tienen cualquier ocupación sienten la necesidad de justificar su trabajo y ganarse el respeto de los demás. Los músicos, como hemos visto, querrían hacerlo, pero tienen dificultades para encontrar el modo de impresionar favorablemente a sus clientes con sus habilidades para el trabajo. Los porteros, por ejemplo, no logran ganarse el respeto de los inquilinos, pero desarrollan una ideología que pone el énfasis en la responsabilidad casi profesional de mantener la confidencialidad de los detalles íntimos de la vida de los inquilinos que ellos han descubierto al realizar su trabajo (véase Gold, 1952). Médicos, abogados y otros profesionales, más hábiles para ganarse el respeto de sus clientes, desarrollan elaborados mecanismos para mantener con ellos una relación respetable.

Para justificar la existencia de su cargo, el agente de la ley enfrenta un doble problema. Por un lado, debe demostrar a los otros que el problema sigue existiendo: la regla que debe hacer cumplir tiene sentido, porque las infracciones ocurren. Por otro lado, debe demostrar que sus intentos de hacerla cumplir son efectivos y valiosos, que enfrenta adecuadamente el mal que debe combatir. Por lo tanto, las agencias de cumplimiento de la ley, en especial cuando reclaman fondos para su actividad, oscilan típicamente entre dos tipos de afirmaciones. En primer lugar, aseguran que gracias a sus esfuerzos el problema del que se ocupan está a punto de solucionarse. Pero, al mismo tiempo, afirman que el problema quizás sea peor que nunca (aunque no por su culpa) y que exige redoblar los esfuerzos para mantenerlo bajo control. Los agentes de la ley pueden ser más vehementes que nadie al insistir en que el problema del que se supone que deben ocuparse está todavía entre nosotros, y que de hecho está más vivo que nunca. Con estas afirmaciones, los agentes de la ley justifican largamente la existencia del puesto que ocupan y el trabajo que realizan.

También podemos señalar que las agencias y los agentes de la ley son proclives a asumir una visión pesimista del ser humano. Si no creen directamente en el pecado original, al menos les gusta concentrarse en las dificultades que tienen las personas para ceñirse a las normas, en los rasgos de la naturaleza humana que conducen a la gente hacia el mal. No suelen creer que quienes rompen la ley puedan ser reformados.

El enfoque escéptico y pesimista del agente de la ley, por supuesto, se ve confirmado en la experiencia diaria. Mientras hace su trabajo, constata la evidencia de que el problema sigue entre nosotros. Ve a la gente que reincide continuamente en el delito, lo que a sus ojos los confirma y los marca como *outsiders*. No hace falta esforzarse demasiado para imaginar que una de las razones que subyacen al pesimismo del agente de la ley respecto de la naturaleza humana y sus posibilidades de reformarse es el hecho de que si ésta fuese perfectible y la gente pudiera reformarse permanentemente, él se quedaría sin trabajo.

Westley estudió a la policía de una pequeña ciudad industrial y nos brinda un excelente ejemplo de este fenómeno. En una entrevista, le pregunta a un oficial de policía: "¿Cuándo cree que está justificado que un policía le dé una paliza a un hombre?". Descubrió que "al menos el 37% de los agentes creían que era legítimo hacer uso de la violencia para imponer respeto" (Westley, 1953, p. 39). Algunas de las citas de sus entrevistas resultan muy esclarecedoras:

Bueno, hay ciertos casos. Por ejemplo, cuando uno detiene a un hombre para un interrogatorio de rutina, uno de esos que se creen que saben, y empieza a contestar mal y a decir que uno no sirve para nada y esas cosas. Uno puede llevarse a un hombre por el cargo de conducta inapropiada, pero es casi imposible que prospere. Así que lo que uno hace es molestarlo, pincharlo hasta que hace algún comentario que justifica que uno lo abofeteo y, si responde el golpe, uno puede detenerlo por resistirse al arresto.

Bueno, un prisionero merece que le peguen cuando llega al punto de querer ponerse por encima de uno.

Cuando empiezan a insultarte, cuando te quieren hacer quedar mal delante de todos, hay que ponerse duro. Yo creo que la mayoría de los policías intentan tratar bien a la gente, pero a veces hay que hablarles con dureza. Es la única manera de tenerlos abajo, de hacer que te respeten. (Westley, 1953, p. 39)

Lo que Westley describe es el uso de medios ilegales de coerción para lograr el respeto de los otros. Queda claro que cuando un agente tiene la opción de aplicar la ley o no hacerlo, su decisión puede depender de la actitud del infractor hacia su persona. Si el infractor es respetuoso, el agente de la ley puede minimizar la situación. Si el infractor no le demuestra respeto, es probable que las sanciones caigan sobre él. Westley (1951) ha mostrado que esa diferencia suele producirse en el caso de las infracciones de tránsito, donde la discrecionalidad policíaca es llevada al máximo. Pero es probable que sea también así en otros ámbitos.

Como regla general, la discrecionalidad del agente de la ley es importante en muchos aspectos, en parte porque sus recursos no son suficientes para el volumen de infracciones de las que se supone que debe ocuparse. Eso significa que no puede hacerles frente a todas a la vez y que, por lo tanto, debe contemporar con el mal. No puede hacer todo el trabajo, y lo sabe. Se toma su tiempo, presuponiendo que el problema con el que se enfrenta seguirá allí por largo tiempo. Se fija prioridades, se ocupa de un asunto por vez, primero de los más urgentes y apremiantes, y deja los demás para más tarde. Su actitud hacia su trabajo, en resumidas cuentas, es profesional. Carece del ingenuo fervor moral que caracteriza al creador de la norma.

Si el agente no puede ocuparse de todos los casos de infracción al mismo tiempo, debe tener una base en función de la cual decidir cuándo aplicar la ley, o sea, cuáles de las personas que la infringen deben ser etiquetadas como desviados. Uno de los criterios para seleccionar personas es el de los "arreglados". Algunas personas tienen suficiente influencia política o suficiente habilidad para desactivar los intentos de aplicar la ley, ya sea en el momento de la aprehensión del infractor, ya sea en un mo-

mento posterior del proceso. Muchas veces esa función del “arreglador” está profesionalizada: personas que efectúan el trabajo a tiempo completo y están disponibles para quien quiera contratarlas. Un ladrón profesional describe a los “arregladores” de esta manera:

En toda ciudad grande, hay un arreglador para los ladrones profesionales. No tiene agentes y en general ni pide ni acepta casos que no sean de ladrones profesionales, así como nadie que no lo sea recurre a ellos. Este sistema centralizado y monopolístico de arreglos para ladrones profesionales existe en casi todas las grandes ciudades y en algunas de las pequeñas. (Sutherland, 1937, pp. 87-88)

Como los que saben del arreglador y sus actividades son los ladrones profesionales, la consecuencia de la aplicación de este criterio de selección es que generalmente los *amateurs* suelen ser capturados, condenados y etiquetados como desviados con mucha mayor frecuencia que los profesionales. Como señala un ladrón profesional:

Uno se da cuenta si el caso está arreglado por el modo en que lo tratan en la corte. Cuando el poli no está demasiado seguro de si atrapó al hombre correcto, o el testimonio del poli y el demandante no concuerdan, o el fiscal trata con indulgencia al acusado, o el juez es arbitrario en sus decisiones, entonces seguro que alguien estuvo haciendo su trabajo. Esto no ocurre en la mayoría de los casos de robo porque por cada caso de robo profesional hay entre veinticinco y treinta casos de aficionados que no saben una palabra de los arreglos. Esos novatos se llevan la peor parte siempre. Los polis vociferan contra los acusados, nadie contradice su testimonio, el juez da un discurso, y todos se llevan una medalla por combatir la ola de delitos. Cuando un profesional escucha el caso que se ha juzgado antes del suyo podría pensar: “¿No es una vergüenza que el poli mande a ese po-

bre chico a la cárcel por robarse un par de medias, y en unos minutos me soltarán con una mínima fianza por robar un abrigo de piel?”. Pero si la poli no enviara a los *amateurs* a la cárcel para engrosar el registro de los condenados, no podrían intercalar a los profesionales a los que dejan sueltos. (Sutherland, 1937, pp. 91-92)

Como no tienen intereses puestos en el contenido de las leyes en particular, los agentes de la ley suelen hacer una evaluación personal acerca de la importancia de los distintos tipos de normas e infracciones. Esa escala de prioridades puede ser muy diferente de la que tiene la mayoría de la gente. Por ejemplo, es muy común que los consumidores de drogas crean (y esto es algo que me han confirmado personalmente algunos policías) que la policía no considera que el consumo de marihuana sea un problema tan preocupante o peligroso como el consumo de opiáceos. La policía extrae esa conclusión del hecho de que, según su experiencia, los consumidores de opiáceos cometen también otros delitos (como el hurto o la prostitución) para costearse la droga, mientras que los consumidores de marihuana no.

Los agentes de la ley, entonces, responden a las presiones de su propia situación laboral, aplican las normas y producen marginales de manera selectiva. Que una persona que realiza un acto desviado sea de hecho rotulada como desviada depende de muchos factores ajenos a su accionar en sí. Depende de que los oficiales de la ley sientan que en esa oportunidad tienen que dar muestras de que están haciendo su trabajo y así justificar su empleo, de que el infractor muestre respeto y deferencia, de que haya un “arreglo” de por medio y de que el tipo de infracción que haya cometido se encuentre en la lista de prioridades de los oficiales de la ley.

La falta de fervor y el enfoque rutinario del trabajo de aplicar la ley puede hacer que los profesionales encargados de su cumplimiento tengan problemas con quienes crearon las normas. Éstos, como hemos dicho, se preocupan por el contenido de las normas que les interesan. Las consideran un medio de acabar con el mal. No comprenden las implicancias a largo plazo que tienen para

los agentes encargados de hacerlas cumplir, y no entienden por qué no es posible eliminar todo el mal que ven a su alrededor de un plumazo.

Cuando la persona interesada en el contenido de la norma advierte que los encargados de hacerla cumplir son selectivos con el mal que lo preocupa, es probable que su ira justiciera se encienda. El profesional es denunciado por tratar con el mal con demasiada ligereza, por fallar en su cometido. El cruzado moral, a cuya iniciativa se debe la norma, vuelve a surgir para afirmar que el resultado de la última cruzada no ha sido satisfactorio, o que los beneficios alguna vez obtenidos han sido desperdiciados y se han perdido.

DESVIACIÓN E INICIATIVA: UN RESUMEN

La desviación, en el sentido en que he usado la palabra, o sea, una mala acción etiquetada públicamente como tal, es siempre resultado de la iniciativa de alguien. Antes de que un acto sea visto como desviado, y antes de que ningún tipo de persona sea etiquetada y tratada como marginal por la comisión de ese acto, alguien tiene que haber creado la norma que establece que ese comportamiento es desviado. Las normas no nacen espontáneamente. Aunque una acción sea dañina en un sentido objetivo para el grupo donde ocurre, el daño tiene que ser descubierto e identificado. Primero, es necesario hacer que la gente sienta que hay que hacer algo al respecto. Alguien debe llamar la atención de la opinión pública sobre el tema, tener el empuje necesario para que las cosas se hagan y ser capaz de dirigir esas energías para conseguir la creación de la norma. La desviación es producto de la iniciativa en un sentido amplio: sin la iniciativa necesaria para que las reglas se creen, la desviación, consecuencia de la infracción a esa norma, no existiría.

La desviación es también fruto de la iniciativa en un sentido más restringido y particular. Una vez que la regla existe, debe ser aplicada a ciertas personas para que la clase marginal que la

norma ha creado empieza a poblarse. Hay que descubrir a los infractores, identificarlos, arrestarlos y condenarlos (o identificarlos como "diferentes" y estigmatizarlos por su inconformismo, como es el caso de los grupos marginales legales, como los músicos de baile). El trabajo suele recaer sobre profesionales del cumplimiento de la ley que, al aplicar las normas ya existentes, crean los desviados particulares que la sociedad luego considera *outsiders*.

Es muy interesante el hecho de que la mayor parte de la investigación científica y la especulación sobre la desviación se ocupen más de las personas que rompen las normas que de quienes las producen o aplican. Para lograr una comprensión cabal del comportamiento desviado, debemos mantener el equilibrio entre estos dos posibles enfoques de la investigación. Debemos considerar la desviación y a los *outsiders* que encarnan ese concepto abstracto como una consecuencia del proceso de interacción entre las personas, algunas de las cuales, por propio interés, crean y aplican normas para atrapar a otros que también, por propio interés, han cometido actos que son etiquetados como desviados.

9. El estudio de la desviación: problemas y afinidades

La dificultad más persistente del estudio científico del comportamiento desviado es la falta de datos confiables, la pobreza y escasez de hechos e informaciones sobre los que basar una teoría. No hace falta decir que una teoría que no viene acompañada de un buen cuerpo de datos concretos sobre el tema que se propone abordar probablemente no sirva para nada. Y, sin embargo, un repaso de la literatura científica que se ocupa del comportamiento desviado demuestra que las teorías sobrepasan largamente a los hechos. Una reciente crítica a los estudios sobre delincuencia juvenil señala que la mejor fuente de datos sobre pandillas juveniles sigue siendo *The Gang*, un libro de Frederick Thrasher publicado en 1927 (Bordua, 1961).

Esto no quiere decir que no haya estudios sobre el comportamiento desviado. Existen, pero, salvo contadas excepciones, los que hay son inadecuados para la tarea teórica que nos proponemos aquí. Inadecuados en dos sentidos. Primero, simplemente no existen suficientes estudios que proporcionen datos acerca de la vida de los desviados tal como ellos la viven. Aunque haya una gran cantidad de estudios sobre la delincuencia juvenil, suelen basarse más en prontuarios judiciales que en observaciones directas. Muchos de ellos relacionan la delincuencia con factores como el tipo de vecindario, el tipo de vida familiar, o el tipo de personalidad. Son pocos los que nos dicen en detalle qué hace un delincuente juvenil en su rutina diaria o lo que piensa de sí mismo, de la sociedad y de su comportamiento.

A la hora de teorizar sobre la delincuencia juvenil, nos vemos en la situación de tener que inferir la vida del niño delincuente a

partir de estudios fragmentarios y relatos periodísticos,⁴⁰ en lugar de basar nuestras teorías en conocimientos adecuados sobre el fenómeno que intentamos analizar. La situación es análoga a la de los antropólogos que debieron intentar reconstruir las características de los ritos de iniciación de las remotas tribus de África a partir de relatos diseminados y fragmentarios de algunos misioneros. (Pero nosotros tenemos menos excusas para confiar en fragmentarias descripciones de aficionados. El objeto de estudio de los antropólogos estaba a miles de kilómetros de distancia, en la profundidad de la selva, mientras que el nuestro se encuentra en nuestra propia casa.)

Los estudios del comportamiento desviado son inadecuados para formular teorías también en otro sentido, incluso más obvio: no existen suficientes. Muchos tipos de desviación nunca han sido científicamente descritos, o los estudios son tan escasos que no alcanzan ni para empezar. Por ejemplo, ¿cuántas descripciones sociológicas existen de los diferentes tipos de vida homosexual? Sólo conozco unos pocos (Hooker, 1956; Leznoff y Westley, 1956; Ross, 1959, y Reiss, 1961), y eso simplemente revela que todavía existe una vasta variedad de culturas y tipos sociales que esperan ser analizados. Por tomar un caso todavía más extremo, existe una zona de la desviación de gran importancia para los teóricos de la sociología que casi no ha sido estudiada: la mala conducta profesional. Es bien sabido, por ejemplo, que los comités de ética de las asociaciones profesionales de médicos y abogados tienen siempre mucho trabajo. Sin embargo, de todo el acervo de descripciones sociológicas de la cultura y comportamiento de los profesionales, apenas unos pocos estudios se dedican a la falta de ética en la actividad profesional.

¿Qué consecuencias tiene esa insuficiencia de datos para el estudio de la desviación? Una de ellas, como he mencionado, es la construcción de teorías fallidas o inadecuadas. Así como necesitamos una descripción anatómica precisa de los animales antes de

40 Dos renombrados e influyentes libros sobre la delincuencia juvenil están basados en datos fragmentarios de este tenor. Véanse Cohen, 1955, y Cloward y Ohlin, 1960.

ponernos a elaborar teorías y hacer experimentos con su funcionamiento fisiológico y bioquímico, también necesitamos una descripción detallada y precisa de la anatomía social para saber cuáles son los fenómenos sobre los que hay que teorizar. Si recurrimos al ejemplo de la homosexualidad, es probable que nuestras teorías fallen si pensamos que todos los homosexuales son miembros más o menos confirmados de la subcultura homosexual. Un estudio reciente revela que gran parte de las personas que tienen relaciones homosexuales no son de ninguna manera homosexuales consuetudinarios. Reiss (1961) ha demostrado que muchos delincuentes juveniles "levantan maricones" como una forma relativamente segura de hurtar dinero. No se ven a sí mismos como homosexuales y cuando alcanzan la edad suficiente para dedicarse a actividades delictivas más agresivas y rentables, abandonan la práctica homosexual. ¿Cuántas otras variedades de comportamiento homosexual esperan todavía ser descubiertas y analizadas? ¿Y cómo se verían afectadas nuestras teorías por esos descubrimientos y análisis?

No contamos con suficientes estudios sobre el comportamiento desviado. Tampoco tenemos demasiados estudios sobre los diferentes tipos de comportamiento desviado. Y, por sobre todo, tampoco hay suficientes estudios realizados por investigadores que hayan estado en contacto cercano con las personas que estudian, para tomar conciencia del carácter complejo y multifacético de la desviación.

Algunas de las razones de esas deficiencias son técnicas. Estudiar a los desviados no es fácil. Como son considerados marginales por el resto de la sociedad, el estudioso que se aboca a descubrir los hechos concretos de la desviación debe primero atravesar una barrera sustancial, antes de que se le permita observar los fenómenos que debe observar. Como las actividades desviadas pueden ser castigadas si salen a la luz, suelen practicarse en secreto, y no son exhibidas o reivindicadas frente a los de afuera, los marginales. El estudioso de la desviación debe convencer a quienes se propone estudiar de que no representa un peligro para ellos, de que lo que revelen no les acarrearán problemas. El investigador, entonces, debe participar intensa y continuamente de las activida-

des de los desviados que se propone estudiar, para que ellos lleguen a conocerlo lo suficiente como para evaluar si su actividad puede llegar a perjudicarlos.

Los desviados se protegen de los entrometidos de muy variadas maneras. Cuando la desviación se produce en el marco de una institución convencional organizada, esa protección suele ser algún tipo de "encubrimiento". Los profesionales, por ejemplo, no suelen hablar en público de las faltas de ética en su profesión. Las asociaciones de profesionales manejan esos casos a puertas cerradas, y castigan a los culpables a su manera, y nunca públicamente. Los médicos adictos a los narcóticos, por ejemplo, suelen ser castigados con indulgencia cuando el hecho es advertido por las autoridades que deben aplicar la norma (Winick, 1961, p. 177). Un médico al que se descubre robando narcóticos de los suministros del hospital por lo general es simplemente invitado a abandonar su puesto, pero no es entregado a la policía. Para realizar investigaciones en grandes organizaciones industriales, educativas, o de otro tipo, normalmente se necesita el permiso de quienes las manejan. Si los directivos de la organización están autorizados a hacerlo, limitarán el campo a estudiar para esconder la desviación que quieren mantener en secreto. Melville Dalton, al describir su propio enfoque a la hora de estudiar la industria, señala:

En ninguno de los casos me acerqué formalmente a los altos ejecutivos de ninguna de las empresas para obtener su aprobación o su ayuda para la investigación. He observado en muchas oportunidades que otros investigadores lo hacen, y he visto cómo los ejecutivos preparan la escena y acotan la investigación a ciertas áreas específicas —siempre fuera del ámbito gerencial—, como si los problemas se dieran en el vacío y sin contexto. Los hallazgos en algunos casos eran entonces considerados "experimentos controlados", que en su forma definitiva parecían muy contundentes. Pero las sonrisas y la manipulación de los investigadores por parte del personal de custodia, las evaluaciones que se hacen de los investigadores y sus hallazgos, y las áreas muchas veces triviales a

las que el personal de custodia y los ejecutivos orientaban la investigación, todo llevaba a preguntarse quién era en realidad el que controlaba esos experimentos. (Dalton, 1959, p. 275)

Los integrantes de grupos desviados que no tienen el apoyo encubierto de instituciones u organizaciones profesionales utilizan otros métodos para mantener sus actividades al margen. Como las actividades de los homosexuales, drogadictos y delincuentes no cuentan con el beneficio de las instituciones de puertas cerradas y rejas custodiadas, deben desarrollar otros mecanismos para mantenerlas ocultas. Por lo general, se toman enormes molestias para guardar el secreto, y cuando se involucran en actividades de ese tipo en público, lo hacen en ámbitos relativamente controlados. Puede existir, por ejemplo, un bar que sea frecuentado por ladrones. Si bien muchos de los ladrones de la ciudad estarían disponibles de esa manera en un mismo lugar para el investigador interesado, es probable que se "hagan los sonsos" cuando éste entre en el bar, y se nieguen a tener nada que ver con él, o finjan ignorar de lo que se les habla.

Ese tipo de reserva implica dos problemas para la investigación. Por un lado, uno debe encontrar a las personas que está interesado en entrevistar. ¿Cómo encuentra uno a un médico adicto a las drogas? ¿Cómo se hace para localizar a homosexuales de distinto tipo? Si hubiese querido investigar cómo se reparten los honorarios los cirujanos con los médicos clínicos, ¿cómo habría hecho para encontrar y acceder a las personas involucradas en esos arreglos? Y una vez que uno los encuentra, queda todavía el problema de convencerlos de que pueden hablar sin temor de su accionar desviado.

Al estudioso de la desviación se le presentan también otros problemas. Para obtener una descripción detallada del accionar de los desviados, de cuáles son sus patrones asociativos y demás, debe pasar al menos un tiempo observándolos *en su hábitat natural*, mientras desarrollan sus actividades diarias. Pero esto implica que el investigador, al menos durante ese tiempo, deberá acostumbrarse a horarios inhabituales y penetrar en ámbitos de la socie-

dad desconocidos para él e incluso peligrosos. Es posible que tenga que dormir de día y vivir de noche, pues eso es lo que hacen las personas a las que está estudiando, y esto puede traerle dificultades con sus compromisos laborales y familiares. Además, el proceso de ganarse la confianza de los estudiados puede consumir mucho tiempo, y pueden perderse incluso muchos meses en tentativas infructuosas de lograr el acceso. Eso significa que este tipo de investigaciones lleva mucho más tiempo que las que se realizan en instituciones respetables.

Se trata de problemas técnicos, y hay que encontrar la manera de solucionarlos. Al fin y al cabo, son más fáciles de solucionar que los problemas morales que surgen del estudio de la desviación.

Esto forma parte de un problema más general, vale decir, cuál es el punto de vista que uno toma respecto de los sujetos que estudia, cómo debe uno evaluar ciertas cosas que son convencionalmente vistas como malas, y con qué parte uno simpatiza. Esos problemas surgen, por supuesto, al estudiar cualquier fenómeno social, pero pueden agravarse en caso de que se estudie la desviación, pues sobre las actividades y las personas estudiadas pesa una condena social.⁴¹

41 En una comunicación privada, Ned Polsky me sugirió que uno de los problemas morales gira en torno a la participación del científico en una actividad ilegal. Aunque no me he ocupado de este tema, estoy completamente de acuerdo con las ideas de Polsky al respecto, que a continuación reproduzco con su autorización:

"Si uno pretende estudiar verdaderamente a los desviados que quebrantan la ley mientras desarrollan su actividad y en su entorno natural —por ejemplo, cuando salen de prisión— debe tomar la decisión moral que implica aceptar que de alguna manera él mismo también estará rompiendo la ley. No es necesario que se convierta en un 'observador participante' y cometa el acto desviado que está estudiando. Sin embargo, debe presenciar dichos actos o se los deben confiar, y no dar la voz de alarma. Vale decir que el investigador debe saber que de ser necesario 'obstruirá la justicia' o será 'cómplice' antes o después del hecho, en un sentido estrictamente legal. No será capaz de discernir algunos aspectos vitales de la desviación criminal y de la estructura de las subculturas delictivas a menos que haya tomado esa decisión, a menos que haya logrado que los desviados le crean y a menos, sobre todo, que haya logrado convencerlos de que está dispuesto a actuar en consonancia con esa decisión. Es

Al describir una organización y un proceso social, y en especial al describir las organizaciones y procesos implicados en la desviación, ¿qué punto de vista hay que tomar? Como por lo general en toda organización o proceso social existen varias categorías de participantes, debemos elegir entre adoptar el punto de vista de una de esas categorías de participantes o el punto de vista de un observador externo. Herbert Blumer ha señalado que la gente actúa según su interpretación de la situación en la que se encuentra, adecuando así su comportamiento para hacer frente a esa situación. Por lo tanto, continúa Blumer, se debe tomar el punto de vista de la persona o el grupo (la "unidad de acción") cuyo comportamiento se está estudiando, así como:

cada proceso de interpretación que guía sus acciones (...) Para comprender el proceso, el estudioso debe ocupar el lugar de la unidad de acción cuyo comportamiento está estudiando. Como la unidad de acción hace su interpretación en términos de objetos designados o

probable que los delincuentes juveniles pasen por alto este último punto, pues saben que quien los estudia por lo general está exceptuado de informar a la policía al respecto. Pero los criminales adultos no tienen esa certeza, y por lo tanto no sólo les preocupan las intenciones del investigador sino su capacidad para soportar la presión de un interrogatorio policial.

Los científicos sociales rara vez han cumplido con estos requisitos. Por eso, a pesar de que en Estados Unidos sólo seis de cada cien delitos mayores en conocimiento de la policía terminan en una sentencia de prisión, la mayor parte del conocimiento sociológico sobre la criminalidad ha sido obtenido en base a estudios de gente que está en la cárcel. El sociólogo reticente o incapaz de ser identificado por los criminales como alguien a quien puede permitírsele observarlos en sus actividades diarias suele reunir la información para sus investigaciones de desviados que están en la cárcel o tienen problemas con la ley: una muestra distorsionada en la que están sobrerrepresentados los delincuentes no profesionales y los que han dado un mal paso, que además son observados en un entorno artificial, y que no son estudiados sistemáticamente en su funcionamiento y entorno naturales. Así, los sociólogos suelen saber menos acerca de las subculturas desviadas contemporáneas —en especial de aquellas compuestas por delincuentes profesionales adultos— que el periodista".

evaluados, de significados adquiridos y de decisiones tomadas, el proceso debe ser considerado desde el punto de vista de la unidad de acción (...). Intentar comprender el proceso interpretativo permaneciendo como el así llamado "observador objetivo" que se mantiene al margen y rehusarse a ocupar el lugar de la unidad de acción es arriesgarse a caer en el subjetivismo más peligroso de todos: en lugar de captar el proceso tal y como se da en la experiencia de la unidad activa que lo produce, es probable que el observador objetivo complete el proceso interpretativo con sus propias conjeturas. (Blumer, 1962, p. 188)

Si estudiamos los procesos involucrados en la desviación, debemos entonces tomar el punto de vista de al menos uno de los grupos implicados, ya sea de quienes son tratados como desviados o de quienes los etiquetan como tales.

Por supuesto que es posible ver la situación desde ambas perspectivas, pero no simultáneamente. Vale decir que no podemos construir una descripción de un proceso o una situación que de alguna manera fusione las percepciones de ambos bandos involucrados en el proceso de la desviación. No podemos describir una "realidad superior" que tenga sentido desde el punto de vista de ambos. Podemos describir la perspectiva de un grupo y ver cómo se articula o no con la del otro grupo: el punto de vista de quienes rompen las normas y el modo en qué choca y entra en conflicto con el punto de vista de quienes las hacen cumplir, y viceversa. Pero no seremos capaces de comprender la situación o el proceso sin darles todo su peso a las diferencias entre el punto de vista de uno y otro de los grupos implicados.

La dificultad para estudiar ambos lados del proceso de la desviación y captar adecuadamente los puntos de vista de ambos grupos implicados forma parte de la naturaleza misma de la desviación. No es imposible, pero ciertas razones de orden práctico y el tiempo necesario para ganarse la confianza de los involucrados y el acceso a situaciones de infracción llevarán a que el estudioso se acerque al fenómeno desde una perspectiva u otra. Sin importar

el grupo de participantes que uno elija estudiar, y en consecuencia el punto de vista que decidamos adoptar, seremos muy probablemente acusados de "tendenciosos". Se dirá que no estamos haciendo justicia al punto de vista del grupo contrario. Al presentar las racionalizaciones y justificaciones que un grupo ofrece para hacer lo que hace, parecerá que también nosotros aceptamos esas racionalizaciones y justificaciones, y que acusamos a las otras partes involucradas con las mismas palabras que sus adversarios. Si estudiamos a los drogadictos, ellos seguramente nos dirán —y deberemos consignarlo en nuestro informe— que los marginales que los juzgan están equivocados y que los impulsan las más bajas motivaciones. Si apuntamos a esos aspectos de la experiencia del adicto que parecen reconfirmar lo que cree, parecerá que estamos haciendo una apología del adicto. Por otra parte, si nos acercamos al fenómeno de la adicción desde el punto de vista de los oficiales de la ley, éstos nos dirán —y deberemos consignarlo en nuestro informe— que los adictos son un tipo de delincuente, que tienen desórdenes de personalidad, que carecen de normas morales y no son confiables. Seremos capaces de señalar los aspectos de la experiencia de los agentes de la ley que justifican ese punto de vista, y al hacerlo parecerá que estamos de acuerdo con esa perspectiva. En ambos casos, seremos acusados de presentar un solo lado, y distorsionado, de la historia.

Pero no es realmente así. Lo que estamos presentando no es una versión distorsionada de la "realidad", sino la realidad de la que forman parte los individuos estudiados, la realidad que ellos crean a través de la interpretación de sus experiencias y en función de la cual actúan. Si no somos capaces de describir esa realidad, no accederemos a una comprensión sociológica completa del fenómeno que intentamos explicar.

¿Qué punto de vista debemos presentar? Al respecto, es necesario hacer dos consideraciones, una de tipo estratégico y otra de tipo personal o moral. La consideración de tipo estratégico es que el punto de vista de la sociedad convencional sobre la desviación por lo general es bien conocido. Por lo tanto, debemos estudiar la perspectiva de quienes participan de actividades desviadas, para así completar los puntos más oscuros del cuadro. Sin embargo,

ésa es una respuesta demasiado simplista. De hecho, sospecho que sabemos muy poco acerca de los puntos de vista de ambas partes implicadas en el fenómeno de la desviación. Si bien es cierto que no sabemos mucho del modo en que los desviados ven su propia situación, también es cierto que no somos plenamente conscientes de las otras perspectivas involucradas, pues no han sido suficientemente estudiadas. En realidad, no sabemos cuáles son los intereses de quienes hacen cumplir la ley, ni sabemos tampoco en qué medida los miembros de la sociedad convencional comparten de algún modo el punto de vista de los desviados. Recientemente, David Matza ha sugerido que las formas características de la desviación juvenil —delincuencia, radicalización política y bohemia— son en realidad prolongaciones subterráneas de puntos de vista que los miembros de la sociedad convencional también sostienen, aunque de manera menos extrema. De acuerdo con esto, la delincuencia juvenil es una versión reducida de la cultura adolescente, la política radicalizada es la versión extrema del vago liberalismo implícito en la tendencia norteamericana a “hacer lo correcto” y la bohemia puede ser simplemente una prolongación llevada al extremo de la vida ligera de las fraternidades universitarias, por un lado, y de la vida intelectual universitaria seria, por el otro (Matza, 1961). Las consideraciones de tipo estratégico, entonces, no nos dan ninguna respuesta respecto del punto de vista que debemos analizar.

Las consideraciones personales o morales tampoco nos dan una respuesta. Podemos, sin embargo, ser conscientes de los riesgos que se corren. El principal reside en el hecho de que la desviación tiene fuertes conexiones con los sentimientos de rebeldía juvenil. No es un tema que la gente se tome a la ligera. Sienten o bien que es algo malo que debe ser eliminado, o bien que es algo que debe ser alentado, pues cumple la importante función de corregir el conformismo generado por la sociedad moderna. Los personajes del drama sociológico de la desviación, incluso más que los personajes de otros procesos sociológicos, parecen ser o héroes o villanos. Exponemos la depravación de los desviados o exponemos la depravación de aquellos que aplican sobre ellos las normas.

Debemos cuidarnos de cualquiera de estas dos posiciones. La situación se parece bastante a lo que sucede con las palabras obscenas. Algunas personas piensan que jamás deben usarse. A otras les gusta escribirlas sobre las paredes, en la calle. Tanto en un caso como en el otro, esas palabras son consideradas como algo especial, que tiene un *don* particular. Pero seguramente es mejor considerarlas como meras palabras, palabras que molestan a ciertas personas y hacen las delicias de otras. Lo mismo sucede con los comportamientos desviados. No debemos considerarlos como algo especial, como algo depravado o como algo que de alguna manera mágica es mejor que otros tipos de comportamiento. Debemos considerar la desviación simplemente como un tipo de comportamiento que algunos deploran y otros valoran, y estudiar los procesos por los cuales uno y otro punto de vista se construyen y se mantienen. Y quizás la mejor manera de evitar caer en ninguno de esos extremos sea el contacto cercano con las personas cuya conducta se estudiará.

10. Revisión de la teoría del etiquetado⁴²

El fenómeno de la desviación ha sido uno de los temas del pensamiento sociológico durante mucho tiempo. Nuestro interés teórico por la naturaleza del orden social se combina con el interés práctico por los actos considerados nocivos para el individuo y la sociedad, y dirige nuestra atención hacia la extensa arena de los comportamientos llamados alternativamente vicio, delito, inconformismo, aberración, excentricidad o locura. Ya sea que los consideremos una falencia de los procesos de socialización y sanción o simplemente una mala acción, queremos saber por qué la gente actúa de manera reprobable.

En los últimos años, el acercamiento naturalista a estos fenómenos (Matza, 1969) ha puesto el eje de la cuestión en la interacción entre los presuntos malhechores y quienes hacen esas presunciones. Varios investigadores —Frank Tannenbaum (1938), Edwin Lemert (1951), John Kitsuse (1962), Kai Erikson (1966) y yo mismo (Becker, 1963), por nombrar sólo a algunos— contribuyeron al desarrollo de la llamada, lamentablemente, “teoría del etiquetado”. Desde sus primeras conclusiones, muchos han criticado, ampliado y debatido esas afirmaciones originales, mientras que otros han contribuido con los importantes resultados de sus investigaciones.

Me gustaría repasar ese desarrollo para determinar en qué punto nos encontramos (véase Schur, 1969). ¿Qué hemos lo-

⁴² Este texto fue presentado por primera vez durante las reuniones de la Asociación Británica de Sociología, en Londres, en abril de 1971. Varios amigos hicieron comentarios muy provechosos sobre un borrador previo. Quiero agradecer especialmente a Eliot Freidson, Blanche Geer, Irving L. Horowitz y John I. Kitsuse.

grado? ¿Qué críticas hemos recibido? ¿Qué deberíamos cambiar? Son tres los temas que merecen especial atención: la concepción de la desviación como acción colectiva, la desmitificación de la desviación y el dilema moral de la teoría de la desviación. En cada caso, me atengo al principio que intento aplicar a la investigación sociológica y al análisis en general, a saber, reafirmar mi convicción de que el campo de estudio de la desviación no tiene nada de especial, y que es como cualquier otro campo de estudio de la actividad humana que queramos estudiar y comprender.

Comenzaré sacándome de encima algunos puntos aparentemente difíciles de manera muy sumaria, sobre todo en lo que se refiere a mi profundo descontento con la expresión "teoría del etiquetado". Nunca pensé que los postulados originales que hicimos, tanto yo como otros, dieran pie a que fuesen llamados teorías, al menos no teorías plenamente articuladas a las que hoy se crítica por *no* existir. Algunos autores se quejaron de que la teoría del etiquetado no proporcionaba una explicación etiológica de la desviación (Gibbs, 1966; Bordua, 1967, y Akers, 1968), ni respondía por qué la gente que lo hace se desvía de la norma, y sobre todo por qué son *ellos* y no los demás que los rodean. En ocasiones los críticos dicen que se trata efectivamente de una teoría, pero de una teoría equivocada. De ese modo, algunos pensaron que la teoría intentaba explicar la desviación en función de la respuesta que suscita en los otros. Según esta lectura, alguien sólo empezaba a comportarse de manera desviada cuando los demás lo etiquetaban como tal, y no antes. La experiencia cotidiana de cualquiera alcanza para desestimar de plano esta interpretación.

Los defensores originales de esta postura no proponían, sin embargo, ninguna respuesta a la cuestión etiológica, pues sus objetivos eran más modestos. Su intención original era ampliar el campo de estudio del fenómeno de la desviación para incluir el accionar de otras personas que no eran el presunto desviado. Presuponían, por supuesto, que al introducir esas nuevas variables en sus análisis, las preguntas convencionales que se hacen los estudiosos de la desviación tendrían un elenco muy diferente.

Es más, si bien el etiquetado resultante de la iniciativa de emprendedores morales es un factor importante, no alcanza por sí

solo para explicar lo que realmente hacen los presuntos desviados. Sería absurdo proponer que los asaltantes asaltan a la gente sólo porque alguien los ha etiquetado de asaltantes, o que todo lo que hace un homosexual es resultado de que alguien lo haya llamado homosexual. Sin embargo, una de las contribuciones más importantes de este acercamiento ha sido enfocar la atención sobre la manera en que el etiquetado coloca al actor en una situación que le dificulta llevar una rutina diaria normal, y por lo tanto lo conduce a realizar acciones "anormales" (como cuando los antecedentes penales hacen que una persona tenga problemas para ganarse la vida en una ocupación convencional y la predisponen a volcarse a actividades ilegales). Sin embargo, el alcance de los efectos de esas etiquetas es una cuestión empírica, y deberá ser establecido por investigaciones específicas y no por un mandato teórico. (Véase Becker, 1963, pp. 34-35; Lemert, 1951, pp. 71-76; Ray, 1961, y Lemert, 1972.)

En definitiva, cuando la teoría centra su atención en el accionar innegable de quienes están oficialmente a cargo de definir la desviación, no hace una caracterización empírica de los resultados de instituciones sociales particulares. Sugerir que definir a alguien como desviado puede, en ciertas circunstancias, predisponerlo a tomar determinado curso de acción no es lo mismo que decir que los hospitales psiquiátricos siempre vuelven loca a la gente o que las cárceles siempre convierten a los internos en criminales reincidentes.

El etiquetado adquirió su importancia teórica de otra manera. Las diferentes clases de acciones y los ejemplos específicos de ellas pueden ser o no considerados como desviados por alguna de las muchas personas que las presencian. La diferencia en la definición del hecho, en la etiqueta que se le aplica, marcará la diferencia en el modo en que todos, actores y testigos por igual, actuarán en consecuencia. Como señaló Albert Cohen (1965, 1966 y 1968), lo que la teoría hizo fue crear una grilla de cuatro casilleros que combinaba dos variables dicotómicas, la comisión o no comisión de una acción dada y la definición de esa acción como desviada o no. La teoría no es una teoría acerca de uno de los cuatro casilleros resultantes, sino acerca de los cuatro y de sus interrelaciones. En cuál

de esos casilleros colocamos en realidad la desviación (meramente una cuestión de definición, aunque, como siempre en esos casos, para nada trivial) es menos importante que comprender todo lo que se pierde al analizar uno solo de esos casilleros en vez de observar sus conexiones con los demás.

Mi propia formulación original generó cierta confusión, cuando me referí a una de esas variables como comportamiento "obediente" (en oposición a "que rompe la norma"). La distinción implicaba la existencia previa de la determinación de que el rompimiento de la norma se había producido, aunque obviamente era precisamente eso lo que la teoría se proponía problematizar. Creo que la descripción que más se ajusta a esa dimensión es la de comisión o no comisión de un hecho dado. Por lo general, por supuesto, estudiamos actos que probablemente han sido definidos como desviados por otros. Esto maximiza nuestras posibilidades de comprender la intrincada trama de acusaciones y definiciones que constituye el núcleo de nuestro campo de estudio. De ese modo, podremos interesarnos en las personas que fuman marihuana o en quienes participan de intercambios homosexuales en baños públicos, en parte porque estas actividades serían probablemente etiquetadas como desviadas si tomaran estado público. También las estudiamos, por supuesto, en tanto fenómenos que igualmente nos interesan en otros aspectos. Así, al analizar el consumo de marihuana podemos estudiar la manera en que la gente aprende a interpretar su propia experiencia física personal gracias a la interacción social con otros consumidores (Becker, 1963). Si estudiamos los encuentros homosexuales en baños públicos, podemos aprender el modo en que las personas son capaces de coordinar sus movimientos y acciones a través de una comunicación tácita (Humphreys, 1970). También podemos preguntarnos hasta qué punto el aprendizaje de la actividad y su continuidad se ven afectados por las probabilidades de que el acto sea definido como desviado. Es muy útil contar con un término que indique que es probable que los demás consideren esas actividades como desviadas sin hacer de eso un juicio científico que determine que, de hecho, es un acto desviado. Sugiero que llamemos a esos actos "potencialmente desviados".

La teoría del etiquetado, entonces, ni es una teoría con todas las obligaciones y méritos que la palabra exige, ni se orienta exclusivamente a la acción de etiquetar, como muchos han pensado. Es más bien una manera de observar el ámbito general de la actividad humana, una perspectiva cuyo valor, si lo tiene, redundará en una mayor comprensión de cuestiones que antes eran oscuras. (Voy a permitirme dar lugar al descontento que me produce la etiqueta convencional que pesa sobre esta teoría y me referiré a ella de ahora en más como teoría interaccionista de la desviación.)

LA DESVIACIÓN DE LA NORMA COMO ACCIÓN COLECTIVA

Los sociólogos concuerdan en que su objeto de estudio es la sociedad, pero el consenso persiste sólo a condición de no entrar en detalles acerca de la naturaleza de esa sociedad. Yo prefiero pensar lo que estudiamos en términos de *acción colectiva*. Tal como lo dejaron en claro Mead (1934) y Blumer (1966 y 1969), las personas actúan *juntas*. Hacen lo que hacen con un ojo puesto en lo que otros han hecho, están haciendo y pueden hacer en el futuro. Uno intenta ajustar su propia línea de acción a las acciones de los demás, así como cada uno de ellos intenta ajustar el desarrollo de su propio accionar en función de lo que hacen o espera que hagan los otros. El resultado de todos estos ajustes y adaptaciones puede ser llamado acción colectiva, especialmente si no perdemos de vista que el término va más allá de un mero acuerdo colectivo para, por ejemplo, declararse en huelga, y que también incluye la participación en un aula de clase, comer juntos o cruzar la calle, y que implica asimismo que cada una de estas acciones es realizada por mucha gente junta al mismo tiempo.

Al utilizar términos como "ajustes" y "adaptaciones" no pretendo sugerir que la vida social sea mayormente pacífica, ni que las personas se sientan obligadas a sucumbir a las restricciones sociales. Simplemente quiero decir que la gente, por lo general, toma en cuenta lo que sucede a su alrededor, así como lo que probablemente sucederá cuando decidan actuar de determinada manera.

Ese ajuste puede consistir en tomar la decisión de que, ya que es probable que la policía busque *aquí*, sería mejor poner la bomba *allí*, o decidir que ya que la policía va a buscar, es mejor no construir ninguna bomba o directamente no pensar más en hacerlo.

Con mis afirmaciones anteriores tampoco pretendo dar a entender que la vida social consiste solamente en encuentros cara a cara entre individuos. Éstos pueden mantener intensas y sostenidas interacciones sin encontrarse nunca cara a cara: los filatelistas, por ejemplo, interactúan mayormente por correo. Es más, las interacciones de dar y recibir, los mutuos ajustes y adaptaciones de las líneas de acción ocurren también entre grupos y organizaciones. El proceso político que rodea el drama de la desviación reviste ese carácter. Las organizaciones económicas, las asociaciones de profesionales, los sindicatos, los grupos de presión, los cruzados morales y los legisladores, todos interactúan para establecer las condiciones bajo las cuales quienes representan al estado en la aplicación de la ley, por ejemplo, interactúan con quienes se presupone que la han violado.

Si podemos considerar como colectiva cualquier tipo de actividad humana, también podemos considerar de ese modo la desviación. ¿Con qué consecuencias? Una de las consecuencias es un punto de vista general que me propongo llamar "interaccionista". En su forma más sencilla, la teoría insiste en que debemos observar a todos los involucrados en cualquier episodio de presunta desviación. Al hacerlo, descubrimos que, para que ocurran de la manera en que ocurren, esas actividades requieren de la cooperación tácita o explícita de muchas personas o grupos. Cuando los trabajadores conspiran para restringir la producción industrial (Roy, 1954), lo hacen en connivencia con los inspectores, el personal de mantenimiento y los encargados del depósito. Cuando los miembros de una empresa industrial roban, lo hacen con la cooperación activa de quienes están por encima y por debajo de ellos en la escala jerárquica de la firma (Dalton, 1959). Esas observaciones alcanzan para poner en duda las teorías que buscan los orígenes de la actividad desviada en la psicología individual, pues para explicar la complejidad de las formas de accionar colectivo que observamos sería necesario plantear una confluencia mila-

grosa de patologías individuales. Como no es sencillo cooperar con personas cuyas herramientas para analizar la realidad son inadecuadas, la gente que padece dificultades psicológicas no es muy apta para la convivencia criminal.

Cuando consideramos la desviación como una acción colectiva, vemos inmediatamente que la gente actúa con la mirada puesta en la respuesta de los otros frente a la acción en cuestión. Toman en cuenta el modo en que quienes los rodean evaluarán su accionar, así como el modo en que esa evaluación afectará su prestigio y su rango. Los delincuentes estudiados por Short y Strodtbeck (1965) hicieron algunas de las cosas que los metieron en problemas justamente porque querían conservar la estima de sus compañeros de pandilla.

Si consideramos a todas las personas y organizaciones involucradas en un episodio de comportamiento potencialmente desviado, descubrimos que esa supuesta mala acción no es el único ingrediente de la actividad colectiva en curso: la trama es enrevesada, y en ella las acusaciones juegan un papel crucial. De hecho, Erikson (1966) y Douglas (1970), entre otros, han definido el estudio de la desviación esencialmente como el estudio de la construcción y reafirmación de los contenidos morales de la vida social cotidiana. Algunos de los principales actores de este drama no participan de la comisión de la mala acción en sí, sino que más bien se presentan como agentes del cumplimiento de la ley o la moral, como las personas que dan la voz de alarma cuando alguien hace algo malo, lo ponen bajo custodia, lo llevan ante las autoridades de la ley o administran ellos mismos el castigo. Si lo analizamos con minuciosidad y detenimiento, descubrimos que muchas veces lo hacen, pero no siempre, y se lo hacen a algunas personas, pero no a todas, y en algunos lugares, pero no en todos. Esas discrepancias ponen en duda ciertas nociones muy simples acerca de lo que, después de todo, está bien o mal. Vemos que muchas veces los propios actores no se ponen de acuerdo sobre lo que es desviado o no, y con frecuencia dudan del carácter desviado de una acción. Los tribunales no se ponen de acuerdo, la policía tiene sus reservas incluso cuando la ley es bien clara, y los involucrados en la actividad delictiva están en desacuerdo con las

definiciones oficiales al respecto. Vemos, además, que algunas acciones que según los estándares más ampliamente aceptados deberían ser claramente definidas como desviadas no son definidas así por nadie. Comprobamos que los agentes de la ley y la moral son muchas veces contemporalizadores, y que permiten que algunas acciones pasen desapercibidas o no sean castigadas porque no vale la pena tomarse el trabajo, porque sus recursos son limitados y no pueden perseguir a todos los infractores, porque el infractor tiene suficiente poder como para protegerse a sí mismo de su intromisión o porque les han pagado para que miren para otra parte.

Para un sociólogo que busque categorías netas del delito y la desviación para poder identificar a partir de ellas cuándo un acto es desviado y buscar su correlato, estas anomalías representan un problema. Es posible que crea que puede deshacerse de ellas por medio de avanzadas técnicas de recolección y análisis de datos. La larga historia de los intentos de crear este tipo de dispositivos debería hacernos ver que esa esperanza es infundada: se trata de un ámbito del esfuerzo humano que no resiste la creencia en la inevitabilidad del progreso.

El problema no es de orden técnico sino teórico. Podemos construir definiciones que sean aplicables ya sea a las acciones específicas que la gente pueda cometer o a las categorías específicas de desviación tal y como el mundo las define (en especial las autoridades, aunque no exclusivamente). Pero no podemos hacerlas coincidir por completo, porque en la realidad no coinciden. Pertenecen a dos sistemas distintos, aunque superpuestos, de acción colectiva. Uno está compuesto por la gente que coopera para producir el hecho en cuestión. El otro está compuesto por la gente que coopera en el drama de la moralidad por la cual la "mala acción" es descubierta y sancionada, ya sea de manera formal y legal o de manera informal.

Gran parte del acalorado debate acerca de las teorías interaccionistas surge del equívoco de entender que la palabra "desviación" designa dos procesos distintos que tienen lugar en esos dos sistemas (para un buen ejemplo de esto, véase Álvarez, 1968). Por otra parte, algunos analistas pretenden que son "desviaciones" los actos que son malos para cualquier miembro "razonable" de la so-

ciudad, o según alguna definición consensuada (como la violación de una norma presuntamente preexistente, las rarezas estadísticas o la psicopatología). Esos estudiosos pretenden poner el foco en el sistema de acciones en el que se producen esos hechos. Son los mismos analistas quienes también quieren aplicar la palabra a personas que han sido atrapadas y tratadas como responsables de esa acción. En este caso, quieren hacer foco en el sistema de acciones en el que esos juicios ocurren. Esa equivocación en el uso del término no genera discrepancias si, y sólo si, quien cometió el acto y quien lo capturó son la misma persona. Y sabemos que nunca es así. Por lo tanto, si hacemos de quienes cometieron la acción (suponiendo que podamos identificarlos) nuestro objeto de estudio, necesariamente incluiremos a algunos que no han sido atrapados ni etiquetados. Y si estudiamos a los que han sido atrapados y etiquetados, necesariamente incluiremos a algunos que nunca han cometido la acción pero han sido tratados como si lo hubiesen hecho (Kitsuse y Cicourel, 1963).

Ninguna de las dos alternativas resulta atractiva. Lo que han hecho los teóricos interaccionistas es entender que los dos sistemas son diferentes, señalando todas las superposiciones e interacciones que ocurren entre ellos, pero sin presuponer que éstas existan. Así, por ejemplo, uno puede analizar la génesis del consumo de drogas, como lo hizo Lindesmith (1968) o yo mismo, y ocuparse de las cuestiones etiológicas del problema, sin por eso suponer que lo que la gente que estudiamos hace esté conectado necesariamente con una característica generalizada de la desviación. O también se puede, como lo han hecho muchos estudios (por ejemplo, Gusfield, 1963), estudiar el drama de la retórica y el accionar moralizantes donde se crean, aceptan, rechazan y discuten las imputaciones de desviación. El efecto principal de la teoría interaccionista ha sido poner el foco de atención en ese drama como objeto de estudio, y especialmente en los actores menos estudiados de ese drama, aquellos que tienen poder suficiente como para que sus imputaciones sean efectivas: la policía, las cortes, los médicos, los docentes y los padres.

La intención de mis afirmaciones originales era enfatizar la independencia lógica que existe entre los actos en sí y el juicio que

la gente se forma de ellos. Esa hipótesis, sin embargo, entrañaba ambigüedades que bordeaban la contradicción, en especial en lo referente a la noción de "desviación secreta".⁴³ Al examinar esas ambigüedades y sus posibles soluciones descubrimos que el desarrollo exitoso de la teoría quizás dependa de un análisis más detallado de la desviación como acción colectiva del que llevamos a cabo originalmente.

Si comenzamos por afirmar que un acto es desviado cuando es definido como tal, ¿qué significa decir que una acción determinada es un caso secreto de la desviación? Si nadie ha definido esa acción como desviada, entonces no puede, por definición, ser desviada. Pero la palabra "secreto" nos indica que *nosotros* sabemos que es desviada, aunque nadie más lo sepa. Lorber (1967) resolvió parcialmente esta paradoja al sugerir que en una proporción importante de los casos el actor mismo ha definido lo que hace como desviación, aunque se las arregla para que los demás no se enteren, ya sea porque cree que lo que hace es efectivamente desviado o porque supone que los demás lo creerán.

¿Pero qué sucede si el actor no lo ha definido así? O, lo que es más claro aún, ¿qué sucede con los actos que los científicos no pueden definir de esa manera? (Pienso aquí en contravenciones como la brujería [Selby, inédito]: resulta imposible imaginar un caso secreto de brujería ya que "sabemos" que nadie copula realmente con el diablo, ni puede conjurar demonios.) En ninguno de los casos podemos contar con la autodefinition para resolver la paradoja. Pero podemos ampliar la noción de Lorber si observamos que ésta implica un procedimiento que, de ser aplicado a las personas adecuadas, las llevaría a hacer un juicio semejante, dados los "hechos" de un caso particular. La gente que cree en las brujas tiene su propia manera de decidir lo que es un acto de brujería y lo que no lo es. Podemos conocer las circunstancias lo suficiente como para saber que si esa gente utiliza sus propios métodos, lo que descubra la llevará a la conclusión de que ha ocurrido un acto

43 Jack Katz y John I. Kitsuse me ayudaron enormemente a reconsiderar este problema.

de brujería. En el caso de infracciones menos imaginarias, podemos saber, por ejemplo, que una persona tiene en su bolsillo sustancias que, de ser descubiertas por la policía, la harían responsable del cargo de posesión de drogas.

En otras palabras, la desviación secreta consiste en ser vulnerable a los procedimientos habituales utilizados para descubrir un tipo particular de desviación, o estar en posición de que resulte fácil que esa definición se nos aplique. Lo que hace que esto sea característicamente colectivo es justamente la aceptación colectiva de los procedimientos para descubrir y probar esos actos.

Pero incluso sumando todo esto, la dificultad persiste. En otra clase importante de casos —la creación de reglas *ex post facto*— no puede haber desviación secreta porque la regla no existía antes de que el presunto hecho fuese cometido (Katz, 1972). Los procedimientos de búsqueda de casos pueden provocar los hechos que alguien después utilizará para probar la comisión de una acción desviada, pero no es posible que la persona ya fuese desviada, ni secretamente ni de otra manera, porque la regla simplemente no existía. Sin embargo, es posible que la persona sea definida de todos modos como desviada, quizás en el momento en que lo que ha hecho sale a la luz y alguien decide que, si no existía una regla en contra de eso, debería existir. ¿Era entonces ya un desviado desde antes?

La paradoja se resuelve si reconocemos que, como en todas las otras formas de actividad colectiva, las acciones y definiciones en el drama de la desviación ocurren a lo largo del tiempo, y difieren en un momento y en otro. Las definiciones del comportamiento se dan secuencialmente, y un hecho puede ser definido como no desviado en un momento T_1 y como desviado en T_2 , sin que esto implique que era ambas cosas simultáneamente. Basándonos en la conclusión precedente, observamos que un acto puede *no* ser secretamente desviado en T_1 porque ningún mecanismo en funcionamiento en ese momento produjo evidencia de un hecho que los jueces competentes considerarían desviado. El mismo acto *podría* ser secretamente desviado en T_2 , porque como resultado de la creación de la nueva regla que se produjo en el entretiem po, existe ahora un mecanismo que permite considerarlo como tal.

Este último enunciado nos recuerda el importante papel que juega el poder en las teorías interaccionistas de la desviación (Horowitz y Liebowitz, 1968). ¿En qué circunstancias se crean y aplican las normas *ex post facto*? Yo creo que la investigación empírica demostrará que sucede cuando una de las partes de una relación es desproporcionadamente más poderosa que la otra, lo suficiente como para hacer cumplir su voluntad por encima de las objeciones de los demás, pero sin perder una apariencia de justicia y racionalidad. Esto ocurre habitualmente en las relaciones entre padres e hijos, y en acuerdos paternalistas de características similares, como el del trabajador social con su cliente, o el del docente con su alumno.

Al considerar la desviación como una forma de actividad colectiva que debe ser investigada en todas sus facetas como cualquier otra forma de actividad colectiva, descubrimos que nuestro objeto de estudio no es un acto aislado cuyo origen debemos desentrañar. Por el contrario, el acto que se alega que ocurre, cuando ha ocurrido, lo hace dentro de una compleja red de acciones que involucran a otros, y parte de su complejidad surge de los diversos modos en que las diferentes personas y grupos definen ese hecho. Esta lección se aplica a cualquier tipo de estudio de la vida social. Sin embargo, aplicarla no nos garantiza por completo que no cometamos errores, pues nuestras propias teorías y métodos de análisis representan una incesante fuente de problemas.

DESMITIFICAR LA DESVIACIÓN

El hábito virtualmente indestructible de los sociólogos de convertir hechos y experiencias comunes en algo misterioso les ha traído muchos problemas. Recuerdo una de mis primeras experiencias en el posgrado, cuando Ernest Burgess nos advertía a los novatos que no debíamos permitir que el sentido común nos hiciera perder el rumbo. Al mismo tiempo, Everett Hughes nos rogaba que prestáramos atención a lo que oíamos y veíamos con nuestros propios ojos y oídos. Algunos pensábamos que había una contradic-

ción entre ambos imperativos, pero conteníamos nuestra preocupación en aras de nuestra salud mental.

Ambos mandamientos son en el fondo esencialmente ciertos. El sentido común, en una de sus acepciones, puede ser engañoso. Ese sentido común es el de la sabiduría tradicional de la tribu, esa mezcla de "lo que todo el mundo sabe" que los niños aprenden al crecer, los estereotipos de la vida cotidiana, donde también están incluidas las generalizaciones de las ciencias sociales sobre la naturaleza de los fenómenos sociales, las correlaciones entre las categorías sociales (por ejemplo, entre raza y delito, o entre clase social e inteligencia) y la etiología de las condiciones sociales problemáticas, como la pobreza o la guerra. Las generalizaciones de las ciencias sociales, por principio y muchas veces de hecho, cambian cuando surgen nuevas observaciones que demuestran que eran incorrectas. Las generalizaciones del sentido común no cambian. Esta forma del sentido común, en especial porque sus errores no suelen ser aleatorios, siempre juega a favor del orden establecido.

Otra acepción de sentido común señala que el hombre corriente, que no tiene la cabeza llena de teorías enrevesadas y abstractas nociones de especialista, puede al menos darse cuenta de lo que sucede frente a sus propias narices. Filosofías tan dispares como el pragmatismo y el budismo zen veneran el respeto por la capacidad del hombre simple de ver, como Sancho Panza, que un molino de viento es un molino de viento. Sin importar cómo se lo mire, pensar que es un caballero de armadura y a caballo es un error grave.

Los sociólogos suelen ignorar los dictámenes de esta versión del sentido común. Puede ser que no tomemos a los molinos de viento por caballeros, pero muchas veces convertimos la actividad colectiva—gente que hace cosas en conjunto—en nociones abstractas cuya conexión con las personas que hacen cosas juntas es muy tenue. Lo que suele suceder entonces es que perdemos interés en las cosas mundanas que la gente realmente hace, pasamos a ignorar lo que vemos porque no es abstracto y salimos a la caza de "fuerzas" y "condiciones" invisibles que hemos llegado a considerar como lo más importante de la sociología.

Los sociólogos novatos suelen tener grandes dificultades para realizar investigación de campo, pues en el accionar humano que ven a su alrededor no reconocen la sociología que han leído en los libros. Pasan ocho horas observando una fábrica o una escuela, y vuelven con dos páginas de notas y la explicación de que "no había pasado gran cosa". Con eso quieren decir que no observaron instancias de anomia o estratificación o burocracia o ninguno de los otros tópicos más convencionales de la sociología. No entienden que inventamos esos términos para poder estudiar adecuadamente una cantidad de situaciones en las que las personas hacen cosas juntas, que a los fines analíticos decidimos que se parecían lo suficiente en ciertos aspectos específicos como para ser estudiadas como un mismo fenómeno. Por hacer caso omiso al sentido común, los novatos ignoran lo que sucede a su alrededor. Como no pueden registrar en sus notas los detalles de la vida cotidiana, no pueden utilizarlos para estudiar abstracciones como la anomia, u otras que ellos mismos puedan construir. Un importante problema metodológico radica en sistematizar el procedimiento por el cual nos movemos de una apreciación del detalle etnográfico a conceptos útiles para abordar cuestiones con las que ya llegamos a esa investigación u otras de las que acabamos de percatarnos.

A la inversa, las personas estudiadas por los sociólogos suelen tener problemas para reconocerse a sí mismos o reconocer sus acciones en los informes sociológicos que se escriben sobre ellos. Eso debería preocuparnos más de lo que nos preocupa. No debemos esperar que los legos hagan el análisis por nosotros, pero a la hora de describir o hacer presunciones sobre sus acciones tampoco deberíamos ignorar aquellos factores que ellos suelen tener en cuenta. Muchos teóricos de la desviación postulan, implícita o explícitamente, que debajo de la comisión de un acto potencialmente violatorio de la norma subyace un conjunto de características específicas, aunque esa teoría se base en datos (como por ejemplo, registros oficiales) que no se refieren al asunto. Pensemos en las descripciones del estado mental del actor del hecho que encontramos en las teorizaciones sobre la anomia, desde Durkheim, pasando por Merton, hasta Cloward y Ohlin. Si las perso-

nas estudiadas no pueden reconocerse a sí mismas en esas descripciones sin ser entrenadas para ello, deberíamos tener cuidado.

Y no es sólo la descripción de su propio estado mental lo que los actores no pueden reconocer. Por lo general tampoco reconocen las acciones en las que supuestamente están involucrados, pues el sociólogo no ha observado sus actividades con detenimiento, o al hacerlo no ha prestado atención a los detalles.

Esa omisión acarrea graves consecuencias. Nos impide incorporar a nuestro marco teórico las contingencias reales del hecho para poder dar cuenta de las restricciones y posibilidades que la situación presentaba. Podemos encontrarnos teorizando acerca de actividades que, en los hechos, nunca suceden de la manera en que nosotros lo imaginamos.

Si miramos de cerca lo que estamos observando muy probablemente veremos de inmediato los temas que ocupan la atención de la teoría de la interacción. Veremos que las personas que participan en actividades que convencionalmente son consideradas desviadas no lo hacen movidas por fuerzas misteriosas e incognoscibles: comprobaremos que hacen lo que hacen por razones bastante parecidas a las que sirven para justificar actividades más comunes. Veremos que las normas sociales, lejos de ser fijas e inmutables, son reconstruidas permanentemente y en cada situación en particular para adecuarse a la conveniencia, la voluntad y la posición de poder de los diversos involucrados. Veremos que las actividades consideradas desviadas muchas veces necesitan de complejas redes de cooperación que muy difícilmente podrían mantener personas con habilidades mentales reducidas. La teoría de la interacción bien podría ser la consecuencia inevitable del sometimiento de nuestras teorías de la desviación a los resultados de la observación directa y cercana de las cosas que se proponen explicar.

En la medida en que tanto el sentido común como la ciencia nos conminan a observar de cerca antes de comenzar a teorizar, el acatamiento de esas directivas resulta en una teoría compleja que toma en cuenta las acciones y reacciones de todos los involucrados en un episodio de desviación de la norma. Y en lugar de presumirlos, deja a la verificación empírica la tarea de investigar si los supuestos hechos realmente ocurrieron, y si los reportes oficiales

son exactos y hasta qué punto lo son. En consecuencia (y esto representa un gran escollo para los métodos más antiguos de abordaje de la desviación), surgen enormes dudas acerca de la utilidad real de las estadísticas e informes oficiales que los investigadores están acostumbrados a utilizar. No me detendré aquí a repetir las críticas más importantes que se han hecho a los informes oficiales, ni la defensa que se ha hecho de ellos, ni de los nuevos usos que se ha sugerido que podrían tener, sino que me limitaré a señalar que la observación cercana del accionar conjunto de las personas nos ha hecho conscientes de que esos informes también son confeccionados por gente que actúa en conjunto, y deben ser entendidos en ese contexto. (Véanse Kitsuse y Cicourel, 1963; Bittner y Garfinkel, 1967; Cicourel, 1968; Biderman y Reiss, 1967, y Douglas, 1967.)

La conexión entre la teoría interaccionista de la desviación y la confianza en un relevamiento intensivo de campo como uno de los métodos de recolección de datos más confiables no es en absoluto accidental. Por otra parte, también creo que esa conexión no es forzosa. La teoría de la interacción surge de un marco de pensamiento que se toma muy en serio los lugares comunes y no recurre a misteriosas fuerzas invisibles para encontrar explicaciones. Ese marco de pensamiento necesariamente florece cuando uno se hace cargo permanentemente de los detalles complejos de las cuestiones que se propone explicar. Es fácil construir malhechores míticos y dotarlos de todas las cualidades que más convienen a nuestras explicaciones hipotéticas si sólo contamos con los fragmentos de los hechos consignados en las carpetas oficiales o en las respuestas a un cuestionario. Como lo ha sugerido Galtung (1965) en relación con otro asunto, los constructos míticos no tienen defensas contra el ataque de hechos contrarios que resultan de la observación estrecha.

Algunos han señalado que poner demasiado énfasis en la observación de primera mano puede hacer que, sin quererlo, nos limitemos a aquellos grupos y sitios a los que tenemos fácil acceso, impidiéndonos así estudiar a las personas o grupos con poder suficiente como para defenderse de nuestras incursiones. De esa manera, la elección de una técnica observacional puede jugar en

contra de nuestra recomendación de estudiar a todas las partes involucradas en el drama de la desviación, y se perderán algunos de los beneficios del abordaje interaccionista. Podemos salvaguardarnos de este peligro tanto variando nuestros métodos como poniendo más ingenio en la utilización de nuestras técnicas de observación. Mills (1956), entre otros, es una muestra de la variedad de métodos que pueden utilizarse para estudiar a los poderosos, y en especial para el estudio de esos documentos que se hacen públicos inadvertidamente, gracias al trabajo de las distintas agencias gubernamentales o como consecuencia de las frecuentes luchas que se suscitan entre ellos y que, cuando así sucede, nos proporcionan información. Podemos asimismo utilizar tácticas de ingreso discretas o de acceso accidental (Becker y Mack, 1971) para reunir datos por observación directa. (Los problemas relevantes del acceso y el muestreo son analizados en numerosos artículos incluidos en Habenstein, 1970.)

Los sociólogos han sido por lo general reacios a mirar de cerca lo que tienen frente a sus propias narices, tal y como recomiendo en estas páginas. Esa reticencia fue particularmente virulenta en el ámbito de los estudios sobre la desviación. Sobreponerse a ella ha redundado en ganancias para los estudios de la desviación semejantes a las que han provocado cambios similares en el ámbito de los estudios industriales, educacionales y comunitarios. También profundizó la complejidad moral de nuestras teorías e investigaciones, problemas de los que paso a ocuparme a continuación.

PROBLEMAS MORALES

En toda investigación sociológica surgen problemas morales, pero en las teorías interaccionistas de la desviación se plantean de manera especialmente desafiante. Las críticas morales provienen de la política de centro y de más allá, de la izquierda política y del campo general de la izquierda. Se ha acusado a las teorías interaccionistas de brindar ayuda y consuelo al enemigo, entendiendo

por enemigos a quienes podrían desestabilizar el orden establecido o *establishment*. Han sido acusadas de abrazar abiertamente normas poco convencionales, de rehusarse a apoyar las causas contra el orden establecido y, sobre todo desde la izquierda, de aparentar dar apoyo a las causas contra el orden establecido pero favorecer en realidad el mantenimiento del *statu quo*.

Las teorías interaccionistas serían subversivas. Muchos críticos (no necesariamente conservadores, aunque algunos lo son) creen que las teorías interaccionistas de la desviación atacan abierta o solapadamente la moral convencional, negándose obstinadamente a aceptar lo que esa moral define como desviado o no, y poniendo en duda las presunciones sobre las que basan sus operaciones las instituciones convencionales que deben ocuparse de la desviación. Lemert, por ejemplo, afirma:

En la superficie, la sociología de la desviación parece proponer una forma desapegada y científica de estudiar ciertos tipos de problemas sociales. Sin embargo, su ánimo, tono y elección de temas de estudio revelan una posición fuerte y decididamente crítica respecto de la ideología, los valores y los métodos de las agencias de control social dominadas por el estado. En su forma más extrema, la desviación es descrita como apenas algo más que el resultado de decisiones arbitrarias, fortuitas o tendenciosas, y debe ser entendida como un proceso socio-psicológico por el cual un grupo busca generar las condiciones necesarias para la perpetuación de los valores establecidos y los modos de comportamiento, o para dar más poder a uno de esos grupos. La impresión que deja es que las agencias de control social son descritas y analizadas para exponer sus falencias o sus ocasionales avasallamientos de la "libertad" y los "derechos inalienables". Desde ese punto de vista, la sociología de la desviación es más crítica social que ciencia. No propone nada que facilite o aliente el tipo de decisiones y controles que hacen falta realmente para mantener la cualidad distintiva de nuestra sociedad: la libertad de elección. (Lemert, 1972, p. 24)

Este tipo de crítica estima que la decisión, basada en fuertes principios, de tratar el punto de vista oficial y convencional como cuestiones para estudiar, en lugar de aceptarlas como hechos o verdades evidentes, constituye un ataque malicioso al orden social (Bordua, 1967).

Consideremos una vez más la crítica de que la "teoría del etiquetado" confunde irremediablemente lo que se propone explicar con la explicación misma. Si considera que la desviación es meramente lo que definen como tal quienes reaccionan frente a ella, pero a la vez postula la existencia de algo-desviado-a-lo-que-ellos-reaccionan, entonces la desviación debe ser de alguna manera preexistente a dicha reacción. Algunos críticos no prestan atención a las verdaderas dificultades lógicas que he señalado anteriormente, sino que insisten en que el acto debe contener alguna cualidad que pueda ser vista como desviada, independientemente de la reacción que despierte. Suelen encontrar esa cualidad en la violación de alguna norma acordada y preexistente (por ejemplo, Gibbs, 1966; Álvarez, 1968). Piensan que los teóricos que no admiten que algunos actos son *realmente* desviados, al menos en el sentido de infracción a la norma, son perversos.

Pero los teóricos de la interacción, que no son particularmente perversos, han enfatizado la independencia del acto respecto de la reacción ante él, creando un espacio con cuatro casilleros que combina la comisión o no comisión del acto potencialmente desviado con la reacción que lo define como desviado o la ausencia de ella. Lo que parece haber molestado de este procedimiento a los críticos es que el término "desviación" ha sido por lo tanto aplicado al par de casilleros caracterizados por los actos definidos como desviados, ya se hayan producido o no. Esa elección probablemente refleje la renuencia de los analistas a aceptar la clasificación despectiva de actos potencialmente desviados. Esa renuencia surge del reconocimiento del carácter intrínsecamente situacional de las normas, que existen sólo en el consenso perpetuamente renovado situación concreta tras situación concreta, y no en la persistencia de encarnaciones específicas de ciertos valores básicos (véase el concepto de "orden negociado" en Strauss; Schatzman y otros, 1964).

En todo caso, menos habrían sido las críticas si los interaccionistas llamaran desviada a la comisión de actos potencialmente desviados, sin importar la reacción que provoquen. Muchos de nosotros utilizamos el término con amplitud, para cubrir los tres casos en los que podía estar implicada la desviación: la comisión de una acción potencialmente desviada que no es definida como tal, la definición de la desviación cuando no ha ocurrido o la coexistencia de ambas. Ese descuido de la teoría original debe ser subsanado y merece las críticas, pero lo importante es que ninguna de estas tres da cuenta por sí sola de la historia completa de la desviación, que reside en la interacción de todas las partes involucradas.

Regresando a la crítica más general, el verdadero ataque al orden social es la insistencia en que todas las partes involucradas son objetos dignos de estudio. La definición precedente del ámbito de la desviación como estudio de las personas que supuestamente han violado las reglas respeta ese orden, pero exime de su análisis a los creadores y agentes del cumplimiento de las reglas. Estar exceptuado del análisis significa que las afirmaciones, teorías y declaraciones de alguien no están sujetas al escrutinio crítico (Becker, 1967).

La reticencia interaccionista a aceptar las teorías convencionales ha llevado a actitudes críticas hacia las aseveraciones de la autoridad y moralidad convencionales, y a la hostilidad de sus voceros y defensores hacia los análisis interaccionistas. De esa manera, los agentes de policía aseguran que la mayoría de los policías son honestos, con excepción de las cuatro o cinco manzanas podridas que hay en todo barril. Las investigaciones sociológicas que muestran que el mal comportamiento de la policía es el resultado de imperativos estructurales que forman parte de la organización de la labor policial levantan una barrera de "defensa" de la policía contra los científicos sociales. De la misma manera, la afirmación de que la enfermedad mental es un tema de definición social (por ejemplo, Scheff, 1966) genera la respuesta de que la gente que está en los hospitales psiquiátricos está realmente muy enferma (Gove, 1970a, 1970b), una respuesta que pasa por alto el argumento definicional pero da en el blanco del argumento moral im-

plícito, al sugerir que los psiquiatras, después de todo, saben lo que hacen.

Las teorías interaccionistas serían funcionales al orden establecido. Por las razones recién explicadas, las teorías de la interacción parecen ser (o son) bastante de izquierda. Deliberadamente o no, socavan los modos convencionales del pensamiento y las instituciones establecidas. Sin embargo, la izquierda ha criticado estas teorías, y con objeciones que parecen ser reflejo de posturas más de centro.⁴⁴ Así como a las personas que aprueban las instituciones existentes les disgusta el modo en que las teorías de la interacción cuestionan sus presunciones y su legitimidad, la gente que cree que las instituciones existentes están podridas hasta las raíces se quejan de que los interaccionistas no dicen que esas instituciones están podridas. Ambos se quejan de una postura moral ambigua, y localizan el problema en una desafortunada ideología "libre de valores" que se pretende neutral cuando en realidad abraza una concepción "radical" o "meramente liberal", dependiendo del caso (Mankoff, 1970, y Liazos, 1972).

El problema evidentemente surge de alguna equivocación acerca de la noción "libre de valores". Doy por sentado que todos los científicos sociales aceptan que, dada una pregunta y un método para hallar una respuesta, cualquier científico, sin importar sus valores políticos o de otra naturaleza, debería llegar más o menos a la misma respuesta, una respuesta surgida del recalcitrante mundo de los hechos que está "ahí afuera", sin importar lo que

44 Richard Berk me ha señalado que la dificultad crónica para decidir quién es de izquierda o "radical" conduce a una situación en la que las críticas que estoy analizando, si bien provienen de personas que se identifican a sí mismas o son identificadas por otros como tales, no provienen sin embargo de un análisis marxista de la sociedad, que quizás tendría más derecho a ese rótulo. Berk también me señaló que esa línea crítica puede preguntarse hasta qué punto es posible establecer una continuidad entre el análisis de agrupamientos de clase que abarcan a toda la sociedad, característico de esa tradición de pensamiento, y el estudio intensivo de unidades más reducidas, característico de las teorías interaccionistas de la desviación. Yo creo que esa continuidad existe, pero no estoy en condiciones de argumentar analíticamente el tema.

opinemos de él. Si un sociólogo de izquierda se propone basar su accionar político en los resultados de su propia investigación o la de otros, será mejor que se esfuerce y tenga mucha confianza en lograrlo. De lo contrario, si sus valores le han impedido ver con claridad, sus acciones podrían fracasar.

Esa simple formulación no puede ser objetada. Pero, en alguna medida, todos los científicos sociales erran el blanco, al menos hasta cierto punto, y ese desacierto puede ser consecuencia, de una manera o de otra, de los valores del científico en cuestión. Podemos descontar del censo a los ciudadanos negros por el trabajo extra que implica encontrarlos, dado su estilo de vida. Podemos dejar de investigar la corrupción policial porque no creemos que exista, o porque podría parecernos inapropiado llamar la atención sobre ella si existiese. Podemos pretender que entendemos las protestas políticas examinando la personalidad de los manifestantes, y sugiriendo por lo tanto que las instituciones contra las que protestan no juegan ningún papel en la evolución de sus actos de disidencia. Podemos hacer un trabajo que ayude a las autoridades a lidiar con los alborotadores, como sucedería si descubriéramos correlatos del radicalismo que las autoridades escolares, los empleadores y la policía podrían utilizar para extirpar a los alborotadores potenciales.

Las cuestiones morales se vuelven más imperativas a medida que pasamos de la noción técnica de "libre de valores" a la elección de problemas, modos de plantearlos y usos posibles de los descubrimientos resultantes. Algunas de esas preocupaciones surgen de la incapacidad de la sociología para tomarse en serio a sí misma, para seguir el precepto que casi todas las versiones de nuestra teoría básica contienen pero que quizás se expresa con mayor claridad en la teoría de la interacción: estudiar a todas las partes de una situación dada y sus interrelaciones (Blumer, 1967). Seguir ese precepto nos conduce automáticamente a la corrupción policial allí donde existe y tiene relación con nuestro objeto de estudio. Seguir ese precepto nos permitirá estudiar la protesta social no sólo como si los únicos implicados fueran los manifestantes. De esa manera, una sociología libre de valores que se apegara rigurosamente a sus propios preceptos no molestaría para nada a la izquierda.

El problema del uso que se hace de los hallazgos de la investigación, sin embargo, no es sencillo de responder. Como tampoco un tema que ha asolado a muchas asociaciones de la profesión: las opiniones de los sociólogos sobre cuestiones morales o políticas ¿tienen un valor especial por provenir de profesionales de la sociología? Vemos que, cuando se justifica, pueden alegar su competencia en lo que se refiere a las consecuencias de ciertas políticas. Y comprobamos que los intereses a los que sirven también pueden ser para ellos una fuente de especial preocupación. Pero resulta más difícil sustanciar la afirmación de que, en virtud de su ciencia, los sociólogos posean algún conocimiento especial respecto de cuestiones morales. ¿Por qué? Porque la ciencia, decimos, está libre de valores. Entonces procedemos a hacer enormes distinciones, imposibles de sostener en la práctica, entre el sociólogo como científico y el sociólogo como ciudadano. Pues todos estamos de acuerdo en que el ciudadano-sociólogo no sólo toma posiciones morales, sino que no puede evitar hacerlo.

No podemos sostener estas distinciones en la práctica porque, como Edel (1955) ha señalado, el establecimiento de hechos, la elaboración de teorías científicas y la formulación de juicios éticos no pueden ser separados con tanta nitidez. Como no podemos deducir lógicamente lo que *deberíamos* hacer a partir de las premisas de lo que *es*, los juicios éticos responsables dependen en gran medida de nuestras evaluaciones acerca del modo en que el mundo y sus componentes están contruidos, del modo en que funcionan y de aquello de lo que son capaces. Esas evaluaciones dependen de un buen trabajo científico. Tiñen nuestras decisiones éticas haciéndonos ver la complejidad moral de lo que estudiamos en toda su profundidad, el modo particular en que nuestros compromisos éticos encarnan en una situación dada, la manera en que nuestros contingentes compromisos éticos con valores como la justicia, la salud, la piedad o la razón se cruzan, convergen y entran en conflicto.

Nuestro trabajo refiere continuamente a cuestiones éticas, y es dirigido e informado por nuestras preocupaciones éticas. No queremos que nuestros valores interfieran con nuestra evaluación acerca de la validez de nuestras proposiciones sobre la vida social,

pero no podemos evitar que influyan en nuestra elección de las proposiciones que estudiaremos, o en el uso que decidimos dar a nuestros descubrimientos. Ni debe preocuparnos que así sea. Simultáneamente, nuestros juicios éticos no pueden evitar verse influenciados por el creciente conocimiento científico que les hace frente. La ciencia y la ética se penetran mutuamente.

Tomemos por ejemplo el consumo de marihuana. Nuestro juicio necesariamente cambia cuando nuestra visión del hecho se desplaza desde el cuadro de una entrega desbocada a placeres perversos hasta el de una compulsión psíquica impiadosa destinada a calmar conflictos interiores, tal como proponen la psiquiatría y los datos que ésta suministra. Nuestros juicios cambian nuevamente cuando consideramos el consumo de marihuana como una actividad recreativa relativamente inofensiva cuyas peores consecuencias, sociales e individuales, parecen surgir del modo en que los no consumidores reaccionan ante los consumidores (véase Kaplan, 1970, y Goode, 1970). Aquellos de nosotros preocupados por la maximización de la libertad humana nos concentraremos entonces en la pregunta acerca del daño relativo causado por esa entrega a los placeres, en lugar de su represión. Podemos estudiar el funcionamiento de los sistemas coercitivos, el desarrollo de derechos adquiridos entre los burócratas y personas con iniciativa que los operan, las fuerzas que los desvían de sus propósitos originales, la irrelevancia de sus propósitos originales para la situación y consecuencias del consumo: todo esto en pos del valor de la libertad. Deberemos estar preparados para descubrir que las premisas sobre las que basamos nuestras investigaciones son incorrectas (que, por ejemplo, los sistemas de aplicación de la ley sí funcionan honesta y eficientemente a la hora de lidiar con problemas serios de los individuos y las comunidades), y conduciremos nuestra investigación de modo tal que ese descubrimiento sea posible.

Los sociólogos que partan de otras posiciones éticas podrán investigar las presiones que ejercen los pares, los medios masivos de comunicación y otras fuentes de influencias personales que conducen al consumo de la droga y, por lo tanto, al quebrantamiento del orden social a través de un mecanismo de liberación de las

restricciones morales imperantes. Observarán la forma sutil en que esas presiones fuerzan a las personas a consumir drogas, limitando de esa manera su libertad del modo que tanto miedo causaba a las primeras teorías psicológicas, aunque el mecanismo implicado no fuera el mismo. También estarán listos para descubrir que sus premisas e hipótesis eran erróneas. Los sociólogos que no consideren el asunto en absoluto estarán poniendo en evidencia su creencia de que es moralmente apropiado ignorarlo.

Los críticos abren fuego sobre las teorías interaccionistas de la desviación cuando este complejo cuadro de relaciones entre investigación científica y juicio ético les resulta demasiado sutil e insuficientemente explícito. Así como los críticos de centro se quejan de la perversa reticencia de la teoría de la interacción a aceptar que la violación, el robo y el asesinato son *realmente* actos desviados, del mismo modo los críticos de izquierda argumentan que se niega a reconocer que la opresión de clase, la discriminación racial y el imperialismo son *realmente* desviados, o que la injusticia y la pobreza son *realmente* problemas sociales, sin importar cómo uno los defina (Mankoff, 1968).⁴⁵ Ambas posturas pretenden que sus preconceptos éticos sean incorporados a la investigación científica bajo la forma de aseveraciones fácticas no comprobadas que descansan en el uso implícito de juicios éticos que tienen un alto grado de consenso.

45 La siguiente afirmación encarna estos argumentos con toda claridad: "¿Pero no es acaso también un *hecho social*, aunque pocos de nosotros le prestemos atención, que la economía corporativa mata y mutila mucho más, y de manera más salvaje, que ninguna violencia cometida por los pobres (sujetos habituales de los estudios sobre la violencia)? ¿En razón de qué la 'violencia' de los pobres en los guetos merece más atención de nuestra parte que los campos de entrenamiento militares que anestesian a los reclutas ante los horrores de matar al 'enemigo' ('Derechos humanos orientales', como nos dijeron durante el juicio de Calley)? Pero como sobre estos actos no pesa la etiqueta de 'desviados', pues cuentan con el encubrimiento de la institucionalidad y la normalidad, sus rasgos 'desviados' son pasados por alto y no forman parte del territorio de estudios de la sociología de la desviación. A pesar de sus mejores intenciones liberales, estos sociólogos parecen perpetuar las mismas nociones que pretenden desbancar, y otras muchas de las que no son conscientes" (Liazos, 1972, pp. 110-111).

De esa manera, si digo que la violación es *realmente* desviada o que el imperialismo es *realmente* un problema social, también estoy diciendo que esos fenómenos tienen ciertas características empíricas que, según acordaremos todos, los hacen reprochables. Podríamos llegar a esa conclusión gracias a nuestras investigaciones, pero se nos pide que lo aceptemos por definición. Definir algo como desviado o como problema social vuelve innecesaria la demostración empírica y nos protege del descubrimiento de que nuestros preconceptos son erróneos (cuando el mundo no es como lo imaginamos). Cuando protegemos nuestros juicios éticos de su comprobación empírica cristalizándolos en definiciones, caemos en el error del sentimentalismo.⁴⁶

Los científicos muchas veces quieren que parezca que algunas complejas combinaciones de teorías sociológicas, evidencias científicas y juicios éticos no son más que una simple cuestión de definiciones. Los científicos comprometidos fuertemente con ciertos valores (de cualquier color político o moral) parecen ser los más interesados en que así sea. ¿Por qué la gente quiere disfrazar de ciencia sus valores morales? Lo más probable es que sepan o intuyan la ventaja retórica contemporánea que implica no tener que admitir que lo que uno está haciendo es "sólo un juicio moral" y pretendan entonces que se trata de un hallazgo científico. Todas las partes implicadas en una controversia social o moral de envergadura intentarán alzarse con esa ventaja para presentar sus posiciones morales como axiomas que puedan pasar a formar parte de los presupuestos de su teoría, investigaciones y dogmas políticos, sin ser cuestionados. Sugiero a la izquierda, que cuenta con mi simpatía, que ataquemos la injusticia y la opresión directa y frontalmente, en lugar de pretender que la conclusión de que

46 Al menos uno de los críticos (Gouldner, 1968) ha malinterpretado mi cuestionamiento al sentimentalismo como temor a la emoción. La definición consignada en "Whose side are we now?" deja en claro el verdadero significado que para mí tiene: "Somos sentimentales, especialmente, cuando preferimos no saber lo que realmente está sucediendo, como si saberlo significase traicionar alguna simpatía que ni siquiera somos conscientes de que existe" (Becker, 1967, p. 245).

son cosas malas sea deducible de los principios básicos de la sociología, o que esté garantizada por hallazgos científicos solamente.

Nuestros principios éticos y nuestros juicios, si bien tienen un papel en nuestro trabajo científico, deberían cumplir un rol diferente en cada una de las diversas actividades que constituyen la labor del sociólogo. Cuando ponemos a prueba nuestras hipótesis y proposiciones con evidencias empíricas tratamos de minimizar su influencia, temiendo que nuestro razonamiento tendencioso tñña nuestras conclusiones. Además de las consideraciones prácticas, como nuestra capacidad para acceder a la información necesaria y la preocupación teórica de si llegaremos a alguna conclusión general importante, cuando elegimos los temas de estudio también tomamos en cuenta las consecuencias que pueden tener nuestros descubrimientos para los problemas éticos que nos preocupan. Queremos descubrir si nuestros juicios iniciales eran correctos, qué posibilidades de acción se abren para nosotros y los otros actores en esa situación, y cuánto bien puede hacer el conocimiento que esperamos reunir. Cuando decidimos el curso de acción que seguiremos en base a nuestros hallazgos, y cuando decidimos a quién debemos brindar nuestro conocimiento, los compromisos éticos dominan claramente nuestras elecciones, pero seguimos aspirando a que nuestras afirmaciones sobre las consecuencias del hecho en cuestión sean acertadas. Finalmente, a veces empezamos por lo que queremos hacer y las personas a las que queremos ayudar para, en función de eso, elegir nuestros temas y métodos de estudio.

Las críticas de la izquierda. Algunos críticos (por ejemplo, Gouldner, 1968) han argumentado que la teoría interaccionista de la desviación, aunque aparentemente contraria al orden establecido, de hecho es funcional al *establishment*, pues ataca a los funcionarios de menor rango de las instituciones coercitivas y deja ilesos a los altos funcionarios responsables de la opresión, ayudándolos incluso a llamar su atención sobre los subordinados díscolos.

El estado actual del conocimiento sólo nos permite responder esa pregunta con especulaciones. No hay evidencia que sustente esa crítica, ni es fácil encontrar evidencia que la refute. Esa crítica apunta a la intención moral general de la teoría de la interacción, así como

a cuestiones fácticas acerca de las consecuencias de la investigación y la teorización, y puede ser desafiada con trabajo de campo.

Las teorías interaccionistas de la desviación, así como la teoría de la interacción en general, prestan atención al modo en que los actores sociales se definen unos a otros y definen su entorno. Prestan especial atención a las diferencias de poder a la hora de definir, al modo en que un grupo logra ese poder y hace uso de él para definir el modo en que otros grupos serán vistos, comprendidos y tratados. Las elites, las clases gobernantes, los jefes, los adultos, los varones, los caucásicos —los grupos de mayor poder en general— conservan el poder tanto a través del control del modo en que la gente define el mundo, sus elementos y sus posibilidades, como a través de formas más primitivas de control social. Pueden utilizar medios más primitivos para establecer su hegemonía, pero el control basado en la manipulación de las definiciones y las etiquetas funciona mejor y cuesta menos: la gente con poder lo prefiere. El ataque a la jerarquía debe comenzar con un ataque a las definiciones, etiquetas y nociones convencionales de quién es quién y qué es qué.

La historia nos ha empujado cada vez más en dirección a los modos de control disfrazados que se basan en la regulación de las definiciones y etiquetas que se les aplican a las personas. Ejercemos el control acusando a la gente de actos desviados de todo tipo. En los Estados Unidos, se condena a los disidentes políticos por usar drogas ilegales. Casi todos los estados modernos se sirven de diagnósticos, instituciones y personal psiquiátrico para confinar a especímenes políticamente conflictivos tan variados como Ezra Pound o Zhores A. Medvedev (Szasz, 1965). Cuando estudiamos el modo en que los cruzados morales hacen las reglas y cómo las aplican en cada caso en particular los encargados de hacerlas cumplir, estamos estudiando el modo en que los poderosos conservan su lugar. Para decirlo de otra manera, estudiamos algunas formas de la opresión, y los medios por los cuales la opresión alcanza el estatus de algo “normal”, “cotidiano” y legítimo.

La mayor parte de la investigación de tipo interaccionista de la desviación se ha concentrado en los participantes inmediatos del drama localizado: quienes se involucran en diversas formas de vi-

cios y delitos, y aquellos con quienes se topan en sus actividades diarias. Nos hemos concentrado más en los agentes de policía, asistentes de instituciones psiquiátricas, personal penitenciario o psiquiatras que en sus superiores o los superiores de sus superiores. (Hay excepciones: el estudio de Messinger sobre la administración carcelaria [1969]; el estudio de Dalton sobre los ejecutivos industriales [1959]; la aplicación de la teoría de la desviación al estudio de la protesta política en los Estados Unidos de Skolnick [1969].)

Pero ocuparse de las autoridades de menor rango no es ni excluyente ni inevitable: en sus efectos reales, cuestiona a las autoridades de mayor rango responsables del accionar de sus subordinados, ya sea que hayan ordenado esas acciones explícitamente, ya sea que las hayan ordenado mediante un lenguaje alusivo para poder negarlo llegado el caso, o ya sea que simplemente permitieron que ocurrieran por incompetencia o descuido. Si las acciones son reprochables, entonces las altas autoridades, de una manera o de otra, comparten la culpa. Si bien ningún general fue llevado a juicio por la matanza de My Lai, esos sucesos disolvieron la fe que muchos tenían en la rectitud moral del accionar militar en Vietnam y en sus responsables de más alto nivel. Del mismo modo, cuando comprendemos cómo los psiquiatras escolares operan como agentes de las autoridades escolares en lugar de operar en beneficio de sus pacientes (Szasz, 1967), perdemos la poca o mucha fe que podíamos tener en las instituciones de la psiquiatría convencional. La velocidad con que los voceros oficiales de los más altos niveles se mueven para contrarrestar los análisis de corrupción, incompetencia o injusticia, incluso en los niveles institucionales más bajos, debería dejarnos en claro hasta qué punto esos análisis atacan al mismo tiempo a las instituciones y a sus agentes, y a los superiores al igual que a sus subordinados. Esas investigaciones tienen un impacto moral aún mayor cuando nos permiten inspeccionar las prácticas de una institución a la luz de sus autoproclamados objetivos y la descripción que ella misma hace de su misión. Por ese motivo, cuando produce algo que puede ser interpretado como una evaluación del modo de operar de una sociedad o alguna de sus partes, nuestro trabajo tiene invariablemente un sesgo crítico.

CONCLUSIÓN

El abordaje interaccionista de la desviación ha servido no sólo para clarificar los fenómenos que habían sido convencionalmente estudiados bajo ese rubro, sino también para complejizar nuestra visión moral de ellos. Este abordaje se propone la doble tarea de clarificar y complejizar, concientizando a los sociólogos de que deben incluir un espectro más amplio de personas en el estudio del fenómeno de la desviación, y sensibilizándonos acerca de la importancia de un rango más variado de hechos. Estudiamos a todos los que intervienen en estos dramas morales, acusados y acusadores, y no exceptuamos de nuestras investigaciones profesionales a nadie, sin importar cuán respetable o encumbrado sea. Observamos con atención las actividades reales en cuestión, intentando comprender las contingencias que la acción tiene para todos los implicados. Respetando la versión del sentido común que enfoca nuestra atención tanto en lo que podemos ver a simple vista como en aquellos intereses y eventos que exigen un método de recolección y análisis de datos más sutil, no aceptamos que se invoque la participación de fuerzas misteriosas e invisibles en el drama de la desviación.

En un segundo plano, el acercamiento interaccionista muestra a los sociólogos que uno de los elementos principales de todos los aspectos del drama de la desviación es la imposición de definiciones —de situaciones, acciones y personas— a manos de quienes ostentan suficiente poder o legitimidad como para hacerlo. Una comprensión plena del asunto exige un estudio exhaustivo de esas definiciones, de su proceso de desarrollo y del modo en que se convierten en algo legítimo que se da por sentado.

En las circunstancias actuales, ambos niveles de análisis confieren al abordaje interaccionista un carácter radical. Al transformar a los cruzados de la moral (así como a aquellos que buscan el control) en objetos de su estudio, el análisis interaccionista socava la jerarquía de credibilidad de la sociedad convencional. Cuestiona el monopolio de la verdad y de la "historia completa" a manos de quienes ostentan poder y autoridad. Nos indica que debemos descubrir por nosotros mismos la verdad acerca de los así llamados

fenómenos desviados, en lugar de confiar en informes y reportes oficiales que deberían bastarle a cualquier buen ciudadano. El análisis interaccionista relativiza las definiciones de la desviación hechas por la gente respetable y las autoridades constituidas, considerándolas materia prima para ser analizada por las ciencias sociales y no manifestaciones incuestionables de verdades morales.

Los análisis interaccionistas del fenómeno de la desviación son también radicales, finalmente, porque son etiquetados como tales por las autoridades convencionales. Cuando las autoridades, ya sean políticas o de otro tipo, extraen su poder de la confusión y la mistificación, una ciencia que deja las cosas en claro se convierte en un inevitable ataque a los cimientos de ese poder. Las autoridades e instituciones que caen bajo la lupa de la teoría de la interacción acusan a los investigadores de ser "tendenciosos", de no ser capaces de aceptar los valores tradicionales y la sabiduría popular y de querer destruir el orden público.⁴⁷

Las consecuencias del análisis interaccionista complejizan nuestra posición moral en tanto científicos, pues nos muestran lo que realmente sucede en ámbitos como los tribunales, los hospitales, las escuelas y las cárceles. Hacen que las implicancias morales de nuestro trabajo sean imposibles de ignorar. Aun si quisiéramos ignorarlas, las mismas autoridades que se sienten atacadas destruirían esa ilusión de ciencia neutral, acusándonos de ser los responsables de esas implicancias, como de hecho lo somos.

La discusión de los recientes avances de la teoría de la desviación es el puntapié inicial para considerar la importancia moral de la sociología contemporánea. Podemos hacer grandes avances en ese punto tan enredado si examinamos de modo similar otros campos de estudio de la sociología, como las instituciones educativas, los servicios de salud, el ejército, la industria y los negocios. En *todos* aquellos ámbitos, en definitiva, en los que la investigación sociológica sirva para clarificar el accionar de las personas y las instituciones, influyendo así en la evaluación moral que hacemos de ellas.

47 Para una discusión más pormenorizada del carácter radical de la sociología, véase Becker y Horowitz, 1972.

Referencias bibliográficas

- Adams, Roger, 1942. "Marihuana", *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, XVIII (noviembre), pp. 705-730.
- Akers, Ronald L., 1968. "Problems in the Sociology of Deviance: Social Definitions and Behaviour", *Social Forces*, 46 (junio), pp. 455-465.
- Álvarez, Rodolfo, 1968. "Informal Reactions to Deviance in Simulated Work Organizations: A Laboratory Experiment", *American Sociological Review*, 33 (diciembre), pp. 895-912.
- Anslinger, Harry J. y Cooper, Ryley Courtney, 1937. "Marihuana: Assassin of Youth", *American Magazine*, CXXIV (julio).
- y Tompkins, William F., 1953. *The Traffic in Narcotics*, Nueva York, Funk and Wagnalls Co.
- Becker, Howard S., 1960. "Notes on the Concept of Commitment", *American Journal of Sociology*, LXVI (julio), pp. 32-40.
- , 1961. "The Implications of Research on Occupational Careers for a Model of Household Decision-Making", en Foote, Nelson N. (comp.), *Household Decision Making*, Nueva York, New York University Press, pp. 239-254.
- , 1963. *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- , 1967. "Whose Side Are We On?", *Social Problems*, 14 (invierno), pp. 239-247.
- ; Geer, Blanche; Hugues, Everett C. y Strauss, Anselm L., 1961. *Boys in White: Student Culture in Medical School*, Chicago, University of Chicago Press.

- y Horowitz, Irving Louis, 1972. "Radical Politics and Sociological Research: Observations on Methodology and Ideology", *American Journal of Sociology*, 78 (julio), pp. 48-66.
- y Mack, Raymond W., 1971. "Unobtrusive Entry and Accidental Access to Field Data". Texto presentado en la conferencia "Methodological Problems in Comparative Sociological Research", Institute of Comparative Sociology, Universidad de Indiana.
- y Strauss, Anselm L., 1956. "Careers, Personality, and Adult Socialization", *American Journal of Sociology*, LXII (noviembre), pp. 253-263.

Biderman, Albert D. y Reiss, Albert J., Jr., 1967. "On Exploring the Dark Figure", *The Annals*, 374 (noviembre), pp. 1-15.

Bittner, Egon y Garfinkel, Harold, 1967. "'Good' Organization Reasons for 'Bad' Clinic Records", en Garfinkel, Harold, *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall. [Ed. cast.: *Estudios en etnometodología*, Barcelona, Anthropos, 2006.]

Blumer, Herbert, 1962. "Society as Symbolic Interaction", en Rose, Arnold M. (comp.), *Human Behaviour and Social Processes: An Interactionist Approach*, Boston, Houghton Mifflin Company.

- , 1966. "Sociological Implications of the Thought of George Herbert Mead", *American Journal of Sociology*, 71 (marzo), pp. 535-544.
- , 1967. "Threats from Agency-Determined Research: The Case of Camelot", en Horowitz, Irving L. (comp.), *The Rise and Fall of Project Camelot*, Cambridge, M.I.T. Press, pp. 153-174.
- , 1969. "The Methodological Position of Symbolic Interactionism", en *Symbolic Interactionism*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall, pp. 1-60. [Ed. cast.: *Interaccionismo simbólico*, Barcelona, Hora, 1982.]

Bordua, David J., 1961. "Delinquent Subcultures: Sociological Interpretations of Gang Delinquency", *The Annals of the*

- American Academy of Political and Social Science*, 338 (noviembre), pp. 119-136.
- , 1967. "Recent Trends: Deviant Behavior and Social Control", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 369 (enero), pp. 149-163.
- Bromberg, Walter, 1939. "Marihuana: A Psychiatric Study", *Journal of the American Medical Association*, CXIII, 1° de julio, pp. 4-12.
- Brotz, Howard, 1961. "Functionalism and Dynamic Analysis", *European Journal of Sociology*, II, pp. 170-179.
- Cameron, William Bruce, 1954. "Sociological Notes on the Jam Session", *Social Forces*, XXXIII (diciembre), pp. 177-182.
- Carper, James W. y Becker, Howard S., 1957. "Adjustments to Conflicting Expectations in the Development of Identification with Occupation", *Social Forces*, 36 (octubre), pp. 51-56.
- Charen, Sol y Perelman, Luis, 1946. "Personality Studies of Marihuana Addicts", *American Journal of Psychiatry*, CII (marzo), pp. 674-682.
- Cicourel, Aaron, 1968. *The Social Organization of Juvenile Justice*, Nueva York, John Wiley and Sons.
- Cloward, Richard A. y Ohlin, Lloyd E., 1960. *Delinquency and Opportunity: A Theory of Delinquent Gangs*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- Cohen, Albert K., 1955. *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- , 1965. "The Sociology of the Deviant Act: Anomie Theory and Beyond", *American Sociological Review*, 30 (febrero), pp. 5-14.
- , 1966. *Deviance and Control*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall.
- , 1968. "Deviant Behavior", en *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 4, pp. 148-155.

- y Short, James F., Jr., 1961. "Juvenile Delinquency", en Merton, Robert K., y Nisbet, Robert A. (comps.), *Contemporary Social Problems*, Nueva York, Harcourt, Brace and World.

- Cohen, Stanley (comp.), 1967. *Images of Deviance*, Baltimore, Penguin Books.

- Cole, Stephen, 1975. "The Growth of Scientific Knowledge: Theories of Deviance as a Case Study", en Coser, Lewis (comp.), *The Idea of Social Structure: Papers in Honor of Robert K. Merton*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, pp. 175-220.

- Cressey, Donald R., 1951. "Criminological Research and the Definition of Crimes", *American Journal of Sociology*, LVI (mayo), pp. 546-551.
- , 1962. "Role Theory, Differential Association, and Compulsive Crimes", en Rose, Arnold M. (comp.), *Human Behaviour and Social Processes: An Interactionist Approach*, Boston, Houghton Mifflin Co., pp. 444-467.

- D'Agostino, Guido, 1940. *Olives on the Apple Tree*, Nueva York, Doubleday.

- Dalton, Melville, 1951. "Informal Factors in Career Achievement", *American Journal of Sociology*, LVI (marzo), pp. 407-415.
- , 1959. *Men Who Manage: Fusions of Feeling and Theory in Administration*, Nueva York, John Wiley and Sons.

- Davis, Floyd James, 1952. "Crime News in Colorado Newspapers", *American Journal of Sociology*, LVII (enero), pp. 325-330.

- Douglas, Jack D., 1967. *The Social Meaning of Suicide*, Princeton, Princeton University Press.
- , 1970. "Deviance and Responsibility: The Social Construction of Moral Meanings", en Douglas, Jack D. (comp.), *Deviance and Respectability*, Nueva York, Basic Books, Inc.

- Edel, Abraham, 1955. *Ethical Judgment: The Uses of Science in Ethics*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- Erikson, Kai T., 1966. *Wayward Puritans*, Nueva York, John Wiley and Sons.
- Fuller, Richard C. y Meyers, Richard R., 1941. "Some Aspects of a Theory of Social Problems", *American Sociological Review*, 6 (febrero), pp. 24-32.
- Galtung, Johan, 1965. "Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1 (marzo).
- Garfinkel, Harold, 1949. "Research Notes on Inter and Intra-Racial Homicides", *Social Forces*, 27 (marzo), pp. 369-381.
- , 1967. *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall.
- Gaskill, Herbert S., 1945. "Marihuana, an Intoxicant", *American Journal of Psychiatry*, CII (septiembre), pp. 202-204.
- Gibbs, Jack P., 1966. "Conceptions of Deviant Behavior: The Old and the New", *Pacific Sociological Review*, 9 (primavera), pp. 9-14.
- Goffman, Erving, 1961a. *Asylums*, Garden City, Doubleday. [Ed. cast.: *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007.]
- , 1961b. *Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction*, Indianápolis, The Bobbs-Merril Co.
- Gold, Ray, 1952. "Janitors Versus Tenants: A Status-Income Dilemma", *American Journal of Sociology*, LVII (marzo), pp. 486-493.
- Goode, Erich, 1970. *The Marihuana Smokers*, Nueva York, Basic Books, Inc.
- Gouldner, Alvin W., 1954. *Wildcat Strike*, Yellow Spring, Ohio, Antioch Press.

- , 1968. "The Sociologist as Partisan: Sociology and the Welfare State", *The American Sociologist*, 3 (mayo), pp. 103-116.
- Gove, Walter, 1970a. "Societal Reaction as an Explanation of Mental Illness: An Evaluation", *American Sociological Review*, 35 (octubre), pp. 873-884.
- , 1970b. "Who Is Hospitalized: A Critical Review of Some Sociological Studies of Mental Illness", *Journal of Health and Social Behavior*, 11 (diciembre), pp. 294-303.
- Gusfield, Joseph R., 1955. "Social Structure and Moral Reform: A Study of the Woman's Christian Temperance Union", *American Journal of Sociology*, LXI (noviembre).
- , 1963. *Symbolic Crusade*, Urbana, University of Illinois Press.
- Haas, Mary R., 1951. "Interlingual Word Taboos", *American Anthropologist*, 53 (julio-septiembre), pp. 338-344.
- Habenstein, Robert W. (comp.), 1970. *Pathways to Data: Field Methods for Studying Ongoing Social Organizations*, Chicago, Aldine Publishing Co.
- Hall, Oswald, 1948. "The Stages of a Medical Career", *American Journal of Sociology*, LIII (marzo).
- Hooker, Evelyn, 1956. "A Preliminary Analysis of Group Behaviour of Homosexuals", *The Journal of Psychology*, 42, pp. 217-225.
- Horowitz, Irving Louis y Liebowitz, Martin, 1968. "Social Deviance and Political Marginality: Toward a Redefinition of the Relation between Sociology and Politics", *Social Problems*, 15 (invierno), pp. 280-296.
- Humphreys, Laud, 1970. *Tearoom Trade*, Chicago, Aldine Publishing Co.
- Hughes, Everett C., 1937. "Institutional Office and the Person", *American Journal of Sociology*, XLIII (noviembre), pp. 409-410.

- , 1943. *French Canada in Transition*, Chicago, University of Chicago Press.
- , 1945. "Dilemmas and Contradictions of Status", *American Journal of Sociology*, L (marzo), pp. 353-359.
- , 1958. *Men and Their Work*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- , 1961. *Students' Culture and Perspectives: Lectures on Medical and General Education*, Lawrence, Kansas, University of Kansas Law School.
- Kaplan, John, 1970. *Marihuana: The New Prohibition*, Nueva York, World Publishing Co.
- Katz, Jack, 1972. "Deviance Charisma and Rule-Defined Behavior", *Social Problems*, 20 (invierno), pp. 186-202.
- Kilpatrick, James Jackson, 1960. *The Smut Peddlers*, Nueva York, Doubleday.
- Kitsuse, John I., 1962. "Societal Reaction to Deviant Behavior: Problems of Theory and Method", *Social Problems*, 9 (invierno), pp. 247-256.
- y Cicourel, Aaron V., 1963. "A Note on the Uses of Official Statistics", *Social Problems*, 11 (otoño), pp. 131-139.
- Kolb, Lawrence, 1938. "Marihuana", *Federal Probation*, II (julio), pp. 22-25.
- Krout, John, 1928. *The Origins of Prohibition*, Nueva York, Columbia University Press.
- Kuhn, Thomas, 1970. *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press. [Ed. cast: *La estructura de las revoluciones científicas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.]
- Lastrucci, Carlo L., 1941. "The Professional Dance Musician", *Journal of Musicology*, III (invierno), pp. 168-172.
- Lemert, Edwin M., 1951. *Social Pathology. A Systematic Approach to the Theory of Sociopathic Behavior*, Nueva York, McGraw-Hill.

- , 1972 [2ª edición]. *Human Deviance, Social Problems and Social Control*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall.
- Lewis, Oscar, 1953. *Sagebrush Casinos: The Story of Legal Gambling in Nevada*, Nueva York, Doubleday and Co.
- Leznoff, Maurice y Westley, William A., 1956. "The Homosexual Community", *Social Problems*, 4 (abril), pp. 257-263.
- Liazos, Alexander, 1972. "The Poverty of the Sociology of Deviance: Nuts, Sluts, and Preverts", *Social problems*, 20 (invierno), pp. 103-120.
- Lindesmith, Alfred R., 1947. *Opiate Addiction*, Bloomington, Indiana, Principia Press.
- , 1968. *Addiction and Opiates*, Chicago, Aldine Publishing Co.
- Lorber, Judith, 1967. "Deviance and Performance: The Case of Illness", *Social Problems*, 14 (invierno), pp. 302-310.
- Malinowski, Bronislaw, 1926. *Crime and Custom in Savage Society*, Nueva York, Humanities Press. [Ed. cast.: *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1986.]
- Mankoff, Milton, 1968. "On Alienation, Structural Strain and Deviancy", *Social Problems*, 16 (verano), pp. 114-116.
- , 1970. "Power in Advanced Capitalist Society", *Social Problems*, 17 (invierno), pp. 418-430.
- Marcovitz, Eli y Meyers, Henry J., 1944. "The Marihuana Addict in the Army", *War Medicine*, VI (diciembre), pp. 382-391.
- Matza, David, 1961. "Subterranean Traditions of Youth", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 338 (noviembre), pp. 116-118.
- , 1969. *Becoming Deviant*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice-Hall. [Ed. cast.: *Desviarse. El proceso de desviación*, Madrid, Alfaguara, 1979.]

- McCarthy, Raymond G. (comp.), 1959. *Drinking and Intoxication*, New Haven y Nueva York, Yale Center of Alcohol Studies and The Free Press of Glencoe.
- Mead, George H., 1934. *Mind, Self and Society*, Chicago, University of Chicago Press. [Ed. cast.: *Espíritu, persona y sociedad*, Barcelona, Paidós, 1982.]
- Merriam, Alan P. y Mack, Raymond W., 1960. "The Jazz Community", *Social Forces*, XXXVIII (marzo), pp. 211-222.
- Merton, Robert K., 1957. *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- , 1961. "Social Problems and Sociological Theory", en Merton, Robert K. y Nisbet, Robert A. (comps.), *Contemporary Social Problems*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, pp. 697-737.
- Messinger, Sheldon, 1955. "Organizational Transformation: A Case Study of a Declining Social Movement", *American Sociological Review*, XX (febrero), pp. 3-10.
- , 1969. *Strategies of Control* (disertación de doctorado, University of California, Los Ángeles).
- Mills, Wright C., 1942. "The Professional Ideology of Social Pathologists", *American Journal of Sociology*, XLIX (septiembre), pp. 165-180.
- , 1956. *The Power Elite*, Nueva York, Oxford University Press.
- Parsons, Talcott, 1951. *The Social System*, Nueva York, The Free Press of Glencoe. [Ed. cast.: *El sistema social*, Madrid, Alianza, 1988.]
- Ray, Marsh, 1961. "The Cycle of Abstinence and Relapse among Heroin Addicts", *Social Problems*, 9 (otoño), pp. 132-140.
- Redfield, Robert, 1941. *The Folk Culture of Yucatan*, Chicago, University of Chicago Press.
- Reiss, Albert J., Jr., 1961. "The Social Integration of Queers and Peers", *Social Problems*, 9 (otoño), pp. 102-120.

- Rose, Arnold M. y Prell, Arthur E., 1955. "Does the Punishment Fit the Crime? A Study in Social Valuation", *American Journal of Sociology*, LXI (noviembre), pp. 247-259.
- Ross, Hugh Lawrence, 1959. "The 'Husler' in Chicago", *The Journal of Student Research*, 1 (septiembre).
- Roy, Donald, 1952. "Quota Restriction and Goldricking in a Machine Shop", *American Journal of Sociology*, LVII (marzo), pp. 427-442.
- , 1954. "Efficiency and the 'Fix': Informal Intergroup Relations in a Piecework Machine Shop", *American Journal of Sociology*, 60 (noviembre), pp. 255-266.
- Scheff, Thomas J., 1966. *Being Mentally Ill*, Chicago, Aldine Publishing Co. [Ed. cast.: *El rol del enfermo mental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.]
- Schur, Edwin M., 1969. "Reactions to Deviance: A Critical Assessment", *American Journal of Sociology*, 75 (noviembre), pp. 309-322.
- Selby, Henry. *Not Every Man Is Humble*. Manuscrito inédito.
- Short, James F., Jr. y Strodbeck, Fred L., 1965. *Group Process and Gang Delinquency*, Chicago, University of Chicago Press.
- Skolnick, Jerome, 1969. *The Politics of Protest*, Nueva York, Ballantine Books.
- Stone, Gregory P., 1959. "Clothing and Social Relations: A Study of Appearance in the Context of Community Life" (disertación de doctorado, Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago).
- Strauss, Anselm L.; Schatzman, Leonard; Bucher, Rue; Ehrlich, Danuta y Sabshin, Melvin, 1964. *Psychiatric Ideologies and Institutions*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- Sutherland, Edwin H. (comp.), 1937. *The Professional Thief*, Chicago, University of Chicago Press. [Ed. cast.: *Ladrones profesionales*, Madrid, Endymion, 1999.]

- , 1940. "White Collar Criminality", *American Sociological Review*, V (febrero), pp. 1-12.
- , 1950. "The Diffusion of Sexual Psychopath Laws", *American Journal of Sociology*, LVI (septiembre), pp. 142-148.
- Sykes, Gresham y Matza, David, 1957. "Techniques of Neutralization: A Theory of Delinquency", *American Sociological Review*, 22 (diciembre), pp. 667-669.
- Szasz, Thomas S., 1961. *The Myth of Mental Illness*, Nueva York, Paul B. Hoeber Inc.
- , 1965. *Psychiatric Justice*, Nueva York, Mac-millan.
- , 1967. "The Psychiatrist as Double Agent", *Trans-Action*, 4 (octubre), pp. 15-24.
- Tannenbaum, Frank, 1938. *Crime and the Community*, Nueva York, Ginn and Co.
- Terry, Charles y Pellens, Mildred, 1928. *The Opium Problem*, Nueva York, The Committee on Drug Addiction with the Bureau of Social Hygiene, Inc.
- Thomas, William I. y Thomas, Dorothy Swaine, 1928. *The Child in America: Behavior Problems and Programs*, Nueva York, Knopf.
- Turner, Ralph H., 1953. "The Quest for Universals in Sociological Research", *American Sociological Review*, 18 (diciembre), pp. 604-611.
- Velho, Gilberto, 1976. "Accusations, Family Mobility and Deviant Behavior", *Social Problems*, 23 (febrero), pp. 268-275.
- , 1978. "Stigmatization and Deviance in Copacabana", *Social Problems*, 25 (junio), pp. 526-530.
- Vincent, Clark, 1961. *Unmarried Mothers*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.
- Walton, R. P., 1938. *Marihuana: America's New Drug Problem*, Filadelfia, J. B. Lippincott.
- Westley, William A., 1951. "The Police: A Sociological Study of Law, Custom, and Morality" (disertación de doctorado,

Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago).

-, 1953. "Violence and the Police", *American Journal of Sociology*, LIX (julio).

Winick, Charles, 1961. "Physician Narcotic Addicts", *Social Problems*, 9 (otoño).

Wolff, Kurt H. (trad. y comp.), 1950. *The Sociology of Georg Simmel*, Nueva York, The Free Press of Glencoe.

Índice onomástico

- Adams, Roger, 60
Anslinger, Harry J., 93, 161
"Arreglos", 180
Asociación Médica
 Norteamericana, 54
Asociación Americana de
 Derecho, 54
- Becker, Howard S., 43, 46n, 101,
 124n, 136n, 195, 197, 198, 211,
 214, 220n, 225n
Blumer, Herbert, 189-190, 199, 216
Bordua, David J., 183, 196, 213
Bromberg, Walter, 62
Brotz, Howard, 27n
Burke, Kenneth, 172
- Cameron, William Bruce, 103
Carper, James W., 136n
Carrera, concepto de, 43-44, 123
Champaign-Urbana, Illinois, 106
Charen, Sol, 59, 73
Chicago, Illinois, 104
Cloward, Richard A., 101, 184n,
 208
Cohen, Albert K., 32, 101, 184n,
 197
Colorado, el delito en, 32
Comisión sobre la Marihuana del
 Alcalde de Nueva York, 60-61,
 70n
Comité de Medios y Arbitrios de
 la Cámara de Representantes,
 162
Conducta desviada, 39, 79-80, 123
 tolerada institucionalmente,
 144-146
 justificación de la, 56-58
 motivaciones en la, 44-45, 49-
 50, 59-60, 76
 y compromiso con los códigos
 convencionales, 46-47
 y neutralización de los valores
 convencionales, 47-48
- Conferencia Nacional de
 Comisionados sobre Leyes
 Estatales Uniformes, 158
Consumo de marihuana, 42-43,
 59-98
 e ideología psiquiátrica, 96-98
 niveles de, 80-81
 y la interacción con los no
 consumidores, 86-92
 y moralidad, 92-98
- Cooper, Courtney Ryley, 161
Cressey, Donald R., 23, 101
Cruzadas morales, 168-174, 181
Cultura, visión antropológica de
 la, 99-101
- D'Agostino, Guido, 49
Dalton, Melville, 124n, 144-145,
 186-187, 200, 223
Davis, Floyd James, 32
Delincuencia juvenil, 41, 44, 47-
 48, 55, 183-185, 188-189n
- Departamento del Tesoro de los
 Estados Unidos (Oficina de
 Narcóticos), 156-162
- Desviación, 17-19
 connivencia institucional para
 la, 144-148
 definiciones científicas de la,
 23-27
 definida por la respuesta de
 los otros, 28-34

- no intencional, 45
 problemas metodológicos del estudio de la, 185-188
 problemas morales del estudio de la, 188-193
 tipos de, 39-41
 y tradiciones subterráneas, 192
- Desviado
 falsamente acusado de, 40
 secreto, 40
- Emprendedores morales
 agentes de aplicación de las normas y, 175-181
 discrecionalidad de los, 31-33, 180
 y sus relaciones con los creadores de normas, 180-181
 creadores de normas y, 167-172
- Finestone, Harold, 11, 63n
 Freidson, Eliot, 11, 195n
 Fuller, Richard C., 150n
 Fundación Nacional de Lucha contra la Parálisis Infantil, 173
- Garfinkel, Harold, 32, 210
 Gaskill, Herbert S., 59
 Geer, Blanche, 11, 101, 195n
 Goffman, Erving, 11, 18, 26n, 46n
 Gold, Ray, 176
 Gouldner, Alvin W., 165n, 220n, 221
 Gran jurado, 147
 Gusfield, Joseph R., 168-169, 173-174, 203
- Haas, Mary R., 45
 Hall, Oswald, 43, 123, 124n, 127, 136
 Homosexualidad, 26, 49, 53-57, 185
 Hooker, Evelyn, 184
 Hughes, Everett C., 11, 13, 43, 51-52, 100-101, 123, 124n, 206
- Inducción analítica, 62
 Iniciativas morales, 154, 167-182
- James, Kathryn, 12
- Kansas City, Missouri, 104
 Kilpatrick, James Jackson, 41
 Kitzuse, John I., 28n, 41n, 195, 203, 204n, 210
 Kobrin, Solomon, 11, 63n
 Kolb, Laurence, 62
 Krout, John, 154n
- Lastrucci, Carlo L., 103
 Lemert, Edwin M., 13, 28n, 195, 197, 212
 Lewis, Oscar, 169n
 Ley, diferencias en la aplicación de la, 32-33
 y castigo de crímenes según la raza, 32-33
 Leyes sobre psicopatologías sexuales, 171-172
 Leznoff, Maurice, 184
 Lindesmith, Alfred R., 62n, 203
 Lortie, Dan C., 11
- Mack, Raymond W., 103, 211
 Mala conducta profesional, 49, 184, 186
 Malinowski, Bronislaw, 29, 31, 142
 Marcas o rasgos de estatus, 51-52
 Marcovitz, Eli, 59
 Marihuana
 disfrutar de sus efectos, 71-77
 Ley de Impuesto a la, 154-164
 percibir sus efectos, 66-70
 provisión de, 81-86
 técnicas para fumar, 64-66
Mattachine Review, 57n
 Matza, David, 47, 48, 192, 195
 McCarthy, Raymond G., 169
 McKay, Henry, 11
 Mead, George Herbert, 60n, 199
 Merriam, Alan, 103
 Merton, Robert K., 26, 46, 208
 Messinger, Sheldon, 173, 223
 Meyers, Henry J., 59
 Meyers, Richard R., 150n

- Mills, Wright C., 25, 211
 Modelos secuenciales, 41-44
 Músicos, 99-140
 camarillas de, 125-131
 carreras de, 123-140
 comerciales, 102, 109-110, 130-135
 como prestadores de servicios, 101-102
 conflictos familiares de los, 136-140
 de jazz, 102-103, 118-119, 129-132
 éxito, definición del, 124, 125
 ideología de los, 105-111
 jerga de los, 120-121
 patrocinio, 125-131
 reacción a conflictos profesionales, 111-116, 131-135
 y aislamiento, 116-121
 y autosegregación, 116-121
 y "cuadrados", 105-111, 136-140
- Narcóticos
 adictos a los, 53-54, 191
 Oficina Federal de, 156-165, 169, 175
- Normas
 como producto de la iniciativa, 141, 153-165, 181-182
 como producto del proceso político, 33-34, 151-165
 diferenciadas según el grupo social, 34-37
 específicas, 150-151
 etapas de aplicación de las, 148-153
 variedades de, 21-23
 y valores, 149-151
- Ohlin, Lloyd E., 101, 184n, 208
One, 57 n
- Palabras tabú, en los diferentes idiomas, 45
- Parsons, Talcott, 26, 149
- Pellens, Mildred, 154n
 Perelman, Luis, 59, 73
 Policía, 177-180, 200-205, 214
 Pornografía, 40-41, 151-152
 Prell, Arthur E., 35
 Psiquiatras, 169-172
- Ray, Marsh, 53, 56, 197
 Redfield, Robert, 99-100
 Reiss, Albert J., Jr., 55, 184, 185, 210
 Reserva urbana, 142-144
 Rose, Arnold M., 35,
 Ross, Hugh Lawrence, 184
 Roy, Donald, 146, 200
- Seelinger, Dorothy, 12
 Short, James F., Jr., 32, 201
 Simmel, Georg, 142
 Smith, Harvey L., 11
 Stone, Gregory P., 46n
 Stoops, Lois, 12
 Strauss, Anselm L., 11, 43, 101, 124n, 213
 Sutherland, Edwin H., 32, 170-171, 179-180
 Sykes, Gresham M., 47, 48
 Szasz, Thomas S., 26, 222, 223
- Tannenbaum, Frank, 13, 28n, 195
 Terry, Charles, 154n
 Thrasher, Frederick, 183
 Tompkins, William F., 93
 Townsend, movimiento, 173
 Turner, Ralph H., 63n
- Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza (WCTU), 168-169, 173-174
- Vincent, Clark, 32-33
- Walton, R. P., 64
 Warner, William Lloyd, 11
 Westley, William A., 177-178, 184
 Winick, Charles, 186
 Wohl, R. Richard, 11
 Wolff, Kurt H., 143

